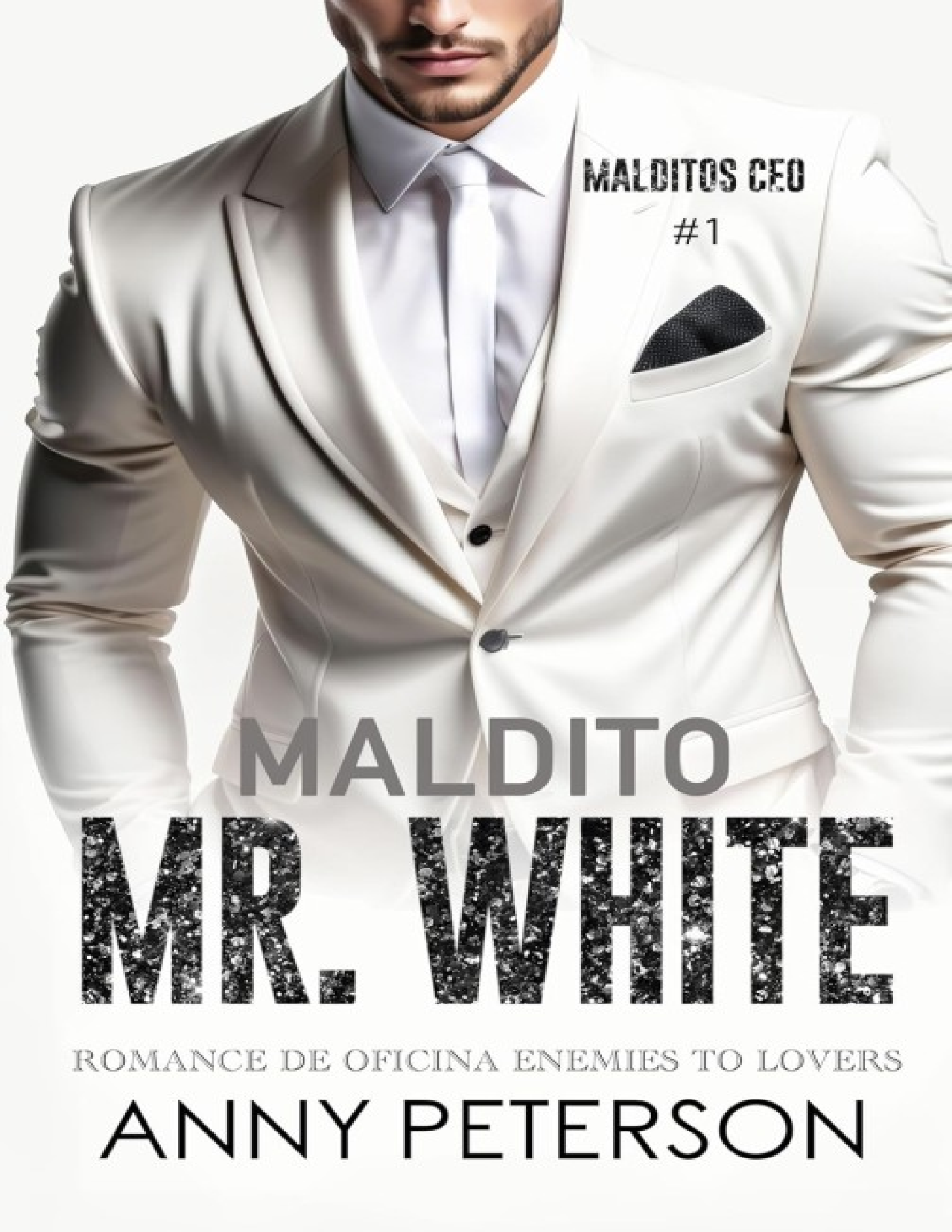

MALDITOS CEO
#1
MALDITO
MR. WHITE
ROMANCE DE OFICINA ENEMIES TO LOVERS
ANNY PETERSON



MALDITO
MR. WHITE

ROMANCE DE OFICINA ENEMIES TO LOVERS

ANNY PETERSON



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra, ni total ni parcialmente, sin el previo aviso del autor. Todos los derechos reservados.
Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la r ealidad es mera coincidencia. Los fragmentos de canción que aparecen se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.
Titulo original: Maldito MR. WHITE
ISBN: 9798275756869
Copyright ©Anny Peterson, Primera edición diciembre 2025
Diseño de la portada: @Lady_fuxia

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
EPÍLOGO 1
EPÍLOGO 2
PRÓXIMA PARADA…
AGRADECIMIENTOS

SOBRE EL AUTOR
REDES SOCIALES Y CONTACTO

CAPÍTULO 1



He leído en algún sitio que los grandes villanos son grandes incomprendidos.
Si eso es cierto, alguien debería escribir una enciclopedia para entender a mi jefe, Marcus White. Y no sería un libro normal, sería una trilogía de terror, escrita en jeroglíficos, editada por el mismísimo diablo y con un exorcista en los agradecimientos.
La primera vez que lo vi, pensé que era uno de esos hombres que solo existen en los anuncios de relojes caros. Alto, traje impecable,

mirada de hielo y una sonrisa diabólica.
Mi nombre es Emily Harper y trabajo para el peor hombre del universo.
Si existe un rincón frío y oscuro donde los sueños van a morir, estoy convencida de que lo dirige él.
Sé que suena a exageración, pero solo son las 8:10 de la mañana y ya tengo un correo suyo en mayúsculas en mi bandeja de entrada:
«¿DÓNDE COÑO ESTÁS, HARPER?».
Qué delicadeza. Qué elegancia. Qué cabronazo…
Ni «Buenos días» ni «¿sigues viva?». Porque en los seis meses que llevo trabajando para él siempre he llegado diez minutos antes.
Gilipollas…
Si se dignara a preguntar, podría explicarle que por culpa de un accidente han tenido que desviar el tráfico. Pero claro, ha sido justo hoy, que teníamos una reunión con un pez gordo.
Y Marcus White no tolera las excusas humanas. Solo exige resultados. Preferiblemente entregados antes de que tenga que pedirlos.
Mi corazón se acelera al imaginar su expresión al mirarme y corro hacia los ascensores al borde del colapso.
Una vez dentro, hago una mueca al observar mi reflejo en el espejo, ¡parezco la superviviente de un tornado! Mi larga melena castaña oscura, esta mañana lacia y brillante, está hecha un asco. Y mi maquillaje no cubre el estrés latente de mi cara.
Soy la portada de Vogue del Apocalipsis…
Al llegar a la planta veintiuno, tomo una decisión arriesgada, pasar primero por mi mesa para imprimir unos contratos que necesitamos para la reunión. Agravaré su ira cinco minutos más, pero aparecer en esa sala de juntas sin ellos, sería mi sentencia de muerte.
Cuando los tengo, me preparo psicológicamente para abrir la puerta donde se está llevando a cabo uno de los acuerdos más importantes de todos los tiempos.
La interrupción hace que todos me miren expectantes. Todos menos mi jefe. Como castigo. Pero prefiero eso a que me taladre con los ojos como si acabara de quemar un Picasso.
—Disculpen mi tardanza, ha habido un accidente en la autopista.

Tras una serie de murmullos indulgentes, White finalmente levanta la vista y sus ojos verdes me atraviesan como si estuviera intentando calcular cuánto oxígeno desperdicio por día.
Son tan penetrantes y fieros que me dejan paralizada. Lleva un traje oscuro, corbata negra y esa eterna mueca de desagrado en la cara que debe de tener desde que nació.
—No se preocupe, señorita Harper… —masculla con su habitual tono pasivo agresivo de falsa educación—. Les estaba explicando los requisitos del contrato… sin el contrato. ¿Sería tan amable de traerlo?
—Lo tengo aquí mismo. Permítanme darles una copia a cada uno.
Reparto los documentos a los cuatro hombres que hay en la habitación y tomo asiento al lado de mi jefe.
La reunión es larga y tediosa. Ponen pegas a ciertas cláusulas y White no tiene la actitud adecuada para discutirlas. Está de mal humor. No debe de haberse despertado con una supermodelo en la cama esta mañana.
Cuando por fin finaliza el calvario, con la conclusión de que necesitan un receso para pensarlo, mi jefe huye a su despacho con paso airado, no sin antes soltar un terrorífico:
—Harper, a mi despacho. AHORA.
Trago saliva, acobardada. ¡Me espera la horca!
«Respira hondo, Emily. El dragón no podrá contigo».
¡¿Es culpa mía que los inversores tengan dudas?!
Me asomo a su despacho con mi mejor cara de «tus malos humos de villano multimillonario me importan lo justo», aunque por dentro tengo el pulso desbocado.
No sé si es miedo o simple adrenalina, pero cada vez que se enfada, el aire se carga.
El despacho de White es un mausoleo de lujo. Frío, minimalista, oscuro... y tan perfecto que me dan ganas de desordenar algo, solo para recordarle que los humanos vivimos aquí.
Él no levanta la vista de sus papeles cuando nota mi presencia. Me revienta decirlo, pero es de esos tíos que cuando se enfadan son aún más atractivos. Exultante en su agresividad, el traje le queda soberbio tensándose en las zonas adecuadas. Tiene el pelo revuelto

de amasárselo, lo cual le da un toque supersexi, como si viniera de echar un polvo furioso…
—Espero que tenga una excusa buenísima para llegar tarde a la reunión más importante de su vida —gruñe enfadado.
—Ya se lo he dicho, hubo un accidente y…
—¿Sabe lo mal que hemos quedado? ¿La desconfianza que genera en potenciales clientes que no estemos preparados para cerrar un trato tan importante? Un día como hoy, tendría que haber estado aquí media hora antes…
—Claro, y ya puestos podría haber llegado a las seis de la mañana para prepararle el desayuno y plancharle el traje.
Él alza la cabeza despacio. Letal.
—¿Cómo dice?
—¿Sabe usted la definición de «accidente»?
—Guárdese su sarcasmo, señorita Harper. La ha jodido.
—Si quiere buscar culpables, empiece por el camión volcado en la interestatal.
Su mandíbula se tensa y un brillo aparece en sus ojos. No es ira. Es algo peor. La diversión que surge cuando planea una venganza horrible.
—Muy bien. Tiene hasta las cinco para reformular una oferta que les parezca irrechazable.
—¿Hasta las cinco? Pero…
—Es su oportunidad para demostrar que no está aquí solo por enchufe, Harper.
¡Cabronazo! Cada vez que puede utiliza esa maldita carta. Es la única frase con la que sabe que puede callarme. Porque es verdad.
«No le saltes a la yugular, Emily. Es lo que quiere. Que le des un buen motivo para deshacerse de ti».
Me voy haciendo más ruido del necesario con mis *stilettos* , fantaseando con pisotearle las pelotas.
Me tiene manía desde el día que aparecí por la puerta.
No le hizo gracia que su papi, el ilustre magnate Clifford White, le impusiera cargar conmigo para completar las prácticas de mi máster. Todo porque mi padre, una eminencia de la medicina, ha sido su médico de cabecera durante veinte años.

Y como yo soy la oveja negra en mi casa, ya que, lejos de seguir sus pasos como hizo mi perfecto hermano mayor, quise estudiar ciencias económicas, se le ocurrió que podría estar bien trabajar en White Industries, donde ver a una becaria llorando ríos negros de rímel o a un analista junior, hasta las cejas de cocaína, desmayarse sobre el teclado intentando cumplir con un plazo imposible, es casi rutina.
«Gracias, papá…».
Llego a mi mesa y desbloqueo mi móvil de mala leche.
Mi iPhone es mi *punching ball* emocional; el único lugar seguro donde despotricar contra su tiranía. Y lo que comenzó siendo un mero desahogo, se ha convertido en una terapia peligrosa.
Cosas que pasan…
Un día me tocó tanto las narices que se me ocurrió crear una cuenta anónima de Instagram llamada **@MalditoJefe.** Empecé a publicar comentarios sarcásticos sobre él sin mencionarle directamente, y por raro que parezca, aquello me hizo sentir mejor.
Jamás pensé que se viralizaría y empezaría a ganar popularidad entre personas que se sentían muy identificadas por tener más traumas laborales que años cotizados.
Escribía frases tipo: «Igual me he vuelto loca, pero hasta su forma de caminar me molesta. ¡Es como si el suelo le debiera dinero!».
Pero la fiebre creció el día que confesé que lo que más detestaba de él era lo bueno que estaba…
Porque no nos engañemos, el cabrón está como un tren.
Cuando entra en tu campo visual tus hormonas hacen el pino puente. Tiene un cuerpazo y una cara que deberían venir con una señal de advertencia. Mientras yo vivo más feliz que una perdiz con mi índice de masa corporal superior a 25.
No fumo. No me drogo. Hago deporte. Pero soy una foodie; comer es mi pasión. Y a quien no le guste, que no mire.
Respiro hondo y tecleo furiosa en mi cuenta secreta:
@MalditoJefe:
"Hoy he llegado tarde a una reunión por un accidente en la autopista. Ahora tengo que rehacer una presentación para salvar un acuerdo que W ha hundido con su encanto habitual"

Debajo del texto adjunto una foto de un escritorio random, añado el emoji de un diablo con una corbata, y publico. Al momento siento cómo mi dignidad se regenera automáticamente.
Si White descubre que soy la mente criminal detrás de @MalditoJefe, tendré que buscar la trituradora de archivos más cercana y autodestruirme.
Pero cerrarla sería mi ruina emocional…
Todavía tengo que aguantar hasta Navidad a su lado y la necesito como terapia intensiva.
Sobreviviré a Marcus White, aunque tenga que clavarle un *stiletto* en la frente.

CAPÍTULO 2



EMILY

Mi teléfono suena y me sobresalto como si fuera mi jefe para pedirme explicaciones sobre mi reciente fechoría de Instagram.
—¿Despacho del señor White?
—¿Emily?
—Ah, Ava, eres tú. ¿Qué tal?
—Bien. ¿Cómo ha ido la superreunión con CTL?
—¿Te refieres a la que he llegado tarde y no tenían los contratos por mi culpa?
—¡UF!
—Imagínate…
—Me sorprende que sigas viva, W debe de quererte mucho.
Me río. Porque ella sabe que es justo al contrario.
Llevo demasiado tiempo soportando el perfeccionismo asfixiante de mi jefe, sus críticas mordaces y su completa falta de empatía.
«¡De nuevo, gracias, papá, por enchufarme con un maníaco del control!».
Me faltan solo dos meses para terminar el máster y perderlo de vista para siempre, pero estoy a una crisis nerviosa de cometer un crimen pasional con una grapadora.
—¿Tú qué tal vas? ¿Alguna novedad? —le pregunto.
—Sí. Acaba de entrar un tío buenísimo al despacho de Papá White. Estoy segura de que esta noche voy a soñar con él. ¡Es como un puñetero surfista con traje! Pero en vez de camisa, llevaba una camiseta de licra blanca que le queda… pfff
—¡ *Oh, my god* ! —empiezo a babear.
—Exacto. En el almuerzo te cuento si he podido acorralarlo en el baño…
No lo dice en broma. No sería la primera vez que se tira a alguien en los baños de la oficina. Es como una mantis religiosa.
De pronto, W sale de su despacho y fija la mirada en mí como si quisiera destruirme por estar al teléfono. Luego consulta su reloj y sus cejas me juzgan.
—El tiempo juega en su contra, señorita Harper —murmura con crueldad al pasar por delante de mi mesa.

Mi ceño se frunce, pero no puedo evitar mirarle el culo. Si yo tuviera un trasero así, lo aseguraría a todo riesgo. Con ese cuerpo… seguro que sus camisas se santiguan cada vez que se abrocha un botón. Y las costuras hacen testamento.

White Industries empezó como una empresa familiar en minería de piedras preciosas, y por lo visto, el diamante mejor tallado acabó sentado en la presidencia…

Camina con tanta notoriedad que la gente se aparta de él como si fuera Moisés con el mar Rojo. Se cree tan dios que parece que vaya a heredar el cielo, no una empresa.

—¿Emily? —me reclama Ava.

—Sigo aquí. Te llamaba porque hoy no podré salir a comer. Nosferatu me ha mandado rehacer una presentación para las cinco y no me va a dar tiempo a subir a la cafetería.

—Joder, ¿se cree que eres su esclava?

—Eso parece…

—Bueno, tranquila, luego te bajo algo.

—Gracias, amore. ¡Eres un sol! Me vengaré a mi manera. Ya me conoces…

—Estoy deseando leerlo. —se mofa—. ¡Hasta luego!

— *Ciao* .

Resoplo al revisar el contrato que tengo que rehacer en cinco horas, con hambre, nervios y un demonio respirándome en la nuca.

¡LO ODIO! ¿Cómo se supone que voy a mejorar la oferta?

Tengo la sensación de que yo hago todo el trabajo y él se lleva los laureles. Me exprime sin piedad. Me exige el nivel de una ejecutiva con veinte años de experiencia, y cada vez que aporto una idea brillante, en vez de felicitarme, la presenta como suya.

Pero no sé de qué me sorprendo, siempre ha tenido la empatía de un bloque de mármol. Los White son así. Una institución en el mundo empresarial. Una especie de dinastía Lannister, pero sin dragones ni redención.

En White Industries se respira lujo por todas partes. Un lujo tan pulido y milimétrico, que hace que te preguntes si además de diamantes venden algún riñón humano de vez en cuando...

Pude comprobarlo de primera mano al conocerlos hace seis años, cuando mi padre recibió una invitación para acudir con toda la familia a la fiesta de Nochevieja en su maldito Club de Campo para ricachones.
Aún recuerdo el sonido de los cubiertos de plata, los vestidos que costaban más que nuestro coche y esa sensación de ser el error de protocolo de la noche.
Yo tenía veinte años y llevaba un vestido de rebajas que picaba como si quisiera recordarme mi rango social. Y de pronto, los vi…
Los hermanos White.
Debían de rondar los veinticinco años. Trajes a medida, sonrisas perversas y esa mirada de quienes saben que el mundo les pertenece.
Me parecieron preciosos depredadores que atraen a sus víctimas antes de despedazarlas. La madre naturaleza es una perra haciendo que las criaturas más letales sean irresistibles.
Por un momento me pareció que Marcus me miraba un segundo más del necesario, como si algo en mí le hubiera llamado la atención. Pero su expresión cambió de la curiosidad al desdén en un instante, decidiendo que no valía la pena.
Pero el otro, el más joven, me persiguió hasta que consiguió acorralarme en un balcón, con una botella de champán cara y mi libido haciéndole la ola. ¡Estaba como un verdadero queso!
No sé qué hubiera pasado si W no llega a interrumpirnos. Pero apareció en el umbral de la terraza con esa mirada que llega para arruinar la diversión. Y alimentar la suya propia.
—¿Qué haces tú aquí? —le espetó Nick, molesto.
—Salvarte de otro titular vergonzoso, hermanito —respondió sin apartar la vista de mí—. Si es que todavía te importa algo el apellido White…
—Tranquilo. Solo estábamos hablando.
—Y bebiendo. No creo que tenga edad suficiente para eso. Ni para jugar a tus jueguecitos…
—Tengo veinte —murmuré ofendida. Estaba harta de que nadie me considerara una mujer de verdad.

Marcus me observó con esa lentitud con la que los hombres poderosos evalúan los posibles daños, y luego soltó:
—Lo que yo decía. Eres demasiado joven, demasiado ingenua, y demasiado pobre para ser el próximo error de mi hermano.
La humillación subió por mi pecho como un incendio incontrolable.
—Marcus, joder… —se quejó Nick.
—¿Cuándo vas a dejar de jugar a las Cenicientas, Nicky?
«¡¿Cenicienta?!».
El apelativo me golpeó tan fuerte que di un paso atrás sin darme cuenta. Solo para girar sobre mis tacones y marcharme antes de montar un numerito brutal que avergonzara a mi padre.
A partir de ese día juré odiarlos para siempre. Me refiero a cualquier «White o similar» que me hiciera sentir pequeña. Me volví afilada y hasta mala si la ocasión lo merecía. Cambié mis tacones normales por unos *stilettos* para recordarme lo afilada que puedo llegar a ser. Sobre unos zapatos así, no te pisa ni Dios.

CAPÍTULO 3



MARCUS

Miro el reloj malhumorado. Las nueve y cuarto.
A esta hora deberíamos estar brindando por el cierre del acuerdo con CTL, no recomponiendo los trozos de nuestra credibilidad.
Un año de trabajo, reuniones y estrategias se han desplomado por diez minutos de retraso.
Diez. Malditos. Minutos.
Mi padre no tardará en llamarme con su voz de falsa calma que siempre precede a la tormenta. Y sé, con la misma certeza que me aprieta el pecho, que no estará decepcionado por el contrato, sino por mí. Siempre es por mí.
Respiro hondo y me paso una mano por el cuello de la camisa, intentando aflojar la presión que yo mismo me meto.
«El control lo es todo», me repito. Y la distancia.
Control y distancia son dos palabras que salvan vidas.
Por eso malvivo desde hace seis meses trabajando al lado de la única mujer capaz de sacarme de quicio: Emily Harper.

No sé qué demonios me irrita más de ella: si su voz firme o su poca sutileza para disimular que me odia.
Usa el sarcasmo como escudo, pero no le funciona porque yo soy experto en golpear justo donde más duele. Aprendí del mejor.
Me levanto de la silla y camino hasta el ventanal.
Desde aquí veo todo Boston. Está formado por líneas limpias, acero y orden. Así debería ser todo en mi vida. Perfecto, pulcro e infranqueable. Pero no lo es. No cuando tengo que trabajar con alguien que convierte cada jornada en una maldita erección reprimida…
Tiene una habilidad irritante para desafiarme sin darse cuenta. O peor: dándose cuenta. Y un brillo en los ojos que parece decir «atrévete». Pero lo peor es cuando entra en mi despacho con esos tacones, como si la vida fuera su alfombra roja personal.
Intento no pensar en la conversación de esta mañana con ella, en cómo sus ojos se han encendido cuando ha dicho «¿Sabe usted la definición de accidente?», con ese desafío.
Nadie me habla nunca así, joder. NADIE. Todavía no sé por qué a ella se lo permito…
El interfono de mi mesa suena.
—Señor White, su padre quiere verle en la zona de restauración. —La voz de Ava, su secretaria personal, es, como siempre, impecable.
—Voy enseguida.
Apago el ordenador y salgo del despacho, colocándome la chaqueta como si me estuviera calzando una armadura.
Mi padre no almuerza, él interroga con cubiertos y, si hace falta, te los clava con una sonrisa.
Mis ojos localizan a Harper sin mi permiso. Está concentrada, probablemente intentando mejorar una propuesta que no hay forma humana de mejorar, pero verla intentarlo me recuerda a alguien que conocí hace mucho… un chico que también se esforzaba demasiado por agradar a su padre.
Uso el ascensor hasta el último piso, donde está nuestro magnífico *rooftop* bar. Aún es pronto para comer, el sector está vacío, pero él ya está ahí, frente a una copa de vino blanco, con esa serenidad que es su manera de anunciar una ejecución.

—Llegas tarde —musita sin levantar la vista del plato.
—Ha sido una mañana complicada.
—Lo he oído. CTL no ha firmado.
—Aún no.
Me siento frente a él, sabiendo que cada palabra que diga será analizada como una declaración de guerra.
—Marcus, Marcus… —suspira con ese tono paternal que en realidad es una crítica—. No puedes seguir haciéndolo todo tú solo. Está claro que necesitas ayuda.
—No necesito ayuda.
—Todos la necesitamos, incluso tú. Y más ahora, que voy a jubilarme.
—Aún queda tiempo para eso.
—Te equivocas. Quiero hacerlo pronto. Este mismo año.
El golpe me atraviesa el estómago.
—¿Por qué tanta prisa? —verbalizo.
Pero en el fondo lo sé. Cuando tomé el control de la empresa, no encontré solo números. Encontré rutas, nombres y contratos que jamás habrían pasado una auditoría real. Los negocios de mi padre nunca se han limitado a lo que aparece en nuestros informes públicos…
Y me callé. Porque si hubiese empezado a preguntar, me habría quitado del medio rápidamente. Necesitaba el mando para contener el daño del pasado. Las minas fueron la parte más antigua de White Industries, pero también la más sucia. Descubrí que no todas eran legales.
—Estoy cansado, Marcus —responde a mi pregunta—. Llevo años cansado. Y no me he jubilado antes, porque siento que no lo tienes del todo controlado…
La ironía me quema la lengua. Soy control en estado puro. ¿Y ahora dice que no es suficiente?
—Por eso he decidido traer a tu hermano de vuelta. Siempre he querido que sea parte de la empresa. Y este es el momento.
Cierro los ojos como quien intenta asimilar un golpe sin mostrar dolor.
—¿A Nicklaus?
—Sí.
—¿El mismo Nick que quemó tu yate?

—Ha madurado.
—Seguro… —digo con sorna—. Lleva cinco años recorriendo el mundo de fiesta en fiesta, ¿y ahora lo traes para dirigir la empresa?
—Para dirigirla no. Para codirigirla contigo. Cada uno en su papel.
Y ahí está. Mi peor pesadilla hecha realidad.
Llevo media vida preparándome para su puesto. Técnicamente ya lo ocupo, aunque no sobre el papel. Lo he sacrificado todo por conseguirlo. Y ahora, tengo que compartirlo con un crápula que no sabe ni abrir un Excel.
—¿Y qué pasa si no estoy de acuerdo? —digo con valentía.
—Entonces quizá no estés preparado para asumir mi puesto.
En mi cabeza esa frase es como un atentado.
Mi padre nunca grita, pero destruye igual.
El resto del almuerzo es una coreografía de silencios. Asiento cuando debo, callo cuando conviene, y por dentro ya planeo cómo no perder lo único que me importa.
De nuevo en mi despacho, me aflojo la corbata y hundo las manos en mi pelo.
Todavía siento el eco de sus palabras taladrándome los oídos. «Nick llega mañana. Quiero que reine la paz, Marcus».
Paz… Como si alguna vez la hubiera habido en esta familia.
Me entierro en montañas de trabajo y ni siquiera como; tengo el estómago cerrado. No me doy cuenta de que ha empezado a anochecer cuando la puerta se abre sin que nadie haya llamado.
Harper entra en mis dominios más seria de lo habitual. Cansada pero desafiante.
—Aquí tiene la nueva propuesta para CTL —Me la tiende.
La observo unos segundos antes de cogerla. Está nerviosa, aunque intente disimularlo.
Tomo el informe y lo rompo por la mitad.
El sonido seco del papel al desgarrarse desfigura su cara.
—¡¡¿QUÉ HACE?!!
—Lo que procede —digo serio, dejando caer los pedazos sobre la mesa—. Esta lección no se aprende en la universidad: cuando la primera impresión se rompe, no importa cuánto trabaje después, el daño ya está hecho.

—¡¿Está de broma?! —exclama con incredulidad—. ¡He rehecho toda la propuesta! ¡Me he dejado la piel en ella!
—Seguro. —Cruzo los brazos y la miro fijamente—. Pero no estamos en el colegio. Esto es el mundo real. Y aquí no dan otra oportunidad. Cada error tiene sus consecuencias. Y cuando trabaja conmigo, señorita Harper, sus errores me representan.
—¡No he cometido ningún error! ¡Llegué tarde por un accidente, no por gusto!
—Debería haberlo previsto. —Mi tono no se mueve ni un milímetro—. La puntualidad, la preparación, la anticipación… no son virtudes, son parte del trabajo. Y en White Industries no podemos permitirnos fallar.
Ella aprieta los labios intentando contener su furia. A veces me siento un cabrón. Pero me encanta.
—Parece que nada de lo que hago le sirve nunca…
—No me sirven las excusas. Ni tampoco los enchufes. El respeto hay que ganárselo.
Sus ojos brillan de pura rabia.
Sé que la palabra «enchufe» la sacude más que cualquier otra. Suelo soltarla sabiendo exactamente lo que provoca en ella, porque todo el mundo tiene un límite, y tengo la esperanza de que algún día lo alcance y se largue de mi vista sin mirar atrás.
—Yo no pedí esto. Mi padre insistió.
—Podía haberse negado.
—Se nota que no conoce a mi padre…
—Supongo que tampoco le gusta que le fallen.
Se queda callada, odiándome profundamente. Buena chica… El odio es un estado mental muy productivo. Y seguro. El odio es distancia.
—Se equivoca conmigo, señor White.
—Lo creeré cuando me lo demuestre.
—¡Eso intento! —replica con un temblor en la voz—. Cada día. Hago muchas cosas bien, pero…
—¿Espera una medalla cada vez que hace bien su trabajo?
—Lo que quiero es que deje de recordarme que estoy aquí por enchufe.
—¿Es mentira?

—¡¿Y usted?! —exclama iracunda—. ¡¿Está aquí por méritos propios o porque su apellido coincide con el de la puñetera placa del edificio?!
Me quedo helado.
La frase no podría llegar en peor momento.
—Mis cifras me avalan, señorita Harper.
—Ese es precisamente su problema. Que usted solo ve números, no ve a las personas.
Aprieto los dientes. Mi vida sería infinitamente más fácil si ella no fuera tan lista. Pero lo es.
Por un instante, vuelvo a tener quince años, aguantando las lágrimas junto al ataúd de mi madre, oyendo a mi padre decir que los hombres fuertes no lloran.
Él me hizo de hielo. Y me importa muy poco lo que la gente piense de mí. Y menos, ella… desde el día que la conocí su mirada me pidió a gritos una señal de aprobación, y tuve claro que debía mantener las distancias, porque eso le daría poder sobre mí.
—Váyase a casa, Harper. —Mi voz suena áspera—. Y sepa que, si no fuera quien es, ya estaría despedida.
—¡Estoy segura de que usted también! —exclama airada.
Se da la vuelta y sale de mi despacho pegando un portazo.
Recojo los pedazos del informe solo para confirmar lo que ya sabía, que su empeño era inútil.
Pero mientras leo las cifras, una molestia sin nombre me roza el estómago. No puede ser culpa, así que la ignoro y dejo el informe sobre la mesa.
No debería importarme. Ni siquiera debería pensar en ella.
Sabía que no era adecuada para ser mi asistente. No por incompetente, sino por todo lo contrario. Nunca se rinde. No se asusta. No se aparta. Y eso me irrita.
Me irrita que me mire como si pensara que detrás de mi traje, de mi reloj y de mi control obsesivo, hay un hombre deseando ser mejor, cuando solo hay una máquina programada para sobrevivir sin sentir.
Si no lo fuera, hace mucho que Emily Harper me habría ganado la batalla.

CAPÍTULO 4



El sonido del tenedor de mi madre golpeando el plato durante la cena me pone nerviosa.
Clink. Clink. Clink.
Cada golpe es un recordatorio rítmico de mi fracaso vital.
Estoy en la mesa de la cocina de mis padres, comiendo una ensalada que no he elegido, escuchando cómo enumeran las virtudes de un cirujano joven que, según mi padre, «sería el marido perfecto para una chica lista pero despistada como tú, Emily».
Me gustaría aclararle que no necesito un marido, sino un ascenso, para emanciparme cuanto antes, pero dudo que en esta casa

entiendan la diferencia.
Mi madre, impecable con su conjunto de punto beige acompañado de perlas, sonríe con la serenidad de quien nunca se ha planteado romper las normas.
—Lo he conocido hoy en la consulta de tu padre —comenta ella—. Se llama Thomas. Es muy amable y educado.
—Ajá…
—Y lo mejor de todo, es que no tiene tatuajes ni redes sociales. Parece un hombre muy centrado.
Por un momento pienso que habla de un perro de exposición.
Mi padre levanta la vista de una revista médica y asiente con aprobación.
—Escucha a tu madre, cariño. No te vendría mal conocer a alguien así. El trabajo es importante, pero no lo es todo.
Trago un trozo de lechuga como si fuera vidrio porque podía haber añadido «para una mujer». Para él su trabajo siempre ha sido lo principal. Antes de padre, marido o amigo es médico.
—Papá, te recuerdo que estoy haciendo prácticas en una de las empresas más grandes de Boston, ¿podemos celebrar eso antes de casarme por catálogo?
Él sonríe con esa mezcla de amor y condescendencia que solo utiliza cuando habla con pacientes nerviosos o conmigo, lo que viene a ser lo mismo.
—Claro, cielo. Pero… las prácticas terminarán en unos meses, y luego tendrás que buscar algo en la vida real.
Traducción: algo que no haya conseguido gracias a su apoyo.
Sé que tiene razón, pero eso no significa que no merezca estar ahí. Soy buena en lo que hago. Y no me rendiré hasta demostrárselo.
—Encontraré algo —respondo—. Por mis propios medios.
—No hay nada de malo en aceptar ayuda —interviene mi madre con tono dulce—. A veces la vida se hace más fácil cuando sabes aprovechar las oportunidades que te da la gente que te quiere.
«Sí, y otras veces, esas oportunidades vienen con un contrato infernal de prácticas bajo las órdenes del Anticristo», me muerdo la lengua.

—Lo que necesito es experiencia —digo—. Y sobrevivir a Marcus White sin perder el alma en el intento.
Mi madre se ríe sin entenderme del todo.
—¿Te refieres al hijo de Clifford? Es un hombre muy respetable.
—Respetable, sí… Igual que un volcán activo.
Mi padre suelta una risita.
—No exageres, Emily. Si Clifford ha confiado en su hijo para dirigir la empresa, será por algo.
—Se rumorea que ha decidido traer de vuelta a su otro hijo para vigilarlo —replico con una sonrisa falsa—. White Industries está a un paso de convertirse en un *reality show* familiar.
—Emily… —advierte mi madre con esa voz de porcelana que usa cuando estoy a punto de decir algo que arruine la cena.
Suspendo la conversación. No vale la pena.
Para ellos, el éxito es un diagnóstico y un marido estable. Para mí, es demostrar que puedo lograrlo sin un marido y sin su red de favores.
Consulto el reloj. Son casi las nueve de la noche.
En pantalla aparece un correo interno de la empresa que anuncia una reunión general extraordinaria a primera hora de la mañana.
Genial. White padre ha convocado a toda la plantilla sin previo aviso. Eso solo puede significar una cosa: desastre.
Me levanto de la mesa antes de que intenten servirme el postre.
—Perdonad. Tengo que preparar una presentación.
—Pero si acabas de llegar —protesta mi madre.
—Ya, bueno, las prácticas en el infierno no terminan nunca.
Subo las escaleras hacia mi habitación. Todavía está igual que en el instituto: pósters antiguos, un escritorio con libros subrayados y una lámpara que cojea.
Me siento frente a mi ordenador portátil y abro el archivo del proyecto CTL.
Cifras, márgenes, gráficas… Todo lo que me apasiona y, al mismo tiempo, me asfixia. Por su culpa. No puedo creer que haya roto el informe.
Gilipollas…
Mientras escribo nuevas ideas, la rabia se mezcla con un impulso irracional de demostrarle a ese hombre que puedo ser mejor que

cualquiera de sus ejecutivos. Que no soy una niña con suerte. Y que el enchufe, si lo hubo, ya ha ardido.
Miro mi móvil, tentada de entrar en mi cuenta de Instagram.
No lo hago.
Por una noche, me prometo no despotricar, no ironizar, y no ser la loca rencorosa de la oficina.
Pero cuando cierro el portátil, mi mente vuelve a él. A su voz baja y contenida, a la forma en que me mira cuando me atrevo a desafiarlo con sarcasmo, a esa tensión afilada que llena cualquier habitación en la que estemos los dos.
Y lo odio. O eso intento repetirme cada vez que su sombra se cuela en mis pensamientos. No sé si es odio o algo peor: esa fuerza gravitatoria que te hace demasiado consciente de tu propio cuerpo.
Apago la luz porque mañana será un día largo. Y si quiero sobrevivir una jornada más a Marcus White, necesito dormir.
A veces intento convencerme de que mi odio es puramente profesional, pero mi memoria no coopera. Sigue trayéndome escenas que debería enterrar bajo toneladas de dignidad, como aquella primera mañana en su despacho, cuando su padre vino a visitarnos.
El señor White dejó la puerta entreabierta y lo escuché todo.
—No seas tan melodramático. Solo serán unos meses. Puede aprender mucho de ti.
—¿Y qué gano yo? —respondió Marcus, hostil—. No tengo tiempo para formar a nadie.
—¿Ni siquiera a una chica tan guapa? —insinuó su padre con un tono que me hizo replantearme mi fe en la humanidad.
—Tengo trabajo —sentenció W seco.
—Razón de más… para que te ayude a… aliviarlo.
Me quedé congelada. ¿Qué estaba insinuando?
White no titubeó ni un segundo en contestar.
—No es mi tipo. Gracias.
Su padre soltó una risotada asquerosa, y cuando salió, se despidió de mí como si fuera sorda.
Esa misma semana, me perdí buscando la impresora y terminé abriendo la puerta equivocada. Marcus estaba allí. Sin camiseta y

sudado en lo que parecía una especie de gimnasio privado que ni sabía que existía.
Lo pillé haciendo pesas y me quedé paralizada. Aquello era puro mármol esculpido por los dioses.
Mi cerebro cerró sesión. Solo veía las venas marcadas de sus brazos gritándome «¡pasa y disfruta!».
—¿Te gusta lo que ves? —murmuró en voz baja.
Casi me atraganto con mi propia lengua.
—Perdón, pensé que esto era el escáner… —balbuceé.
Él se acercó despacio, con ese tipo de seguridad letal que solo tienen los hombres que saben exactamente el efecto que causan. Cada músculo era una amenaza a mi cordura.
—La próxima vez, llama antes de entrar a cualquier sitio cerrado. A menos que estés buscando algo más…
Quise que me tragara la tierra.
¿Qué era aquello? ¿Consejos inapropiados de papá: volumen uno? No sé qué me poseyó entonces. Quizá el orgullo. Quizá la humillación, pero dije.
—«No eres mi tipo. Gracias».
Y de pronto, lo vi. Una grieta en su perfección helada.
Su ceja se arqueó con esa mezcla de sorpresa y placer perverso que no debería haberme acelerado el pulso… pero lo hizo. Fue como si, de pronto, el depredador hubiera encontrado a alguien dispuesto a enseñarle los dientes.
Esa misma tarde me mandó agendarle una cita con una tal Sandy. Supongo que para dejarme claro que él follaba cuando quería, con quien quería, y desde luego, no conmigo.
Cuando la llamé se puso a la defensiva, en plan «¿Y por qué no me llama él mismo? Eso no es nada romántico. ¡Podría tener al hombre que quisiera! Estoy harta de que me trate como si fuera un objeto… ¡Yo valgo mucho más! Soy una de las modelos más cotizadas de Milán y…».
Mis ojos estaban en blanco mientras la escuchaba y al final dije «El señor White ha reservado mesa para las ocho en *Bon appetit* , ¿le digo que acudirá o no?».

Después de una pausa, musitó «Allí estaré. Pero espero que bese el suelo que pise». «Le advertiré que lleve rodilleras», espeté y colgué de mala manera.
Estuve esperando a que W se marchara de la oficina, solo para murmurar con alevosía:
—Páselo bien esta noche, señor White… Debe de ser fascinante acostarse con alguien igual de egocéntrico que usted.
Se detuvo sin mirarme, tentado a contestar una barbaridad, pero reanudó su camino sin decir nada, como si no se permitiese entrar en mi juego cuando se estaba muriendo de ganas.
Desde aquel día, todo entre nosotros se volvió eléctrico.
Cada palabra era una provocación. Cada roce accidental, un incendio. Cada jornada laboral, una guerra.
Y si seguimos así, no me sorprendería que algún día tengamos más que palabras…

CAPÍTULO 5



MARCUS

Boston amanece encapotada, gris y fría. Perfecta para una catástrofe familiar.

Llevo toda la mañana con la sensación de que el universo ha decidido ponerme a prueba.

Se me ha acabado el desodorante, he pillado atasco, la camarera se ha confundido con mi café y, para rematar, Emily Harper llega tarde otra vez.

Estoy revisando un informe cuando la puerta se abre de par en par. Solo una persona tiene el descaro de irrumpir así en mi vida.

—¿Me echabas de menos, hermanito?

Nicklaus White hace su entrada triunfal con una sonrisa que pide a gritos una orden de alejamiento.

—Recé para que tu jet se estrellara —respondo sin emoción.

—Veo que Boston sigue igual de deprimente que tú.

—Y tú igual de irresponsable.

—Eh, no me llames irresponsable. He madrugado solo para venir a verte. Me merezco una medalla.

Se deja caer en una de las butacas de cuero con ese brillo canalla que siempre precede a una hecatombe. Nick tiene un talento natural para ocupar espacio y desestabilizar el equilibrio. Siempre ha sido así. Desde niños él era chispa, y yo el extintor que papá usaba cuando hacía falta. Una coreografía que ambos aprendimos demasiado bien.
Trae un traje impecable y una barba de tres días. Todo en él destila que nació con una red de seguridad.
—Papá dice que te falta mano izquierda.
—Papá dice muchas cosas…
—Y todas te cabrean. —Sonríe.
Cierro el informe con un golpe seco.
No soporto que mi padre crea que compartir la dirección con este payaso es buena idea. Pero lo mandé lejos por un motivo mucho más serio que su vida de crápula: en este negocio hay sombras que podrían devorarlo vivo, y darle poder sería arrojarlo de cabeza hacia ellas.
O peor, darle poder sería como abrir la puerta del banco en mitad de la noche y esperar que no falte nada por la mañana. ¡Es un peligro!
—¿Dónde te estás quedando? —pregunto resignado.
—En el hotel Dagny. Suite Deluxe. Es lo mínimo que merece un hijo pródigo.
—Perfecto. Intenta no quemarlo.
Nick se ríe y comienza a manosear mi escritorio.
—¿Por dónde quieres que empiece, hermano? Dame órdenes.
—Empieza por no tocar nada. —Le arrebato la grapadora que ha decidido usar de juguete antiestrés.
Me observa divertido, como un niño al que nunca han castigado.
—Tranquilo, te ayudaré a caer mejor. Por los pasillos se dice que eres el hombre de hielo.
—Y tú el bufón de la corte. Qué equilibrio tan inspirador.
Nick sonríe inmune a mis palabras. Parte de su talento consiste en no tomarse nada en serio. La otra parte es que sé que mataría por mí si se lo pidiera… igual que yo por él. Y no quiero tener que hacerlo.
—He venido en son de paz, ¿vale? Además, llevo media hora aquí y ya tengo un montón de información golosa para ti.
—Lo dudo.

—Puede que sea un desastre con los números, pero tengo buen ojo para la gente. Y la tuya es… peculiar.
—No es «mi gente». Es la plantilla de una multinacional.
—Por ejemplo… Ava Jones: la secretaria de papá. Será mi nueva asistente personal… Papá quiere que vigile mis pasos para que no me meta en líos.
—Genial. Una niñera corporativa…
—Lo que no sabe es que ella será el primer lío en el que «me meta». ¿Lo pillas? —Se ríe.
—Ni se te ocurra. Si cabreas a Ava, papá te desheredará. La quiere más que a nosotros.
—¿Y si la hago feliz?
—Entonces me desheredará a mí.
Nick suelta una carcajada y mi boca me traiciona elevando las comisuras también. Sabía que no era buena idea que viniera… Nick saca lo peor de mí. Mi vena más hedonista.
En ese momento llaman a la puerta con un golpe seco, y sé perfectamente quién va a entrar: mi prueba diaria de autocontrol.
Emily entra en el despacho con ímpetu, pero se detiene al ver a mi hermano.
—Perdón, no sabía que estaba reunido.
—No, por favor, pasa —interviene Nick, poniéndose de pie con su sonrisa de conquista internacional—. Nicklaus White, encantado.
Ella duda, pero termina estrechándole la mano.
—Emily Harper.
—Ya os conocéis —digo con sorna—. Es la hija del médico de papá, ¿recuerdas esa Nochevieja?
—La dulce Emily… —Nick saborea el nombre como si fuera vino caro —. Claro que me acuerdo de ti. Has cambiado mucho. —Sus ojos recorren su cuerpo con un descaro que me crispa—. Los años te han tratado muy bien.
Ella se tensa. Yo también, pero lo disfrazo de neutralidad.
—Gracias —contesta ella seca.
Nick se relame juguetón.
—Parece que el destino te ha vuelto a poner en mi camino…

—No —rezongo—. Una vez más, ha sido la influencia de su padre. Solo está aquí haciendo unas prácticas como mi ayudante.
Emily me lanza una mirada que podría fundir el acero.
Nick nos observa con diversión, como si acabara de descubrir una comedia privada.
—Así que tú eres la ayudante del odioso de mi hermano. He oído que eres brillante. Espero que Marcus no te trate tan mal como dicen…
—No puedo quejarme —replica mordaz—. Hoy todavía no me ha hecho llorar.
Nick sonríe perverso, adquiriendo material delicioso para él, y desastroso para mí.
—¿Quería algo, señorita Harper? —pregunto displicente.
—He visto que al final ayer reenvió mi oferta a los clientes de CTL —expone con retintín.
—¿Y viene a por unas palmaditas en la espalda?
—No, vengo a que me dé las gracias por salvar un contrato de cincuenta millones. ¡Menos mal que me enchufaron, ¿verdad?!
—Si quiere lucirse, empiece por ser puntual. Hoy ha llegado seis minutos tarde.
—No quiero lucirme, señor White. Solo intento que la empresa sobreviva a su ego.
Nick suelta una risotada.
—Está jugando con fuego, señorita Harper.
—Eso dicen los que temen quemarse —replica sin parpadear.
La habitación se queda sin oxígeno.
Ella me sostiene la mirada, y por un instante, noto ese viejo tirón en el estómago. No es deseo. Es algo peor. Tentación pura.
Me inclino sobre la mesa, intentando recuperar mi autoridad.
—Todavía no han aceptado. Y si esto sale mal, me encargaré personalmente de que nadie la contrate en toda la ciudad cuando termine sus prácticas.
Ella sonríe triunfante.
—Acepto el riesgo.
Nick silba, animado.
—Una duda, chicos, ¿ya os habéis acostado?
—Cállate, Nick.

—No lo digo por morbo. Es que la tensión aquí puede cortarse con un cuchillo. Y me pregunto si…
—Ni por todo el oro del mundo —contesta Emily sin vacilar.
La miro con inquina y me devuelve la mirada como si hubiera visto una grieta en mi máscara de hierro.
«Si nos acostásemos, seguramente después me llevarían detenido», quiero replicar. Pero me callo a tiempo.
De pronto, nuestros buscas suenan todos a la vez.
—Reunión general en cinco minutos —lee Nick en el suyo.
—Me voy —se despide Emily saliendo de mi despacho con sus dichosos tacones. Ese sonido me machaca el cerebro.
Si me acostara con ella, tengo claro que no se los quitaría. Sería una gran alegoría de mi triunfo sobre ellos.
Cuando la puerta se cierra, el silencio se hace insoportable.
—¡Joder con tu secretaria, ¿no?! —comenta Nick con guasa.
—No digas ni una palabra…
—Solo iba a decir que la chica no parece tu mayor fan.
—No me pagan para caerle bien a nadie.
—Acabas de recordarme a papá —sonríe.
Sus palabras se me clavan en la espalda. Ser comparado con él es la peor ofensa posible. Y también el mayor honor. Necesito un puto terapeuta…
—¿Puedes irte tú también, por favor? Tengo que hacer una cosa antes…
—¿El qué? ¿Meneártela? Porque vamos… Si un pibón así me provocara de esa forma, yo también lo necesitaría.
—Fuera de mi despacho —ladro.
—Ya me voy, tranquilo. Pero antes, quiero enseñarte una cosa.
Saca su teléfono y lo pone frente a mí.
—Mira esta cuenta de Instagram.
La veo, pero no la miro.
—No tengo tiempo para chorradas, Nick.
—Tú mismo. Pero yo diría que puede interesarte mucho…
—Fuera. YA.
—Me iré, si la sigues —propone divertido—. Se llama @MalditoJefe. Venga, búscala. Quiero ver cómo le das a seguir.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero cedo solo para que se largue cuanto antes.
—Ya la sigo, ¿contento?
—Prométeme que le echarás un vistazo más tarde —suplica sibilino yendo hacia la puerta—. Te juro que no te arrepentirás.
—Estoy ocupado. Algunos tenemos que trabajar para ganarnos el título de CEO, ¿sabes? No nos cae del cielo, como a ti…
—Si no fueras tan cascarrabias, papá no me habría llamado.
—Oh, pobrecillo… Siento molestarte en tu cómoda vida.
A veces, no sé de dónde saco la paciencia para tratar con él.
—Déjame solo, Nick. Necesito un momento.
Algo en mi tono le hace obedecer sin rechistar.
Me tomo treinta segundos para respirar profundamente y concienciarme de que lo que se diga en esa reunión no podrá conmigo. Y *ella* tampoco.
Salgo de mi despacho, rumbo hacia la sala ejecutiva, con una serenidad tensa que todos confunden con calma. Pero por dentro, soy puro fuego.
Cómo no, Nick está esperándome en el pasillo.
—¿Estás mejor?
No contesto y sigo andando. Él se une a mis pasos, y por un segundo, vuelvo a sentirme como cuando éramos adolescentes: yo, el guardián del orden, y él, el promotor del caos.
La diferencia es que ahora Nick lleva traje y finge llegar puntual a las reuniones.
Pero cuando el caos encuentra la grieta por la que colarse, estás perdido. Sobre todo, si tiene nombre de mujer.

CAPÍTULO 6



EMILY

Los baños del edificio White Industries tienen el mismo carácter que su dueño: son fríos, impersonales y muy lujosos.
Reviso mi reflejo en el espejo mientras maldigo mi vida: «¿de verdad Nick White ha preguntado si nos hemos acostado?».
La cuestión es: ¿de verdad has contestado «Ni por todo el oro del mundo»?
Sí, creo que lo he hecho.
—Mierda…
Las puertas del baño se abren de golpe y aparece Ava, como siempre, perfecta. Lleva su pelo rubio liso en un moño tirante impecable, un maquillaje de ensueño, y esa energía de la gente que hace malabares para que la vida parezca un sueño.
Coincidí con ella el primer día en la cafetería de la terraza y fue un flechazo profesional: la mejor amiga que no sabía que necesitaba.

Sabe cosas que nadie cuenta y sonríe como si el mundo fuera una película en la que ella controla el montaje.
—Emily, ¿has oído la noticia?
Ava siempre es la primera en enterarse de todo. No solo es la asistente personal de papá White, sino que es la fuente más fiable de información clasificada dentro del edificio. Si el Pentágono tuviera un equivalente femenino, sería ella.
—¿Qué noticia? —pregunto, guardándome el pintalabios con el que me acabo de retocar.
—¡El tío bueno del que te he hablado antes es el hijo pródigo! Nick White, el hermano fiestero que desapareció del mapa después de convertir Saint-Tropez en un after infinito.
Suspiro resignada.
—Lo sé. Me he topado con él en el despacho de Satán. Es justo lo que faltaba en este zoológico: un pavo real con complejo de DJ colocado.
Esperaba que se riera con elegancia, como hace siempre, pero en lugar de eso, veo apuro en su mirada.
—¿Por qué pones esa cara?
—Ese tío es peligroso, Emily…
—¿Por qué lo dices?
—Cuando ha salido del despacho de su padre, he estado hablando con él y… es de esos tíos que te enredan en su tela de araña hasta que le das lo que quiere.
Su cara me hace pensar mal.
—¿Y qué quería de ti, Ava?
Ella cierra los ojos con fuerza.
—¡No sé cómo ha pasado, te lo juro!
Estoy confusa. No sé por dónde van los tiros. Si fuera a contarme que han fornicado en los servicios, lo haría en un tono más distendido y con una sonrisa socarrona en la boca.
—No me asustes, Ava. ¿Qué ha pasado?
—Me ha pillado riéndome mientras veía el móvil. Me acababa de llegar la notificación del nuevo post de tu cuenta y… estaba muy interesado en saber qué me había hecho tanta gracia. Me he puesto

muy nerviosa, ¡y no ha parado de interrogarme hasta averiguar de qué se trataba!
—¿Se lo has contado…? —pregunto patidifusa.
—¡No! ¡Pero, en un descuido, me ha quitado el móvil de la mano para mirarlo! ¡Es como un niño pequeño!
—No me jodas…
—¡Lo siento! No me lo esperaba y me he puesto histérica. Lo cual ha empeorado aún más la situación. Es un tío muy perspicaz… y ha concluido que la dueña de la cuenta tenía que ser alguien de la empresa y además amiga mía.
—¡DIOS SANTO! —chillo—. ¡¿Ya sabe que soy yo?!
—¡No! Pero pronto lo sabrá. Ha dicho que iba a hacer sus pesquisas para adivinar quién era.
—Me quiero morir… —musito acongojada.
—Es diabólico, te lo juro. Le he apodado Mr. Black, porque de White tiene poco… ¡Es totalmente imprevisible!
—Esto es grave, Ava.
—Tranquila, ¡nada relaciona la cuenta contigo! ¡Podría ser cualquiera!
Entiendo su teoría, pero mis rodillas amenazan con doblarse.
—Dios… Hace un momento me ha visto discutir con su hermano en su despacho. ¡Seguro que ya ha atado cabos!
Intento respirar hondo, pero me invade un mal presentimiento.
Agarro el móvil temblorosa para comprobar el estado de mi cuenta y, aparte del mar de likes y los cientos de comentarios, hay una notificación que sobresale entre todas las demás:
@MWhite acaba de seguirte.
Siento que el alma se me despega del cuerpo.
¡NO PUEDE SER!
El móvil se me resbala de las manos y rebota contra el suelo con un ruido atroz.
Ava me mira horrorizada.
—¿Qué pasa?
Lo recojo y le enseño la pantalla como si sostuviera una prueba de asesinato.
—Acaba de seguirme.
—¿Quién?

—Marcus White…
Ava se cubre la boca para contener un grito.
—Joder… Si esto fuera una película, este sería el momento en que suenan los violines escalofriantes.
—Es el fin —susurro consternada.
Toda mi vida pasa ante mis ojos como si fuera a morir. Porque va a pasar. Mi vida, tal como la conocía, se va a terminar.
—Estoy acabada, Ava. Muerta. ¡Despedida!
—Ooo… podrías tomártelo como una oportunidad.
—¿Una oportunidad de qué?
—De demostrarle que no te asusta. Si te sigue, es porque quiere saber quién eres.
—Sí, y cuando lo descubra, me va a usar de alfombra.
Ava sonríe con complicidad.
—No sé… Igual le hace gracia. Además, no pone su nombre completo. Ni el tuyo. Nunca podrá estar seguro de que eres tú. ¿Qué es lo máximo que podría hacerte?
La miro sin palabras.
—No tengo ni idea…
Ojeo mi pantalla otra vez, como si la notificación fuera una bomba a punto de estallar.
@MWhite te está siguiendo.
El hombre que podría hundirme con una sola frase va a leer mis más oscuros pensamientos sobre él. Y aunque no pueda demostrarlo, estoy segura de que sabrá que soy yo.
—La reunión está a punto de comenzar —dice Ava—. Vamos.
Prácticamente me arrastra por el pasillo porque en mi estado de *shock* soy incapaz de andar por mí misma. Y menos, hacia él.
Nos detenemos frente a la puerta de la sala de juntas y sufro una taquicardia al oír el murmullo de tiburones con traje al otro lado. Entre ellos, el gran blanco, Marcus White.
—Respira —me aconseja Ava.
—No puedo. Si respiro, me da un infarto.
—Entra como si no tuvieras una cuenta viral dedicada a insultar a tu jefe, ¿vale? Venga, ¿qué puede salir mal?
Ava me empuja y saltamos hacia un océano de ansiedad.

Nada más verme, mi jefe aprieta esa mandíbula tallada por los dioses y no aparta la mirada fingiendo no verme, sino que esta vez me la mantiene y noto que me atraviesa con ella.
¡¿YA ME HA DESCUBIERTO?!
Opto por hacerme la loca. Puede que sospeche algo, pero no puede confirmarlo. ¿Verdad?
Clifford White, el megalodón de la charca, se aclara la garganta.
—Gracias a todos por venir —empieza con voz grave, como si estuviera a punto de anunciar una guerra o una fusión—. Hoy es un día importante para White Industries.
Noto que Marcus se tensa ligeramente al oírle. Lo sé porque sé leer sus microexpresiones mejor que mis propios informes.
—Como muchos ya sabéis, mi hijo Nicklaus ha regresado a Boston para incorporarse como nuevo jefe de Recursos Humanos.
Los aplausos recorren la sala.
El aludido se pone en pie con una sonrisa que dice «soy el desastre más encantador del mundo». El traje le sienta demasiado bien para alguien que probablemente no sepa ni calcular su propia nómina.
Se coloca detrás de su padre, y su vista se pasea de Ava a mí, desembocando en una sonrisa malévola. ¡LO SABE! Sabe que soy yo. En su expresión he visto que lo tiene claro.
Me quedo tan petrificada que no puedo ni tragar saliva.
—Y para asegurarme de que su regreso sea… fluido —continúa el patriarca—, he decidido prestarle a mi leal asistente, la señorita Johnson, durante las próximas semanas. Ava… —La señala.
Mi amiga parpadea dos veces y todo el mundo la mira.
—¿Me harás ese favor, querida? —pregunta Clifford White.
—Claro, señor… Estaré encantada de ayudar.
—Yo más —replica Nick como si acabara de ganar la lotería.
Marcus se lleva una mano a la frente, probablemente pidiendo a los dioses que lo fulminen en ese mismo instante.
De pronto, levanta la vista y me mira. Y por un momento, creo que sabe que soy yo la que lleva meses desahogándose bajo el alias de @MalditoJefe, escribiendo frases como «mi jefe huele a poder y a frustración sexual».
Él arquea una ceja y yo me hundo un poco más en la silla.

Odio cuando me mira así… siento que se me eriza la piel. Y odio aún más que me guste sentirlo.
—Deja de mirarlo así… —susurra Ava entre dientes—. Pareces culpable.
—Es que lo soy, joder…
El padre White sigue hablando, pero no soy capaz de escucharlo. Sobre todo cuando veo a Marcus sacando su móvil y deslizando el dedo por la pantalla con una expresión indescifrable.
No sé si me ha descubierto todavía.
Pero si no lo ha hecho, está a punto de hacerlo…
Y cuando lo haga, tendré que elegir entre plantarle cara o besarle. Porque huir no es una opción.

CAPÍTULO 7



Intento concentrarme en la reunión, pero cada palabra que escucho me pone de más mala hostia.
—Gracias, papá. Prometo comportarme… al menos durante los primeros diez minutos —bromea Nick.
Se escuchan risas generalizadas. Odio la facilidad con la que mi hermano encandila a todo el mundo. Por el bien de mi salud mental, sigo ojeando el móvil. Necesito desconectar. Y de pronto, aparece la cuenta que me ha hecho seguir antes.
Deslizo el dedo por inercia y empiezo a leer frases aleatorias:
@MalditoJefe:
«Mi jefe tiene dos tonos de voz: condescendiente y apocalíptico».
@MalditoJefe:
«Mi jefe no necesita café. Se activa oliendo el miedo ajeno».
@MalditoJefe:
«W no camina, desfila su ego por los pasillos».
¿Qué coño es esto?
¿Y por qué Nick cree que puede interesarme esta cuenta?
@MalditoJefe:
«Si la arrogancia quemara calorías, W estaría en la portada de Men ´ s Health».
¿W?
Parpadeo despacio y voy directo al último post. Es de ayer.
@MalditoJefe:
«Hoy he llegado tarde a una reunión por culpa de un accidente. Ahora tengo que rehacer una presentación para salvar un acuerdo que W ha hundido con su encanto habitual».
Se me hiela la sangre.
Siento un zumbido en los oídos.
No puede ser…
Pero sí lo es. Lo sé con la misma intuición con la que reconozco una tormenta antes de que caiga el primer trueno.
Ese tono. Esa mezcla de ironía y lucidez que solo he visto en una persona… La huelo entre líneas como si cada palabra llevara su maldito perfume.
Nick me observa de reojo, divertido.

—¿Te suena? —pregunta con la voz de un niño que acaba de incendiar un laboratorio.
No respondo. No puedo.
Sigo deslizando el dedo sin poder evitarlo.
@MalditoJefe:
«A veces creo que mi jefe nació para provocar pensamientos inapropiados en medio de una sala de juntas».
El estómago me da un vuelco y una descarga eléctrica recorre mi columna vertebral. «¿Pensamientos inapropiados?».
@MalditoJefe:
«Detesto admitirlo, pero cuando W se arremanga la camisa, mi productividad cae un 75%».
@MalditoJefe:
«Lo que más odio de cuando me grita es que sé exactamente cómo sonaría gimiendo mi nombre en la cama».
Levanto la mirada hacia ella sin disimular mi desconcierto.
La señorita Harper está tomando notas, imperturbable, ajena a las llamas que me están consumiendo y dejando que su blusa se aferre demasiado bien a su pecho con cada respiración que hace.
Mi cerebro entra en modo «pantalla azul de Windows».
Desde el primer día levanté un muro ético entre Emily y yo; y me aseguré de que ese muro fuera alto y fuerte, porque esa mujer es experta en dinamitar estructuras complejas con una sola frase.
Dejo de mirarla porque Nick me observa ladino.
Qué hijo de puta… Le encanta que la gente me odie. Y que a él todo el mundo le adore. Quizá fui brusco aquella Nochevieja, pero era la única forma de salvarla de sus garras. Nick estaba desatado en esa época.
@MalditoJefe:
«Es tan inhumano que debe de tener la polla en modo avión».
Estoy tentado de despedirla en el acto. Tan jodidamente tentado…
A la mierda.
Me da igual si le gusto o no. No estoy aquí para ganar un maldito concurso de popularidad. Lo único que me importa es que haga bien su maldito trabajo. Y lo hace. Pero no puedo dejar pasar esta flagrante falta de respeto.

@MalditoJefe:
«Si alguna vez me despide, espero que lo haga susurrándome despacio al oído».
Me seco la frente. La corbata me asfixia.
Mi pantalón empieza a hincharse contra mi voluntad, presionando el límite de mis pantalones. Me imagino empujándola contra mi escritorio y susurrándole que está despedida a no ser que me compense con su boca…
¡Por Dios! ¡¿Qué me pasa?!
Supongo que no puedes lanzar algo así al universo y esperar que un hombre mantenga la compostura. Las imágenes de todos los sueños húmedos que he estado reprimiendo me golpean a la vez como una jodida bola de demolición.
Me imagino enterrando mi furiosa polla dentro de ella para demostrarle que está operativa. La situación de mis pantalones empeora.
Joder…, no puedo estar pensando así.
Pero ahora mismo solo quiero arrastrarla a mi despacho y enseñarle exactamente lo que les pasa a las chicas traviesas que no saben guardarse sus críticas.
Me aflojo la corbata.
Me estoy pasando de la raya, incluso en mi mente.
Todas las miradas de la sala recaen sobre mí, y me doy cuenta de que debo de haber soltado un gemido ahogado.
—Perdón —murmuro con brusquedad, intentando aparentar que no me estaba masturbando mentalmente con la idea.
¡Esto es un problema serio!
Me inclino hacia atrás intentando aparentar indiferencia.
Nick parece a punto de convulsionar de risa.
Aprieto el bolígrafo con fuerza como si fuera lo único que me impidiera no explotar aquí mismo en un orgasmo bestial. Esto me ha pillado totalmente por sorpresa.
Vuelvo mi vista a la pantalla para recibir la estocada final.
@MalditoJefe:
«El problema no es que sea un imbécil; el problema es que está demasiado bueno para serlo».

El aire en la sala parece evaporarse. Nick me mira de reojo.
—¿Todo bien, hermano? —susurra divertido.
—Perfectamente —miento, tensando la mandíbula hasta que cruje.
Intento recolocar mi móvil, mi paquete y el mundo entero, pero no hay forma elegante de esconder lo que estoy sintiendo. Un calor sospechoso sube por mi cuello y una punzada de adrenalina me hace sudar por primera vez en meses.
Mi padre sigue hablando, Nick sonriendo, Emily tomando notas, y yo estoy aquí, debatiéndome entre la furia y un deseo tan inapropiado que debería ser delito.
La observo. La muy inconsciente está chupando el extremo de su bolígrafo mientras repasa sus apuntes. Esa boca… Esa maldita boca fue creada para arruinar imperios. Y, si me descuido, también me arruinará a mí.
—Marcus, ¿quieres añadir algo? —interrumpe mi padre.
Mierda.
—¿Qué? —Parpadeo confuso.
Todas las miradas se vuelven hacia mí.
Nick se tapa la sonrisa con la mano.
—Estábamos hablando del reajuste presupuestario de CTL —interviene, el cabrón, fingiendo ayudarme—. Pero, si quieres, puedo explicarlo yo.
—No. —Tomo aire para recomponerme—. Está controlado.
—Eso espero —dice mi padre con ese tono que me sigue juzgando desde que tengo uso de razón.
Siento el pulso en las sienes, en las manos y en otras partes de mi cuerpo donde no debería. Tengo que salir de aquí.
Guardo el móvil, pero algunas frases rebotan en mi cabeza: *«Está demasiado bueno».*
Nick me lanza una sonrisa venenosa.
—Te dije que te iba a gustar esa cuenta.
No sé si matarlo primero a él o a ella. Lo único que sé es que si esa cuenta es de Emily Harper… que Dios la ayude.
La reunión termina con aplausos huecos y frases de compromiso. Las sillas se arrastran y los aduladores se abalanzan sobre mi padre y sobre mi hermano como buitres oliendo sangre nueva.

Yo permanezco inmóvil. Estoy demasiado ocupado intentando recuperar un tipo de autocontrol que no recuerdo haber perdido jamás.
Emily se levanta sin mirarme, pero la rigidez de sus hombros la delata. Sabe que la estoy observando. Sabe que algo no encaja.
Yo también me levanto y el mundo se reduce al instante en el que coincidimos en el umbral de la puerta.
Su perfume me golpea y mi respiración se altera.
La dejo pasar delante de mí, y cuando lo hace, me inclino apenas sobre ella, lo suficiente para que nadie más me oiga, y dejo que las palabras salgan en un murmullo grave y peligroso:
—Harper… A mi despacho. Ahora.
Su respiración se quiebra por un segundo. La mía también.
Y mientras se aleja con pasos rápidos por el pasillo, me descubro pensando en qué momento empezó el apocalipsis de mi autocontrol.
Quizá el infierno no sea fuego ni castigo eterno.
Quizá solo sea una mujer con piernas largas y opiniones peligrosas que escribe sobre mí en internet.

CAPÍTULO 8



EMILY

«Harper… a mi despacho. Ahora».
No hay un tono más escalofriante que el de Marcus White pronunciando tu apellido como si fuera una sentencia judicial.
«Emily, respira. No es el fin del mundo. Simplemente tu jefe acaba de descubrir que llevas meses desahogándote en Instagram sobre lo insoportable, egocéntrico y absurdamente atractivo que es».
Mis tacones repican contra el suelo del pasillo, sincronizados con el pulso desbocado que martillea en mi pecho.
«¡TRANQUILÍZATE!», me ordeno.
Quizá no lo sabe. Quizá solo quiere hablar de… no sé, informes, cambios en la plantilla, la bolsa, la paz mundial… ¡CUALQUIER COSA MENOS ESO!
Pero la forma en la que me ha mirado…, era la de un cazador. Y yo soy su presa.

Avanzo como quien se dirige al patíbulo, mientras mi cerebro me sugiere ideas igual de útiles que absurdas: fingir un desmayo, huir del país, cambiarme el nombre y dedicarme a criar cabras en Grecia.
Ava levanta un pulgar en un gesto de apoyo moral. Me gustaría abrazarla, subirme a su mesa y suplicarle que llame a la policía.
La puerta del despacho de White está cerrada. Es una plancha de metal con su nombre grabado. Tan fría e impenetrable como él.
No me hace falta llamar; sé que está esperándome con las garras afiladas. Aun así, golpeo suavemente, porque hoy necesito que me dé paso.
—Adelante… —dice sin levantar la voz.
Una sola palabra y ya noto la adrenalina bajo la piel.
Cuando abro la puerta, lo veo de pie, tras el escritorio, con las manos en los bolsillos y expresión indescifrable. Está muy quieto. Demasiado. Y cuando está así, no es calma, es contención.
No dice nada. Solo me observa, como un depredador estudiando el momento exacto en que la presa se derrumba.
Trago saliva.
—Siéntate, Harper.
Obedezco con un nudo en la garganta.
—¿Ocurre algo? —pregunto con mi mejor cara de ingenua.
—Quiero hacerle una pregunta. ¿Está usted a gusto en esta empresa?
Alzo las cejas.
Vale. Es claramente una pregunta trampa. Sabe de sobra que no es la empresa lo que me disgusta, sino él. Pero como no sé por dónde va esto, contesto con diplomacia:
—Por supuesto, señor White…
—¿De verdad?
Su tono burlón me crispa.
—Sí. Claro…
Junta los dedos como hacía el Señor Burns en *Los Simpso* n y me lanza una mirada sospechosa.
—¿Está segura de eso, señorita Harper?
Parpadeo para ganar tiempo. Mi corazón se acelera.
—¿Adónde quiere llegar?

—Debo confesar que no me lo esperaba de usted…
El terror me oprime la garganta.
—No tengo ni idea de lo que está hablando.
—Se lo mostraré.
Levanta el móvil y cuando veo que presiona el icono de Instagram, se me va el alma a los pies.
—«A juzgar por su actitud, diría que W no echa un polvo desde 2015» —lee en voz alta.
Quiero morirme. Justo aquí, ahora mismo, sobre esta moqueta cara. Sus ojos se estrechan hasta convertirse en dos rendijas.
—«Cuando W se pone en plan tirano controlador le estrangularía con su preciosa corbata azul de raso» —continúa.
Hace una pausa, disfrutando claramente de que hoy lleva puesta esa misma corbata azul. ¡Justo HOY! ¡MIERDA! El universo tiene mucho sentido del humor.
—¿Es esta la corbata con la que le gustaría estrangularme, señorita Harper? —pregunta acariciándola con dos dedos.
La imagen es indecente. Y no ayuda que una sonrisa lenta asome por su boca con crueldad. Se me escapa un sonido ahogado que apenas parece humano.
—Solo era una broma… —digo con voz de pájaro atropellado.
—¿Quería que me pareciera gracioso?
Lucho contra las ganas de llorar y de vomitar a la vez.
—No. Solo… era una broma privada. Para mí.
Odio lo patética que sueno. Pero mi peor pesadilla se está materializando delante de mí y no sé cómo afrontarlo.
Él me mira con los ojos entrecerrados.
—Ya veo…
En un intento desesperado por salvar la situación, digo:
—Nadie sabe a quién me refiero. ¡No es nada personal…! Es solo… algo genérico sobre jefes.
—Entonces, lo de que estoy buenísimo ¿tampoco es personal? ¿Todos los jefes lo están?
Mi cara decide convertirse en un semáforo en rojo.
—No va en serio. Es solo una treta para ganar seguidores —miento con un descaro que no me creo ni yo.

Él me estudia intensamente. Sus ojos verdes clavándose en los míos, como si pudiera ver directamente dentro de mí. Como si conociera todos mis sucios secretos. ¡Porque los conoce, joder!
Creo que voy a ponerme a llorar aquí mismo.
—He de reconocerle algo —dice al fin—. Tiene talento para la sátira. Eso no lo enseñan en el máster.
—Tampoco el arte de humillar a un subordinado —contesto tajante—. Debe de ser una optativa en su casa…
De pronto, sonríe. Una sonrisa de verdad, no la cruel. Otra más humana que me desconcierta porque es preciosa.
—En mi casa enseñan otra cosa, señorita Harper: a hacer control de daños —dice en voz baja—. Y últimamente, hay demasiados que controlar…
Suspira como si estuviera agotado de sostener el mundo con dos manos.
—¿A qué se refiere? —pregunto intrigada.
—Veamos… Tengo que lidiar con la llegada de mi hermano, el problemático, soportar que mi padre me subestime para dirigir White Industries… —Alza el móvil—. Y por supuesto, el descubrimiento de que medio millón de personas opinan que soy imbécil gracias a usted…
Mi rabia se desinfla ligeramente.
No porque no tenga parte de culpa, sino porque, por primera vez, lo oigo admitir que algo le hiere.
Pero lo veo respirar hondo y volver a colocarse la armadura.
—Va a dejar las prácticas, señorita Harper.
Mi corazón se desploma.
—¿Cómo? ¡No!
—¿Prefiere que dé explicaciones a nuestros padres del motivo por el que ya no podemos seguir trabajando juntos?
Un escalofrío me recorre la espalda ante esa posibilidad. Mi padre sabiendo esto. Mi padre diciéndome que soy una mimada irresponsable e ingrata.
—Esto es entre usted y yo. No meta a nuestros padres.
—Bien, pues entre usted y yo: abandone las prácticas, Harper.

—¡No puedo hacer eso! ¡Me queda muy poco para terminar! No quiero decepcionar a mi padre.
—Debería haberlo pensado antes de publicar sobre mí. ¿Recuerda lo que le dije sobre las consecuencias en el mundo real?
Me quedo muda ante esa puñalada.
—¡Tiene que haber una solución! —ruego.
Él me mira como quien evalúa una pieza defectuosa. No hay ternura en su mirada; solo cálculo y la irresistible frialdad de alguien que siempre ha podido comprar soluciones.
—Lo siento, señorita Harper. Me temo que se ha metido con el hombre equivocado…
¡DIOS! ¡NO!
—Esto me ha dejado muy mal sabor de boca…
—¡Lo sé! ¡Y lo siento! Cerraré la cuenta. ¿Podemos olvidarnos de todo este asunto, por favor?
—No es tan sencillo. El agravio seguirá ahí.
Trago saliva. Ya veo a mi padre señalándome con el dedo y recordándome esto de por vida. ¡Tengo que hacer algo!
—El precio por mi clemencia es demasiado alto para usted…
—¿Cuál es el precio? ¡Haré lo que sea! —digo desesperada.
En cuanto me oigo, me arrepiento.
«Lo que sea» nunca es buena idea.
Pero de pronto, su expresión cambia. Ya no hay furia. Solo el tipo de calma que precede a una crueldad bien medida.
Empieza a caminar a mi alrededor como un depredador que no sabe si devorar o dejar ir a su presa. Cuando se detiene en mi espalda, me quedo sin respiración.
—No puedo permitir que nadie me ridiculice, señorita Harper. Si quiere seguir aquí durante dos meses más, algo dentro de mí exige un equilibrio.
—¿Qué tipo de equilibrio? —pregunto desconfiada.
—Una compensación simbólica. Algo que restablezca la jerarquía y me recuerde que todavía tengo el control.
—¿Como qué?
Se apoya delante de mí, en la mesa, y me mira fijamente.
—Como hacer algo que no haría «ni por todo el oro del mundo».

Mi estómago se enrosca y lo miro incrédula.
—¿Qué está proponiéndome exactamente…?
—Creo que lo sabe —dice mirándome con fijeza.
Me quedo helada. Observo su cuerpo imponente, dispuesto a recibir mis atenciones. Dispuesto a que «lama» su ego.
—No tiene que aceptar, claro. Puede marcharse ahora mismo y olvidarse de mí para siempre. Pero si decide quedarse, será bajo mis condiciones.
La frase me golpea como un látigo. Todo mi cuerpo empieza a burbujear. ¿Quiere sexo? ¿Ese es el precio por su clemencia?
—Esto es chantaje… —mascullo.
—Le estoy dando a elegir. Irse o pedir perdón.
Mi estómago se repliega sobre sí mismo. Siento rabia hirviendo, y detrás de la rabia, un pánico desnudo que me aprieta el vientre.
Esto es inmoral. Esto es denunciable. Esto es… exactamente el tipo de juego en el que no debería involucrarme con él.
—Jamás haría algo así… —sentencio con un hilo de voz.
Él ladea la cabeza y, por debajo de la máscara, veo algo que no esperaba ver: alivio. Es minúsculo, pero está ahí. Un gesto sutil que nadie captaría, pero yo sí porque, después de tantos meses observándole, lo conozco mejor de lo que él se permite conocerse a sí mismo.
Sé que cuando está nervioso, en vez de tamborilear con los dedos, se pone a alinear las cosas por su tamaño.
Sé que detesta los ascensores llenos de gente y los halagos innecesarios. Y que tiene la manía absurda de adelantar todos los relojes cinco minutos.
Y sé que, ahora mismo, no quiere sexo. Busca que lo rechace.
Por Dios… ¡Lo que quiere es que renuncie a las prácticas! Y me ha dado una alternativa que sabe que jamás aceptaré.
¡SERÁ CABRÓN!
—Es una decisión muy respetable —dice conforme—. Le prepararé los papeles de la baja voluntaria…
Aprieto los puños. Me siento manipulada, y sobre todo, rabiosa. Pienso en mis padres, en el esfuerzo que he hecho y en lo cerca que

estoy de conseguirlo. Pero sobre todo, en lo mucho que me repatea dejarle ganar…
Tengo que hacer algo. ¡No voy a dejar que se salga con la suya!
—Espere… —digo sin saber de dónde saco la voz.
Él me mira conteniendo el aliento.
Me pongo de pie y me acerco a él, invadiendo su espacio.
—He cambiado de opinión…
En un gesto impulsivo, torpe y desesperado, llevo las manos a la hebilla de su cinturón, dispuesta a desabrochárselo.
W se tensa por completo. Cada músculo de su ser se endurece y de pronto me siento más poderosa que nunca.
El sonido del metal tintineando es como un disparo. Sus ojos bajan un segundo a mis labios entreabiertos y luego a mis dedos en su cinturón. Es un segundo, pero su expresión de deseo me deja sin palabras.
«¿Dónde me estoy metiendo? ¡¿Por qué no me frena?!».
—Si es lo que quiere, lo haré —le reto yendo un paso más allá y desabrochándole el botón del pantalón.
Él tiembla, pero no retrocede. No me frena. Solo me observa, como si no pudiera hacer nada más.
Mi pulso bombea en mis sienes, en mi vientre, en mis muslos, como una queja generalizada a la exposición de un peligro que podría arrastrarme a la perdición.
Tenerlo tan cerca impresiona. Su olor, el calor que desprende, la dureza de su cuerpo, todo invita a seguir tocándolo.
Cuando su pantalón cede, noto el tirón de su erección contra la tela.
¡Por Dios…!
Sus pupilas están muy dilatadas. Es como ver a un animal contenido dentro de un traje de tres mil dólares.
Cuando mi mano empieza a bajar la cremallera despacio, un gemido bajo, casi inaudible, nace de su garganta. Y por un momento, juraría que está a punto de inclinarse y besarme.
Justo cuando estoy a punto de tocarle, sus manos atrapan mis muñecas con fuerza, inmovilizándolas entre nuestros cuerpos.
—Ya es suficiente… —dice ronco.
Su voz no es la firme de jefe insoportable, sino otra más rota.

Levanto la mirada, aturdida.
—¿No es esto lo que querías? —digo alzando la barbilla.
Él cierra los ojos un instante, como si no pudiera mentir, pero cuando los abre, la máscara ha vuelto.
—No —dice con una frialdad desconocida—. Esto era una prueba. Y no la has pasado.
Mi estómago cae en picado.
—¿Perdona?
Sus ojos son dos cuchillos verdes.
—Pensaba que eras distinta, Harper… —Su tono es tan controlado que me dan ganas de gritar—. Pero ya veo que eres como todas. Si te acorralan, no dudas en saltarte todos tus principios.
Sus palabras me atraviesan. La humillación sube por mi pecho como lava ardiente.
¿QUÉ COÑO ESTÁ PASANDO?
¿Cómo ha conseguido darle la vuelta a la tortilla?
Sabía que iba de farol, quería demostrarle que soy lista, pero, de alguna forma, ha conseguido humillarme otra vez.
Tampoco entraba en mis planes que sus ojos me devorasen, confundidos por el deseo.
Porque la he visto. He visto la verdad un segundo antes de que pudiera ocultarla. Ese segundo en el que parecía humano, y al otro un hombre a punto de destruir el mundo para no admitir que algo le ha afectado.
Me suelta tan de golpe que tengo que dar un paso atrás. Él retrocede a la vez, como si mi cercanía le quemara.
Los dos nos quedamos huérfanos por imaginar cómo podría haber acabado la escena… Nosotros, enredados en un nudo de extremidades sudorosas sobre su escritorio, llenos de deseo, odio y respiraciones entrecortadas.
¿Cómo sería acostarme con él?
Sentir sus manos firmes sobre mí, su voz grave y exigente dándome órdenes. Ese control implacable trasladado a la intimidad… buf…
—Puede irse, señorita Harper —masculla incómodo.
Huyo hacia mi mesa, con las piernas temblando, intentando ignorar que tengo los pezones duros y la mente convertida en un videoclip

censurable. Pero la fantasía me persigue.
Imagino su aliento rozándome el cuello, ordenándome cosas que jamás admitiría que me gustan en voz alta, el peso de su imponente cuerpo sobre el mío…
¡¡Basta!!
—Estás enferma, Emily —murmuro para mí misma—. Muy enferma.
Y lo peor es que W puede oler mi excitación. Ha visto cómo mi osadía se volvía deseo tangible y real. Y estoy segura de que, a su retorcida manera, le ha encantado sentirlo.
Enderezo los hombros y me trago un jadeo.
Dicen que nunca hay que mezclar los negocios con el sexo…, pero nadie te prepara para rechazarlo cuando el negocio te tiende una trampa y decides cruzar la línea por voluntad propia.

CAPÍTULO 9



Cuando el despacho se queda en silencio, noto cómo mi respiración se torna irregular, como si hubiera corrido una maldita maratón sin moverme del sitio.
La imagen se repite detrás de mis párpados una y otra vez:
Su voz diciendo «He cambiado de opinión».
Sus manos en mi cinturón.
Mis largos dedos rodeando sus estrechas muñecas.
¡Joder…!
Me apoyo en la mesa porque las piernas no me responden como deberían. Parezco un hombre a punto de desmayarse, y no por debilidad, sino por una posibilidad que ni siquiera debería haber existido.
Mi idea era simple: pinchar su orgullo hasta que se fuera. Yo siempre gano cuando se trata de empujar a la gente lejos de mí.
Pensaba que renunciaría y asunto arreglado. Pero en lugar de eso, ha dado un paso hacia el fuego… y casi me quemo yo.
Lo peor es sentir que me hubiera gustado arder…
La cara que ha puesto cuando la he frenado… eso sí que ha sido una tentación. Un desafío directo al tipo de hombre que no puedo permitirme ser en esta oficina. Y lo juro: no soy un hombre fácil de tentar.
De pronto, he entendido que todo lo que dice en su cuenta es cierto. Puede que me odie, pero también le excito. Y no sé qué me cabrea más: que ella haya estado dispuesta a hacerlo o que yo me haya apartado como un puto monje.
«Has sido razonable», intento consolarme.
Mentira.
La verdad es que cuando sus dedos han rozado mi cinturón, algo primitivo, oscuro y muy real ha despertado dentro de mí. Y si no la hubiera detenido, no habría quedado nada del hombre que pretendo ser.
Si hubiera permitido un centímetro más, ese lado mío que no responde ante nadie habría tomado el control sin titubear. Y Emily no tiene ni idea de lo cerca que ha estado de conocerlo…
La habría puesto de rodillas, habría hundido la mano en su pelo para marcar el ritmo de su cabeza y me habría asegurado de que me

mirara mientras me perdía dentro de su boca.
Mi polla da una sacudida violenta en señal de protesta.
¿Y si no la llego a detener?
No quiero pensar lo que habría pasado…
Una carcajada amarga me sube por el pecho.
Así que esto es perder el control: desear algo que no deberías, y saber que, si empiezas, no vas a poder parar.
Me conozco.
Hay una parte de mí de la que llevo años huyendo, una que no pertenece a las oficinas de White Industries. Una que manda en la oscuridad, donde nadie usa su nombre real, donde el poder se diluye en caricias, favores y amenazas silenciosas.
Me educaron para ser de hielo. Y Emily… Emily no sabe lo que hace cuando me provoca. No sabe que el hielo, cuando se rompe, corta más que el fuego.
Me dejo caer en la silla y la piel de cuero me otorga algo de frescor a mi cuerpo todavía en combustión.
Necesito orden.
Necesito control.
Necesito sacar esta movida del terreno emocional y devolverlo al terreno estratégico. Porque si no lo hago, la próxima vez… no habrá freno.
Mierda…
¡Y yo pensando que por fin la tenía contra las cuerdas!, pero más bien es al revés.
La recuerdo esa Nochevieja, mirándome con odio y asco. Esa mirada que me dejó más marcado que cualquier insulto velado. Un desprecio que tapé con vanidad, mujeres y éxito… hasta que una cuenta anónima ha arrancado la costra con una facilidad exasperante.
¿Desde cuándo me importa lo que digan de mí?
No lo sé, pero desde que sé que es ella quien escribe… importa demasiado.
Mi moral, la poca que tengo, da un vuelco. Mi miembro, otro, dejando clara la jodida guerra civil que hay en mi interior.
Y para rematar, está Nick.
Nick y su jodida habilidad para oler mis debilidades.

Conoce la existencia de la cuenta, y eso reaviva una inseguridad que creía enterrada.
Porque, ¿y si se lo cuenta a alguien? ¿Y si los empleados, o peor, mi padre, se hacen eco de que una de las empresas más importante del país está dirigida por un idiota que se deja pisotear públicamente por su ayudante?
Nick podría usarlo como palanca para hacerse indispensable para White Industries, y no puedo permitirlo.
Estoy tentado de salir a buscarla y decirle que recoja sus cosas y no vuelva a poner un pie en esta oficina.
Sería tan fácil acusarla de difamación, calumnia o lo que quiera el departamento legal…
Pero la realidad es que @MalditoJefe no puede salir a la luz. Porque más que exponerla a ella, sería exponerme a mí mismo.
Y luego está el deseo. Ese deseo perverso de comprobar si esa lengua que tan bien me desafía, también sabe rogar.
Esto es un tablero de ajedrez donde cada movimiento me acerca más al jaque mate. Y aun así, no puedo resistirme a jugar.
Envío un email a Nick para quedar con él esta misma tarde y sobornarle. O asesinarlo y esconder el cuerpo. Una de dos.
No tarda ni diez segundos en aparecer en mi despacho.
Mi hermano es analógico; no le gustan los mensajes electrónicos ni los móviles. Si por él fuera, los acuerdos empresariales se cerrarían con noches locas de camaradería masculina en clubs de alterne.
—Dime que no me necesitas para llevar a cabo algo ilegal —me saluda con ese tono de burla que me saca de quicio.
—Depende de tu definición de «ilegal».
—La del código penal, Marcus. No la tuya —dice entrando.
—Entonces, no. Todavía no.
—¿Todavía? —se ríe—. Me gusta como suena. Sabía que tu lado pendenciero sigue vivo debajo de ese traje de tres mil dólares. ¿Para qué me has citado? Sé que no es para hablar de la empresa.
—Es solo para eso. Lo juro —repongo calmado. Y no miento.
—¿Y por qué pareces a punto de cometer un crimen pasional?
—Sabía que esto no era buena idea… Olvídalo. Vete.

—¡Espera…! —Pica. Yo sonrío de medio lado—. ¿Cuál es tu plan? ¿Enterrarme bajo montones de gráficas y que renuncie al puesto por aburrimiento?
Mi sonrisa se ensancha.
—Papá quiere que trabajemos juntos, y no podremos hacerlo sin unas bases sólidas. Quiero dejar claros cuáles son mis límites y cuáles los tuyos.
—¿Tú tienes límites? —se mofa sentándose en la misma silla en que se ha sentado antes Emily—. No me hagas reír, Marcus. ¿Cuál es el verdadero motivo? ¿Soy alguna especie de coartada o algo así?
Me sorprende su lucidez con toda la mierda que se ha metido en el cuerpo a lo largo de su vida.
—Eres mi hermano —digo rotundo—. O lo eras. Solo quería saber si quedaba algo dentro de ti que no fuera del todo inútil.
El silencio que sigue tiene más historia de la que ninguno está dispuesto a comentar.
—Vale. Quedamos a las seis en mi hotel. Podemos cenar, recordar viejos tiempos y salir a tomar algo después. Me han hablado de un club que tiene muy buena pinta. Lux Noor. ¿Lo conoces?
Intento que ningún músculo de mi cara se mueva. El Lux Noor es mi puto santuario. Mi refugio. Y no quiero que él lo pise.
—No me suena.
—Pues me han dicho que entre sus paredes se junta la fauna más poderosa de Boston.
«Exacto».
—¿Ah, sí?
—Y que por dentro es espectacular.
«Espectacular se queda corto. Es el sueño húmedo de cualquier aristócrata del siglo XVIII. Madera oscura, lámparas antiguas y olor a puro. La opulencia conservadora más ostentosa inimaginable expuesta sin pudor».
—Y dicen que todo el mundo lleva máscara —añade Nick, misterioso.
—Eso no es nuevo. Muchos clubs las tienen.
—Ya, pero estas son distintas. Dicen que tienen un diseño especial. Que las aberturas para los ojos y la boca están delineadas con un material muy elegante y cómodo. Que se adapta perfectamente a la

piel de la cara y que no aplasta en el pelo —explica emocionado—. Tenemos que ir.
«¡Elige cualquier otro club que no sea ese!», grito dentro de mí.
Es el único lugar donde puedo ser yo mismo y quitar mi polla del modo avión… Allí puedo dejar fuera el peso del apellido White y convertirme, por unas horas, en un hombre normal.
Porque cuando entras en la élite, las mujeres dejan de mirarte a ti y solo ven poder. Y todos los hombres quieren algo, esperan algo o te ocultan algo.
Al principio, es adictivo. Cada mirada de admiración, cada «sí, señor», alimenta a la bestia que llevas dentro. Pero con el tiempo llega el vacío: ya no hay lucha, ya no hay desafío. Nada que te haga vibrar la sangre con la emoción de la búsqueda.
Pasas años construyendo una impenetrable fortaleza de éxito, solo para darte cuenta de que eres el único cabrón dentro de ella.
Pero incluso el hombre más poderoso necesita, a veces, que lo pongan de rodillas. Y eso es imposible cuando saben quién eres.
Mi nombre, mi reputación y mi cuenta bancaria son fortalezas… pero también jaulas.
Por eso fundé Lux Noor. Nadie lo sabe, pero soy el propietario en la sombra.
Nació como una vía de escape, pero pronto se convirtió en algo más. En un santuario para la élite. En un lugar donde el sexo no es la única moneda de cambio: también lo es la información, los favores, los secretos… Y donde hay secretos, siempre acaban viniendo los hombres equivocados.
Porque hay reuniones que no pueden ocurrir en un despacho normal. Acuerdos que no deben dejar huella. Alianzas que solo se sellan en la oscuridad.
Y en Lux Noor, yo decido qué se compra, qué se vende, y quién arde. Allí aprendí que un favor vale más que un millón de dólares. Y que cuando la gente poderosa te debe favores, te vuelves intocable.
—Pues quiero ir —insiste Nick—. Por cierto…, ¿esa pobre chica no está despedida todavía? —pregunta mirando a Emily a través del cristal de mi despacho.
—No.

—¿Por qué?
Aprieto la mandíbula.
—Todavía no he terminado con ella. —Y es lo más sincero que puedo decir. Pero no sé si hablo de trabajo o de otra cosa…
—¿Vas a torturarla o algo así?
—Probablemente.
Nick muestra una sonrisa peligrosa.
—Bien, porque si tú no la quieres, me la quedaré yo. A fin de cuentas, no es mi secretaria. Y técnicamente, está en el mercado.
—Técnicamente, si la tocas, te derivaré a Recursos Humanos.
—¡Yo soy Recursos Humanos! —ríe—. Y me encanta optimizar el talento…
—Ni se te ocurra, Nick.
—Relájate, hombre de hielo. Era una broma… Nos vemos a las seis. ¡Tengo ganas de conocer ese club!
Se marcha antes de que pueda quitarle esa idea de la cabeza.
Respiro hondo varias veces para mitigar una extraña inquietud.
Abro el cajón de las emergencias, sirvo un trago de whisky y dejo que el ardor me queme la garganta. Me relaja un poco, pero no apaga el malestar que tengo en el estómago.
«Nick no va a tocarla. Si yo no puedo, él mucho menos».
«¿Por qué no puedes?».
Ese silencio por respuesta me da más miedo que nada.
Una parte de mí quiere mandarlo todo a la mierda y averiguar qué se siente al hacer realidad cada una de sus publicaciones…
Observo la ciudad a través de las impresionantes vistas. Pero no miro hacia afuera, sino la imagen que me devuelve el reflejo. Hay un hombre de traje oscuro, rictus serio y la apariencia de quien parece tenerlo todo bajo control…
Entonces, ¿por qué siento que estoy a punto de hacer la mayor locura de mi vida?

CAPÍTULO 10



EMILY

No debería estar temblando.
He salvado contratos millonarios, he defendido tesis, he sobrevivido a cenas familiares con mi padre hablando de posibles yernos cardiólogos… pero ahora mismo estoy en mi silla, con el pulso en la boca y mi dignidad intentando pedir un Uber para huir de mí misma.
Me siento como si fuera dos personas distintas: la Emily racional, sensata, trabajadora e hija de padres respetables… y la Emily que hace diez minutos ha intentado bajarle la bragueta a su jefe como si fuera lo más normal del mundo.
Pero lo peor es que… me ha gustado. Me ha gustado su cara de shock. Su respiración rota. Me ha gustado sentir que le afecto. Descubrir que el hombre de hielo tiene un punto de fusión… y soy yo.
Finjo teclear algo en el ordenador porque mis manos están todavía recuperándose del episodio.

No sé si estoy despedida. Si W está preparando mi baja voluntaria. O si seguimos en tablas.
Solo sé que, en cuanto intento pensar con claridad, mi cerebro repasa la escena en bucle como si fuera cine independiente en blanco y negro, con música dramática y subtítulos en francés. Y cada vez que llego al momento en el que él me detiene, me entran ganas de meter la cabeza en un cubo de ácido sulfúrico.
Me froto las sienes. Necesito aire y respuestas.
De pronto, la puerta del despacho de Marcus se abre y él sale.
Camina hacia mi mesa despacio, sin prisa pero sin pausa. Una estrategia diseñada exclusivamente para destruirte los nervios. Mi espalda se eriza. Mi respiración también.
Se detiene justo detrás de mí. Puedo sentir el calor de su cuerpo como si estuviera a milímetros.
—Harper —dice con esa voz experta en generar vértigo—. Tenemos que aclarar un asunto antes de seguir trabajando juntos.
«¿Seguir trabajando juntos?». Entonces, ¿no estoy despedida?
—¿Qué quieres aclarar, que no tenías ningún derecho a chantajearme así? —digo con valentía.
—Tienes razón —responde sin parpadear—, pero tú tampoco tenías derecho a ridiculizarme en una cuenta anónima. ¿Qué querías conseguir con eso?
—¡Desahogarme! —admito rabiosa—. La empresa no cubre la terapia por tu maltrato.
Él exhala un suspiro que no sé catalogar.
—Podías haber pedido un cambio de puesto.
—No quería parecer débil.
W me examina como si acabara de descubrir una pieza rara en una colección privada.
—Eres muy cabezota, ¿lo sabías? —dice.
—Y tu ego no cabe por las puertas.
Sonríe.
Dios…
No debería ser legal que un hombre sonría así en horario laboral.
—¿Por qué me odias tanto, Harper? —pregunta curioso.
—Porque pudiendo hacer las cosas bien, siempre eliges hacer daño.

Él se tensa.
—¿Qué sabes tú de mis elecciones?
—Sé que esa Nochevieja no te cortaste ni un pelo conmigo…
Marcus toma aire, cansado.
—Solo quería, una vez más, minimizar daños —expone con firmeza—. Nick cree que el mundo es una barra libre.
—¡Me llamaste Cenicienta! —lo acuso indignada.
—Intentaba protegerte. No quería que fueras el nuevo juguete roto de mi hermano.
Sus palabras me perturban porque no las dice con crueldad, sino con una especie de honestidad resignada.
—Pues me hiciste sentir insignificante, no protegida.
—Era eso o ver cómo te rompía.
—¡Yo no era asunto tuyo!
—Claro que lo eras. Todo lo que hace Nick deja un rastro de destrucción, y no quería que fueras parte de él.
Me quedo muda.
Por primera vez, su tono no suena a desprecio, sino a fastidio. Como si llevara demasiado tiempo cargando con el peso de su familia.
—Pues lo conseguiste… —murmuro.
—Tuve suerte. Porque contigo nunca se sabe. Tienes esa mezcla peligrosa de buenas intenciones y mal genio.
—¿Y eso es malo?
—Eso es combustible —dice despacio—. Para quien se atreva a acercarse demasiado a ti… Y parece que no entiendes lo inflamable que eres…
La temperatura sube treinta grados de golpe. Noto cómo me arden las mejillas.
—¿Por qué nunca me habías hablado así? —cuestiono—. ¿Por qué siempre me tratas tan mal?
—Porque eres una temeraria. Y cada vez que crees tener razón, me obligas a dudar de la mía…
Mis pulmones olvidan cómo funciona el aire.
Que admita que mi opinión tiene peso para él es más de lo que podría desear.
—No soy tan temeraria.

—Has puesto las manos cerca de mi paquete. Créeme, lo eres…
—Por un momento pensé que ibas a… no sé, reaccionar como un ser humano normal.
Marcus no sonríe. Solo inclina un poco la cabeza, como si me estuviera observando desde una distancia emocional inalcanzable.
—Harper —dice con esa calma que corta—, si quieres quedarte en esta empresa, mantén las manos donde deben estar y tu cabeza donde no me dé problemas. Solo te pido un mínimo de profesionalidad. No es tan difícil. ¿Podrás hacerlo o soy demasiado tentador para ti?
El aire entre nosotros se vuelve peligroso. Me mira arqueando esa maldita ceja perfecta, y casi puedo oír a mi útero gritando: «¡SÍ, LO ERES, TÓMAME YA!».
¡¿Qué leches me pasa?!
¿Estoy tan frustrada sexualmente que la ceja arqueada del gilipollas de mi jefe me basta para ponerme histérica?
«¡Contrólate, joder!». ¡Ya no tienes veinte años!
—Ya no soy la misma chica impresionable de esa nochevieja.
—Lo sé —musita para sí mismo—. Y eso lo complica todo…
Se inclina lo justo para invadir mi espacio vital y que me tiemble algo que ni sabía que podía temblar.
Estoy a punto de entrar en erupción y él está tan tranquilo. Pero en el fondo sé que solo es una fachada. Que le afecto de algún modo.
—¿Alguna vez te cansas de fingir que no te importa nada? —pregunto de golpe.
—Todos los días —musita—. Pero cuando dejo de fingir y pierdo el control… —Sus ojos caen hasta mis labios—. La cosa no suele terminar bien para los demás.
Mi corazón se estrella contra mis costillas.
Mi cabeza dice «huye». Mi cuerpo dice «acércate más».
No hago ninguna de las dos. Solo respiro. O eso intento.
—¿Estoy despedida? —pregunto en un susurro.
Él se lo piensa.
—No. Todavía no he terminado contigo.
Y se va.
¿¿QUÉ?? ¿ESO QUÉ SIGNIFICA?

Pienso en llamar a Ava. Ella sabe hablar el idioma de los tíos. Más que nada, porque también es el suyo.
Le mando un mensaje:
Emily:
Nos vemos en el baño ya. Es urgente.

Me levanto intentando parecer normal. Un paso detrás de otro. Cruzo el pasillo, intentando no girar la cabeza para mirarle, pero fracaso.
W me mira frunciendo los labios. No con ira. Sino con algo que me recorre la columna vertebral como electricidad estática.
¡¿Quién necesita drogas cuando eres masoquista?!
Camino directa a los baños y Ava no tarda en aparecer como un tornado.
—¡Ya era hora! ¡¿Qué ha pasado?! ¡Cuenta!
—Lo sabe todo —digo con voz estrangulada.
—¡¿Y qué te ha dicho?! ¿Te ha gritado?
—Peor. Me ha pedido sexo a cambio de olvidar la afrenta…
—¡¡¿QUÉÉÉ?!! —grita soltando una risotada histérica—. ¡Me estás vacilando, ¿no?!
—Para nada —digo cogiéndome el puente de la nariz—. El problema es que le he dicho «¡vale!». Y he empezado a desabrocharle el pantalón como si fuera a hacerle una mamada ahí mismo.
—¡¡¿PERDONA?!! —Ava llora de risa—. ¡Alucino!
—¡Quería que me fuera! ¡Y no se me ha ocurrido otra cosa!
—No me lo puedo creer…
—Él esperaba que me negase. Noté alivio en su voz cuando dijo que me prepararía los papeles de la baja y pensé: «Y UNA MIERDA». Y de pronto, mis manos estaban en su cinturón…
Ava se ríe de nuevo.
Pero no un poquito. Se sujeta la barriga y se dobla de risa.
—No es gracioso…
—¡¿De verdad lo has hecho?!
—No. Al final, me ha frenado. Y me ha echado de su despacho.
—¡BUAH! —Se limpia las lágrimas—. ¡El CEO más inalcanzable, el semidiós de hielo, el terror de los ejecutivos… rechazando una

mamada de su enemiga jurada! ¡Emily, cielo, esto es comedia de alto nivel!
—¿Y ahora qué hago? Le he preguntado si estaba despedida y me ha soltado que «aún no ha terminado conmigo».
Ava se abanica.
—Eso es una invitación sexual en toda regla disfrazada de protocolo corporativo.
—Por Dios… —Me llevo las manos a la cabeza—. ¿Qué voy a hacer?
—¡No seas tonta y lánzate! Ese hombre es una catástrofe sísmica para la libido femenina —sonríe soñadora—. No me digas que no te gustaría…
—Lo que me gustaría es cruzarle la cara de un guantazo.
—Te pone, no lo niegues. Se lo has confesado a medio mundo.
Mi silencio no hace más que confirmar su afirmación. Y me jode tanto darme cuenta, que me quedo sin palabras.
Ava sonríe como la bruja del bosque que aparece en el capítulo clave del viaje del héroe.
—Ahora toca contraatacar, querida.
—¿De qué hablas?
—Provócale. A los depredadores como él les gusta jugar con su presa antes de comérsela. Provócale y volverá a por más.
Ava señala mi móvil como si fuera un arma en una película.
—Publica un post en tu cuenta y cuéntale al mundo lo que ha pasado en ese despacho.
—¡¿Estás loca?!
—Sí. Y tú también. Por eso somos amigas. No te rindas ahora, Em. ¡No le dejes ganar! Atácalo donde más le duele: su ego.
Lo pienso durante un minuto. Tiene razón. Toda mi vida me he esforzado por hacer las cosas bien y nadie me lo ha reconocido. Es hora de hacerlo por las malas. Porque, aunque lo niegue, lo he visto. Ese fuego en su mirada.
Creo una publicación nueva en un impulso.
—«Adivinad qué» —digo en voz alta mientras escribo—. «Hoy mi jefe, muy en su línea, ha rechazado una mamada corporativa». —Ava sube las cejas alucinada—. «¿Será gay, impotente, o simplemente alérgico al placer ajeno?».

Mi amiga chilla de alegría y yo suelto una carcajada malvada.
—¡LO TENEMOS! ¡Esas son las *vibes* ! ¡Súbelo ahora mismo!
Estoy a punto de darle a publicar cuando vuelvo a pensarlo. Siento que he encendido una cerilla en una fábrica de gasolina.
—Ava… Esto puede enfurecerle mucho.
—Exacto, querida. —Me guiña un ojo— Y un hombre furioso que intenta demostrar que no le importas comete un error detrás de otro.
Siento un escalofrío. Pero no de miedo, sino de anticipación.
¿Le importo a Marcus White?
—Emily… —dice Ava, bajando la voz—. Lo que tienes con él no es odio. Es química reprimida.¡Así que hazlo! ¡Juega con él!
Jugar es lo que mejor se me da… Soy de lo más creativa.
Añado los hashtags #FarolFallido y #Ereccion404 y le doy a publicar.
Nos reímos juntas, pero, por extraño que parezca, no me siento como otras veces. No siento ese sosiego, sino una inquietud rara. Como si supiera que mi vida acabara de cambiar. Lo que no sé es si para bien o para mal…
Cuando salgo del baño, tengo el pulso acelerado.
Regreso a mi mesa sin mirarle, me siento, y luego respiro. En ese orden. La apnea es mi nuevo deporte.
Pasan los minutos y a mi alrededor solo hay calma. Ni un gruñido. Ni una llamada a su despacho. Solo el *tic-tac* de un reloj, el tecleo lejano de otras personas y mi propio corazón intentando fugarse de mi caja torácica.
Me digo que quizá no lo haya visto todavía. Puede que no ojee el teléfono hasta la hora de comer. Quizá el universo solo me esté dando un poco más de tiempo.
Logro relajarme y trabajar un poco hasta que noto algo extraño detrás de mí. Una presencia. Un calor. Una sombra que me acecha… Como si mi propio final de temporada hubiera venido a buscarme.
No me hace falta girarme para saber que es él. ¡Estoy muerta!

CAPÍTULO 11



EMILY

Nunca en mi vida he sentido tanta tensión como cuando lo oigo susurrar cerca de mi nuca:
—Harper…
Mi estómago cae al abismo más profundo de la historia de los abismos. Y me quedo otra vez sin aire.
Está tan encima de mí que necesita apoyar una mano en mi mesa para mantenerse en el aire sin llegar a tocarme.
Su cercanía me abruma. Es tan grande, tan jodidamente dominante, como si quisiera recordarme que lo peligroso no es él, sino lo que me hace desear.
—¿Sí…, señor White?
Mi voz suena como si hubiera estado corriendo por el desierto.
Deja caer, con una lentitud delirante, un manojo de papeles por encima de mi hombro, como si quisiera que sufriera cada milímetro

de su proximidad.
—Necesito que resuma estos informes para antes de las cuatro.
Su voz es tranquila. Demasiado tranquila.
—Por supuesto… —carraspeo.
Intento ordenar los papeles, pero sin éxito. Porque en un descuido, totalmente estudiado, sus dedos rozan los míos.
Esa caricia furtiva y premeditada es suficiente para que mi columna vertebral se prenda fuego como una yesca.
No veo cómo sus labios se curvan, pero lo siento. Un estremecimiento involuntario recorre mi cuerpo de arriba abajo.
—¿Todo bien, Harper? —murmura en mi oído.
¡Esto es acoso! El tío te empotra emocionalmente antes de tocarte.
Me separo de él con torpeza y empiezo a cometer errores:
Número uno: mirarlo a los ojos. Sus pupilas están tan dilatadas que me cuesta encontrar el verde de sus ojos. Un deseo oscuro lo cubre todo.
Error número dos: empiezo a jadear como un perro. Él baja la vista hacia mi boca, despacio, como si estuviera valorando opciones absolutamente indecentes.
—Estoy perfectamente —miento con descaro.
Sus ojos descienden hasta el pulso de mi cuello. Llega a la línea de mi clavícula y desemboca en mi escote. No me ha tocado, pero lo he sentido como una caricia.
Mis ojos, traicioneros, se deslizan por la rendija de un botón de su camisa que antes no estaba desabrochado. Joder… ¡Tuve que recurrir a la brujería para olvidar ese torso de dios griego!
De pronto, el espacio entre nosotros vibra. Es como si las leyes de la naturaleza aprobaran esta cercanía prohibida.
—Me alegra escucharlo… —dice despacio. Y se endereza con una exhalación suave. No es una risa. Es el disfrute maligno de saber que me tiene donde quiere.
¡Voy a asesinarle!
—No se demore —concluye, como si no acabara de incendiarme el sistema nervioso.
Camina hacia su despacho y me deja temblando en mi mesa.

¿Habrá leído el post y esta es su reacción? ¿Y si todavía no lo ha hecho? Porque parecía lo contrario a furioso…
Me enfrasco en el trabajo para no darle más motivos para echarme.
A las cuatro, le envío los resúmenes por *email* . Y tras ordenar mi mesa con manos torpes, cojo mi abrigo y huyo.
Evito mirar en su dirección y camino hacia el ascensor intentando que no se note que quiero echar a correr.
Pulso el botón con ansiedad, y cuando las puertas se abren, me meto dentro rezando para superar este día sin ningún otro percance.
Pero no tengo esa suerte.
Lo veo venir hacia el ascensor sin prisa, como un malo cuando persigue a su víctima.
Su cara no transmite ninguna expresión. Y en dos zancadas se cuela dentro y se coloca a mi lado, tan cerca que puedo oler su colonia de nuevo. Es mejor de lo que recordaba mi mente.
Cuando se cierran las puertas, algo me dice que ha leído el post y que estoy perdida.
El ascensor empieza a bajar con ese zumbido suave que normalmente me calma, pero ahora mismo me pone los pelos de punta.
Marcus no me toca; no le hace falta. Su simple presencia es una amenaza erótica.
Mi piel reacciona a su inminente ataque incluso antes que mi cerebro.
Mi corazón late desbocado, como si presintiera lo que está a punto de pasar.
Se acerca por detrás y dice con voz grave:
—Así que… ¿ahora soy *gay* ?
Cierro los ojos y maldigo.
«Ava te mato. Te mato y te resucito para matarte otra vez».
—Era una broma —digo intentando sonar relajada.
—¿Tan mal te ha sentado que te frenara en mi despacho?
—Sabía que lo harías… Tú tampoco has pasado mi prueba —respondo con insolencia.
¡PERO QUÉ ESTOY HACIENDO!
«¡Deja de provocar al dragón, Emily! ¡Vas a acabar achicharrada!».
—Yo también sé jugar a esto, ¿sabes? Y mejor que tú.

Su amenaza velada me trastoca como nada.
Giro el cuello y encuentro su boca a solo una mala decisión de la mía…
—¿Por qué haces esto? ¿Para demostrar tu hombría?
Él sonríe como si acabara de contar un chiste. Porque Marcus White no tiene que demostrar nada. No hay más que verlo…
La luz del ascensor cincela su mandíbula con un deje tan varonil y sexi que me cabrea. Su seguridad en sí mismo es su mayor atractivo.
—Te crees muy lista, ¿verdad?
—Nah. Solo lista a secas —replico rebelde.
Se acerca un poco más, lo justo para recordarme que podría besarme si quisiera. Pero no lo hace y eso me frustra más de lo que debería.
—¿Quieres que te confiese algo? —susurra contra mi cara.
No contesto. Porque si lo hago, se me caen las bragas hasta la planta nueve.
—Antes… cuando has agarrado mi cinturón… —Su respiración roza la piel de mi pómulo—. He pensado en agarrarte del pelo y ponerte de rodillas en el suelo.
Un latigazo de placer me atraviesa desde el pecho hasta… donde no quiero admitir. Mi cuerpo se contorsiona para él sin mi permiso.
W sonríe.
La sonrisa de quien sabe que no soporto cuánto me gusta esto.
—¿Mi confesión te asusta, Harper?
—Nada de ti me asusta —contesto temblorosa.
Su nariz se desliza por mi cuello sin llegar a besarlo. El calor que desprende me incendia cada terminación nerviosa.
—Algo te asusta… —me contradice—. ¿Es esto?
Mi respiración comienza a descontrolarse cuando siento su erección, clavándose lenta y deliberadamente en mi espalda.
Mi cuerpo responde buscando más contacto. Es humillante, pero no puedo evitarlo.
—No he venido a demostrar mi hombría… —susurra acariciando el lateral de mi muslo con las yemas de sus dedos—. He venido a demostrar que mientes. Y que no eres tan inocente como finges ser. Tú empiezas los incendios, Harper. Yo solo los avivo.
—No sé de qué hablas… —musito excitada.

—Claro que lo sabes. Lo de tus redes sociales no es ninguna treta. Te gusto y seguro que estás mojada solo de pensar en qué hubiera pasado si no llego a detenerte antes… ¿Me equivoco?
Intento negarlo. Lo juro. Pero no me sale la voz.
¡Mierda!
—Eso pensaba… —susurra satisfecho.
Sus dedos se deslizan por mi tripa, sortean mi ropa interior, y descubren mi traicionera humedad.
—Mírate… Tan mojada para mí.
—Eres un cabrón —jadeo.
La intromisión de un dedo entre mis pliegues hace que gima y le agarre del antebrazo con fuerza. No sé si para pararle o para que no se aparte.
Comienza un movimiento tan delicioso que no me permite recordar cuánto le odio. Está claro que sabe lo que se hace.
Pero si cree que voy a quedarme atrás, lo lleva claro…
Mi mano busca su erección y me topo con una jodida tubería de acero. ¿Qué coño es esto…? Intento abarcarlo, pero me resulta imposible. ¡Es como una tercera pierna!
Ante esa contundente promesa, mi cuerpo arde de deseo. Esto no es un hombre, esto es una amenaza a la estabilidad emocional femenina.
En algún rincón de mi cabeza alguien grita que meternos mano en un ascensor es un error y que estamos cruzando una línea que después no podrá desandarse, pero encierro esa voz en un cajón y suelto otro gemido más fuerte.
Él afianza el ritmo de su mano y me eleva a otra dimensión.
¡ME CAGO EN LA…!
—Marcus… —jadeo a punto de correrme.
En ese instante, se aleja de mí, dando dos pasos atrás. El frío que deja es como una bofetada.
Típico de él, arrancarme del cielo antes de que pueda alcanzarlo. Como si quisiera recordarme quién lleva la corona en este infierno.
No me molesto en preguntar por qué lo ha hecho. Con solo mirarle, sé que el cabrón controlador ha vuelto, y que su plan es marcharse sin darme lo que tanto necesito.

Las puertas del ascensor se abren con un *ding* catastrófico y sale como si nada, dejándome sola e incapaz de caminar.
¡MALDITO SEA!
Me apoyo contra la pared del ascensor como si me hubieran vaciado por dentro. Mis piernas aún tiemblan, mi corazón retumba, y mi ropa interior… bueno, mejor no entremos en detalles.
Había olvidado que Marcus White siempre tiene la última palabra. La más letal.
Me ha tocado como si me conociera… Y después se ha marchado como si yo fuera prescindible.
Y lo peor… es que mi cuerpo aún lo busca.
Aprieto los dientes.
Me niego a ser una más en su lista de «Cosas que controlo sin despeinarme».
W está acostumbrado a que todo el mundo baile a su ritmo. A que nadie le replique. A que nadie le diga que no. Pero yo lo hago, y eso le descoloca y lo enciende a partes iguales.
Le saco de su zona de confort y eso es peligroso para él.
Puedo sentir cómo mi mente empieza a tramar un plan que es pura dinamita. Un juego donde la presa se da la vuelta y muerde.
Voy a devolverle cada mirada, cada roce, cada insinuación… multiplicado por diez.
Ahora mismo no sé qué deseo más, si matarlo o follármelo. Pero una cosa es segura: él ha empezado este juego, pero yo voy a cambiar las reglas.
Marcus White caerá…
Y lo hará sobre mí.

CAPÍTULO 12



MARCUS

El whisky del hotel Dagny no es gran cosa.
Es demasiado suave. Casi complaciente. Y un buen whisky debería escocer como una mala decisión, no acariciarte las grietas.
Estoy en mi cuarta copa cuando veo aparecer a Nick, con ese aire despreocupado y una sonrisa que parece producto de un chiste interno que solo conoce él.
—Joder, hermano… pareces el «antes» de una campaña de rehabilitación —dice dejándose caer en el sofá a mi lado.
—Llegas tarde —replico, aunque no estoy seguro de si es verdad.
Él alza una ceja divertida.
—¿Estás borracho? ¿Desde cuándo bebes antes de las ocho?
—Desde hoy…
—¡Ah! Entonces yo no soy el problema esta vez. ¡Qué alivio!
No contesto. Solo giro el vaso en mi mano, viendo cómo la luz se quiebra en el ámbar.
No debería haberla tocado así.

No debería haber dejado que me tocara. Ni haberle permitido descubrir lo duro que estaba por ella.
Y ahora… Ahora estoy borracho.
Nick me observa como un sabueso.
—¿Cómo se llama ella? —pregunta socarrón.
Maldito sea… Bajo el mentón, para ocultar que he cruzado una línea que llevo años evitando. Esa línea que separa al directivo del hombre. Y al hombre del depredador.
No voy a decírselo. Preferiría pegarme un tiro.
—Se llama Nick. Tú, papá, las redes sociales, el capitalismo tardío… Hasta el puto universo es culpable… —desvarío.
—Así que esto es por Emily.
Aprieto los puños con fuerza. ¡No le soporto!
Si mi hermano fuera un imbécil, un cafre y un inconsciente, le perdonaría que fuera tan insensato, pero con lo listo que es, me jode el doble que cause tantos problemas.
—Ni la nombres —gruño.
Su sonrisa se ensancha como si acabara de ganar una apuesta.
—Ay, la pequeña Harper…
No quiero hablar de ella. Aún tengo su gemido pegado en los dedos y necesito olvidarlo antes de que me vuelva loco.
—No es «pequeña» —mascullo—. Más bien es un gran puto problema…
Nick deja escapar una carcajada suave.
—Es muy tentadora —resuelve apoyando los codos en la barra—. Y a ti te gustó desde el principio. Te lo dije en su momento. Te conozco mejor que tú mismo, Marcus.
Sus palabras cuelgan entre nosotros, recordándonos aquel balcón en Nochevieja y lo que me soltó cuando Emily se fue espantada por mi comentario.
—¿En serio, Marcus? Eres patético…
—Soy un puto santo. Esa chica no sabe lo destructivo que eres.
—¿Yo? ¡Tú eres mucho peor! De pequeños, cuando te cogía un juguete, tu reacción era romperlo en mil pedazos para que quedara inservible para los dos. ¡Y acabas de hacer lo mismo con esta chica! Si no es tuya, que no sea de nadie, ¿no?

Nick me roba el whisky para tomar un sorbo y me devuelve al presente.
—¿Qué ha pasado? ¿Habéis hablado de lo de Instagram? ¿La has despedido? ¿Por qué estás así?
Aprieto la mandíbula. Demasiadas preguntas. Y no me dejará en paz hasta que las conteste todas. Necesito un atajo.
—Me la he follado con los dedos. Y no la he dejado terminar.
Nick explota en una carcajada escandalosa.
—i¿No jodas?!
—Te jodo.
—Joder… No sé de qué me sorprendo. Vuestra química explosiva se ve desde Saturno. Y pide a gritos un buen revolcón. Lo que no entiendo es por qué eso te amarga.
—Es complicado.
—Las cosas no son complicadas, Marcus, las complicas tú.
—La culpa es tuya —gruño—. Solo tenía que aguantarla dos meses más y se habría acabado… Pero apareces y lo jodes todo.
—Si quieres acabar con tu sufrimiento, tíratela y punto.
Cierro los ojos hastiado.
Qué simple… Está claro que el mundo, según Nicklaus White, existe para él, no al revés.
—Es mi ayudante. Trabaja para mí.
—¿Y?
—No pienso convertirme en papá… —mascullo serio.
Nick baja la mirada al vaso recordando viejos tiempos.
—No eres papá, Marcus.
—Prefiero quemar la empresa antes que usarla para follar. Él se tiraba a todas, mientras mamá…
Y ahí está. La bomba que siempre evitamos detonar. Nuestra madre.
Nick rompe el silencio primero.
—¿Sabes por qué me ha traído papá? Justo para eso. Dice que necesitas soltarte. Relajarte. Ser menos rígido.
—¿Y eso implica follarme a mi personal?
—No. Pero mírate… —me señala como si fuera evidente—. Has estado jodidamente cerca de hacerlo, y ahora te estás torturando por no haber llegado hasta el final.

No respondo. Mi garganta es un puño cerrado.
—¿Tan bueno ha sido? —pregunta Nick con retintín.
Mi mirada amenaza con partir el vaso. Él sonríe. Le encanta provocarme.
—No es eso. —Y me oigo como si no estuviera dentro de mi propio cuerpo—. Pero si vuelvo a tocarla, puede que no salga viva del edificio…
Nick chasquea la lengua, divertido.
—¿Sabes lo que oigo cuando dices eso? El pánico que tienes a perder el control.
Guardo silencio porque es cierto.
—Pero déjame decirte que, si tanto miedo te da, es porque ya lo has perdido, hermano.
La frase se me clava en las entrañas.
—Yo que tú, me dejaría llevar.
—Sería un error monumental —opino.
—Los mejores suelen serlo —dice dándole otro trago a mi whisky.
Me irrita. Todo en él me irrita. Sobre todo, que tenga razón.
Nick juega con el vaso y la luz se refleja en sus ojos ámbar.
Tiene una mirada que ha aprendido a no contener nada. La mía, sin embargo, es todo lo contrario.
—Necesitas salir —sentencia él—. Pasemos de la cena y vayamos directamente al Lux Noor.
—No.
—Sí.
—No insistas.
—Marcus, hermano mío, cariño del patrimonio familiar… —Sonríe con esa arrogancia de heredero recién aparecido—. Ya sé que es tu maldito club de juegos pervertidos.
Lo miro como si acabara de abofetearme.
—¿Cómo coño lo sabes?
—¡Porque te conozco! —Ríe—. Ese sitio lleva tu firma. Solo le falta tu cara en las tarjetas de visita.
Mierda.
¡Mierda, mierda, mierda…!

—Es mi refugio —murmuro más para mí que para él—. El único lugar donde puedo respirar sin que el apellido White entre por la puerta conmigo.
—Pues precisamente por eso voy a llevarte. Porque si no vas a acabar obsesionándote con una chica que jamás va a ser tuya.
—No estoy obsesionado.
—¿No? —Sonríe—. Te has bebido cuatro whiskys mientras te olías los dedos.
No lo niego. No puedo. Y mi silencio es la prueba definitiva.
—Venga, ¿recuerdas lo bien que lo pasábamos juntos cuando te soltabas?
Su mirada se clava en la mía. Sin burlas ni máscaras.
Por un momento lo veo como entonces. Éramos imparables. Pero después recuerdo el precio que pagamos y niego con la cabeza.
—Hazme caso. No la necesitas. Y te lo voy a demostrar.
Me levanto para huir de él y de sus proposiciones indecentes, pero me temo que lo hago demasiado rápido y el mundo se inclina un par de centímetros.
Nick me sostiene antes de que me caiga. No suelo beber tanto. ¿Será verdad que esa niñata ha jodido mis defensas?
—Vámonos de aquí —ordena Nick.
—¿Adónde?
—A recordarte quién coño eres.
Y no sé si me lleva o le sigo, pero terminamos en la calle.
La noche de Boston nos recibe fría, negra y cortante, justo lo que necesito. No sé cuándo pide mi coche, pero un segundo después mi BMW aparece delante de nosotros, y al otro, lo veo sonriéndome sentado al volante.
—¡Vamos, súbete! Me debes una noche de bienvenida.
—No me fío de ti… —declaro apoyándome en la puerta.
—Ni yo de ti. Por eso quiero que contestes a una pregunta con sinceridad antes de irnos.
—¿Cuál?
—Júrame que no has cortado a Emily en pedacitos y la tienes en el maletero…

Por primera vez en todo el día, mis barreras ceden y suelto una estruendosa carcajada.
—Anda, sube —me anima Nick.
Me meto en el coche y le ordeno que arranque.
Me quedo observando mi reflejo en el cristal. Sigo pareciendo impenetrable. Sin embargo, esta noche soy un hombre que ha dejado que una mujer a la que ni siquiera ha besado altere su riguroso equilibrio.
Nick acelera y las luces de la ciudad se estiran ante mis ojos. Y para no volver a pensar en ella, me dejo llevar.

CAPÍTULO 13



NICK

Otra noche más en la jungla.
Pero no en la corporativa, sino en la mía. La que huele a whisky caro, secretos y gente con demasiadas cosas que perder.
Solo los que vivimos bajo la sombra de un hermano mayor perfecto, entendemos lo que es la presión.
Y si ese hermano es Marcus White, un tío que probablemente se hizo su primera corbata en el útero y nació dando órdenes al equipo médico, puedes ir olvidándote de destacar.
A diferencia de él, yo no paso mis días practicando la cara de «estoy por encima de vosotros».

A mí me gusta vivir. Reír. Beber. Y, a ser posible, no suicidarme con un PowerPoint.
Esta noche, sin embargo, hay algo distinto.
Marcus no está en modo «CEO intocable». Está… torcido, como si alguien hubiera metido los dedos en su cableado interno.
Y acaba de confesarme quién ha sido. Emily Harper, la única mujer a la que he visto plantarle cara y salir viva en el intento.
Cuando el BMW se detiene frente a la fachada del Lux Noor, yo ya estoy sonriendo. Lo he sospechado desde que se inauguró hace años, pero hoy me lo ha confirmado.
—¡Qué pasada! —exclamo, saliendo del coche.
Él no dice nada. Mala señal. Marcus callado es Marcus peligrosamente cerca de sentir algo que no le conviene.
Las puertas exudan lujo y peligrosidad. Empezando por los dos porteros con malas pulgas que lo custodian a través de sus máscaras neutras. Tienen pinta de estar acostumbrados a ver cómo un hombre muere sin pestañear.
No hacen ademán de conocer a Marcus. Solo nos entregan nuestras máscaras y nos dejan pasar sin decir palabra.
Me la coloco encantado. Seguro que me queda de puta madre.
Marcus se la pone despacio, casi como un ritual. Y entiendo que aquí dentro deja de ser un White. Deja de ser el heredero, el hijo perfecto, el director general, para ser otro hombre. ¿Pero quién?
Descendemos por una escalera iluminada por lámparas antiguas y forrada con terciopelo verde oscuro. La luz baña cada escalón, cada sombra, cada obscena intención…
Desde abajo llega un jazz lento, oscuro, con un saxofón que suena como si hubiera visto demasiadas cosas. No sé explicarlo, es como entrar en la sala de reuniones del crimen organizado.
Cuando cruzamos la pesada cortina y entramos en el salón principal, juro que por poco silbo.
¡Este sitio es la catedral del vicio!
Madera oscura. Sofás de cuero. Columnas victorianas. Cuerpos semidesnudos listos para complacer. Es una zona previa a la sala de «juegos». Aquí se socializa y se elige a tu presa antes de adentrarte en el túnel del placer.

Las máscaras brillan bajo una luz tenue perfecta. Hay un olor a puro flotando en el aire como si fuera un perfume antiguo…
El ambiente es evocador. Hasta el aire parece estar acolchado.
Cada detalle lleva la firma de Marcus bien visible: elegante, controlado, decadente pero con normas.
—Joder… —murmuro—. Si mamá estuviera viva, esto la mataría.
—Si mamá estuviera viva, yo sería un hombre casado y con hijos.
Me da la risa. Pero frunzo el ceño al oírnos.
—¿Por qué mi voz me suena tan rara?
Marcus señala discretamente las paredes, el techo y el suelo.
—Todo el club está equipado con un sistema de modulación de sonido ambiental. Es un tratamiento acústico muy avanzado. Tu voz, la mía, la de cualquiera… aquí dentro suena distinta. Más neutral. Menos reconocible. Es lo último en privacidad.
—Dios… Es como si no fuera yo. O no del todo.
—Esa es la idea —dice Marcus, orgulloso—. Muchos de nuestros clientes son personas muy conocidas. Actores, políticos, deportistas, empresarios… Aquí pueden hablar sin miedo a que alguien reconozca su voz. Quería garantizar la auténtica libertad.
—Vaya —murmuro—. Esto es otro nivel…
Recorro la sala con la mirada entendiendo que la suavidad en el aire no es un accidente, sino un lujo calculado.
Marcus me hace seguirle por un lateral y terminamos tras una cortina. Pone el pulgar en un lector digital de huellas y la puerta se abre, dando paso a una sala de seguridad.
—Hola, chicos —saluda a unos jóvenes con pinta de frikis.
—Hola, jefe.
Marcus deja su máscara en un cajón y saca otra. Es negra y tiene un diseño diferente. Hay partes duras y afiladas que sobresalen como una amenaza.
—¿Te crees el puto Darth Vader?
—Cállate.
Se la pone y se cambia también de camisa. Una negra más ceñida, que se deja demasiado desabrochada. Ahora entiendo sus horas de gimnasio. Quiere parecer el puto robocop.

—Al Marcus que yo conozco enseñar tanta piel le generaría un tic —me burlo.
Mi hermano me agarra del cuello con una violencia extraña para demostrarme que va en serio.
—No digas nombres en el club. NUNCA. Ni el tuyo. Tu vida depende de ello. ¿Lo has entendido?
Me quedo sin aire. Son sus ojos, pero es como si aquí dentro no fuera él. Sino otro más oscuro.
Asiento asustado y me suelta.
Salimos de nuevo a la sala y nos acercamos a la barra para pedir dos whiskies dobles.
Y de pronto lo noto. No es una de mis paranoias. Es ese tipo de silencio que se forma cuando entra alguien que no debería estar aquí, pero a quien nadie puede negar la entrada.
Giro la cabeza y veo a un hombre trajeado, escoltado por dos tíos tan terroríficos como los de la puerta.
No lo conozco, pero su forma de andar es indiscutible. Pasos firmes. Mirada que calcula deudas. Es de la Mafia. De la de verdad. Y me pregunto desde cuándo Marcus permite que ese tipo de gente use su club.
Y lo que es más importante: ¿qué recibe él a cambio?
Entonces entiendo una cosa: que los gorilas de la puerta no han sido contratados para frenar a borrachos o exhibicionistas, sino para mantener la paz entre personas que jamás deberían estar en la misma sala. Porque en este club no solo entra gente rica, sino peligrosa.
Políticos que deben favores, empresarios acusados de corrupción, descendientes de familias que llevan décadas controlando media ciudad… y algún que otro apellido que, si lo pronuncias demasiado alto, te levantas sin rodillas al día siguiente.
—Así que los rumores son ciertos… —digo sin más.
Marcus alza una ceja a modo de pregunta.
—El Lux Noor es un territorio neutral donde nadie toca a nadie. Ni siquiera la mafia más sangrienta.
—¿Dónde has oído eso? —Se hace el tonto.
—En una fiesta de una embajada.

—Este club es un lugar seguro —responde escueto.
—¿Nunca nadie se ha saltado las normas?
—Si lo han hecho, no han vivido para contarlo.
Me quedo de piedra.
A Marcus nunca le interesó la política ni los negocios turbios. Pero el poder sí. Y este club le otorga información y silencio. Las dos armas más valiosas de la ciudad.
Mientras espero mi copa, sigo observando el terreno. Es mi pasatiempo favorito, mirar a la gente cuando cree que nadie la ve. Y aquí eso se cumple al 200%.
Hay una rubia de pelo corto y rizado en el extremo opuesto del bar, con un vestido blanco tan ceñido que no aguantaría un estornudo sin romperse. Lleva la máscara bien ajustada a su preciosa cara, pero deja entrever una peca pintada. Sus labios rojo pecado combinan con su pose sexi. Una que dice «sé exactamente lo que valgo y no puedes permitírtelo».
Me mira. La miro. Y el universo toma nota.
—¿Ya has elegido objetivo? —musita Marcus sin mirarla.
—¿Tan predecible soy?
—Bastante…
—No cuenta. Sabes que tengo fijación por Marilyn Monroe.
No contesta. Pero sus ojos ya buscan a su propia presa. No puede quedarse atrás. Siempre hemos sido competitivos.
Sigo su línea de visión y la veo: una morena, apoyada en una columna, con un vestido negro y un perfil que me recuerda un poco a…
Dios… ¡¿No será Emily?!
Imposible, pero… el pelo, la forma de la mandíbula y la silueta… coincide como una maldita broma del destino.
Mi hermano no le quita la vista de encima como buen buitre.
—No es ella, Marcus. No todo el mundo es ella…
—Cierra el pico, Nick.
Me río por dentro.
Marcus puede vestirse de villano, pero no engaña a nadie que lo conozca de verdad. Tiene debilidades. Y yo soy una de ellas. Es el

clásico hermano mayor que piensa que eres un grano en el culo, pero te protegería con su vida.
La rubia del vestido blanco decide que ya ha tenido suficiente intercambio visual y se acerca a nosotros con paso lento, midiendo el efecto que provoca en mí.
—¿Primera vez en el club? —pregunta coqueta.
—¿Se me nota mucho? —respondo, sonriente.
Lleva guantes de satén negros, un vestido que brilla como un secreto bien guardado y una expresividad contenida que revela más experiencia que timidez. Una mujer que sabe a dónde va, y sobre todo, con quién quiere ir.
—Los reservados de arriba son los mejores y se ocupan rápido —comenta, como quien comparte una confidencia—. Si buscáis intimidad, aún quedan algunos libres.
Asiente para marcharse, pero levanto la mano para detenerla
—¿Y se puede elegir compañía o eso ya depende del destino?
Ella sonríe como si apreciara la cortesía y el atrevimiento en la misma frase
—Puedes intentarlo —dice—. Pero existe la posibilidad de que te digan que no.
—Siempre he tenido buena suerte en las probabilidades —respondo —. ¿Tú estás libre? ¿Te apetece acompañarnos a uno?
La chica ladea la cabeza, coqueta, y sonríe.
—Podría apetecerme…
Antes de que pueda dar un paso, añado:
—¿Y puedes pedirle a aquella chica —digo señalando a la pseudo Emily—, que venga también?
La mujer alza una ceja, divertida.
—¿Interesado en duplicar el riesgo?
—Siempre merece la pena —respondo.
Ella cruza la sala con una elegancia que llama miradas. Intercambia un par de frases con la otra mujer; ambas nos observan sin disimulo. Finalmente, la morena accede.
En menos de cinco minutos, los cuatro entramos en un reservado de madera oscura, con un sofá en forma de U y cortinas pesadas que prometen confidencialidad. La mesa está preparada con una

selección de licores y copas talladas, y el silencio íntimo del espacio cae sobre nosotros como una invitación.
La luz es baja. La música llega amortiguada y consigue esa inigualable sensación de estar dentro de una burbuja que incita a hacer cosas que jamás admitirías en público.
La rubia se sienta a mi lado y cruza las piernas encima de las mías, como si siempre hubieran estado ahí.
Marcus se sienta enfrente, junto a la morena. Y por cómo la mira, sé que no está viéndola a ella, sino a Emily.
Sus manos, que siempre parecen bajo control, juegan con el borde del vaso.
La morena le dice algo al oído y él baja su mano por el muslo.
La música tapa las palabras, pero no tapa el lenguaje de sus cuerpos. Van a follar.
Aparto la vista porque no soy un mirón y porque la rubia se me sube encima y arquea la espalda dejándome la cumbre de sus pechos perfectos a la altura de la cara.
¡Wow!
Es exactamente mi tipo. Decidida. Mandona. Salvaje.
Me desabrocha la camisa y recorre mi pecho con sus uñas, dibujando un camino hacia mi ombligo.
—¿Eres nuevo en la ciudad? —pregunta.
—Soy nuevo en tu vida. —La acerco más a mí.
Mis labios pasean por el montículo de sus pechos y comienzo a desabrocharle las cintas del corsé. Lo hago en tiempo récord.
—Lo que está claro es que no es tu primera vez… —dice encantada.
—Es mi primera vez contigo —musito en su cuello.
Nuestros cuerpos encajan tan bien con ropa que sé, sin necesidad de quitársela, que va a ser un polvo antológico.
Marcus está besando a la morena, pero no parece satisfacerle mucho, porque de pronto lo oigo decir, incluso desde mi sitio:
—Lo siento. No va a funcionar.
Se pone de pie y la morena frunce el ceño por detrás de la máscara.
—¿He hecho algo mal?
—No. —Miente con una elegancia que da ganas de abofetearlo y abrazarlo a la vez—. El problema soy yo… de verdad.

El problema es tu ADN, encanto…
La morena se levanta, herida en su ego, y se marcha sin mirar atrás.
Marcus se queda parado con una expresión que no le he visto nunca. Ni borracho, ni drogado, ni herido. Nunca. Parece descolocado.
Eso no es frustración sexual, es algo mucho más peligroso.
La rubia me muerde el lóbulo de la oreja para llamar mi atención.
—¿Tu amigo va a unirse a nosotros o se va a quedar de pie mirando?
—Hermano… —lo llamo sin decir su nombre.
Marcus se gira como si hubiera olvidado mi existencia.
—Diviértete tú —me dice con esa voz neutra que usa cuando está al borde de romper algo—. Yo me voy.
—¿A dónde?
—A recordarme que todo debería importarme una mierda.
—¡Espera…! —le grito. Él se gira—. Si Harper despierta esto en ti… o la destruyes o te destruye… Piénsalo.
Un músculo vuelve a marcarse en su mandíbula.
No dice nada, pero me lanza una mirada como un cuchillo. Y ahí está la respuesta. Esa mirada no es de un hombre rechazando sexo, es de un hombre que está a punto de perder una batalla que no quiere admitir.
Se va, dejándome con la rubia, que tira del cuello de mi camisa para que vuelva a prestarle atención. Me mira desde arriba, con la máscara en su sitio y una chispa peligrosa en los ojos que promete grandes cosas.
No sé cómo se llama ni de dónde viene, lo único que sé es que, cuando me agarra del pelo con suavidad para que la mire, mis pulmones se encogen como si hubiese inhalado humo directo del infierno.
—¿Quieres que te ayude a olvidar tus problemas familiares? —pregunta con una sonrisa lenta que desata la mía.
—Los problemas familiares requieren muchas horas de terapia, pero podemos empezar por un buen orgasmo.
Ella se ríe y me besa con la confianza de quien ya ha decidido por los dos.

CAPÍTULO 14



EMILY

El sábado es mi día favorito de la semana.
El único día en el que no intento ser perfecta todo el tiempo.
Los sábados no hago la cama, como lo que quiero y dedico tiempo a mis hobbies, que son básicamente: comprar cosas que no necesito, ver películas que no cambiarán mi vida y leer libros de mafiosos tóxicos que me ponen tonta.
Pero hoy no puedo.
Llevo 18 horas en un estado clínico que debería ser definido por la OMS como «Crisis Aguda de "me han dejado a medias"».
No lo recomiendo…
Esta mañana, mientras revisaba mi Instagram, atiborrado de notificaciones, me he topado con una que ha desafiado mi salud

mental.
Era un comentario de @CEOW.
No de @MWhite. No. ¡@CEOW! Con cero seguidores y seguidos.
Incluso antes de leerlo, he entendido lo que había pasado.
Blanco y en botella: ¡W ha creado un perfil exclusivamente para arruinarme la existencia!
@CEOW:
«Tus fantasías ni siquiera rozan lo que sería en realidad estar conmigo. Lástima que nunca tendrás el placer de comprobarlo».
Mi primera reacción fue rezarle a todos los dioses nórdicos para que lo fulminaran con un rayo en la entrepierna.
Después, he querido responderle:
«Si fueras tan eficiente como crees, habrías terminado lo que empezaste, cabrón».
Pero no lo he hecho.
Me he hecho la digna. La digna frustrada, pero la digna.
Ava me ha escrito varios mensajes desde ayer por la noche preguntándome qué repercusiones había tenido el post bomba. Pero seguía tan en *shock* que no pude contestarle; no sabía ni qué decirle. Pero ha sido leer el comentario y escribirle diciéndole a mi amiga que requería una intervención urgente de maldad corporativa con vino y golosinas.
No me gusta molestarla los sábados, pero necesito idear un plan de contingencia. Porque Marcus White ha conseguido exactamente lo que quería: hacerme temblar de rabia, de deseo, y de vergüenza.
Me contesta dando palmas y asegurándome que se muere por escuchar el chisme *hot.* Me planto en su barrio en menos de veinte minutos.
El edificio de Ava me recibe con su familiar aroma a nuevo. Hace poco que lo tiene, y por la zona en la que está, deduzco que deben de pagarle mejor que a mí. ¡Necesito acabar las malditas prácticas e independizarme ya!
Subo por las escaleras porque no estoy de humor para más ascensores… Llamo con tiento a la puerta.
Ava me abre en un pseudo pijama y el pelo suelto. Así parece mucho más joven y con una vida propia, en la que no hay espacio para

cotilleos del trabajo. Al instante me arrepiento de haber ido.
—¡Hola!
—Mierda… No sé ni qué hago aquí. Bueno, sí lo sé: colapsar en modo drama. Pero puedo contártelo todo el lunes, no importa.
—¡¿Pero tú estás tonta?! Pasa y ponme al día. ¡Necesito saberlo todo!
Me arrastra hacia el interior de su casa sin poder evitarlo.
Su piso es cálido, huele a canela y detergente floral. El contraste con la Ava del trabajo es tan brutal que me entra hasta la risa. Luego recuerdo qué hago aquí y quiero morirme.
Ava me mira con expresión perspicaz.
—Traeré el vino. Seguro que la historia lo merece —anuncia como si fuera la solución a todos los males.
Cuando vuelve, lo deposita en la mesa baja frente al sofá.
—Empieza —dice—. Y no te dejes nada, bruja.
Me pasa una copa de vino tinto y le doy un gran sorbo antes de empezar a hablar.
Se lo cuento todo. Cómo merodeó mi mesa, cómo me acorraló en el ascensor y cómo, cuando quise darme cuenta, me estaba metiendo mano para demostrar que tenía razón…
—¡¿Hablas en serio?!
—Sí.
Ava patalea en el aire como un flamenco espantado.
—¡Pero si le odias! ¡¿Por qué le dejaste hacerlo?!
—Era un ascensor… Había poco espacio, mucha gravedad y demasiada energía sexual reprimida.
—¡LO SABÍA! ¡Te dije que era un crush irresistible!
—Lo que es, es un maldito cabrón…
—¡Qué fuerte, tía! ¿Pero os acostasteis?
—No… De hecho, me dejó a medias. Estaba a punto de llegar al orgasmo y ding, se abrieron las puertas y el hijo de su madre se esfumó.
—¡¡¿CÓMOOO?!! —grita Ava escandalizada.
—Casi me muero… Me dejó al borde.
—¡Emily, eso es terrorismo sexual!
—Gracias.
—Por favor, dime que le rompiste algo en la cabeza al irse.

—Lo único que se rompió fue mi dignidad. Y créeme, era de edición limitada.
Ava se ríe y termina torciendo la cabeza con pena.
—Encima esta mañana me encuentro con este comentario en el post de la impotencia…
Se lo enseño. Ava lo lee y enloquece.
—¡Puto sociópata con abdominales! ¡ENCIMA!
—No puedo creer que hayamos llegado a esto —resoplo—. Soy una mujer fuerte e independiente. Tengo una carrera que construir y mi mente y mi cuerpo no se dejan gobernar por la lujuria. Pero al llegar al coche, me eché a llorar de pura frustración. Y por la noche, no pude dormirme hasta que yo misma me alivié…
Ava se cuadra, iracunda.
—¿Sabes lo que significa esto, verdad?
—¿Que repelo a los tíos buenos?
—No, significa que tocaste su ego. Mucho. Lo del ascensor fue una venganza en toda regla.
Asiento. Todo encaja. Es un arrogante, un cabezota y un gilipollas que da por hecho que todos los que le rodeamos somos idiotas.
—Me pilló desprevenida. Pero esto no va a quedar así —digo entrecerrando los ojos—. El lunes se va a enterar.
—¡Interesante! —Se activa Ava—. ¿Qué piensas hacer?
—Vengarme. Quiero que W sufra en su piel la misma humillación que yo. Sé que me tiene ganas…
—¡Eso sin duda! Necesitamos chocolate para elucubrar un plan malvado y *sexy* para que se acerque a ti. Y cuando lo haga, ¡le das una patada en las pelotas!
—¡Buena idea! —Nos reímos juntas.
De pronto, una voz suave se escucha por el pasillo.
—¿Mami?
Una niña con rizos rubio platino y un peluche en la mano aparece en el salón.
—Oh, Megan, ¿te hemos despertado?
—Tengo sed —dice frotándose los ojos, hasta que me ve—. ¡Emily!
Corre hacia mí y me abraza. El gesto me reconforta y disfruto de su olor inconfundible. Ella me mira extrañada.

—¿Por qué has venido?
—Porque estaba un poco triste —contesta su madre—. ¿Te parece bien que se quede hoy con nosotras?
—¡Sí! —exclama entusiasmada.
Entonces me ofrece su peluche.
—Puedes abrazarlo si estás triste. A mí me funciona.
Muero de amor en ese mismo instante. Ava sonríe con ternura.
—Te dije que tengo una terapeuta en miniatura en casa.
La niña bosteza y su madre le da una botella de aluminio rosa.
—Voy a vestirme y a decidir a qué jugaremos luego —dice Megan. Se va corriendo como si el tiempo fuera oro.
Tiene seis años. Ava la tuvo con un hombre algo mayor que ella que después resultó tener otra familia. Él no quiso reconocer al bebé. Y Ava salió adelante con la ayuda de sus padres. Son los perfectos abuelos adorables que se vuelcan con sus nietos. Tengo asumido que mis padres no son ese tipo de personas.
Me quedo mirando el peluche que me ha prestado. Es una oveja gris sin una oreja, y me descubro abrazándolo con más fuerza de la que debería. Quiero tener hijos… algún día. Pero la clase de hombres que me atraen vienen con un cartel de «Mantener fuera del alcance de futuros niños».
Pienso en el ascensor, en su cuerpo, en sus dedos, en lo jodidamente satisfactorio que sería hacerle perder el control…
—¿Estás bien? —me pregunta Ava preocupada.
—Sí. Solo estaba pensando que White será uno de esos imbéciles que te contestan mal y luego besan de la hostia.
Ava se echa a reír. Pero de una forma extraña, como si ocultara algo.
—¿Qué pasa? ¿Por qué has puesto esa cara?
—¿Qué cara?
—¿Acaso le has besado? —dilucido.
—¡¿Qué?! ¡No! ¡Nada de eso!
—¿Estás segura? Porque no me importaría. En serio… Sé que es un mujeriego. Y tú eres una mujer atractiva. Además…
—Emily, NO. Marcus White nunca me ha tocado.
—¿Entonces…?

—¡Dios…! ¡¿Es que no se te escapa una?! Yo no le he besado, pero digamos que le he visto besando a otra.
—¿A quién? ¿Cuándo?
—¿No decías que no te importaba…? —dice con una sonrisita.
—¡¿Dónde lo has visto?!
Que sea reacia a responder me pone de los nervios. Ahora entiendo por qué Nick nos cazó con lo de la cuenta de Instagram. ¡Ava pone cara de estar guardándose lo más interesante del mundo!
—Ava, suéltalo ya. Podré con ello.
—A ver… Sabes que yo soy bastante sexual, intensa, ardiente…
—Sí.
—No pienso pedir perdón por ello, cada uno tiene sus hobbies. —Se encoge de hombros—. Y, bueno, solía frecuentar clubs de juegos para adultos con un grupo concreto de amigas que les iba el mundo swinger.
—¿Y coincidiste en uno con él? —pregunto sorprendida.
—Sí. Anoche coincidimos…
—¡¿Qué?!
—Y no en uno cualquiera. Hace cosa de dos años, una mujer con la que solíamos coincidir, nos ofreció acudir gratis a un club muy selecto de Boston. Nos dijo que los socios eran hombres muy ricos y poderosos.
Mi cara se descompone.
—Eso suena… a un nido de Sugar Daddys y prostitución de lujo.
—Sé lo que parece —replica seria—, por eso nunca se lo cuento a nadie. Pero la verdad es que me gusta «jugar» y me dejan entrar gratis. Sé que la entrada cuesta un pastón.
No digo nada. La teoría suena bien, pero seguro que la práctica es muy distinta.
—Bueno, si tú estás contenta, yo también. Pero me preocupa…
—¿Por qué te preocupa? Solo voy los fines de semana, y nunca ha pasado nada. Yo decido quién, cuándo, o si no me apetece.
—Vale, vale. Solo digo que intimar con hombres tan poderosos puede ser peligroso. Esa gente no deja flecos sueltos… tienen esposas celosas y… luego desaparece gente.
Ava se echa a reír.

—¡Deberías ver menos series de mafiosos! —exclama divertida—. Allí dentro nadie sabe quién soy. Y yo no sé quiénes son ellos… En ese club es todo muy privado.
«Demasiado privado», pienso para mis adentros.
He leído demasiados libros para saber que en ese nivel, la privacidad no es lujo: es protección. Y la gente que necesita protección suele llevar negocios turbios a sus espaldas. Y que Ava lo cuente con tanta naturalidad, me asusta más que reconfortarme.
—Si supiste reconocer a White, no será tan privado…
—En realidad, reconocí a su hermano. Ahora mismo es mi obsesión. Y me parece verle en todas partes. Pero era él. Normalmente, los socios son discretos, pero Nick llama mucho la atención con esas greñas de surfero que me vuelven loca. Voy a recomendarle un buen corte de pelo… Además tiene un tatuaje en el dedo. Y pude confirmar que era él.
—¿Qué tatuaje?
—Un rayo.
—¿Un rayo?
—Sí. Le pregunté qué significaba y sonrío con lascivia diciendo: «Es un aviso para las mujeres como tú… de que corren peligro de electrocutarse con él».
—¿En serio te dijo eso?
—Palabra por palabra.
—¡¿Y tú qué hiciste?!
—Le contesté que esperaba que el rayo importante lo llevase en otro sitio…
Nos echamos a reír a la vez.
—¿Cómo se llama el club al que vais? —pregunto interesada.
—Lux Noor.
—¿Noor? ¿Cómo el diamante maldito?
—¿Qué diamante?
—El diamante Koh-i-noor. Ha estado siempre rodeado de leyendas. Una de las más conocidas es su maldición: « Quien lo posea, poseerá el mundo, pero también conocerá todas sus desgracias».
—Ahora que lo sabes, ¡tienes que venirte! ¡Es adictivo! Hay cada tío que madre mía…

—Soy demasiado tradicional para eso. No me van los tríos.
—¡No tienes que hacerlos! Ayer yo solo me acosté con Nick.
—¡¿Qué?! ¡¿Te acostaste con él?!
—A ver, en mi defensa… —empieza, sabiendo que no tiene ninguna defensa—. Nick me había dado calabazas en la oficina.
—¿Cómo? —parpadeo—. ¿Calabazas a ti? ¿Cómo es posible?
—Me dijo, literalmente, que Marcus le había pedido que no se acostara con nadie del trabajo. Y él quiere demostrarle que es profesional.
¿Marcus? ¿El mismo que va haciendo dedos en los ascensores?
—¿Entonces vas a dejar de provocarle en la oficina?
—Para nada. Me gusta hacerle sudar sin tocarlo —dice maligna—. Pero cuando lo vi entrar en el LUX NOOR, con esas ganas de pecar… no pude resistirme. Tenía que aprovechar.
—Dios, Ava…
—¡Técnicamente no es la oficina!
—¡Pero él no sabe que eres tú!
—Yo creo que eso es lo de menos… seguro que estaba pensando en mí.
Me cubro la cara con las manos.
—No puedo contigo. En serio.
—Lo siento, pero lo tenía subido a la cabeza desde hacía días. Primero me provocó a muerte, luego me rechazó, y mi clítoris ya no sabía qué pensar.
—Ava… —Niego con la cabeza, aunque estoy conteniendo una carcajada—. Siempre te sales con la tuya. Siempre.
—Obviamente —responde, orgullosa—. Pero ya está zanjado. Mi clítoris está tranquilo.
—Tu clítoris no está tranquilo nunca. Y creo sinceramente que esto va a explotarte en la cara…
Ava sonríe con una mezcla de miedo y emoción.
—Mami —se oye por el pasillo.
Ava se ausenta para atender a Megan y me quedo mirando mi teléfono.
Vuelvo a leer el comentario de W: « *Lástima que nunca tendrás el placer de comprobarlo».* Contengo el impulso de borrarlo. Me dan

ganas de plantarme en el Lux Noor y decirle: «¿Decías?». Y luego valorarlo como un mal polvo.
Mi estómago se revuelve con vergüenza, rabia y una especie de excitación feroz que no me esperaba.
Por un segundo, me convierto en la versión más fría y kamikaze de mí misma.
—Tienes cara de venganza —dice Ava apareciendo en el salón.
—Estaba pensando que, o le devuelvo el golpe ahora o me callo y me dejo pisotear.
—Elegir es un acto de poder, querida —responde con una sonrisa—. ¿Qué vas a hacer?
—No lo sé. Provocarle. Atacar su ego de nuevo. ¿Ideas?
—Insinúa que te has acostado con otro para que terminase lo que él empezó en el ascensor. Se volverá loco. Los tíos son muy territoriales.
Abro la aplicación con decisión y me preparo para crear un nuevo post en borradores, y dejarlo calentito para subirlo el domingo. Esto SÍ va a ser personal.
@MalditoJefe:
«¿Alguna vez un hombre os ha dejado a medias?
Qué manía tienen algunos de encender, si luego no saben apagar…
Por suerte, otros saben terminar lo que ellos empiezan. Y lo hacen a lo grande ����
#SábadoProductivo #FuegoApagado»
Y no sé por qué, pero… en cuanto lo publico, siento que he lanzado una piedra a un lago muy profundo. Y que algo, en el fondo, acaba de despertar con hambre de mí.

CAPÍTULO 15



MARCUS

La resaca moral es la peor.
La del alcohol se pasa con agua y aspirinas; la otra te recuerda que has sido débil.
Si pudiera borrar este fin de semana, lo haría.
Sobre todo, la visita al Lux Noor. Por el amor de Dios…
Meter a Nick allí dentro fue un error. Si creía que era igual de peligroso que antes, estaba equivocado. Ahora lo es todavía más.
No ha venido a poner mi vida patas arriba, ¡ha venido a ver cuánto tarda en desmoronarse! Porque es evidente que tengo un problema… uno con nombre y apellido: Emily Harper.
El fin de semana ha sido un campo de minas emocional.
Dormí mal, bebí demasiado y trabajé como un loco mientras la escena del ascensor se repetía hasta el delirio en mi cabeza.
Su respiración alterada, su cuerpo deshaciéndose en mis manos, mi maldita voluntad de hierro hecha trizas…
¿CÓMO COÑO PUDO PASAR?
No soy un puto adolescente. Soy un CEO.

Hoy he llegado a la oficina más temprano que nunca. Necesitaba fingir normalidad y volverme de hielo otra vez. No sé cómo, pero tengo que recuperar el control, porque cuando el domingo leí su maldito post… se me metió en las venas como veneno.
Sentado en mi mesa maciza de cerezo oscuro, con mi mejor traje recién planchado, tengo controlada la rabia, los celos y la furia que sentí conmigo mismo por afectarme tanto su mensaje.
¿Se ha acostado con otro mientras yo no he podido tener sexo con una chica preciosa?
«Tranquilo. No significa nada… Estás bien. Estamos bien».
La sensación de que esa frase es cierta dura hasta que oigo cómo se abre el ascensor.
Es ella. Ese tac-tac de tacones es inconfundible. Decidido, afilado, como un péndulo de Newton marcando el ritmo de mi paciencia.
Cuando aparece en mi campo de visión, maldigo al universo.
«Joder, ese vestido no…».
¿Se ha propuesto declararle la guerra a mi sistema nervioso?
Es uno negro que no perdona ni una curva de su tentador cuerpo.
Tiene la espalda abierta en un punto tan sutil que solo un pecador como yo sabría apreciar, y se adhiere a su piel con una crueldad matemática.
Lleva el pelo suelto y tiene una nueva luz en los ojos. La de la venganza.
Me gustaría preguntarle si mi comentario en su post tiene algo que ver con que hoy haya venido tan guapa, pero antes de proferirle un cumplido prefiero arrancarme las uñas una a una.
Viene sin prisa, exhibiendo una desfachatez que me cabrea tanto como me excita.
¿Quién se presenta así, después de dejarla a medias en el ascensor? Tiene unos ovarios que no le caben en el bolso…
Cruza la recepción con una especie de victoria íntima que reconozco porque yo la inventé. Es como verme perder en mi propio juego. Me mira lo justo para que arda un segundo, y mis piernas actúan por su cuenta yendo a su encuentro.
Cuando me acerco a su mesa, no huye. Me está esperando.

—Buenos días, señor White —arrastra mi apellido como si tuviera espinas.
—Harper… —Mi voz sale más grave de lo que pretendía.
—¿Fin de semana interesante? —pregunta con falsa inocencia, dándose la vuelta lo justo para que su perfume me golpee con la sutileza de una bofetada.
—Productivo. —La evalúo de arriba abajo—. ¿El suyo?
—Oh, ya sabe… —sonríe irónica—. Descanso, lectura… y rematar lo que otros dejan a medias.
Toco la comisura de mis labios con la lengua ante la pulla.
—Cuidado, Harper. Hay insinuaciones que pueden costarle el puesto…
—Supongo que las mismas que pueden costarle a usted la compostura…
La miro, incrédulo durante medio segundo.
—¿Eso ha sido una provocación o solo quiere calentarme?
—Nooo. —Se ríe—. Si quiere que le provoque, va a tener que esforzarse un poco más.
La cabrona se muerde los labios. Está más guapa que nunca.
—Su risita podría interpretarse como un desafío —murmuro, acercándome más a ella.
—Más que desafío, es aburrimiento… Creía que los hombres poderosos dejaban el listón bien alto, no a medias.
Mi mandíbula se tensa ligeramente.
«Cálmate, Marcus, solo intenta que pierdas el control y te la folles aquí mismo».
—Se equivoca si cree que jugar conmigo es buena idea —musito conciso.
—¿Con usted? —Sonríe de forma deliciosa—. Por favor… si el viernes casi se desmaya porque le toqué el cinturón.
Resoplo como un toro. Me está buscando… Y si me encuentra, va a tener cada puto centímetro de mí dentro de ella.
—Tranquilo, señor White. No pienso volver a darle el placer de verme temblar. Perdió su oportunidad.
Se levanta y pasa por mi lado rozando mi costado a propósito.
Mi cuerpo exige más contacto y la agarro de la muñeca impulsivamente. Su pulso late contra mis dedos y mi autocontrol

cuelga de un hilo.
—No juegues conmigo, Harper…
Ella arquea una ceja, satisfecha.
—¿Por qué? ¿Demasiado tentador para usted…?
Intenta deshacerse de mi amarre, pero soy incapaz de soltarla.
—¿Adónde vas? —pregunto temerario.
—A copistería. Tengo que fotocopiar unos informes…
La dejo ir y emprende la marcha sin mirar atrás. Tres latidos después, me veo persiguiéndola como si hubiera perdido la cabeza.
No soy capaz de pensar en nada de camino a la sala de las fotocopias, mi cuerpo ha dejado de bombear sangre con normalidad. Está toda retenida en un lugar muy concreto que empieza a tomar decisiones por mí.
La pillo programando la máquina e inclinándose un poco para ajustar la bandeja, las preciosas vistas de su culo me rematan.
Cierro la puerta con seguro y el clic suena casi obsceno.
—El reglamento interno dice que no se cierran puertas en zonas comunes… —comenta ella sin girarse, indolente a la clase de monstruo que acaba de invocar.
—Yo redacté ese reglamento —respondo acercándome—. Y puedo decidir las excepciones.
—Ah… —sonríe provocadora—. ¿W, el estirado, va a romper las normas? No me lo creo…
Me acerco a ella por detrás, para que note el calor de mi piel traspasando mi traje y se convierta en una fiel creyente.
Ella sigue colocando folios con una calma insultante.
La agarro de la cintura sin pensar.
Su respiración se corta. Mi límite también.
—No sabe dónde se está metiendo, Harper. —digo como un juramento.
—Lo sé perfectamente. —Arquea la espalda como una clara invitación —. La cuestión es si vas a rematar tú mismo esta vez.
—No deberías hablar de otros hombres delante de mí…
—No sabía que te molestaba tanto la competencia.
Mis dedos pulgares se cuelan por el final de su vestido mientras la impresora suelta hojas que caen al suelo sin cesar; me importan una

mierda.
La comprimo contra la mesa con mi cuerpo, atrapándola entre la máquina y mis caderas. Mis manos se deslizan por sus muslos, rozando la línea donde empiezan las medias.
Ella suelta un jadeo mínimo.
Hay hombres que creen que el control es un muro, pero en realidad es un hilo, y cuanto más tiras, más cede, y llega un momento en que se convierte en una soga alrededor de tu propio cuello. Y yo llevo años tensándolo.
—Dime que no te toque… —exijo, fuera de mí.
—Dime que no me deseas —musita ella, peleona.
Esa frase me rompe.
Mi boca cae contra la piel de su hombro antes de que pueda detenerme. Le hago sentir mi respiración, la confesión física de que estoy a un milímetro de perder la cordura.
Mi mano sube por la parte interna de su muslo. La siento temblar lo suficiente para que pierda la cabeza.
—Harper… —susurro, como una plegaria.
Mi mano sube hasta su cadera para colarse dentro de sus bragas. La tela cede y la humedad de su centro atraviesa dos capas de civilización en mi mente. Me siento un puto salvaje.
Ella se arquea, ofreciéndose sin decir nada. Y ese gesto hace que algo muy antiguo en mí —algo que nunca uso fuera del club— se despierte con una maldición que se activa después de décadas.
Rozo mi boca contra su mejilla y ella exhala excitada. Durante un segundo, con mis dedos metidos en ella, siento paz.
—Pídemelo… —exijo ronco—. Pídeme que te haga llegar.
—No pienso pedirte nada —jadea—. No creo ni que seas capaz…
Me estrello contra su boca solo por el placer de contradecirla. Sus labios saben a desafío. A fuego. A hambre de mí. Los invado una y otra vez con una vehemencia que me marea.
Su mano sube a mi nuca para que profundice más el beso; las mías bajan a su espalda para atraerla más hacia mi erección. Ella gime contra mi lengua caliente, y cuando se le ocurre agarrarme el culo, la decencia deja de tener sentido para mí.

La empujo contra la pared y la levanto al vuelo por puro instinto. Su falda sube con el movimiento y me encajo en ella como si ya estuviéramos desnudos. La ropa no es más que un jodido tecnicismo. Me froto con ella como si ya la tuviera dentro.
—Marcus… —gime alucinada. Mi nombre en su voz es un acto indecente—. ¿Qué vas a hacerme? ¿Vas a terminar esta vez?
Le muerdo el labio inferior para demostrarle que voy en serio. Quiero comérmela entera. Con ropa incluida.
—Voy a follarte como nadie nunca lo ha hecho…
Vuelvo a su boca con decisión, y tras dos o tres vueltas de campana de nuestras lenguas, es ella quien se aparta de mí, con una sonrisa socarrona.
La escena deja de ser una promesa para convertirse en una ejecución.
—Va a ser que no, guapo… —susurra con crueldad—. Ya tuve mi dosis el fin de semana. Tú llegas tarde.
Me empuja con suavidad del pecho. Y se aleja de mí.
Mi polla protesta como si la hubieran abandonado en mitad de una tormenta.
—Harper… —Mi voz me traiciona—. Este juego no va a terminar bien.
Se gira divertida.
—Para el pequeño W, seguro que no —dice observando mi potente erección.
Sonríe, más esplendorosa que nunca.
—Y no te preocupes. Hoy no voy a postear tu declive sexual… hoy diré que has estallado antes de tiempo. Qué penita.
Aprieto los dientes con tanta fuerza que crujen. Cuando veo que se da la vuelta, me abalanzo sobre ella para retenerla contra mí con suavidad. Soy incapaz de dejar de tocarla ahora mismo.
—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —amenazo pegado a su oreja—. No regalo segundas oportunidades…
—No la quiero, gracias. Solo quiero que entiendas que ahora mismo podrías estar dentro, doblegándome por fin, y en lugar de eso, vas a pasar el día pensando en cómo sería.…
—Antes de que acabe el día estarás suplicándome que te la meta —replico cabreado.

Cuanto más le clavo la erección más sonríe ella.
De pronto, alguien intenta abrir la puerta y se enzarza con ella.
Nos separamos automáticamente de un salto y Emily va a abrir.
Ava aparece al otro lado y nos mira a uno y a otro.
—¡Por Dios…! —Se ríe—. ¿En serio? ¿En la fotocopiadora? Qué originales sois…
—¿Busca algo, señorita Jones? —pregunto molesto bloqueando mi dureza.
—Traigo un mensaje urgente de su padre. Quiere verles a los dos en su despacho ahora mismo —Hace una pausa y me analiza—. Y yo de usted, me arreglaría un poco la corbata antes de ir… La lleva torcida y desajustada.
—Igual que su polla —murmura Harper.
Ava rompe a reír y sale de la sala porque no puede contenerse.
Mi asistente vuelve para recoger las copias con calma.
Pasa junto a mí, tan cerca que puedo leer mi condena en su perfume.
Admito que ha sido una buena jugada, pero el partido todavía no ha terminado.
No pienso irme a la cama sin poseerla hoy. He dicho.
No obstante, mientras andamos por el pasillo hacia el despacho de mi padre, una extraña sospecha se condensa en mi pecho como un hielo que corta.
¿Por qué mi padre quiere vernos «a los dos»?
Miro a Emily y de repente caigo en la cuenta.
¡NICK SE HA IDO DE LA LENGUA!
Antes de que pueda respirar de nuevo, la verdad se me planta delante como un puñetazo: mi hermano se lo ha contado.
La posibilidad me revienta el estómago.
Antes de llegar a la puerta del infierno, me giro hacia Harper:
—No sé qué quiere decirnos, pero no hables. Déjame a mí.
—No pensaba hacerlo…
Nos miramos una última vez, con tanta familiaridad, que me asusta.
Mis músculos se tensan. Emily contiene la respiración.
—Reza para que mi hermano no haya abierto su bocaza. Si lo ha hecho, hoy no será tu peor día. Será el mío.

CAPÍTULO 16



EMILY

Hay alianzas extrañas.
Y luego están las que se forman cuando tienes que hacer equipo con el hombre al que acabas de torturar sexualmente.
Marcus tiene la mandíbula esculpida en piedra. Seguramente a juego con uno de sus apéndices…
—¿Nick? ¿Tu hermano? —pregunto incrédula.
—Sí —responde seco—. Quizá le haya contado lo del viernes en el ascensor…
—¡¿QUÉ?!
—Salimos y… bebí más de la cuenta.

Intento no ponerme a gritar.
—¡¿Qué sabe exactamente?!
—No lo sé, pero tú niégalo todo —sentencia tenso.
Me da mal rollo verlo así, pero sé que W está hecho para sostener imperios y desastres por igual.
Mi única misión es intentar permanecer de pie sin que las rodillas me fallen.
—Pase lo que pase —musita él, clavándome la mirada—. No hemos hecho nada, ¿de acuerdo?
Me río. Más que nada porque estoy histérica.
—¡Es que no lo hemos hecho! Gracias a mí…
Él me mira como si acabara de soltar la estupidez más grande del mundo.
—Joder… ¿Te crees la inocencia personificada? Me has llevado al límite. Y ese vestido —me recorre con una mirada que quema— es la jodida línea entre el bien y el mal.
Me muerdo la lengua porque no es momento de recordarle quién empezó todo esto. Y porque estoy demasiado ocupada intentando no recordar que mi sangre se ha convertido en lava desde que me ha preguntado si estaba segura de rechazarle y he dudado. Pararle los pies en esa sala de fotocopias ha sido lo más duro que he hecho en mi vida.
Marcus pone el puño en la puerta del despacho de su padre, una puerta que dicen que devora gente, y la abre sin esperar más.
Nick está dentro. Recostado contra la pared como quien espera a que caiga un meteorito. Nos mira como si fuese el tercero en una bronca ajena muy entretenida.
Nada más vernos, me guiña un ojo. Marcus lo atraviesa tanto con la mirada que podría convertirlo en cenizas si quisiera.
—Buenos días —saluda Nick como si no llevara provocando guerras familiares desde la cuna.
—¿Qué has hecho ahora? —lo acusa W.
Nick levanta las manos, divertido.
—Te juro que esta vez no he incendiado nada.
Antes de poder replicar, se abre una puerta lateral y aparece Clifford White, el terror con traje. Siempre me ha parecido un hombre muy

elegante. Un zorro plateado que tontea con las enfermeras hasta cuando está convaleciente.
—Bienvenidos —dice sin emoción.
Qué hombre tan… inquietante.
El lugar es tan silencioso que escucho mi pulso en mis oídos. Marcus se tensa como si se preparara para un disparo.
Su padre se queda delante del ventanal, con las manos detrás de la espalda. Su silencio pesa como una sentencia.
—Me ha llegado cierta información… —dice finalmente.
Marcus traga saliva. Yo también. Como lo sepa me da algo…
—Esto es un problema serio, chicos —dice adusto—. Y hay que solucionarlo cuanto antes…
W y yo nos miramos pensando que no hay solución posible a nuestra fiebre. Y menos después de decirme que voy a suplicarle por más. Nunca había recibido una amenaza tan sexi.
—La competencia ha presentado una contraoferta a CTL. Una más atractiva que la nuestra. O eso he oído.
Mi corazón se hunde hasta los tobillos. «¡¿Era eso?!».
Marcus me mira aliviado y agobiado a la vez.
—Si lo perdemos —añade el patriarca—, estaremos en una posición débil. Tan débil, que puede que tenga que plantearme vender White Industries…
Se hace el silencio. Pero no un silencio cualquiera. De los que prometen una muerte lenta y dolorosa.
Nick deja de sonreír. Yo dejo de respirar. Y Marcus… Marcus podría abrir una grieta en el suelo con su mirada.
—No vamos a vender —ruge W con una dureza que jamás le había escuchado.
—Entonces deberás demostrar que eres capaz de sostener esta empresa sobre tus hombros —responde su padre sin parpadear—. El primer paso es asegurar el contrato con CTL. Deberías haberlo cerrado el otro día…
El golpe es tan directo que Marcus se tambalea sin moverse. Pero parezco ser la única que lo ve.
—¿Qué has oído exactamente? —replica—. Es imposible mejorar nuestra oferta. ¡Era la hostia!

Miro a Marcus. Yo pensaba que lo había visto serio, pero me equivocaba. En este momento, sus ojos son casi negros.
—Averigua lo que está haciendo Gold Group. Porque no solo quiere quedarse con CTL, también es el que me ha hecho una oferta por White Industries…
—¿Qué oferta? —pregunta Nick interesado—. ¿Es jugosa?
—¡CÁLLATE, NICK! —brama Marcus.
El patriarca menea la cabeza disgustado.
—He traído a tu hermano para acabar con ese humor de perros que tienes. No le trates así, por favor.
—¡Pues que deje de decir gilipolleces!
—Deberías echar un polvo, hermano —se burla Nick mirándome de reojo—. Urgentemente…
Es oírlo y Marcus se lanza contra él, estampándolo contra la pared con una fuerza sobrehumana.
Mis ojos se abren como platos.
Nunca había visto a W perder los papeles así. Siempre es tan frío y calculador. Él sirve sus venganzas frías, no con pasión. Y de pronto entiendo que esta versión de W perdiendo el control está ligada… a mí.
—¡MARCUS! —ladra su padre.
Nick se queja del golpe recibido, pero aun así se ríe mientras su hermano lo tiene pegado a la pared como si fuera un criminal.
—¿Sabes lo que yo creo? —masculla W—. Que lo has traído para justo lo contrario. Para que pierda el puto control. Y cuando pase, no cuentes con que te queden dientes Nicky…
El aludido intenta esconder su sonrisa para protegerla de tal amenaza.
—Suelta a tu hermano ahora mismo —ordena su padre serio.
Mi garganta se cierra porque W no obedece. No se mueve. Y esa negativa me paraliza más que la fuerza en sí.
Siento que tengo que intervenir. No sé cómo. Ni por qué.
Pero lo hago.
—Tengo una idea para que CTL firme —Mi voz irrumpe de pronto—. No la propuse antes porque es un poco locura, pero dadas las circunstancias, creo que podría funcionar…

—No la digas —me corta Marcus con rudeza—. Porque parece que mi padre está deseando que fracasemos. No deja de ponerme obstáculos para desestabilizarme y quiero demostrarle que se equivoca. Me la cuentas luego en mi despacho.
Clifford ignora sus acusaciones.
—Tenéis tres días para recuperar el control de la negociación. Ni un día más —sentencia con voz grave. Y se vuelve de nuevo hacia el ventanal dando por terminada la audiencia.
¡Y yo me quejo de mi padre! A su lado es un jodido oso amoroso…
W se marcha del despacho airado y mi instinto es seguirle. Pero para mi sorpresa, no se dirige a su oficina, sino al ascensor. Freno en seco mientras él entra y se da la vuelta. Nuestras miradas conectan.
Algo me paraliza. El recuerdo de la última vez que compartimos uno.
—¿Subes o no? —pregunta, sin mirarme.
—¿Adónde vas?
—A la azotea. Necesito aire fresco. E igual me tiro, todavía no lo he decidido…
Y allí está. La primera confesión sincera de Marcus White desde que lo conozco. El dolor hecho palabras.
Me mira con los ojos tan vacíos de vida que me obliga a reunirme con él. A solas. En un maldito ascensor otra vez. No sé si mis hormonas lo soportarán…
En cuanto las puertas se cierran, noto que me falta el aire.
Marcus mira al suelo y yo a cualquier parte, menos a su boca. Resulta casi antinatural guardar tanto las distancias después de lo que ha estado a punto de pasar en la sala de fotocopias.
Dicen que este ascensor es de los más rápidos del país, pero aquí los segundos caen a plomo. Cada piso es una tortura.
—Olvídalo todo —murmura de pronto.
—¿A qué te refieres?
—A nosotros. Olvida este punto de inflexión caliente. Tenemos mucho trabajo por hacer.
Qué manera tan poética de llamarlo… Pero me revienta que lo diga como si él pudiera frenar este sindiós sexual.
—¿Vas a ser capaz? —le pico.
Él exhala.

—Cuando están a punto de amputarte una pierna, no te preocupa un dedo roto…
¿Cómo? Espera… ¿Soy un dedo roto?
—Entendido —respondo fría.
Se queda quieto. Más todavía de lo que lo estaba. Como si no supiera dónde colocar su rabia. O su deseo.
—Bien.
—Bien —repito mordaz.
Aparto la mirada. Porque si sigo mirándole un segundo más, esta situación me empezará a dar pena. Y no quiero. No se lo merece.
Aunque tampoco se merece un padre así…
En cuanto las puertas del ascensor se abren, W sale disparado, como si estuviera a punto de acabarse el oxígeno del habitáculo.
La terraza del edificio White tiene una perspectiva espectacular que nos recuerda lo pequeños que somos… A todos, salvo a W, claro. Él ha nacido para mirar por encima del mundo.
Otro post para mi cuenta. ¡Es que me salen solos, en serio!
Lo veo apoyarse en la barandilla y masajearse el puente de la nariz. Hace ese gesto cuando está a punto de morder a alguien o de desmoronarse. Y ahora mismo, no sé cuál de las dos cosas sería peor…
Me acerco despacio, sintiendo cómo el viento me despeina. A él no. Hasta la brisa respeta a Marcus White. Pero su fachada invencible empieza a agrietarse, y admito, muy a mi pesar, que no me gusta verlo así.
—¿De verdad tienes una idea? —pregunta desesperado.
—Sí… —respondo—. No te va a gustar, pero puede salvarte.
Él suelta una carcajada sin gracia.
—No necesito que me salves, Harper…
Pero sí lo necesita.
—Me refiero al contrato con CTL.
—Me da pavor que tu gran idea sea una estupidez.
Será gilipollas…
—No lo es.
—Todas las ideas parecen buenas antes de arruinarte —expone—. Y no sé que habrás pensado, pero no podemos darles más. No sería

rentable. Así es cómo empieza el declive…
—Marcus —lo tuteo, porque necesito que me escuche por una vez en su vida.
Él gira la cabeza desde el horizonte y me mira. Sus ojos son… No puedo explicarlo. Están llenos de rencor, de fuego y de… algo roto que me atrae como nada en este mundo.
—No todo se trata siempre de dinero.
—¿Ah, no? —ríe con agonía—. Si fallamos este contrato, mi padre venderá la empresa. Y puede que tú puedas rehacer tu vida en cualquier parte, pero yo no… —Se mueve, y el viento me trae su aroma. Huele a un sinfín de malas decisiones.
¿Por qué se emborracharía el viernes? ¿Tanto le afectó lo del ascensor?
Me acerco un poco más, apoyándome también en la barandilla.
—CTL no quiere una mejor oferta —empiezo—. Quiere no manchar su imagen pública. Necesitan una empresa que parezca ética y respetable.
Marcus frunce el ceño, procesando la información. Cuando su mente trabaja, es como ver una tormenta ordenándose.
—¿Insinúas que tengo mala reputación?
—White Industries es conocida por ser un imperio frío y distante. Cuando buscan humanidad, se topan contigo… Y eres demasiado serio, temible, implacable…
—Así se mantiene el respeto.
—No. Así se mantiene el miedo. Y el miedo ya no está de moda.
Él me mira de frente. Me siento como si acabara de desafiar a un dios.
—¿Qué propones, entonces?
—Más transparencia. Involucración comunitaria. Un proyecto social y ecológico con CTL como protagonista. Una alianza estratégica en lugar de un simple contrato económico. Beneficio para ambos. Ambos necesitáis buena prensa.
Él me escucha. Me escucha como nunca antes. Y no entiendo por qué me gusta tanto. Será porque cuando alguien te hiere, te hace desear su aprobación.
—¿Te das cuenta de todo lo que implicaría eso?

—Esa es la parte que no te iba a gustar. Ruedas de prensa, eventos sociales, reuniones… Pero tenemos que parecer un frente unido. Recuerda que huyeron de la reunión cuando vieron el mal rollo que había entre nosotros.
—Llegaste tarde. Odio la impuntualidad.
—Tienes que aprender a relajarte un poco.
—Me relajé un momento, y un segundo después, mi mano estaba entre tus piernas, joder…
El aire se vuelve caliente. Y no es por el sol.
Su mirada aterriza en mi boca y Dios… Un flash de la destreza de sus labios sobre los míos me hace desear más.
De repente, él rompe el hechizo. Como si cortara el hilo que nos estuviera sosteniendo. Y se gira de nuevo hacia la lejanía.
—¿Por qué me ayudas, Harper? —pregunta seco—. Después de cómo te he tratado… Tienes la oportunidad de hundirme y acabar con todo. ¿No es lo que querías?
Podría contestar muchas cosas:
Que lo hago por mi padre. Por mi carrera. Por orgullo. Por el máster. Pero ninguna sería toda la verdad.
—Porque yo termino lo que empiezo —suelto la pulla—. Y aunque no lo creas, he trabajado muy duro para llegar aquí. Mi padre no me hubiera enchufado si no pensara que lo valgo. Y no pienso decepcionarle saliendo por la puerta de atrás. Si conseguimos el contrato, te demostraré que merezco estar aquí.
Marcus me mira y sus ojos se suavizan por un instante. Solo uno. Y es suficiente para joderme la vida.
—De acuerdo… —musita—. Pero nuestra pequeña guerra de sexos tiene que acabar. No volveremos a besarnos —dice como un latigazo —. Y no me mires como si desearas que te follara.
Mis ojos se abren como platos.
—Yo nunca he hecho eso…
—Lo estabas haciendo hace un puto instante.
—¡Eres tú el que ha perdido el control en la sala de fotocopias!
—No me provoques y todo irá bien. ¿Podrás hacerlo?
—¡Pues claro que puedo! Lo mío no es un dedo roto, es una uña rota. ¡Y además, postiza!

Él sonríe contra su voluntad. Como si la felicidad le doliera en la boca. Al verlo, no puedo evitar sonreír yo también.
Su padre tenía razón desde el principio: «tenemos un problema grave».
Y no es el puñetero contrato. Somos nosotros.

CAPÍTULO 17



Hay días en los que todo se precipita. Y hoy es uno de ellos.
Trabajamos sin descanso hasta que la noche cae sobre la ciudad como una manta húmeda.
Mi despacho huele a presión. Pero también a la tregua de una guerra sexual silenciosa que, lejos de terminar, no ha hecho más que empezar…

Harper está sentada frente a mí, iluminada por la pantalla del portátil como si fuera una llama testaruda que se niega a apagarse en mitad de una tempestad.
Tengo muchos problemas, pero ella es la causa más inmediata de mi dolor de cabeza. Y, desgraciadamente, también de otros dolores más localizados… Porque cada vez que mira de reojo hacia mi camisa remangada, recuerdo que la arquitectura del antebrazo masculino tiene el poder de joderle la productividad.
Se muerde los labios mientras revisa un informe, seguramente para recordarme lo turgentes que son… Estoy a un paso de ver a mi autocontrol saltar por la ventana con una nota de despedida.
—Tienes cara de estar pensando barbaridades —murmura ella sin mirarme.
—Estoy pensando que el sonido de tu teclado es insoportable.
—No es el teclado. Es mi existencia. Y el sentimiento es mutuo, White.
La miro a punto de arder. Es tan jodidamente provocadora…
Quisiera ser de piedra. Pero no puedo. No con todo lo que llevo ya encima: mi padre, Gold Group, CTL… y Nick tonteando con Emily por los pasillos…
Porque en la reunión le ha guiñado un ojo, pero cuando más tarde se la ha cruzado, no ha perdido el tiempo:
—Vaya, Harper… —ha dicho con ese tono que me pone enfermo—. Si llego a saber que el *dress code* de la oficina incluía vestidos letales, me habría puesto una corbata antibalas…
Ella se ha reído.
Y yo he tenido que contar hasta diez para no partirle la cara.
Pero volviendo al asunto que nos concierne: o consigo que CTL firme o estoy muerto. Y no es una metáfora dramática.
Si perdemos este contrato, White Industries puede terminar en manos de gentuza. Mi padre puede rendirse, si quiere. Pero yo no pienso hacerlo.
Jamás lo he hecho con nada. No es mi estilo.
—Estoy revisando los beneficios fiscales del corredor McClain —dice de repente Emily—. Aquí puede haber algo interesante…
La miro sorprendido por la seguridad en su voz.

Casi nunca hago caso de recomendaciones externas. Mi buen instinto me ha llevado siempre a buen puerto. Pero sé captar al instante cuando algo merece la pena.
Como la primera vez que vi a Emily… Capté algo especial en ella. Era diferente a las demás chicas. Un diamante en bruto.
Leo los informes y vuelvo a sentir una premonición parecida.
—¿La factoría abandonada? —musito para mí mismo.
—Sí. Es barata, está en un punto estratégico y, ahora mismo, es un tumor oxidado. Si lo restauramos con un proyecto ecológico y social dando lugar a líneas verdes, empleo local y una imagen pública positiva, CTL valoraría más el resultado que un aumento.
La observo. Nada en ella es casualidad. No es suerte. Hace su trabajo. Y lo hace muy bien. Sabe conectar los puntos. Igual que yo. Por eso es tan peligrosa. Y por eso no puedo apartarla de mí.
—Bien pensado. No sabía que tenías cabeza para algo más que el sarcasmo —meto la pulla que me ayuda a sobrellevar mi admiración.
Es lo más próximo a un halago que va a recibir de mí. Porque si me ablando un poco, en menos de cinco minutos estaremos follando en mi mesa. No tengo la menor duda.
Ella alza la barbilla con chulería.
—Y yo no sabía que tú supieras aceptar consejos.
Controlo mi sonrisa, pero no una mínima curva en mi boca.
—En serio, me sorprende no tener que convencerte —continúa—. Es casi como trabajar con alguien razonable…
Mi sonrisa me traiciona y sale a la superficie. Odio que tenga el poder de hacer eso. Antes podía controlarlo, pero ahora ya no. De alguna forma, las frases de su puñetera cuenta de Instagram han abierto una grieta en mi armadura.
—Podemos proponer una restauración completa —digo intentando volver a centrarnos en el trabajo—. No solo reactivar la fábrica, sino renovarla con un enfoque comunitario. Con un plan de sostenibilidad a largo plazo y beneficios fiscales más altos que la diferencia con la oferta de Gold Group.
—Podría funcionar —admite.
—Sí, pero hay que revisar el terreno *in situ* —dictamino—. No me fío de los informes. Mañana temprano iremos a verlo.

—¿Mañana temprano? —Me mira como si le hubiera pedido que pilote un avión con los pies.
—Sí, a menos que tengas algo más importante que hacer que salvar la empresa —comento, recogiendo mi chaqueta para irme.
Ella se levanta también.
—No, solo calculaba cuántas horas de sueño me hacen falta para sobrevivir a ti…
—Cinco —respondo sin pensar.
—Yo soy humana, ¿sabes?
—Pediré una segunda opinión.
La forma en que me mira en ese momento… buf.
Si fuera un hombre menos disciplinado, caminaría hacia ella, la tomaría por la cintura y acabaría lo que empezamos en la fotocopiadora.
Pero no soy ese hombre. O eso me repito a diario.
Ella se pone el abrigo y yo apago las luces para salir.
De pronto, hay demasiada oscuridad. Cuando estoy solo, suelo caminar en penumbra, solo con la luz de la ciudad que se cuela por los ventanales, hasta el ascensor, pero hoy no lo estoy.
—Ve yendo al ascensor —ordeno—. Esperaré a que llegues.
—No hace falta. Se ve bien. Apaga y vámonos.
Qué fácil lo dice…
Pero lo hago. Que nadie diga que no soy valiente.
Caminar juntos hacia el hall sin ver nada es tan vigorizante como me temía. Voy directo a presionar el botón como si fuera una salida de emergencia en un laberinto carnal excitante.
Son los ascensores más rápidos del mercado, pero no lo suficiente, maldita sea…
—White…
—¿Qué?
—Lo conseguiremos. Es un buen plan.
—Tu ingenuidad demuestra tu poca experiencia.
—Sabía que dirías eso… Por eso quiero que, cuando todo esto termine, tengas que admitir que no podías haberlo hecho sin mí.
Aprieto la mandíbula. Porque tiene razón. Y porque decir eso en voz alta sería peor que cortarme un brazo.

—No te emociones. De momento, no llegues tarde mañana, Harper.
La oigo sonreír en la penumbra y cierro los puños. Cómo me gustaría borrarle esa sonrisita con mi boca…
—Te recojo a las siete en tu casa —añado seco.
—No hace falta. Iré en taxi a la fábrica. Nos vemos allí.
—Prefiero recogerte yo. Es una zona abandonada.
—Sé cuidar de mí misma.
—Seguro que sí, pero si te pasa algo en horario laboral, me costará caro. Te recojo a las siete en punto.
En ese momento, el ascensor se abre ofreciendo un haz de luz que los dos cruzamos a la vez, provocando un roce indeseado.
Cuando las puertas se cierran todo empeora.
El eco de todo lo que hemos dicho y hecho hoy flota en el aire. El recuerdo del sabor de sus labios acorrala mi integridad y enfatiza el hecho innegable de que estoy jodido. Porque la única cosa peor que tenerla como enemiga… es tenerla como aliada.
Dicen que la fuerza de voluntad no es dejar de desear algo, sino saber exactamente cuánto lo deseas y, aun así, elegir no cruzar esa línea.
Y quizá… lo más honesto que haré en años es admitir que esa línea, con Emily Harper, oscila peligrosamente. Ella es capaz de reescribir el puto límite. Y también de aceptar una tregua solo para poder destriparme más tarde con mejores vistas.
¿El problema? Que eso no hace que la desee menos.
Se hace un silencio muy familiar que nos recuerda decisiones que hemos jurado no repetir.
Clavo la vista en el panel de números luminosos como si fuera el oráculo de la cordura.
Pero siento sus ojos clavados en mí.
—¿Podrías mirar hacia otro sitio? —bufo sin mirarla.
—¿Perdona?
—Así no tendría que fingir que no veo cuánto me deseas…
—¿Qué?
—Llevas todo el día acosándome a miradas, desde que te dije que no podíamos volver a besarnos…
Ella suelta una risa incrédula, casi temblorosa.

—Marcus, ¿tú te oyes? Qué delirios de grandeza tienes…
—Lo que tengo es memoria —contesto lanzándole una mirada que podría considerarse delito en catorce países—. Y paciencia. Y sé reconocer cuando una mujer quiere que la toque.
—¿Ah, sí? —Ella levanta el mentón, orgullosa, desafiante, preciosa sin pretenderlo—. Pues ahora te falta reconocer lo que quieres tú…
Parpadeo una sola vez.
—Si tanto lo quieres, pídemelo.
—No voy a pedirte nada —dice chulita.
—Perfecto —replico ronco—. Porque no pensaba tocarte ni aunque me lo supliques…
—Bien.
—Bien.
Vuelve a reinar el silencio. El ascensor sigue bajando dejándonos notar cómo la oportunidad se nos escapa de las manos.
La veo tragar saliva nerviosa. Me clavo las uñas en la mano para no cometer otra estupidez. Pero lo jodido de mi autocontrol es que no resiste que ella respire tan fuerte demasiado cerca.
—¿Sabes cuál es tu problema, White? —susurra con furia.
—Ilumíname.
—Que quieres que suplique por algo que tú estás muriéndote por hacer.
Me río. Una risa baja, oscura y peligrosa.
—No, preciosa… Mi problema es que si empiezo, tú no vas a querer que acabe.
Nuestras miradas conectan electrificadas.
—Te recuerdo que has sido tú el que ha dicho «dejemos de jugar».
—Y tú estabas de acuerdo.
—Lo estoy.
—¡Pues actúa como si lo estuvieras! ¡Deja de mirarme así!
—¡Y tú no te acerques tanto! —clama ella. De pronto me doy cuenta de que estoy casi sobre su cuerpo como un abusón de manual.
—No te estoy tocando…
—Lo estás haciendo con los ojos…
Y entonces ocurre.

No sé quién pulsa el botón de parada de emergencia. Si ella, yo, o el demonio que vive entre nosotros. Pero un segundo después, mi boca está cerrándose sobre la suya como si fuera un maldito accidente que no ves venir.
Un choque brutal que desvirtuaría los puntos cardinales de cualquier brújula.
Mi norte desaparece cuando empezamos a besarnos como si el mundo fuera a acabarse dentro de un minuto.
No hay espacio suficiente en el ascensor para contener lo que desatamos juntos. Dos sustancias que al mezclarse por error, crean algo nuevo y bestial.
Nos agarramos demasiado fuerte para fingir que no nos moríamos por hacerlo, y menos, para admitirlo con palabras.
El morreo se siente como una derrota compartida.
—Esto es mala idea… —musita en mis labios. Pero la excitación de su voz termina de empujarnos por el precipicio.
—Lo sé… —jadeo dentro de su boca—. Pero a la mierda. Paso de que escribas otro post contando lo insatisfecha que te tengo.

CAPÍTULO 18



EMILY

No hay cámaras que registren lo que ocurre cuando el orgullo y la necesidad deciden sentarse a la misma mesa.
Es un sentimiento de amor-odio de lo más peligroso.
¿Por qué mi cuerpo me pide hacer algo con lo que mi mente no está de acuerdo?
¿Por qué mis músculos parecen obedecer a una ley más antigua que la propia coherencia?
No tengo respuesta.
Solo creo que cada cosa que he hecho en mi vida me ha empujado hasta este momento, y que, si me empuja un poco más, ya no habrá vuelta atrás.
Me aferro a sus musculosos hombros mientras saquea mi boca con una desesperación casi tóxica.

No es un beso normal. Es un asalto emocional. Un recordatorio de que lo prohibido, mezclado con deseo, se vuelve combustible inflamable.
Su lengua sabe a orgullo y a promesas de algo prohibido.
Con un movimiento ágil, me bloquea contra la pared del ascensor con su cuerpo y se aparta lo justo para murmurar:
—Te follaría aquí mismo… Pero lo haría tan fuerte que probablemente jodería el ascensor y caeríamos en barrena.
Sus palabras me aterrorizan y excitan a partes iguales.
Me tiene atrapada con su cuerpo de hierro y mis rodillas amenazan con derretirse. Su boca vuelve a la carga, y sus manos, joder, sus manos…, tan deliciosamente ásperas, me agarran el culo con una avaricia primitiva.
Un gemido involuntario sale de mi garganta cuando noto su erección pegada a mi abdomen. Esa es la señal que esperaba mi cuerpo para empezar a actuar por su jodida cuenta.
Lo rodeo con una pierna y le clavo un tacón en el culo, cosa que parece volverlo loco. Mis manos suben hasta su pelo para agarrarlo con fiereza y pedirle lo que necesito sin palabras.
Creo que lo entiende.
Porque en mitad de la vorágine, W atina a darle al piso 21 y el ascensor se pone en marcha de nuevo.
Se dice que esa planta está vacía. Por mantenimiento. Pero empiezo a pensar que es el picadero personal de los White…
Cuando aterrizamos en ella, tira de mi mano con fuerza y me lleva por un pasillo desangelado hacia uno de los despachos.
Los pulmones me arden. Cada poro de mi cuerpo grita por más.
W no se molesta en cerrar la puerta, pero sí en levantarme y dejarme sentada sobre una mesa de juntas para empezar a devorarme como un animal salvaje.
Me agarro a su nuca porque me da miedo desmayarme. ¿Esto está pasando de verdad?
W no se anda con tonterías, ni en el trabajo ni en el sexo. Esto va muy en serio. Su cuerpo duro pide a gritos entrar en el mío, y yo siento que estoy ansiosa por recibirle. WTF!

No es cómo me lo había imaginado. Pensaba que follaría despacio y en silencio. Y está siendo todo lo contrario. Me besa como si estuviera perdiendo el mundo y recuperándome a mí al mismo tiempo.
Su voz es un susurro roto contra mi labio inferior:
—¿Qué me estás haciendo, Harper…?
Su mirada hambrienta es como un golpe seco en mi estómago.
Me mira como si supiera que voy a destruirle, y aun así no pudiera alejarse de mí.
Estudia mi boca, obsesionado, y su pulgar acaricia mi lengua con lentitud. Cuando lo lamo con lascivia, el poco autocontrol que había en sus ojos se desvanece.
La empresa, su apellido, nuestros padres y nuestro odio, desaparecen junto con la ética. Solo quedan dos cuerpos que se han estado odiando y deseando desde el primer día.
—Por mucho que me guste este vestido, voy a quitártelo…
Sin previo aviso, me baja la cremallera y me quedo en ropa interior, apoyada contra la mesa, con el pulso fuera de control.
No tarda en desabrocharme el sujetador dejando al descubierto mis pezones duros como guijarros.
Su respiración es un vendaval que borra mis límites racionales.
No tarda en acariciarme un pecho con una devoción exquisita. No hay dulzura en el gesto, solo un fervor capaz de quebrar a cualquiera que la analice demasiado.
Tiro de su camisa y lo acerco a mí para desabrocharle los botones. Mis manos se deslizan por su pecho firme, explorando cada centímetro de sus sólidos músculos. W me deja tocarle a placer, sin romper el contacto visual en ningún momento. Y me sorprende, porque Marcus White no se entrega a nadie así jamás.
No espero.
Le desabrocho el pantalón y me aventuro en su ropa interior. Se me corta la respiración cuando encuentro su imponente miembro, esperándome más duro de lo que cabía esperar.
—Dios mío… ¿Llevas toda la tarde pensando en esto?
—Más bien todo el fin de semana —confiesa sinvergüenza.

Al envolverlo con la mano, suelta un gemido sordo que me conquista sin palabras. Sus manos no tardan en buscar mi entrada y colar los dedos dentro.
—¿En quién pensabas tú cuando te estabas tirando a ese tío?
—Que te den… —jadeo al sentir cómo mete un dedo y me aprieta más contra él.
Empieza a hacer su magia y el mundo se reordena a su manera: lento, feroz, preciso. Tiemblo de deseo y él se da cuenta.
—He perdido la cuenta de las veces que he imaginado esto como castigo cada vez que me entregas algo tarde… —murmura ronco.
—Tus plazos son denunciables —gimo de gusto.
Lo oigo sonreír.
—Eres muy lenta, Harper…
Voy a replicar algo, pero no puedo porque me rompe las bragas como si fueran algo que simplemente estaba en su camino. Después se agacha y su lengua va directa a mi clítoris.
—¡¡DIOOOS..!!
—Veamos si eres lenta para todo… —murmura contra mi centro.
Mis piernas se aferran a su cabeza con fuerza y empiezo a delirar de placer por culpa de su talentosa lengua.
«Puedo pararle. Debería pararle… Pero no quiero».
Cuando miro hacia abajo, la visión de su cabeza metida entre mis muslos, es demasiado. Siento una presión brutal que me arrastra hacia un orgasmo sin precedentes. Su forma de chupar es tan animal que, por un segundo, siento que dejo de existir.
—Marcus… —agonizo.
—Shhh… Relájate.
—¡No puedo! ¡No sé qué me estás haciendo, pero no puedo, de verdad…!
Como si le hubiese dicho lo contrario, aumenta el ritmo y añade un par de dedos más dentro de mí.
—¡Madre mía…!
—¿Nunca te habían encontrado el punto G?
Mi respuesta es gemir como una loca. No puedo hablar. Apenas puedo respirar. Estoy a punto de echarme a llorar. Porque siento que

se acerca el orgasmo más demoledor de mi vida, y me lo va a procurar él. ¡Maldito bastardo!
—Va a ser increíble… —dice frotándome el clítoris con el pulgar. La tensión que siento me hace gritar—. Solo tienes que suplicármelo.
Niego con la cabeza, pero mi cuerpo me traiciona abriéndose más a él y apretándole más contra mí.
Es tan provocador y controlador… aunque, si no le conociera, diría que también está, de alguna forma, suplicando que me rinda.
Cierro los ojos intentando aclarar mis pensamientos, pero saber que su boca está dándose un festín con la parte más privada y sensible de mi cuerpo, me lleva de cabeza al precipicio. Y que suba una mano y me pellizque con fuerza un pezón, es más de lo que puedo soportar.
—¡Marcus, para…!
—Pídeme que haga que te corras —ordena con calma.
—¡Hazlo o te mato!
Un destello diabólico cruza sus ojos. Y en el momento en que se aparta de mí, estallo a lo bestia como nunca antes lo he hecho. Siento un torrente líquido saliendo de mí, mientras me corro más fuerte que en toda mi vida.
—¡¿QUÉ… COÑO… HA SIDO ESO?!
Lo miro en shock. Su sonrisa arrogante me desintegra.
—Se llama Squirt. Si quieres te lo deletreo para tu post.
—¡Pensaba que eran un mito…!
—Conmigo no.
Un segundo después, estrella su boca contra la mía, y descubrir mi sabor en él me pone la cabeza del revés. ¡Marcus White sabe a mí!
—Mi turno… —advierte, tomando el control.
Se mete entre mis piernas, y para mi tranquilidad, saca un condón de la nada y se lo coloca en medio segundo. Mi cuerpo tiembla de ganas por sentirle.
—¿Estás lista?
—¿Desde cuando preguntas antes de hacer algo?
—Desde que sé que tendré que tirar esta mesa cuando termine contigo…

Cuando se hunde en mí de una estocada, siento que se me va la vida.
Le clavo las uñas en la espalda, impresionada, y mis tacones lo hacen en su trasero. Hasta eso lo tiene duro. Es como abrazar una roca.
Sus primeras embestidas son lentas y profundas. Debería estar prohibido que un hombre tan insensible te haga sentir así. Pero pronto sus ojos se oscurecen y empieza a imponer un ritmo más severo.
Su forma de balancearse, la posesividad con la que agarra mis caderas, y verle cerrar los ojos de gusto hacen que la escena se vuelva insuperable.
Cierro los ojos para disfrutar de la desesperación con la que W me folla. Como si fuera un jodido castigo. Uno que te hace querer ser más mala si cabe.
Se mueve dentro de mí como si ya hubiera estado aquí antes.
—Joder, Harper… —musita devastado.
Abro los ojos para mirarle y veo al hombre intocable, al monstruo melancólico con traje, a punto de romperse dentro de mí. Está tremendo en ese estado de abandono.
Noto que un orgasmo amenaza con partirnos a los dos por la mitad, y de repente, sale de mí, me da la vuelta con violencia, y hace que apoye las manos en la mesa y abra las piernas.
Vuelve a penetrarme profundamente y el placer es tan intenso que no puedo elevar un pensamiento coherente. Pero está ahí, una idea furtiva que rescato de lo más profundo de mis entrañas.
¿Me ha dado la vuelta para que no viera su vulnerabilidad?
La respuesta se pierde en ese ángulo tan perfecto en el que me está taladrando como si fuera una maldita máquina llena de músculos. No tengo otra opción que convertirme en un ser elemental que solo quiere más.
Poco después, ancla mis caderas en su lugar para vaciarse dentro de mí.
—Oh, Diosss… —masculla alucinado.
Es escucharlo y explotar en una segunda vuelta de contracciones que estremecen todo mi cuerpo por el orgasmo que me embarga.
Nota mental: «follar con tu jefe te manda a otra dimensión».

Al terminar, nos separamos sin hablar y sin mirarnos. Como dos supervivientes de una tragedia.
Me bajo de la mesa, temblorosa, intentando recordar cómo se camina. Él también tarda demasiado en respirar con normalidad.
En un instante, nuestras miradas chocan como dos placas tectónicas. Y lo veo. El miedo en sus ojos. No a lo que hemos hecho, sino a lo que significa.
Me pongo el vestido. Él se abrocha la camisa como si cada botón fuera un acto de penitencia. Y avanzamos uno al lado del otro hacia el ascensor como dos fugitivos huyendo de la escena del crimen.
Las puertas del ascensor se abren y entramos con rapidez.
El silencio que se hace pesa más que su cuerpo sobre el mío.
Por mucho que intentemos fingir lo contrario, algo entre nosotros ya ha cambiado para siempre.
Todavía me tiemblan las manos de agarrarme a él, cuando dice:
—A las siete en tu casa.
Lo miro. Su atractivo perfil es una sentencia. Está claro que no es de esos tíos que te da las gracias por el buen rato. En todo caso, sientes que deberías dárselas a él. Pero ni borracha lo hago.
Llegamos al garaje y los dos vamos directos a nuestros coches, sin tiempo de parar a mirarnos a los ojos. La despedida es un balbuceo y un gesto de cabeza sobre la marcha.
No sé ni cómo llego a casa, pero me acompaña una sensación extraña. Porque W tenía razón en una cosa: nadie me ha follado nunca así, con esa mezcla de desprecio y veneración; nadie me ha hecho sentir tan culpable y gloriosa a la vez.
Pero se acabó. Esto no puede volver a repetirse, por el bien de todos.
Para afianzar la decisión, decido ducharme. Todavía hay demasiado de él pegado a mí: su olor, su voz, su arrogancia… Pero antes de hacerlo, tengo el absurdo impulso de publicar un post.
@MalditoJefe:
"A veces las líneas que juramos no cruzar se vuelven difusas…
Hay cosas que no se planean; simplemente arden en tu piel.
Y cuando se declara el incendio incontrolable, te das cuenta de que lo has provocado tú misma".
Cierro la app y me meto en la ducha.

El agua caliente cae sobre mí como si quisiera borrar las huellas de lo que hemos hecho.
Cuando salgo, el vapor todavía empaña el espejo cuando cojo el móvil y, sin querer admitirlo, busco un comentario suyo.
Sonrío al encontrarlo.
@CEOW:
«Cruzar líneas es la única forma de que dejen de existir. Y los incendios hay que sofocarlos, si no, no se extinguen nunca».
Lo leo una vez. Dos. Tres veces. Presintiendo que cada palabra es un intento de decir: «No hablemos más de esto. No ha pasado».
Y estoy de acuerdo.
Puedo fingir que no ha pasado. De hecho, es lo que mejor se me da: fingir profesionalidad. Fingir indiferencia. Fingir que puedo mirarlo a los ojos sin recordar cómo me poseyó contra una mesa.
Pero nadie sobrevive a un incendio sin quemarse un poco.

CAPÍTULO 19



EMILY

El día empieza demasiado pronto y con demasiada cafeína.
«Siete en punto», enfatizó W.
Así que, obviamente, bajo a la calle a las 6:59. Porque si llego a las 7:01, fantaseará conmigo sobre cómo castigarme. Y eso no nos conviene.
Marcus está apoyado en su coche, con un abrigo de paño marrón y cada pelo en su sitio como si hubiera nacido así de irritantemente perfecto. Si me dijeran que está grabando un anuncio de colonia para Navidad me lo creería.
Por mi parte, tengo ojeras nivel doctorado y un dónut a medio morder que me recuerda que la glucosa es motivo suficiente para vivir.
—Harper —saluda, como si acabara de encontrarme por casualidad —. Puntualidad. No me lo esperaba.

—¿Has visto?
—Aunque veo que no te ha dado tiempo de desayunar sano…
Lo miro seria.
—Este dónut está haciendo más por mi salud emocional que tú en los últimos seis meses.
Él parpadea evaluando si merece la pena responder.
—No sabía que tu estabilidad emocional se midiera en glaseado.
—Eso es porque no sabes nada de mí —Le doy un mordisco al dónut con la elegancia de quien sabe que está ganando puntos por estilo.
—¿Has dormido bien? —pregunta mientras me abre la puerta del coche como un *gentleman* improvisado. El gesto me desconcierta. Claro que ayer dejé de ser Harper para ser Emily… y eso lo ha desarmado más de lo que admitirá jamás.
—No mucho, la verdad.
—Yo tampoco. Estuve repasando la idea para CTL para asegurarme de que no es una estupidez disfrazada de entusiasmo juvenil…
—¿Y?
—Solo es moderadamente temeraria, lo cual… no está mal del todo.
Cierra la puerta de golpe sin decir nada más y bordea el coche para subirse.
Este hombre es un máster ambulante en arruinar momentos.
—¿Esta es tu forma de darme las gracias? —pregunto abrochándome el cinturón.
—Si quieres verlo así… —dice arrancando el coche.
Sonrío. Mira que es gilipollas… Pero estoy empezando a entender su forma de ser.
Ese tono seco es Marcus agradeciendo la normalidad. Marcus olvidando lo de ayer. Marcus blindándose otra vez.
Nos miramos. Le doy otro mordisco al dónut con una agresividad de lo más profesional. El silencio que se instala no es incómodo, como el que se da cuando hay demasiadas cosas que no se pueden decir.
No tardamos mucho en llegar a la zona.
La fábrica McClain parece el escenario donde se rodaría la escena de una película donde todos mueren dramáticamente. Hierro oxidado, paredes desconchadas, una brisa helada que pasa entre estructuras metálicas huecas que suena como si el edificio estuviera vivo…

—Es perfecta —susurro.
—Es una ruina —opina él.
—Las ruinas tienen eco. Y todo lo que tiene eco puede llenarse de futuro.
Él gira la cabeza para mirarme como si hubiera dicho algo que no esperaba. O peor. Algo que no quería escuchar.
—Dios… tu espíritu de película *Milagro en Navidad* es agotador —musita asqueado.
—Es parte de mi encanto —Sonrío satisfecha.
Pronto llega un hombre que supongo que es el encargado de obra, y nos da unos cascos amarillos para hacer un recorrido por dentro.
Marcus, con casco, es un espectáculo que jamás pensé que tendría la suerte de ver. Está especialmente ridículo con él y no puedo evitar reírme.
—No seas infantil —gruñe frunciendo el ceño.
—Lo siento, es que parecemos dos personajes de una parodia musical. Siento que en cualquier momento alguien podría ponerse a cantar.
W lucha por no sonreír. No quiere volver a abrir esa grieta entre nosotros. Lo noto. Lo respeto. Y se adelanta para caminar con el encargado.
Yo los sigo, observando cómo la luz se cuela por las vigas y le dibuja esa espalda de espartano. No pienso nada indebido. O casi…
¿Quién podría culparme?
Marcus no es un hombre normal. Y se nota todavía más cuando tiene a uno al lado. Él es un puñetero titán. Alto, musculoso, dios del sexo, con clase… solo le falta no ser un amargado y saber decir «gracias por salvarme el culo» en vez de «no eres tan tonta como yo pensaba».
—Aquí está el área que habría que reforzar para instalar la nueva línea energética —explica el encargado.
—¿Sería viable mantener la estructura? —pregunta Marcus. Cuando está en modo cerebral, es difícil no mirarlo como si acabara de inventar la cura contra el cáncer. El tío es listo. Y tengo que admitir que he aprendido mucho trabajando con él.

—Todo indica que sí —El hombre golpea la viga con fuerza. Y es ahí cuando sucede.
Un sonido seco parte el aire. Como un hueso rompiéndose.
La viga que hay encima de nosotros cruje y hace amago de desprenderse.
Todo ocurre tan rápido que no reacciono. El hierro cae y el futuro parpadea. Pero en lugar del golpe, siento que estoy volando fuera de su alcance.
El impacto retumba en el suelo como un latido muerto. Cuando abro los ojos, Marcus me tiene aferrada contra su cuerpo, con una firmeza absoluta. Veo que la viga ha caído justo donde estaba yo. Si me llega a dar, no lo cuento.
Un silencio atroz barre la estancia, y nos mantenemos inmóviles. Solo se oye nuestro aliento agitado.
Su mano sigue en mi espalda y mi cuerpo contra el suyo. Siento calor, pero a la vez estoy temblando.
—¿Estás bien? —Su voz es baja y profunda. Casi humana.
Asiento. O eso creo, porque mi cerebro está frito del susto.
Marcus focaliza toda su rabia hacia el encargado. Y, sin necesidad de decir nada, el hombre tartamudea.
—Bu…bueno…. Quizá… haya que apuntalar algunas partes…
—Esto es intolerable. ¡¿Repasó o no los planos que le mandé anoche?!
—Sí… Por encima…
—¡¿Por encima?!
—Por el tipo de acero que es, el tiempo que tiene y el ensamblaje, deberían estar bien…
—¡¿Y cómo explica esto?! —exclama Marcus enfadado—. ¡Casi la aplasta viva!
—A veces los cambios de temperatura extremos pueden causar daños en la composición de los materiales. Y con el calentamiento global…
—Pensaba que era el mejor… ¡Está despedido!
—Espera, Marcus —Me desprendo de él—. No ha pasado nada. Dígame, ¿en cuánto tiempo podrían hacer una evaluación para convertirlo en un lugar seguro? Lo más rápido posible…

El hombre duda sabiendo que de eso depende el contrato.
—No sé… ¿una semana?
—Tiene tres días —replica Marcus feroz.
—De acuerdo.
—Llámeme cuando lo tenga y hablaremos.
Marcus me coge de la mano y me arrastra con él y con su furia fuera del edificio. El contacto de nuestra piel me quema.
Y de repente pienso: ¿Y si le importo?
¿Y si toda esta hostilidad ha sido solo… una defensa?
«¡No digas idioteces, Emily! ¡Es Marcus White!». Un hombre que te mira mal por respirar demasiado fuerte en la misma habitación.
Saco el teléfono y anoto la frase para otro posible post. Esto es vocacional.
Nada más salir, me suelto de él tan rápido que casi me tropiezo.
—Estoy bien… —murmuro antes de que pregunte—. Gracias.
Él no responde. Solo me mira. Pero no como mi jefe. Me mira como algo que se ha follado y no esperaba tener que proteger. Y eso le enfadara.
Volvemos a la oficina en silencio, justo a tiempo para empezar un día laborable normal. Pero no lo es ni de lejos.
Es el día siguiente a nuestro asalto sexual.
Es el día en que casi me aplasta una viga.
Es el día en el que nuestra idea de CTL se tambalea y sé que estas cosas le afectan mucho.
Trabajamos en una calma inusitada, sin mencionar el incidente de la obra, ni todos los demás.
No discutimos. No nos provocamos. Nos enfrascamos cada uno en una cosa para sacar el proyecto adelante, pero cada vez que nuestras miradas se cruzan a través del cristal, hay algo ahí.
Algo que ninguno de los dos quiere nombrar.
Algo que antes no existía.
Algo que ya se nos ha ido de las manos.

CAPÍTULO 20



En un momento dado, Nick pasa por delante de mi mesa en dirección al despacho de W, y me levanto por inercia para impedir que le ponga de mal humor hoy; luego soy yo la que me como su enfado.
Deja la puerta entornada y no puedo evitar quedarme escuchando.
—Hablo en serio, Marcus… ¿En qué puedo ayudarte?
—Bastaría con que no te interesaras por la cifra que le han ofrecido a papá por vender la empresa que me he matado en mantener a flote durante años…
—¡Solo era curiosidad! Quería saber cuánto vale.
—¡No tiene precio, Nick! Es nuestro puto legado. Y me gustaría que durase generaciones.
—¿Significa eso que quieres tener hijos? ¿Tú? Porque no te veo cambiando pañales…

—No creo que nuestro padre nos los haya cambiado nunca…
—¿No dijiste que no querías ser como él?
Se hace un silencio tan tenso que siento que debo intervenir antes de que Marcus espachurre a su hermano contra la pared.
Empujo la puerta y ambos me miran como si hubiera interrumpido un duelo de pistolas al amanecer.
—He tenido una idea —lanzo, como una granada diplomática.
W respira hondo, como si necesitara un salvavidas.
—Dime que es una presentación sólida y memorable para CTL. Porque yo solo quiero agarrarlos del cuello y llamarlos traidores.
—No. No habrá presentación.
Marcus me mira como si me hubiera salido otra cabeza.
—Si los llevamos a una sala de juntas para ofrecerles lo de siempre, fracasaremos. Necesitamos abordarlos en un ambiente en el que estén relajados y receptivos… Así será más fácil venderles humanidad y visión en vez de números.
W parpadea. Lo que en su idioma significa: «tiene sentido, maldita sea».
—¿Y dónde podríamos conseguir eso?
—En una gala de Navidad —respondo sin dudar—. He averiguado que CTL asiste cada año a la gala benéfica Harbor&Lights. Nosotros también iremos. Juntos. Coordinados. Mostrando un frente unido y sin matarnos en público, a ser posible…
—¡Buena idea! —exclama Nick—. Es justo lo que Marcus necesita: hacerse pasar por un ser humano.
El aludido lo mira como si estuviera considerando su ejecución.
Yo sonrío porque siento que vamos en el buen camino y que, por primera vez, W está confiando mucho más en mí.
—De acuerdo. Organízalo todo —ordena seco. Pero seco en plan «ahora mismo no te odio del todo».
Me doy la vuelta para irme, satisfecha, y oigo un:
—Harper… —Me giro expectante—. Buen trabajo.
Mi corazón se descontrola al oírlo. Muy a mi pesar.
Me voy antes de que note en la cara que nuestra nueva alianza me da más miedo que cualquier viga que se me pueda caer encima.
Sé exactamente quién puede ayudarme con mi misión.

Ava goza de un pequeño despacho, luminoso y lleno de plantas que claramente sobreviven solo por miedo a decepcionarla. No tiene nada que ver con su casa y su ligero orden feliz. Esta es la antesala del despacho del mandamás.
En cuanto me ve aparecer, entorna los ojos, divertida.
—¿Qué vienes a pedirme?
—Un puñetero exorcismo… —murmuro.
—Se me han acabado. Y además, algo me dice que es un poco tarde para eso. ¿Me equivoco?
Inhalo profundamente ante sus cejas arqueadas.
—Ayer me acosté con W —suelto sin más.
Ava deja de respirar y se traga un chillido.
—No fue en la fotocopiadora, sino sobre la mesa de un despacho de la planta 21. Y casi la rompemos…
—¡POR DIOS! —exclama alucinada—. ¿Tan bien estuvo?
—«Bien» no sirve para describir esa *performance* … Necesitaría una palabra que no sea de este mundo.
—¡JODER! —Se ríe.
Yo me pongo roja.
Ava se tapa la cara, emocionada.
—¡Estoy orgullosa de ti! ¡Te lo has comido con patatas!
—No lo digas así…
—Entonces, ¿no se la comiste?
—¡Ava…!
Se ríe tanto que tengo que taparle la boca porque alguien podría oírla. Por ejemplo, papá White. O Nick.
—Vale, vale —dice, intentando respirar—. Pero te gustó. ¡Admítelo!
—No pienso admitir nada. —Sonrío—. Pero te diré una cosa… White no es un crush, es… EL CRUSH.
—¡AHHH!
Nos reímos. Pero la sonrisa se me funde rápido en la boca. Ava se da cuenta.
—Ahora cuéntame la parte trágica. Porque tienes cara de «me he enamorado de un cabrón inestable».
Me pongo en guardia.

—Aquí nadie se ha enamorado de nadie. Hemos solventado un problema. Punto. Ahora haremos borrón y cuenta nueva.
Oigo la mentira de mis propios labios incluso antes de que Ava se ría de mí y me mire con pena.
—No os lo creéis ni vosotros, guapa. La cara que traes es de haber establecido lo que llaman una «conexión maldita».
—¿Qué coño es eso?
—Es como si tu cuerpo llevara años esperando su rabo. Y ahora lo necesitas para seguir viviendo.
—Joder… —resoplo. Es justo lo que siento.
Ava asiente, como quien recibe una confesión completa.
—Aquí no ha terminado nada, cariño. Solo acaba de empezar.
—Pero sigo odiándole.
—Por desgracia, eso no cambia nada.
—Dios… Dejemos de hablar de Marcus…
—¿Ahora es Marcus? Nunca le llamas así. —Sonríe.
—Escucha, necesito un favor —la ignoro—. Necesito ayuda para conseguir entradas para la gala benéfica Harbor&Lights. Es primordial para el contrato de CTL. Ellos van a acudir y tenemos que impresionarles.
—¡Me flipa esa gala! Siempre he querido ir, pero los White nunca participan.
—¿Por qué no?
—Ni idea. W suele declinar todas las invitaciones a eventos. ¡Pero por fin tenemos una buena excusa! Vamos a ir a esa gala y vamos a brillar. Conseguiremos que CTL se ponga de rodillas, y Marcus también.
Justo en ese momento, aparece Nick.
—Hola, preciosas.
Le miro con la misma desconfianza que un gato miraría a una aspiradora.
—¿Necesitas algo? —le pregunta Ava servicial.
—Sí, participar de esta reunión estratégica para poner de rodillas a la gente. ¿Me invitáis?
Ava sonríe juguetona.
—Por supuesto, señor Black.

—Adoro ese mote. Sigue usándolo, por favor.
—Dejaré de usarlo cuando me dejes gritártelo en la cama…
Pongo los ojos en blanco y ella se muerde los labios.
Nick sonríe despreocupado.
—Ya te dije que no me dejan jugar contigo, princesa, así que no me lo pongas más difícil, por favor.
—Yo no hago nada. Solo estoy existiendo cerca de ti —repone ella con una sonrisa suave.
Y no sé cómo lo hace, pero suena tentadora incluso para mí.
Nick mira hacia otra parte para disimular que el pulso del cuello se le ha disparado. Esto no es química, ¡esto es física directamente!
—¿Qué hay de esa gala? —pregunta él cambiando de tema—. ¿Cuándo es?
—La semana que viene. ¡Va a ser genial! —exclama Ava—. Pero necesitamos vestidazos para posar en esa alfombra como si fuéramos patrimonio histórico cultural.
Nick me mira.
—Mi hermano se desmayará si tiene que posar en algún sitio.
—Pues que se desmaye. Ya defenderé yo el fuerte por los dos.
Ava y yo chocamos las palmas ante nuestra acertada estrategia militar con glitter.
—Pues será mejor que os acompañe de compras —dice Nick—. Conozco un lugar. Paga la empresa. Esto es trabajo, chicas.
Ava suelta uno de sus chillidos y sonríe de oreja a oreja. Nick hace lo propio como un lobo que pretende comerse a una oveja.
—¿Tú quieres acompañarnos? —pregunto extrañada.
—¡Y pagar! —celebra Ava.
—¿Por qué exactamente? —cuestiono.
—Porque no me permiten tocar, pero al menos, puedo mirar…
Ava rompe a reír.
—Haré que valga la pena el espectáculo.
Observo su dinámica indecorosa y juro que no sé donde meterme. Por mucho que él intente resistirse ¡son la crónica de un polvo anunciado! Ava puede hacer perder el control al tío que quiera. No sé qué hace aquí perdiendo el tiempo pudiendo ir a por Can Yaman, por ejemplo.

Una hora después, estamos rodeadas de tules, satén, lentejuelas y la sensación de que el karma nos la va a devolver.
Ava sale del probador con un vestido color champán que le queda de muerte, y más cuando hace poses sexis.
Le hace un escote precioso y le marca un culo redondito.
Nick, sentado en un sillón de terciopelo con una copa en la mano, silba como quien contempla arte renacentista.
—No me convence —dice ella dudosa.
—i¿Qué dices?! ¡Te queda brutal! —opino.
—Lo secundo —susurra Nick con un deje que debería ser ilegal. Ava sonríe. No quiero ni pensar lo que van a tener que hacer a solas para resolver esta tensión que se supone que ya estaba resuelta…
Cuando llega mi turno, me pruebo un vestido negro que podría provocarle una crisis nerviosa a un cura. No es porque sepa que a cierto diablo le gusta ese color, sino porque me queda bien el negro.
Ava me mira por el espejo y me ofrece una sonrisa lenta.
—Ese.
—¿Seguro?
—Pobre Marcus… —masculla Nick divertido.
—¿Por qué dices eso? —pregunto muerta por más información.
Él se acerca un poco y dice más serio que nunca:
—Porque cuando mi hermano te vea así, se va a olvidar de respirar. Y, cuando Marcus olvida respirar, se vuelve peligroso…
Mi pecho se tensa. No de miedo, sino de anticipación.
Ava se acerca y me toma de las manos.
—Tranquila, Em. No vamos a la guerra, vamos a una gala.
Pero su mirada dice lo contrario. Nos jugamos mucho a nivel laboral, pero a nivel personal hay mucho más en juego.

CAPÍTULO 21



MARCUS

Soy de esas personas que trabajan mejor bajo presión, pero esta semana está poniendo a prueba esa certeza.
Entre preparar la estrategia para CTL, no pensar en que Gold Group quiere comprar la empresa, contener a Nick, contener a mi padre… y, sobre todo, no empotrar a Emily Harper contra la mesa más cercana, estoy empezando a sospechar que existe un tipo de abismo emocional del que nadie me avisó.
Solo llevo dos días sin tocarla. Dos. Y ya parezco un lunático.
Yo tenía razón y Nick se equivocaba. Qué sorpresa… Porque acostarme con ella fue un maldito error. Todo iba mucho mejor antes de saber lo que me estaba perdiendo.
Antes de su boca. De su cuello. De su voz jadeando mi nombre en la planta 21 como si lo estuviera bendiciendo y maldiciendo a la vez…
¡Joder!
Por muy insoportable que fuera su insolencia, su luz y su capacidad para llevarme la contraria sin pestañear… ahora es un millón de veces peor.

Pero yo puedo con esto. Tengo que poder.
Solo necesito desintoxicarme de ella. Si aguanto siete días sin tocarla, ya no tendré ganas de arrancarme la piel.
Desde que decidimos presentar la nueva propuesta a CTL en la gala benéfica, todo ha sido trabajo, madrugones, correcciones, documentos, llamadas, y… ella. Siempre ella. A un puto suspiro de mi boca. Y a otro de romper mis límites.
No sé qué es peor: que guarde silencio o abra la boca.
Porque Emily tiene una habilidad infame para acercarse a mi mesa, dejar un informe sin decir nada, pero dejando su perfume lo suficientemente cerca como para que mi autocontrol se desintegre como si estuviera hecho de algodón de azúcar.
Y cuando se aleja, lo hace moviendo la cadera de una forma tan jodidamente sensual que tengo que hacer verdaderos esfuerzos por no salir corriendo detrás de ella.
Pensé que el trabajo me distraería. Que el miedo a perder White Industries me mantendría centrado. Que la presión me haría impermeable a ella… Pero me equivocaba.
Justo cuando empiezo a pensar que voy a sobrevivir a otro día, aparece en mi despacho como si la hubiera invocado.
—Necesito que revises estos puntos —Deja los papeles sobre la mesa y se inclina para señalarlos.
Pero lo único que ven mis ojos es que la tela de su blusa se desliza un poco, mostrando un fragmento mínimo de piel que no debería significar nada, pero lo significa todo.
Un músculo de mi cuello se tensa por pura supervivencia. Mis manos se aferran al borde de la mesa como si estuviera a punto de caerme de un rascacielos.
Pero lo peor no es su piel. Ni su olor. Ni siquiera su cercanía.
Lo peor es su voz.
—Aquí, mira —susurra señalando una cifra, completamente ajena al hecho de que en esa postura está desmantelando el poco autocontrol que me quedaba.
Intento mirar el papel. Lo intento, en serio. Como el hombre civilizado que soy. Pero en vez de eso, mis ojos caen sobre el hueco de su clavícula. Y hasta ahí llega mi humanidad.

Mi mano se mueve antes de que el pensamiento exista; la poso en su cadera con una firmeza que no admite interpretaciones. Es una reacción primitiva, mecánica e inevitable. La consecuencia lógica de llevar días viendo cómo se pasea con esas faldas que deberían ser ilegales en cualquier *dress code* corporativo conocido por el hombre.

Ella se queda quieta. No se aparta. Pero hay un cambio en su respiración. Y cuando levanta la cara para mirarme, veo algo que me prende fuego desde dentro: Lo estaba deseando.

Ella también ha sufrido esta semana. Ella también ha estado mordiéndose la lengua, asfixiada por el recuerdo de lo ocurrido.

—Marcus… —dice muy bajito, como si mi nombre fuera demasiado íntimo para pronunciarse dentro de un edificio con cámaras de seguridad.

Ese matiz latente de deseo destruye totalmente mis defensas.

Me inclino hacia ella y nuestras bocas se encuentran con la fuerza de todo lo que llevamos tratando de ignorar desde que empezamos este estúpido juego.

No es un beso dulce, sino hambriento. Una maldita colisión de orgullo, deseo reprimido y ganas acumuladas en capas finas como el acero.

Ella me agarra de la corbata y me acerca con violencia para que me ancle más fuerte en ella. El gesto hace que el beso se vuelva húmedo, rápido y rabioso. Un beso demasiado revelador que grita «¿a qué coño estabais esperando?».

Y lo odio. Odio admitir que lo disfruto al máximo.

La silla cruje cuando la aferro contra mí para sentármela encima. Mi mano se desliza por sus medias en dirección a lo profundo y mis fantasías se hacen realidad. Lleva un liguero y el acceso a sus bragas es inmediato.

Detengo mi mano para no llegar más lejos, porque incluso en este estado de locura oigo mi propia voz interior aplastada diciendo «Una vez es casualidad. Dos es un patrón».

Me separo con un gruñido que me rasga por dentro.

Ella se limpia la boca como si necesitara recuperar el control.

—¿Qué estamos haciendo? —murmura aturdida.

—El imbécil… —respondo sin aliento—. No volverá a pasar.

La mayor mentira jamás pronunciada.
Nos quedamos mirándonos, demasiado cerca, aún ardiendo, y lo que ocurre a continuación me parece tan absurdo como inevitable.
Tiro de ella y la arrastro conmigo de nuevo haciendo que se acople a mi cuerpo por completo. La acomodo sobre mis muslos, haciendo que su entrepierna quede perfectamente alineada con mi erección. El roce de nuestros sexos es una condena.
Estoy demasiado duro como para esperar, y vuelvo a arrancarle las bragas por un lateral.
—Cabrón, esas bragas eran caras… —jadea excitada.
—Pago lo que haga falta con tal de no esperar ni un segundo más… —mascullo en su cuello.
Todo sucede tan rápido que me mareo. Libera a la bestia, se deja caer sobre mí y el mundo entero deja de existir de golpe.
¡POR DIOS!
Un placer crudo que jamás he sentido se abre paso en mi piel.
¿Qué es esto?
Su cuerpo me aprieta como nunca nadie lo ha hecho, me aprisiona tanto que me condena para siempre. Y entonces caigo, no me he puesto condón.
El puto rey del control… Bravo.
Pero no puedo ni reprochármelo porque ella empieza a moverse dejando la timidez y la contención a un lado. Creo que no he flipado tanto en mi vida. Me folla como si estuviera reclamando algo suyo.
—Joder, sí… —gimo, incapaz de fingir.
Ella se agarra a mis hombros y aumenta la ferocidad. Nos movemos tan rápido que no sé si la silla va a sobrevivir. No creo. Y probablemente, yo tampoco.
Me clava las uñas y arquea la espalda de una forma que me vuelve loco. El ritmo se vuelve salvaje, desesperado, imposible, y no tarda ni dos minutos en llevarme al límite.
Ella sonríe.
—¿Listo para el mejor orgasmo de tu vida?
La agarro de la cintura y empujo con ella para que nuestros cuerpos choquen sin control. El sonido es indecente. Perfecto. Nuestro. La sensación es tan intensa que tengo que obligarla a dejar las caderas

quietas para no correrme en segundos. Si pierdo el control ahora, me lo echará en cara más tarde. Y no voy a darle esa satisfacción.
—Oh, Dios…, qué bueno… —jadea extasiada.
Verla romperse contra mí. Conmigo. Por mí. Me desarma como nunca.
Yo la sigo un segundo después. Exploto dentro de ella con un alarido que no se parece a nada que haya emitido antes.
Es como si mi cuerpo hubiera estado esperando esto desde la primera vez que la vio cruzar mi despacho.
Cuando terminamos, sudorosos y medio ahogados, apoyo la frente en su clavícula y digo la mentira más vieja del mundo:
—Esto no significa nada…
Ella respira hondo y me mira.
—Significa que estamos bajo mucha presión —lo justifica.
—Ha sido un error —añado, intentando que suene creíble.
Pero no lo ha sido. Joder, ha sido totalmente premeditado.
Se baja de mí, se arregla, se recompone como si no acabara de destruirme.
—Por cierto, gracias por preguntar si podías correrte dentro —dice de pronto. Y me mira con esa mezcla de desafío y vulnerabilidad que me deja absolutamente indefenso.
Me quedo mudo.
¿Marcus White ha perdido el control?
Y cuando eso pasa, no pienso. Actúo.
—No necesitaba preguntarlo —respondo con calma—. Eras perfectamente consciente y no has dicho nada. He deducido que no había problema.
Ella abre la boca indignada, pero no le doy tiempo.
—Sé que estás limpia —añado, sin apartar la mirada—. Lo vi en los informes médicos de seguridad de la empresa.
La furia aparece en sus ojos primero como un destello.
—Y yo también lo estoy. No había riesgo.
—¿Estás diciendo que… has leído mis informes médicos?
—Medidas de protocolo —murmuro—. No he invadido tu privacidad. Son datos que deben estar actualizados para viajes, reuniones y… —

Freno. Me estoy hundiendo solo—. Olvídalo. Solo digo que sabía que estabas limpia. Y tú sabías lo que estabas haciendo…
Ella respira hondo. Como si necesitara concentrarse para no lanzarme un archivador a la cabeza.
—Eres un imbécil, White.
No puedo negarlo. Y vuelvo a ser White.
Ella recoge sus bragas rotas del suelo, las reduce en su puño y me mira con un desprecio que no sabía que necesitaba hasta ahora.
—No vuelvas a asumir nada sobre mí en tu vida.
Y se va. Sin temblar y sin mirar atrás.
Cuando desaparece, el silencio me golpea como un ladrillo.
La decepción por haber sucumbido otra vez cae sobre mí como un golpe seco. Mi máxima me recuerda que toda acción tiene su consecuencia.
Pero mi polla no conoce esa máxima. Ni la respeta. Ni le importa. A la mañana siguiente me levanto duro como una piedra por haber estado toda la noche soñando con ella.
«¡¿Qué cojones me pasa?!».
¡Mi polla es gilipollas!
Me presento en la oficina con un buen plan. Al primer indicio de tentación, me esfumaré con cualquier pretexto.
Fracaso antes del mediodía…
—Me voy, no me pases llamadas, Harper.
—¿Adónde vas? —pregunta extrañada.
—A ver a mi padre. Quiere saber cómo vamos. —Mentira.
—Ah, vale. Oye… si te vas ya, ¿puedo salir yo un poco antes para ir a comer? He quedado.
Debería haberme limitado a responder sí o no, pero cometo el error de preguntar «¿con quién?», antes de poder pensarlo bien.
—Con un amigo…
¿Qué? ¿UN AMIGO? ¿Emily tiene amigos?
¡¿No será el que le hizo el apaño el pasado fin de semana?!
Mi mandíbula cae tan abajo que roza el mármol del suelo.
—Pásalo bien… —Gruño y me marcho antes de que lea en mi cara que en mi mundo se ha hecho de noche de repente.

Quiero decirle que su «amigo» va a necesitar un seguro de vida si me lo cruzo. Pero me callo y me marcho.
No vuelvo a la oficina en todo el día, me quedo trabajando en casa y solo nos intercambiamos *emails* fríos e impersonales con copia a otros departamentos.
Estoy jodido. Muy jodido.
Y no sé cómo frenar esto.

CAPÍTULO 22



EMILY

Llevamos días trabajando sin descanso para conseguir a CTL.
Sin dormir bien y disimulando mal que no deseo arrancarle la camisa con los dientes y luego echarle en cara que me está jodiendo la vida.

Porque sí, es un imbécil. Un imbécil guapísimo, pero imbécil igual. Y con talento. Con mucho talento. Y ese es el maldito problema…
Un hombre guapo, se olvida.
Un hombre guapo con cerebro, te jode la existencia.
Y Marcus tiene una combinación de grandes músculos, gran cerebro y gran rabo que me tiene frita. Hasta diría que es un género literario por sí mismo: gilipollas con traje caro, cerebro de lince y polla supersónica.
Lo odio. Me fascina. Y luego lo vuelvo a odiar. Esa es mi vida.
Al principio de la semana todo iba más o menos bien, es decir, él me ignoraba con profesionalidad psicópata y yo fingía que no me ardía la cara cada vez que me miraba durante más de un segundo y recordaba que nos habíamos acostado.
Hasta que ayer entré en su despacho con la absurda intención de ser cordial y fue como dispararme en un pie.
¿Por qué me incliné tanto para mostrarle ese informe?
Porque soy idiota.
Y porque Dios, Buda y los dioses nórdicos conspiraron para que mi blusa se abriera justo ofreciendo un escote perfectamente inofensivo que, al doblarme, se convirtió en un arma de destrucción masiva.
En cuanto noté su mano en mi cadera, sentí que mis células se declaraban en huelga general.
Mi cerebro, mi cuerpo y mi dignidad se hicieron la picha un lío, y cuando me miró como si llevara un mes encerrado en una celda, supe que se aproximaba una catástrofe sexual.
Su boca chocó contra la mía como si lleváramos días ensayándolo en sueños. Me sentía torpe, hambrienta, y desesperada. Y no soporto que me vea así, tan transparente, tan necesitada, tan… suya.
Pero hay algo poderoso en que alguien que no te cae bien haga que te corras. Lo que no mola tanto es que se te corran dentro sin permiso. ¡JODER!
Eso sí que me cabreó… No porque tuviera miedo a un posible embarazo o enfermedad, tomaba la píldora y sabía que un ser tan maniático tendría sus análisis al día, sino porque fue como si me marcara. Como si dejara su puñetera firma dentro de mí. Me parecía

algo demasiado íntimo y personal. Y estaba enfadada porque en mi estado de enajenación ni siquiera lo había pensado.
Así de loca me volvía W.
Al día siguiente, como es propio de mí, quise vengarme.
Mi plan era cortársela en cuanto se la sacase, pero Ava me dio una idea mejor: ponerle celoso inventándome que había quedado a comer con «un amigo».
Los seres humanos somos criaturas inteligentes. Racionales. Capaces de tomar decisiones responsables… Todos, excepto yo. Porque después de eso, no volví a verle en todo el día. Lo alejé en vez de atraerlo.
«¡¿Y por qué diantres querrías atraerlo?!», me reñí a mi misma. Y no dejé de preguntármelo durante toda la noche.
Hoy he llegado a la oficina más temprano que nunca.
No hay teléfonos sonando, no hay impresoras vibrando, no hay gente fingiendo que trabaja mientras mira Amazon… Solo estoy yo y la absurda necesidad de demostrar que puedo ser profesional aunque mi dignidad esté por los suelos desde que antes de ayer me acostara con el hombre que más odio del universo… otra vez.
Necesito ordenar mis ideas, necesito limpiar mi conciencia emocional igual que él limpia sus pecados: con whisky caro, ausencia y ese dichoso club al que va.
Enciendo mi ordenador, dejo mi bolso, y es entonces cuando veo un resplandor débil.
Una luz procedente del despacho de Marcus. ¿A esta hora?
Dios, no…
No. No. No.
Me repito internamente que él no puede estar ahí. Que quizá el personal de limpieza se dejó alguna lámpara encendida. O es el fantasma de algún exdirectivo que murió de estrés y ahora ronda por la oficina.
Pero no.
Me acerco más, y veo la puerta de su gimnasio entreabierta.
Desde el hueco se adivina movimiento dentro. Al asomarme me encuentro exactamente lo que menos necesitaba ver, a White sin camiseta, haciendo pesas.

Su espalda es una escultura. Sus brazos, agresivamente atractivos. Y su respiración, profunda y controlada, parece casi insultante. Un mero recordatorio de que él es un hombre hecho de disciplina y acero, y yo… solo una becaria con problemas hormonales.
Baja las pesas, se gira, y al verme, su expresión cambia tres veces en un segundo.
De la sorpresa va al enfado. Y del enfado a una arrogancia tan grande que necesitaría un mapa para rodearla.
—Harper. —Su voz suena ronca y peligrosa—. No sabía que vendrías tan temprano.
—Eh… sí. Quería adelantar trabajo. Ya casi lo tenemos…
Él me mira de arriba abajo, con ese análisis exhaustivo que hace cuando evalúa amenazas. O tentaciones. O ambas.
—Vaya… —dice finalmente—. Hoy vienes muy… arreglada.
¿Has vuelto a quedar para comer? ¿O es que la cita de hoy ha durado hasta ahora?
—Pues sí —respondo kamikaze—. Ha sido una cita fantástica…
Sus ojos cambian. Lo juro. Se levanta y se acerca a mí como un felino.
Tiene los músculos hinchados y una finísima capa de sudor, como la que aparece después de un buen polvo. Soberbio es la palabra que me viene a la mente.
—¿Te lo has pasado bien con él? —pregunta, demasiado casual para ser casual.
—Mucho —insisto, porque soy tonta de remate, y porque ver ese leve destello de celos en sus ojos es como recibir un Grammy emocional.
Él sonríe, pero sin gracia.
—Interesante. —De repente, se lleva las manos al pantalón y se los quita quedándose como Dios lo trajo al mundo—. Justo iba a ducharme…
Mi cerebro intenta recordar cómo se habla, cómo se respira y cómo funciona la civilización.
¿Está normalizado que un hombre se desnude así delante tuyo?
Su cuerpo es una declaración de guerra en sí mismo.
—Me alegro de que salgas con alguien. Así… se rebaja la tensión en la oficina.

Para tensión la que está adquiriendo su entrepierna…
Intento abrir la boca para responder algo coherente, pero lo único que se me ocurre es:
—¿Ah, sí?
Maravilloso. Premio nacional al pensamiento crítico.
Él avanza otro paso en mi dirección con media sonrisa. Se está divirtiendo a mi costa. Lo noto.
Yo intento no mirar. De verdad que lo intento. Pero tengo dos ojos que funcionan y hay cosas que la biología humana simplemente no está diseñada para ignorar.
—¿Cómo se llama? —pregunta como quien sabe la respuesta.
—¿Eh?
—Tu amigo —Inclina ligeramente la cabeza—. Con el que comiste ayer. ¿Cómo se llama?
Y ahí, justo ahí, cometo el error fatal. Lo miro a los ojos, y como si fuera idiota profunda, los desvío hasta los músculos oblicuos de su abdomen. Esos que forman una V impresionante.
—Su… su nombre… es… —balbuceo a un nivel de humillación biológica preocupante.
Marcus sonríe. Y no es una sonrisa amable. Es una de esas que dicen «te pillé».
—¿Tiene nombre o no? —Se burla.
—No… ¡digo, sí! Se llama… James.
—Emily… —Da un paso más hacia mí—. ¿Te lo acabas de inventar?
—¡No! Es muy real. Fuimos a comer, y luego… luego lo hicimos a tope en su casa —Me oigo y ni siquiera yo me lo creo.
—No me digas… —Su voz se vuelve peligrosa, suave, hipnótica.
Un silencio delator firma mi sentencia de muerte. Y su expresión, su postura y la temperatura de la habitación cambian.
—¿Por qué me mentiste? —pregunta, con la voz tan baja que parece un secreto de confesión.
Me quedo muy quieta. Como si el movimiento detonara algo.
—No… no lo hice.
—Emily, estás quedando fatal.
—¡No lo sé…!

—¿No lo sabes? —Su aliento me roza la mejilla—. ¿O no quieres admitirlo?
Siento que no tengo escapatoria. A mi espalda está la pared. Delante está él. ¡Y mi cerebro está de vacaciones pagadas!
—¿Por qué te has arreglado tanto hoy, Harper? —cuestiona. Su dedo roza mi barbilla como un latigazo eléctrico—. ¿Ha sido por mí?
—Eres tan presuntuoso…
—Y tú tan obstinada. Di la verdad por una vez, sin miedo, sin ocultaciones —dice mirando hacia su desnudez.
Su miembro está claramente muy interesado en mí.
Trago saliva y lo miro a los ojos.
—No es por ti —intento sonar convincente, pero de alguna forma, no sé cómo, consigue leer que claro que es por él.
Él cierra los ojos un segundo, y cuando los abre, ya no queda nada del CEO que debería ser.
Solo hay deseo. Brutal. Crudo. Salvaje.
—¿Te gusta jugar sucio, Harper?
Es una pregunta retórica porque me agarra por la muñeca y me arrastra hacia… ¿la ducha?
—¿Qué haces? ¡No…! ¡Estoy arreglada para trabajar!
—Yo creo que necesitas un baño… —masculla devastador.
—¡Marcus, no! ¡Tengo una videollamada a primera hora!
Pero ya no sirve de nada.
Me acorrala en la ducha, y aunque me resisto, me niego, y me aferro a lo que queda de su integridad moral, el agua cae a chorro sobre nosotros y la mentira, la ropa y el maquillaje dejan de importar, porque acoge mi labio inferior con fuerza entre los suyos y me atrae hacia él con una necesidad enfermiza.
«Esto no está bien».
Gimo en su boca, deseando que algún pensamiento racional consiga colarse en mi cerebro confuso. ¿Qué debería hacer? ¡¿Qué quiero?! ¿Puedo simplemente dejar que me tome de esta forma otra vez? Estoy tan abrumada por la dicotomía entre mi cuerpo y mi mente que me pongo a temblar.
Una dice una cosa, el otro, otra, pero lo más aterrador es que mi corazón calla y no interfiere. No toma partido. No, todavía.

La razón me abandona rápidamente cuando siento su mano acariciándome la cara y meterse entre mi pelo.
Su forma de besar no implica que esto sea solo sexo, por eso no puedo apartarme. Por eso, y porque no hay nada en este mundo que me apetezca más que sentir cómo se hunde en mí.
¡Mierda!
Porque sé que cuando acabe, nos odiaré a los dos: a él por hacerme sentir débil y a mí por permitir que la lujuria anule mi sentido común. Pero también sé que no puedo parar. Me he convertido en una yonqui que solo vive para la siguiente dosis de W.
El agua está muy caliente, como a mí me gusta, y su cuerpo desnudo, poderoso y mojado, exige que me entregue.
No sé qué coño voy a ponerme después, y que me importe una mierda, me preocupa todavía más.
Marcus se deshace de mi ropa con calma y se dedica a lamer cada centímetro de mi piel, cuello, pechos, mientras deja que el agua purifique mis mentiras y también sus celos. Sus manos me acarician como si pensara que nunca más volverá a tocarme. No sé por qué, pero todo sabe a despedida. A que estábamos entrando en un nivel que no podemos permitirnos.
Un dedo suyo se cuela en mi interior y aún mojados, podemos diferenciar lo excitada que estoy ya por su inusual ternura.
—¿Te gusta que te toque así? —musita.
—Dios, sí…
Que me preste tanta atención me tiene en la gloria. Me fascina que sepa dónde y cómo tocarme exactamente para derretirme.
—Por si no lo sabías, mojada eres aún más preciosa…
Al oír esas palabras, cae un telón en mi mente.
Uno que significa que ya no me importa nada, ni dónde estamos, ni quiénes somos ni qué sentimos el uno por el otro.
Nunca en mi vida había compartido una química tan potente con nadie. Cuando estamos el uno en brazos del otro, todo lo demás parece irreal.
—¿Qué quieres de mí, Emily? Dímelo…
Por su tono, dudo de si la pregunta va en serio o es una simple frase hecha. Si lo fuera, no estaría preparada para contestar, pero lo más

seguro en este caso, es ir con la verdad por delante.
—Quiero que me folles —digo mirándole fijamente. Mi mano rodea su miembro, y lo noto más grueso y duro que nunca.
—De acuerdo. Pídemelo con educación.
—Y una mierda te lo voy a pedir con educación —Me sale del alma—. Hazlo AHORA.
Una sonrisa asoma por sus labios.
—Tienes suerte de que hoy me sienta generoso…
Lo siguiente que capto es que me eleva en el aire, sujetándome por los muslos, y se ensarta tantas veces en mi cuerpo y con tanta vehemencia, que mi corazón solloza algo que me rompe todos los esquemas. Por suerte, me hago la sorda de maravilla.

CAPÍTULO 23



Jamás pensé que ver a Emily Harper pegada a la pared de mi ducha, aún jadeando, con el pelo empapado, el maquillaje hecho una acuarela sexy y con la ropa que traía totalmente inservible fuera una situación que yo pudiera gestionar con algo parecido a la estabilidad emocional.
Y no me equivocaba. No puedo. Estoy jodidamente fuera de mi eje.
Cojo un par de toallas y le tiendo una.
Ella parpadea como si hubiera esperado que esto fuera un sueño erótico y tocara despertarse en su cama, calentita y seca.
Me mira. Mira su ropa mojada en el suelo. Y me mira otra vez antes de taparse con la toalla.
—¿Y ahora que coño me pongo?
—Mmmh… ¿El abrigo? —sugiero—. Uy, no. Mala idea. No podría concentrarme sabiendo que no llevas nada más debajo…
Ella cierra los ojos tres segundos exactos, lo cual, por experiencia, significa que está reuniendo fuerzas para no lanzarme el bote de champú a la cabeza.
—Perfecto —dice cabreada—. Entonces tienes quince minutos para traerme ropa seca de mi talla. Y que sea bonita.
—¿Quieres que vaya de compras? —respondo, horrorizado, anudándome la toalla a la cintura baja—. Tengo una reunión en diez minutos.
—¡Yo también! ¿No puedes llamar a alguien? Tienes contactos, ¿no? Eres un hombre muy poderoso. Así que deja de joderme y mueve tus hilos, White.
—Si pudiera dejar de joderte, esto no habría pasado…
Intenta no reírse. Yo tampoco lo consigo.
—Solo se me ocurre una persona que pueda resolver esto rápido —dice entonces—. Llama a Ava. Yo tengo mi móvil en mi mesa.
—¿Y qué excusa le doy? —pregunto, incrédulo.
Ella me lanza una sonrisa que no presagia nada bueno.
—Ava es mi mejor amiga. Sabe que estamos follando. ¡Hablamos de todo! Medidas, técnica… Llama de una vez.
—¿Medidas? —repito pasmado.
—¡Claro! ¿Qué quieres que le diga si me pregunta? ¿Que tu polla es un concepto abstracto?

—Te agradecería que no hables de mi polla con nadie.
—Ya es tarde para eso. Hay un montón de post en mi cuenta, ¿recuerdas? —Me lanza una sonrisa que podría arruinarme la vida—. Aunque le he dicho la verdad: que la tienes como un cacahuete.
Tardo un segundo en procesar que me estoy empalmando de nuevo para darle su merecido.
—¿Cómo te atreves a provocarme llevando solo una toalla? —digo dando un paso hacia ella—. ¿Sabes lo jodidamente sexy que estás?
—Me hago cargo —contesta chulita—. Pero recuerda que en diez minutos tienes una videollamada con los de finanzas. Y yo otra. Así que… contrólate, campeón.
—Jamás pensé que nadie me diría eso.
Me doy la vuelta para abrir un armario donde guardo varios trajes completos. Mientras me visto, le doy a ella mi móvil para que llame a Ava. Cuando me meto la camisa por dentro, la oigo suspirar inconscientemente, y disfruto de entender el efecto que causo en ella.
—El cabrón ya está impecable y listo para trabajar. Y yo aquí, hecha un asco. Date prisa, por favor, Ava. Espera, ¿tienes secador, White? —me pregunta.
—No.
—Trae también espuma para el pelo.
Me entra la risa tonta.
—Me voy, tengo cosas que preparar antes de la reunión —digo intentando ocultar la gracia que me hace su desgracia.
—¿No te doy pena?
—¿Después del orgasmo que te he dado? Ninguna.
—Eres un desequilibrado emocional. Aunque puntual. Eso sí.
No tengo ni una sola defensa contra eso. Ninguna.
Me abrocho el reloj, me aliso la camisa, y salgo del gimnasio sin volver a mirarla. Si lo hago, tendré que volver a besarla.
Respiro hondo cuando la pierdo de vista. «¡Espabila, W!».
Me siento en la mesa de mi despacho e intento centrarme, pero algo me lo impide. Una frase sigue rebotando en mi cabeza como una bala perdida que no encuentra pared donde morir:
«Estamos follando».

Verbo en presente. Continuo. Que indica que no ha sido la última vez. Que no ha sido un accidente aislado o un desliz, sino que vamos a seguir…
¿Qué coño estoy haciendo?
Cualquier esperanza que hubiera tenido de que esto fuera perdiendo intensidad y pudiera olvidar mi inapropiada obsesión acaba de esfumarse por el desagüe de esa ducha.
Estar a solas con ella hace que mi autocontrol se evapore. Es perturbador. Esa mujer ejerce una influencia sobre mí que no he vivido jamás.
Es como si lograra cambiar mis prioridades. Ahora son verla mirarme con deseo, oír mi nombre en su boca al correrse, y salvar la empresa. En ese orden…
Y lo peor es que en medio del deseo desquiciante, un atisbo de vulnerabilidad ha cruzado sus ojos antes de que pudiera ocultarla. Y eso me ha gustado más que cualquier orgasmo.
Estoy en ese limbo insoportable de pensamientos cuando alguien abre la puerta de mi despacho de par en par sin llamar.
—Hermano —saluda Nick, entrando como un tifón rubio—, ¿estás disponible? Vengo a contarte mis penas.
Perfecto. El mundo exige más sufrimiento.
—No puedo atenderte —gruño—. Tengo una reunión con finanzas.
—Lo mío es más urgente… —dice, sentándose en mi sillón—. Estoy al borde del colapso testicular.
—¿Qué?
Suspira como lo haría un mártir.
—Ya sé que te prometí que no me follaría a nadie de la empresa, pero… ¡se me está empezando a gangrenar un huevo!
Lo miro en silencio.
—Pues ve al club. Allí te lo solucionarán.
—No funciona. A quien quiero tirarme es a Ava. No deja de provocarme. El otro día me enseñó las tetas mientras se probaba un vestido… Pero casi es peor cuando va vestida. ¿Sabes lo que es intentar trabajar con alguien que no deja de chupar un boli con ese descaro?
Aprieto la mandíbula.

—No tengo ni idea…
—¡Encima me llama señor Black! Y me muero por demostrarle cuán acertado es ese mote, ¡porque la tengo como un negro por su culpa!
—Nicky…
—¡Es insoportable, Marcus! Solo necesito tirármela una vez. Quitarme la espinita. Y no será en las oficinas, te lo juro. Puedo llevarla al hotel.
—Nick… Me lo prometiste. Olvídala. Usa el club. Hay muchas chicas allí igual de ardientes y sensuales que Ava.
—¡Lo sé! Y tengo a la sustituta perfecta. Pero a Ava en concreto le tengo ganas… Lleva tiempo buscándome y necesito borrarle la sonrisa de la cara a mi manera. Y que se le quiten las ganas de llamarme Black…
Respiro hondo. Muy hondo. Otra vez.
—A ver… Tengo algo que podría ayudarte —digo intentando sonar calmado—. No te lo diría, pero creo que necesitas escucharlo.
Nick se endereza y me escucha con atención.
—¿Qué es?
—Ava tiene una hija.
Nick se queda paralizado.
—¿Una hija?
—Sí. Pequeña. De unos cinco años.
Su expresión pasa por diez fases emocionales distintas.
—Joder… —susurra—. ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Sabes la semana que he pasado? ¡Mi libido acaba de caer en picado!
De pronto, la puerta del gimnasio se abre y aparece Emily.
Con la toalla. SOLO CON LA TOALLA. En mi despacho.
Hostias…
—¿Qué pasa? —escupe con aire macarra—. ¿Que porque Ava tenga una hija ya deja de ser «follable»?
Nick la señala como si se hubiera materializado un Pokemon.
—¡¡Joder, Marcus…!! —Abre mucho los ojos—. ¡¡SERÁS HIPÓCRITA!!
—No es lo que parece —atino a decir.
—¡¿Tú puedes follarte a tu secretaria, pero yo no puedo tocar a la mía?!

—¡YO NO SOY SU SECRETARIA! —grita Emily, ofendida—. Soy la que ha tenido la idea que está salvando el culo de la empresa.
La miro. Con la toalla, el pelo mojado y despeinado y la cara hermosamente enrojecida. Y pienso con orgullo que eso se lo he hecho yo.
—¿Cómo que no es lo que parece? —replica Nick—. ¡Está ahí! ¡Desnuda! ¡En tu despacho!
—No ha habido sexo. La pobre necesitaba ducharse…
—¡¿Qué no ha habido sexo?! —Se ríe histérico—. ¡Si no lo hubiera habido, ahora mismo estarías desmayado en la alfombra! Y no solo habrá sido una vez, ¡irán varias! ¿Cuántas han sido? ¿Cinco? ¿Seis? ¿Diez? Porque tienes la mandíbula floja, hermano y no te tiembla el pulso.
—No ha pasado nada, es solo que Harper está un poco indispuesta y se ha cagado encima. Se ha manchado la ropa y necesitaba una ducha.
Me mira tan furiosa que casi me da la risa. Pero fingir ser un cabrón de hielo es mi especialidad.
—¡Eso es mentira! —se desgañita ella—. ¡Lo hemos hecho ya tres veces! ¡Así que no te cortes un pelo en tirarte a quien te dé la gana, Nick! Aunque tenga una hija. ¡¿Qué más da eso?!
Él pone cara rara.
—Las madres buscan estabilidad, alguien que encaje en su vida… No quieren rollos. Y yo no puedo ser el «papá» de nadie. Eso me queda muy grande.
De repente, aparece Ava, con bolsas en las manos y pinta de haber venido corriendo desde otro planeta.
—Traigo la ropa —anuncia. Pero su tono de voz no es el habitual, sino el de alguien que ha oído más de la cuenta—. ¿Dónde las dejo? ¿Aquí está bien o tenéis algún «parking para madres peligrosas que buscan algo serio»?
Emily se tapa la cara con la mano.
Ava nos mira con odio.
—No te enfades —dice Nick compungido—. Quería decir que…
—Eres subnormal —opina Ava.
—Estoy de acuerdo —repone Emily.

—Y yo pensando en dejar que me la meta por todos mis orificios… —añade Ava yendo hacia el baño.
Los ojos de Nick hacen chiribitas.
—Espera, por favor… —La sigue desesperado.
—¡No te acerques, hay niños dentro! —grita Ava teatral levantando las bolsas. Y le cierra la puerta en las narices.
Nick se gira hacia mí, silencioso, y los dos exhalamos al mismo tiempo.
—Escupirá en mi café, ¿verdad? —pregunta él.
—Eso si no te pone arsénico —respondo convencido.
—Tú también lo tienes jodido. ¿Se ha cagado encima? Tío…
Me da por sonreír. Boicotearme a mí mismo es otra de mis especialidades. A veces, cuando me paso de la raya, me autocastigo. Y con Emily en ese baño me he pasado mucho.
Lo he disfrutado demasiado…
—No quiero cogerle cariño —explico—. Y mucho menos, que ella me lo coja a mí…
—¿Tan malo sería eso?
—Destructivo. Para todos.
Nick me mira como si fuera justo al contrario. Pero sé de lo que hablo.
Tengo que frenarlo antes de que sea demasiado tarde.
Porque no hay futuro para nosotros.
Estoy maldito.

CAPÍTULO 24



MARCUS

La gala Harbor&Lights siempre me ha parecido una pérdida de tiempo disfrazada de filantropía.
Demasiado champán, demasiado brillo y demasiada gente fingiendo que las donaciones limpian conciencias. Pero esta noche no puedo permitirme el lujo del cinismo. Esta noche necesito ganar.
Y, por desgracia, dependo de Harper para conseguirlo.
No sé cómo ha conseguido convencerme de venir. Quizá porque cuando habla, su voz parece desafiar las reglas del universo. O porque su forma de defender sus ideas me recuerda demasiado a las veces que mi madre defendía las suyas…
O tal vez porque llevo una semana huyendo de su cuerpo, cuando en realidad no puedo pasar ni veinticuatro horas sin querer arrancarle la ropa.
El caso es que aquí estoy, con un traje negro impecable, corbata oscura, y un corazón que late como si hubiera olvidado el significado de la palabra «control».

El salón es exactamente lo que esperaba: candelabros enormes, luces cálidas, mesas redondas con centros florales exagerados, un cuarteto de cuerda que intenta hacernos creer que todos somos mejores personas porque hay violines de fondo.
Nick y Ava aparecen a la vez. Me parecería sospechoso, pero desde el comentario antiniños de Nick, la relación entre ellos se ha enfriado bastante.
Ava brilla. Literalmente. Su vestido brillante color champán le abraza las caderas con un descaro tan elegante como letal. Empieza a saludar a gente y Nick la mira como si quisiera cometer un delito con ella.
—Hola, hermano. ¿Todo listo para el gran momento?
—Teniendo en cuenta que Harper todavía no ha llegado, no.
—¿Estás nervioso?
—Para nada.
—¿Tienes miedo de que aparezca con un vestido que te nuble la razón? Porque, *spoiler* , lo va a hacer.
—Cállate. Nick. Sinceramente, no sé por qué has venido.
—Porque me necesitas para sujetarte cuando veas a papá hablando con David Gold.
Mi sangre se congela.
—¿Qué?
—Tranquilo. Tú céntrate en CTL. Yo me encargo de ellos.
Aprieto los puños, preocupado. Sobre todo cuando noto que solo tiene ojos para Ava.
—Para encargarte de algo, tienes que dejar de mirarla —digo entre dientes.
—Solo estoy admirando el arte.
—Pues tienes cara de haberlo probado. ¿Ha pasado algo entre vosotros?
Nick baja la cabeza.
—Confiesa. Te lo noto. Tienes esa expresión inconfundible.
—¿Qué expresión?
—Ya la tienes dentro, Nick. En el organismo. Si su saliva corre por tus venas, ya estás sentenciado…
Su silencio de dice más que cualquier confesión.

Sigo mirando hacia la entrada, sin querer admitir que yo estoy buscando a cierta morena que tengo clavada muy dentro. Y de pronto, la veo.
Lo primero que hago es odiar cuánto me perturba. Lo segundo, fingir que no es evidente.
Lleva un vestido negro que le envuelve el cuerpo como un pecado a medida. No deja nada de espacio entre su piel y mi cordura. No hay tela suficiente en este maldito país para esconder lo que esa mujer me provoca.
—White —dice al acercarse con un tono neutro que no consigo clasificar—. Estás… presentable.
—Tú no —respondo seco, pero mi voz suena más ronca de lo que debería—. «Desconcertante», sería la palabra adecuada.
Ella sonríe. Una sonrisa que me desarma y me desquicia a partes iguales.
—¿Estás lista?
—Sí, tranquilo, he hecho caca antes de salir de casa.
—Emily… —ruedo los ojos hacia atrás—. ¿Sigues enfadada? Fue lo primero que se me ocurrió para justificar que usaras mi ducha.
—Supercreíble —masculla mirando hacia otra parte.
—Tenía que desmentirlo delante de Nick. No puede tener luz verde para acostarse con quien quiera en el trabajo.
—Deberías dejar de preocuparte de con quién se acuestan los demás y empezar a preocuparte más de con quién te acuestas tú.
La miro en silencio. Me gustaría que supiera que no puedo estar más preocupado por eso. Que necesito dejar de acostarme con ella, pero que no puedo.
—Ya da igual —dice de pronto—. Hemos terminado con eso. Lo único que quiero es conseguir ese maldito contrato.
No digo nada ante el malestar que siento. No es momento de discutir esto. Ahora tenemos que centrarnos en el contrato.
La velada transcurre entre conversaciones diplomáticas, risas medidas y tragos calculados al milímetro.
Localizamos a CTL y vamos acercándonos a ellos.
Su CEO, Martin Langford, y su hijo, Derek, son los hombres que pueden salvar a White Industries o hundirlo para siempre.

Nos acercamos.
Langford es el tipo de persona que ha vivido demasiadas cenas de este tipo: sonrisa correcta, manos seguras, mirada que evalúa y descarta en segundos. Derek, en cambio, tiene ese aire de heredero joven que todavía cree que la palabra «ética» queda bien en un PowerPoint.
—Señor Langford —saludo con un apretón de manos firme—. Me alegro de encontrarle esta noche.
—Marcus —responde él—. Me alegro de verte aquí. Esta gala es un buen lugar para ver quién está dispuesto a arremangarse y quién solo quiere salir en la foto.
—Por eso hemos venido —interviene Emily, con esa naturalidad que no se puede fingir—. Queremos hablar con usted de algo que vaya más allá de la foto.
Harper se adueña de la conversación y empieza el espectáculo.
No sé en qué momento dejó de ser la chica que tomaba notas en mis reuniones y se convirtió en alguien capaz de controlar una sala entera con una sonrisa.
Habla con ellos con esa mezcla de inteligencia y calidez que a mí siempre me ha faltado.
—Creemos —dice ella— que una alianza entre White Industries y CTL puede ser más que un acuerdo financiero. Queremos construir una narrativa de impacto social y compromiso real. Juntos podemos ser el ejemplo de una nueva forma de hacer empresa.
Langford asiente, fascinado.
Derek, su hijo, no puede apartar los ojos de Harper. Y no le culpo.
Muevo la copa en mi mano, intentando disimular que lo único que quiero es apartarla de su vista, mientras ella continúa, segura, brillante, exponiendo nuestras intenciones como si hubiera nacido para esto.
—No se trata solo de limpiar nuestra reputación. Se trata de redimir una historia. Las empresas también pueden redimirse, si se atreven a mostrar que detrás de las cifras hay personas.
Langford sonríe.
—Eso suena más a filosofía que a estrategia. Pero me gusta.
—A veces las dos cosas son lo mismo, ¿no cree? —ríe ella.

Mi cuerpo se tensa. Porque eso, exactamente eso, era lo que necesitábamos: una historia. No un número más alto. Una historia más humana. Y ella acaba de escribirla delante de todos.
Langford me mira y siento que toma una decisión.
—El lunes podemos concretar una reunión para hablar con más detalle de todo esto. Ahora sí pinta bien, hijo.
Por primera vez en meses, respiro aliviado. Aunque no lo demuestro. Solo asiento con un leve movimiento de cabeza.
—No se arrepentirá, señor Langford.
Cuando se alejan, Emily se gira hacia mí con una sonrisa discreta, pero en sus ojos hay fuego. Y orgullo. No verbaliza un «te lo dije», pero tampoco le hace falta. Lo noto en cada fibra de su ser.
No debería importarme tanto.
Debería limitarme a pensar «Bien, objetivo conseguido». Pero hay algo en mi pecho que se estira como un músculo que llevara años sin usarse. Y eso no estaba en mis planes.
—¿Satisfecho, señor White? —pregunta ella pizpireta—. Ahora quiero oírlo: «No habría podido hacerlo sin ti, Emily».
Sus ojos brillan. Está disfrutando de esto. Conmigo. De mí.
—Relájate, aún no hemos firmado…
—¡Por favor…! No seas aguafiestas. Yo pienso celebrarlo ya. Con mucho alcohol.
Su sonrisa es como una mañana luminosa de verano… si yo tuviera las dos piernas escayoladas.
—Normalmente —digo, bajando la voz—, un trabajo así merece una prima de resultados… Una recompensa.
—¿Como qué? —arquea una ceja, desafiante.
—Un detalle especial contigo… ¿qué te apetece?
—No es necesario que me des nada. Es mi trabajo.
—Tengo algo en mente que podría gustarte… —digo sensual.
—¿Esa recompensa… te implica a ti desnudo?
Mi pecho se aprieta.
—Puede…
Ella chasquea la lengua, sacudiendo la cabeza con una sonrisa gélida.
—Entonces no me interesa.
El golpe es seco y certero.

Y en ese momento el karma me recuerda que a menudo hay que pagar un precio muy alto por tener razón. Esto ha sido mala idea desde el principio.
Justo en ese momento, como si fuera un regalo directo del infierno, se nos acerca David Gold. El hombre que ha intentado comprarlo todo: mi empresa, mi reputación… y, por cómo mira a Harper, también la querrá a ella. Es un jodido agujero negro que lo absorbe todo…
—Señor White… —saluda como si fuera la elegancia personificada. Cuando todo el mundo sabe que es un «nuevo rico» sin modales por un golpe de suerte en una excavación en África—. Enhorabuena. Creo que CTL va a decantarse por su proyecto, después de todo.
—Gracias. No pensé que se tomaría tan bien la derrota.
—Bueno, no importa. Después de todo, me ha ahorrado un paso —dice sonriendo a Emily.
—¿Disculpe?
—Quería tener a CTL, y lo tendré cuando adquiera White Industries.
La sangre me hierve.
—Eso será por encima de mi cadáver —digo sin pensar—. O del suyo. Todavía no lo sé.
Gold sonríe arrogante ante lo que se piensa que es una broma. Pero conozco a gente sin escrúpulos que me debe muchos favores. Y ahora mismo estoy tentado de cobrármelos.
—Incluso los imperios más sólidos terminan vendiéndose, White, si uno sabe tocar las teclas adecuadas —Mira a Emily de nuevo—. Buenas noches, no nos han presentado, soy David Gold. ¿Y usted es?
—Emily… Emily Harper.
Gold le coge la mano y se la besa como si fuera una princesa europea.
—Es un verdadero placer —la mira fijamente.
Quiero que deje de tocarla en el acto, pero sé que no puedo impedirlo. No estamos en mi club, donde mi palabra es ley, estamos en el mundo real.
—Igualmente —Sonríe ella cortés.
—Algunos imperios perduran generaciones —sentencio severo—. Y tengo toda la intención de que White Industries sea uno de ellos.

—Tómeselo como una alianza enriquecedora. Juntos podríamos tener lo mejor del pasado y del futuro.
—Usted no es lo mejor. Solo tiene más dinero, no poder.
—El dinero mueve el mundo, White. Y esto sucederá lo quiera o no.
—Eso ya lo veremos… —mascullo desafiante, acercándome un poco a él. Noto que Emily se pone nerviosa.
—No subestime lo que soy capaz de comprar, White…
—No todo se trata de dinero —digo usando la frase de Emily. Ella me mira encandilada. Es cierto que hay personas detrás de las cifras. Y detrás de los clientes de mi club hay asesinos a los que podría contratar…
—Lo único que supera al dinero es la belleza —completa Gold—. Y usted es preciosa… —añade mirando a Emily—. Tiene buen gusto, White.
—No es mi acompañante, trabaja para mí —aclaro furioso.
—¿De veras? Pues tendrá que darme el truco para conseguir una compañera tan… encantadora.
Harper se cuadra y toma partido.
—Solo hago mi trabajo, señor Gold —dice con una sonrisa helada—. Otros prefieren llevarse el mérito comprando legados…
Él ríe relajado.
—Tiene carácter. Me gusta eso. Si alguna vez decide cambiar de bando, llámeme. White Industries es un barco que podría hundirse si no cambia de capitán pronto…
Lo miro sin decir nada. Pero en mi cabeza ya le estoy dando un puñetazo en toda la cara.
Emily lo nota y rompe la tensión con una elegancia asesina.
—Debe de ser genial poder comprar cualquier cosa, señor Gold —dice ella con falsa amabilidad—. Lástima que el carisma no esté en venta…
El golpe es tan limpio y brutal que incluso yo me quedo sin aire.
Gold abre la boca, pero no encuentra palabras.
—No se preocupe —añade ella—. A menudo lo único que de verdad importa se queda fuera del presupuesto.
Gold parpadea, como si la frase le hubiese atravesado el traje.
Ella le sostiene la mirada sin pestañear.

El tipo la observa unos segundos más, frustrado, y se aleja para ir a contaminar a otro grupo.
—Eres un peligro público —murmuro divertido—. Le acabas de declarar la guerra a un hombre que podría comprarte y empaquetarte con lazo rojo para regalarte en Navidad.
—Siempre me ha gustado esa fantasía —susurra melosa—. La de envolverme en un trozo de tela rojo, estando totalmente desnuda debajo, y atarlo con un lazo enorme.
La visión me deja sin respiración.
La fiesta continúa, pero yo ya no escucho la música. Solo oigo su respiración cerca de la mía y decido cuál será mi próximo regalo de Navidad.
Pero oigo algo más…
Una risa áspera e inconfundible, que mi padre solo utiliza cuando alguien suelta una broma cruel: misógina, clasista o dirigida a cualquiera que no encaje en su molde rancio de normalidad.
Me giro despacio.
Y lo veo, vestido de azul medianoche, celebrando la vida entre copas y carcajadas de mal gusto, como si no estuviera destrozando la mía con la posibilidad de vender la empresa.
El karma, como siempre, parece empeñado en recordarme que no puedo permitirme ni un instante de tregua.
Mi padre no rige últimamente. Y esta fiesta está llena de buitres. Necesito sacarlo de aquí.

CAPÍTULO 25



Justo cuando voy a moverme en su dirección, Derek Langford se acerca a Emily con una sonrisa de heredero encantado de sí mismo.
—¿Te apetece bailar? —le pregunta, ofreciéndole la mano.
—¡Claro! —responde ella con emoción.
Mi rictus no evidencia lo mucho que me molesta. ¿Por qué?
No es mi novia.
No es nada mío.
Y aun así, mi mano aprieta la copa como si quisiera convertirla en diamante cuando los veo alejarse.
Ava aparece a mi lado.
—Al final vas a romperla —susurra señalando mi bebida.
—Estoy bien… —replico rápido.
—Claro. Y yo soy una inocente contable.
Nick llega por el otro flanco. Me tienen acorralado.
—Hermano —dice claramente divertido—. Estás dejando que esa chica te destruya, ¿verdad?
—No seas ridículo —mascullo.

—Y encima lo estás disfrutando —repone el cabrón.
Lo odio.
Mi vista vuelve a mi padre. Tengo dos frentes hostiles ante mí que no se llevan bien con mi presión arterial.
Al lado de Clifford está su tercera esposa.
Ni siquiera recuerdo su nombre. Jodie. Jolie. ¿Julianna? Algo que empieza por J. No he vuelto a verla desde que se casaron hace un par de años. No tengo interés en conocerla, igual que no tuve interés en conocer a la segunda esposa de mi padre con la que se encamó apenas dos meses después de enterrar a mi madre…
Mi mandíbula se tensa de forma automática. La memoria tiene dientes.
—Marcus… respira —repite mi hermano al verme crujir la mandíbula.
Pero no puedo. Porque algo dentro de mí acaba de despertarse de golpe. Ese instinto que nunca dejo salir. Ese que no es CEO ni el hijo perfecto ni el culpable de nada.
—Papá está aquí. ¿Lo has visto? —Le señalo a Nick con mi mejor voz pasiva agresiva. Quiero encargarle que se lo lleve a casa, para yo llevarme a Emily adonde nadie pueda interponerse entre nosotros. A donde las normas las dicto yo. A mi territorio…
—Sí, ¿y sabes a quién he visto también? A Mindy.
Giro la cabeza, asustado.
—¿Qué…?
—Está aquí.
—No jodas…
Eso sí que no…
Mindy es la segunda esposa de mi padre. La mujer que casi destruye el apellido White…
Trabajaba como limpiadora en el club de campo cuando él empezó a tontear con ella mientras mi madre aún vivía.
Cuando la desgracia salpicó a mi familia, se aprovechó de la tristeza de mi padre y no tardó nada en mudarse a la mansión como paño de lágrimas sexual.
No dije nada porque mi padre había vuelto a sonreír. Pero ella se obsesionó con él hasta el punto de revisarle el móvil, seguirle a sus reuniones y montar escenas delante de sus amigos.

Supongo que lo conocía demasiado bien…
Pero le tengo aversión porque volvió a mi padre más avaricioso de lo que ya era. Y le convenció para que se metiera en negocios con proveedores turbios, con los que mi madre nunca quiso trabajar.
Fue la que abrió la puerta a todos los trapos sucios que luego yo encontré cuando tomé las riendas de White Industries.
La misma mujer a la que mi padre tuvo que poner una orden de alejamiento cuando, al dejarla, empezó a amenazarlo con hundirlo.
Y ahora está aquí. Sonriente. Envuelta en un vestido rojo que parece gritar «¡míradme!», colgada del brazo de un pez gordo del sector farmacéutico. Su nueva presa.
—¿Qué demonios hace aquí? —mascullo cabreado.
Ava, niega con la cabeza.
—Las invitaciones de esta gala se filtran como agua en un colador. Cualquier idiota con contactos puede entrar.
Mi padre la ha visto; noto la rigidez en sus hombros. Sus dedos se aprietan en el borde de la barra. E intenta retroceder un paso cuando ve que Mindy se aproxima a su actual esposa.
—No podemos dejar que hable con ella —digo más para mí que para Nick.
—¿Vas a intervenir?
—Tengo que hacerlo.
Me acerco justo cuando Mindy sonríe de forma exagerada, como si no hubiera tratado de extorsionar a mi padre hace años.
—¡Cliff…! —canta con su voz empalagosa—. ¡Qué sorpresa verte aquí!
Mi padre se tensa. Su mujer lo mira, desconcertada. Y llego justo a tiempo de que no diga nada más.
—Buenas noches —intervengo, colocándome entre ella y mi padre—. Este no es el mejor momento.
Ella me dedica una sonrisa que huele a perfume barato revestido de lujo.
—Oh, Marcus… cuánto has crecido. Incluso hablas como tu padre. Qué pena que no hayas heredado sus modales…
—Qué pena que tú aún conserves tu capacidad de aparecer donde no te llaman… —contesto sin levantar la voz.

Su pareja, un hombre ancho y sudoroso, me analiza con interés.
—¿Este es el hijo mayor? ¿El intenso? —pregunta burlón.
Mindy ríe. Una risa llena de cristales rotos.
—Sí… no ha cambiado nada. Estás igualito que cuando eras adolescente y me mirabas como si fuera a reemplazar a tu madre. Yo nunca quise eso.
La tercera esposa abre los ojos, sorprendida. Mi padre traga saliva. Su mujer da un paso atrás. Y yo me impongo.
—Creo que es hora de que te retires, Mindy —digo con una calma antinatural—. No me hagas llamar a seguridad.
—Oh, cariño… —Pasa un dedo por mi solapa, sin pudor—. Estoy segura de que tu padre no quiere que hagas eso. ¿Verdad, Cliff?
Mi padre pierde el color. Y eso no es propio de él. Pero esta mujer es como su kryptonita. Supongo que porque lo vio en su peor momento y conoce muchos de sus secretos. Por eso siempre ha insistido en que jamás me abra con una mujer.
—Nos estás arruinando la noche, Mindy. Por favor, vete ya.
Ella me mira con una frialdad venenosa que recuerdo demasiado bien.
—Te pareces demasiado a tu madre. Tan amargado, tan correcto… —escupe, como si fuera un insulto—. Solo he venido a divertirme.
Mi padre hace un gesto, pero soy yo quien da un paso sin permitirme temblar.
—Mi madre murió sin deberle nada a nadie —respondo—. No puedo decir lo mismo de ti.
El silencio cae como una losa.
El nuevo acompañante de Mindy se revuelve, avergonzado.
—Vámonos —gruñe él, tirando de su brazo.
Ella se deja llevar, no sin antes lanzarme una última mirada cargada de veneno viejo.
Mi padre respira hondo detrás de mí. La tercera esposa —¿Jillian?— se aferra a su brazo como si no entendiera nada. Porque no lo hace. No tiene ni idea de quién acaba de pasar por delante.
—Gracias, Marcus… —dice mi padre, como si yo fuera su perro guardián. Y quizá lo sea. Siempre he sido el escudo contra el que

rebota lo que otros temen. En casa. En White Industries. En el Lux Noor… Estoy acostumbrado a tratar con lunáticos.
—¿Por qué no os vais a casa? —sugiero—. No estás para fiestas, papá.
—Será lo mejor, cariño. Esa mujer me da miedo —musita la nueva esposa.
—De acuerdo. Nos vamos. Ya llevo un rato y estoy cansado…
Se despide de un par de peces gordos y desaparecen entre la multitud.
Entonces, el ruido vuelve. La música. El murmullo de las conversaciones. La luz. Y yo también trato de volver a mi lugar feliz. A ella.
Emily sigue riendo con Derek, girando despacio, con ese vestido negro moviéndose con ella como si también estuviera disfrutando del baile. Hay algo en la forma en la que él le sostiene la mirada que me recuerda que no soy el único capaz de arder por ella.
La gente, las luces… todo se vuelve ruido de fondo. Solo veo su cuerpo moviéndose en manos de otro. Su sonrisa. Ese brillo en los ojos que solo aparece cuando quiere provocar. Algo que le sale natural.
Verla en los brazos de Derek Langford… El heredero perfecto. El niño bonito de CTL. El tipo que podría tenerla sin esfuerzo, sin remordimientos, sin arrastrarla por un caos devastador que no merece…
Nick chasquea la lengua a mi lado.
—Nunca te había visto celoso —murmura—. Es… entrañable.
Lo ignoro.
Lo único que puedo ver son las manos de ese idiota en su cintura.
Cuando ella inclina la cabeza hacia él y se ríe, mi cuerpo reacciona como si alguien hubiera apagado todas las luces de golpe.
—Ava tampoco se queda atrás —La señalo hablando con un tipo.
—Joder, en cuanto me giro, tiene un admirador nuevo…
La mano de Derek baja un poco más y siento una presión incómoda en la garganta. Como si mi lado oscuro estuviera buscando una salida.
Nick suelta un silbido bajo.

—O hacemos algo, o lo harán por nosotros, hermano…
Entonces Emily levanta la vista y me ve. Y por un segundo, el tiempo deja de existir. Me sostiene la mirada como si supiera exactamente lo que me está haciendo. Y la pista de baile se me vuelve demasiado pequeña para contener todo lo que siento.
Creo que Mindy ha despertado algo en mí que llevaba mucho tiempo intentando mantener enterrado.
Y el puto Derek acaba de prenderle fuego.

CAPÍTULO 26



Intento coordinar mis pies como si no hubiera nacido con dos ladrillos en lugar de tobillos, mientras W no deja de mirarme como si quisiera

pulverizarnos.
La expresión de sus ojos me enciende hasta niveles peligrosos.
Porque esa forma de observarme no es deseo ni lujuria, es otra cosa… Una advertencia silenciosa. Una amenaza bella y voraz de lo que le gustaría hacerme. Y me pone a cien.
En realidad, es como si algo dentro de mí murmurara que le importo.
Pero justo cuando la atracción empieza a ganar otra vez, aparece la voz racional en mi cabeza diciendo «¿qué futuro tiene acostarse con un hombre así?».
¿Convertirme en una adicta a su piel, a su boca, a esa mirada que me derrite la columna… hasta que un día, sin previo aviso, él simplemente se canse de mí?
Porque así termina todo con los tíos como él.
Lo que me hace dudar es lo que pasó en la ducha del gimnasio. Eso ya no fue solo sexo. Fue…
Respiro hondo.
Intento centrarme en Derek, que es guapo, amable y tiene cero peligro emocional. Es un golden retriever con traje.
Podría funcionar. Podría llegar a sentir algo por él. Ser normal por una vez.
Mi vista se pasea por la sala ignorando a White, intentando convencerme de que hay vida más allá de él.
Y de repente los veo…
Dos personas me saludan de forma exagerada entre risitas.
Por Dios santo… ¡son mis padres! ¡¿Qué leches hacen aquí?!
—Disculpa… —le digo a Derek con una sonrisa. Y me acerco a ellos avergonzada.
—Mamá, papá… No sabía que vendríais. ¿Quién os ha invitado?
—¡Cariño! —exclama mi madre con una sonrisa radiante—. ¿Ese era el hijo del señor Langford?
—Sí, mamá… shhh.
Mi padre interviene con orgullo.
—¡Sabía que meterte en White Industries sería buena idea! ¡Te estás codeando con muy buenos partidos, Emily!
Cierro los ojos un segundo.
«No grites, Emily. No muerdas a nadie. Esta noche no».

—Papá… —respiro despacio—. Acabo de cerrar un contrato de cincuenta millones con ese hombre. Eso es lo importante.
—Estoy seguro de que su interés en ti ha influido bastante…
Me atraganto con mi propia saliva.
—No, papá. Llevo matándome a trabajar toda la semana para lograrlo. Y lo hemos conseguido gracias a mi idea.
Mi madre sonríe con esa expresión condescendiente que me da ganas de bajarme de la vida.
—Tienes que aprender a elegir tus batallas, Emily. Ese chico —señala a Derek— es muy guapo y parece muy interesado en ti. ¡Deberías estar contenta!
Perfecto… ¡No me escuchan!
Antes de que pueda contestar, Marcus aparece por detrás de mis padres.
—Harper —saluda con ese tono grave que paraliza océanos.
Ellos se giran, como si acabaran de ver a un miembro de la familia real.
—¡El famoso Marcus White! —corea mi padre emocionado—. Gracias por cuidar de nuestra hija como tu pupila en la empresa y por dejarla participar un poco en tus contratos.
«¿PARTICIPAR UN POCO?».
Marcus me mira como si pudiera sentir la sacudida sísmica que acaba de salir de mi cuerpo.
—Su hija no ha participado «un poco». La idea ha sido suya. Es brillante… No habríamos conseguido este contrato sin ella.
Mi padre parpadea, confundido.
Mi madre sonríe como si Marcus acabara de ofrecerme en matrimonio.
—Qué detalle por su parte decir eso —Sonríe mi padre afable.
Marcus se gira hacia él con una calma peligrosa.
—No es mi estilo regalarle los oídos a nadie, señor Harper.
—Oh, es usted encantador…
Empieza el temblor en mi barbilla.
—Ya basta… —digo, sintiendo cómo se cierra mi garganta—. No voy a permitir que me jodáis esta noche.
—Emily, no te pongas así —dice mi madre—. Estás muy sensible.

—Sensible… —repito alucinada—. VALE.
Necesito salir de aquí antes de ponerme a gritar.
Me doy la vuelta y salgo del salón ignorando las voces detrás de mí, ignorando la música y la absurda necesidad de llorar como si tuviera quince años y acabara de suspender matemáticas.
Antes de llegar a la puerta principal, oigo que unos pasos fuertes me siguen.
—¡Emily, para!
Me detengo. Pero solo para pedir un taxi. No pienso girarme.
—Déjame en paz, Marcus… Estoy harta de todo.
Siento su mano cerrarse con suavidad en mi muñeca.
—Escúchame…
Pero no quiero mirarle. No quiero ver su mirada de lástima.
No es que me dé opciones. Su mano sigue la línea de mi mandíbula, obligándome a mirarlo… y mi ridícula necesidad de autoconservación se va a la mierda.
Sus preciosos ojos verdes me atraviesan y mi estómago se llena otra vez de mariposas al ver la intensidad tras ellos.
Baja la vista hacia mis labios durante medio segundo, como si no pudiera evitarlo, y una gran alarma roja se activa dentro de mi cabeza.
—No quiero escucharte. No quiero desearte. No me conviene… Se acabó —Me revuelvo de su amarre. Pero él no me suelta.
—Vale… Como tú quieras. Se acabó. Te lo prometo.
Sus palabras dicen eso, pero su mano sigue en mi mejilla, rozándome el labio inferior con el pulgar.
—Pero no quiero que te vayas así… No te lo mereces. Esta es tu noche.
Niego con la cabeza. Él apoya su frente en la mía para convencerme.
—Déjame hacer algo por ti…
—No puedes hacer nada.
La repentina intimidad que me ofrece es muy desconcertante.
—Puedo hacerte olvidar todo lo que acaba de pasar —susurra, casi sobre mis labios—. Déjame darte todo el placer que te mereces, por última vez…

Justo cuando creo que me estoy volviendo loca por planteármelo, succiona mi labio inferior entre los suyos y me atrae hacia él.
—Ven conmigo… —jadea besándome la mandíbula, la barbilla, todo menos la boca. En plena calle. A la vista de cualquiera—. Conozco un lugar donde nadie te hará sentir pequeña. Un lugar donde nada más exista, ni siquiera nosotros.
Antes de que pueda decidir… un coche negro para frente a nosotros y Marcus me insta a subir en la parte de atrás.
Lo hago sin pensar. Nada me apetece más que desaparecer con él en el limbo sin que cuente en el mundo real.
El coche arranca sin darle indicaciones al chófer.
Su mano amarra la mía sobre mi muslo como si mi piel le perteneciera, y ya soy incapaz de producir un pensamiento coherente que no incluya su boca, su olor o sus manos recorriendo mi cuerpo.
No sé en qué momento nos miramos y el tiempo se detiene. Nuestras cabezas se acercan la una a la otra y nos besamos.
Jamás me había besado a cámara lenta con nadie al son de una canción pop punk con la angustia adolescente por todo lo alto.
Ese beso es el primer lugar seguro en el que estoy en mi vida. No sé cuanto dura, solo sé que cuando el coche se detiene, veo un cartel oscuro y discreto que reza: Lux Noor.
—¿Dónde estamos? —susurro.
—En un lugar privado —responde—. Un lugar sin prensa. Sin normas y sin expectativas.
Entramos de la mano, con él delante de mí, y ambos enmascarados…
Empiezo a sospechar que este es uno de esos lugares donde la gente deja su alma en la puerta para meterse las ganas dentro.
El interior ofrece una atmósfera cargada de secretos.
—¿Sueles venir aquí? —le tanteo con un hilo de voz.
—A veces.
A veces. Claro. Eso explica que solo haya gente que apesta a dinero y a privilegios aún más antiguos.
El inconfundible y embriagador aroma a sexo, tan denso que podrías atragantarte con él. Aquí es donde los poderosos de Boston vienen a satisfacer sus más oscuros y denigrantes deseos.

No me da tiempo a procesar más. Porque nos adentramos por una puerta que desemboca en una sala vip privada.
—Marcus…
—Entra.
Lo hago. Y cuando escucho el *clic* de la puerta cerrándose, mi respiración se queda fuera.
La sala es grande. Pero no distingo colores porque todo es de color negro. Suelo, paredes… hasta una cama redonda y grande en el centro de la estancia. La iluminación es baja y de color azul. Hay un espejo enorme redondo en el techo. Todo huele a cuero y a deseo.
—¿Qué es este sitio? —pregunto otra vez, porque necesito oírlo de él.
—Un lugar donde nadie hace preguntas —responde acercándose a mí paso a paso, con esa mirada que me desnuda sin haber tocado un solo botón de mi vestido.
Su voz… Su voz es sexo contenido.
—Marcus…
—Esto es lo que soy, Harper —interrumpe, deteniéndose justo delante de mí—. No puedo darte nada que un tío decente como Derek Langford te ofrecería. Pero puedo darte algo que nadie más sabrá darte…
Mi pecho se comprime.
Él levanta mi barbilla con un dedo.
—Puedo ofrecerte placer. El que quieras y como quieras. Sin compromiso. Sin consecuencias fuera de esta sala…
Mi piel se incendia.
—¿Y qué quieres tú? —pregunto, porque necesito saberlo.
Una sonrisa lenta y peligrosa, aparece en su boca.
—Quiero muchas cosas que no debería.

CAPÍTULO 27



EMILY

Me besa. O mejor dicho, me devora sin perder más tiempo.
Mis manos buscan su traje, su cuello, su camisa. La desesperación nos arranca la respiración.
Mi espalda choca contra el sofá y él se cierne sobre mí, como si fuéramos dos imanes que llevan meses intentando fingir que no se atraen.
—Llevo toda la noche pensando en esto —murmura contra mi clavícula mientras me baja la cremallera del vestido.
Mi cuerpo arde.
—¿Toda la noche o desde que te he dicho lo del lazo rojo desnuda?
Él gruñe. Literalmente.
Deja de besarme y me observa desde arriba, como si evaluar qué parte de mí devorar primero fuera la decisión más difícil de su vida.

Sus manos suben por mis piernas con una lentitud que podría matarme. Se deshace de mi vestido y me deja en ropa interior.
Al ver mi conjunto de encaje negro, me observa extasiado.
—No tienes ni idea de lo que me estás haciendo… —dice como si fuera un juramento.
No es una declaración de amor. Es una queja.
Sus ojos no mienten. En ellos hay un dolor que no consigo descifrar. Una belleza oscura que va más allá del sexo.
Alzo la mano hacia su cara y él cierra los ojos como si le doliese mi ternura.
—Marcus… ¿estás bien?
Noto cómo vuelve a cerrar las compuertas. Se esconde en mi pelo y me besa el cuello para que no lea su rostro.
—Me vuelves tan loco… —musita.
—Marcus… —Le agarro la cabeza y hago que me mire.
Algo le pasa.
Mientras bailaba con Derek he visto que estaba con su padre. Parecían estar discutiendo con una mujer. Había una tensión extraña contra la que está luchando ahora para olvidarla.
—¿Quién era esa señora con la que hablaba tu padre en la fiesta? Parecía tenso…
Se queda quieto un segundo. Muy quieto.
—Nadie… Alguien de nuestro pasado.
—¿Qué pasaba con ella?
Marcus no me mira.
Se queda quieto, como si la historia que guarda esa mujer desde hace años hubiera empezado a empujarle desde dentro.
—Mi padre… —exhala, y suena como un hombre soltando un peso enorme— siempre ha sido una especie de tormenta. Tiene el extraño talento de destruir lo que toca… Y esa mujer es solo uno de los muchos errores que ha coleccionado por el camino.
Se pasa una mano por el pelo, tenso.
—Cuando era pequeño, mi madre era la única persona que sabía contener esa tormenta —continúa—. Ella era… el único sitio donde yo podía ser… yo mismo. Podía llorar, hablar, ser un crío normal. Con

ella… podía sentir. Pero murió de repente en un accidente de tráfico y me quedé solo.
Mi garganta se cierra.
—¿Y tu padre? —pregunto, aun sabiendo que no quiero oír la respuesta.
Él esboza una sonrisa amarga.
—Él no me quería. Solo quería un hijo impecable. Fuerte. Frío. Correcto. Sin fallos. Yo intentaba serlo para que… —aprieta la mandíbula— me quisiera un poco. Como a Nick.
—¿A Nick? —pregunto con suavidad.
—Sí. Nick siempre fue… la excepción. —Se encoge de hombros—. Lloraba cuando quería. Reía cuando quería. Se enfadaba cuando quería. Mi padre decía que era demasiado «sensible» y lo excusaba todo. Fiestas, drogas, escapadas, incendios… Según él, estaba mal por lo de mi madre… —explica con inquina.
—¿Y tú no estabas mal? —susurro, temblando un poco.
Marcus me mira. Y lo que veo… es un niño destruido.
—Yo estaba tan mal que quería romperlo todo —confiesa—. Quería gritar. Tirarme al suelo. Golpear las paredes. Pero cuando en el funeral empecé a llorar, mi padre me agarró la cara con dos dedos, haciéndome daño, y me dijo: «No me hagas esto, Marcus. Tú no puedes romperte. Yo no puedo con todo».
Siento un golpe seco por dentro.
Él continúa, con una voz que no había escuchado nunca:
—Así que aprendí a meter todo dentro y cerrarle el paso. El dolor, la rabia, el amor… todo. Me volví lo que él quería: un hijo que no molestara. Que no estallara. Que no sintiera nada.
—Aprendiste a sobrevivir —corrijo.
Él me acaricia la mano en agradecimiento. No doy crédito a que me esté contando todo esto a mí.
—Cuando mi padre metió en casa a otra mujer solo dos meses después de morir mi madre —sigue Marcus, como si tragara veneno —, yo fantaseaba con matarlo. No entendía cómo podía hacer algo así tan poco tiempo después. Pero había aprendido a callarme. A aguantar. A tragarme la bilis y a decir «sí, señor». Porque la alternativa era perder al único padre que me quedaba…

Me acaricia los labios como si los echara de menos. Como si considerara que está perdiendo un tiempo valioso usándolos para hablar en vez de para besarme. Pero esto es mucho más valioso que cualquier polvo. Nunca lo había sentido tan cerca de mí. Tan dentro.
—Me convertí en alguien que no siente nada, Emily. Ni bueno, ni malo. Y así viví años, creyendo que era fuerte por no romperme nunca.
Yo no respiro. No puedo. Está tan bello hablando en voz baja.
Levanta la vista y me mira como si estuviera a punto de confesar un crimen.
—Cuando algo me hace sentir, no reacciono bien… Intento aplacarlo sin preguntar. Y contigo… —calla un segundo, casi avergonzado—. Contigo no puedo controlarlo. Me puede. Lo que siento es más fuerte que yo…
Mi pecho explota.
—Marcus… —susurro.
—Y lo odio —confiesa—. Cuando antes te he visto bailar con Derek… he querido partirle el alma. No sabía que podía enfadarme así. No sabía que podía sentir así… y me asusta.
Suena como un hombre al borde de algo irreparable.
—Te asusta —repito.
—Me aterra. —Su voz es un susurro rasgado—. Es un sentimiento muy destructivo. Y tú eres lo último que querría destruir…
Y entonces lo veo claro. La tormenta.
—Tú no eres tu padre, Marcus —digo sin titubear.
Él se tensa como si mis palabras fueran demasiado.
—Emily… no deberías… Sentir nada por mí. Ni siquiera debería caerte bien. Me he esforzado para que sea así…
La madre que lo parió… ¿Era gilipollas a propósito?
—No te tengo miedo —digo suavemente—. No tengo miedo de lo que sientes, tengo miedo de que huyas de ti mismo. Y de mí.
Su pecho sube y baja. Apoya su frente en la mía y respira en mi boca.
—Emily… —musita, como una rendición—. No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo…

—Enséñamelo —respondo, y me sorprendo incluso a mí misma por el descaro. Pero este lugar, oscuro, suave, sexi, prohibido… incita mi lado más salvaje.
El beso que me da es la bienvenida al infierno. Y sé, sin que nadie me lo diga, que esta noche no será una mera repetición de la jugada, será un límite rompiéndose. El suyo y el mío. Una noche sin normas. Sin reglas. Sin compromiso. La clase de noche que siempre termina costando algo. Y aun así…, cuando su respiración se mezcla con la mía… me dejo llevar.
Porque a veces la única forma de sobrevivir a un incendio es atravesar el fuego.
Marcus me mira como si me necesitara más que respirar. Me agarra del pelo y no hay delicadeza en sus movimientos, sino mucha hambre contenida.
Mi respiración colapsa al entender lo que quiere. Y sin pensarlo un momento, lo empujo sobre la cama y empiezo a desabrocharle el pantalón.
De pronto, tener control sobre él hace que lo desee mucho más.
—Eres jodidamente preciosa… —dice casi sin voz—. Y lista. Odio que lo seas tanto.
Su sinceridad brutal me hace temblar en sus manos.
Se inclina hacia atrás en el sofá y la luz tenue de la sala dibuja sombras en su cara. Sombras peligrosas. Sombras que me atraen como una adicción.
Me pongo a cuatro patas sobre él y mi boca roza la suya como una promesa. Mi espalda se arquea y él me acaricia como si fuera lo único que necesita en el mundo.
Sus dedos se aventuran por mi vientre para sumergirse en mis braguitas, reclamando un territorio que no debería llevar su nombre.
La incursión de su dedo en mi entrepierna es lenta, pero firme, obligándome a desvelar lo excitada que estoy.
—Marcus… —susurro, sin saber qué estoy pidiendo.
—Shhh… —Su mano profundiza un poco más, provocándome un jadeo—. No digas mi nombre aquí. Ni el tuyo. Nunca.
Le obligo a apartar la mano, porque quiero ser yo la que le haga perder el control.

Le bajo la ropa interior despacio, con una autoridad peligrosa.
Él me mira mientras lo hago, como si observar mis intenciones fuera parte de algún ritual.
Jamás pensé que el miembro de un hombre pudiera parecerme tan apetitoso. Para mí siempre fue un trámite en el sexo. Un hoy por ti, mañana por mí, que nunca había tenido verdaderas ganas de probar. Hasta ahora…
Cuando lo tomo entre mis labios, le arranco un gemido gutural.
Hay un ritmo calculado, un patrón exacto, como si hubiera esperado este momento para demostrarle lo que puedo hacer.
Su mano se hunde en mi pelo para no perder del todo el control. Es algo instintivo en él. Su forma de gemir y disfrutar de mi lengua me atraviesa el corazón.
Su cuerpo se electrifica cuando aumento la presión. Mi lengua parece diseñada para volverlo loco. Jamás me había excitado tanto hacérselo a nadie. Es como si no pudiera parar.
—No sigas… —murmura sin llegar a abrir los ojos—. O no podré follarte.
Pero no quiero detenerme. Quiero que explote por mí. Que pierda el control, como ha dicho.
Él nota mi osadía por continuar, y maniobra con facilidad para arrebatarme el poder y separarme de mi nuevo juguete favorito.
—Eres una gatita viciosa y desobediente… —sonríe.
Y juro que haría cualquier cosa que me pidiera en ese tono.
Mis respiraciones se vuelven cortas y desordenadas. No sé si estoy temblando por él o por lo que significa estar aquí con él, en un lugar donde ha debido estar con otras mujeres antes que yo.
Pero entonces me mira y mis dudas desaparecen.
Esos ojos. Esa intensidad. Ese hombre que nunca deja que nadie lo toque y que ahora me atrae hacia él como si se le fuera la vida en ello.
—Quiero sentirte dentro de mí —susurro sin filtros, sorprendida por mi propia voz.
Él cierra los ojos un segundo como si esa frase hubiera tocado una fibra que preferiría mantener enterrada.

Después, se incorpora, se desabrocha la camisa con esa precisión que me desarma, dejándome ver su torso y me coloca sobre él con las piernas abiertas a cada lado de sus muslos.
Hace varios amagos que me ponen de los nervios, y cuando por fin se sumerge profundamente en mí, me siento mejor que en toda mi vida.
Comienza un vaivén, lento al principio, casi reverencial, como si intentara memorizar cómo encajamos juntos. Me besa como nunca me ha besado y siento que jamás volveré a vivir nada parecido con otro hombre. No a este nivel…
Después intensifica el ritmo, y su respiración se vuelve irregular, haciendo que mis uñas surquen su espalda.
Me sostiene por la cintura, guiándome hacia donde quiere tenerme y al ritmo que lo quiere.
Mi boca encuentra la suya mientras él empuja más fuerte y más hondo. Somos una masa de piel sudorosa que encaja perfectamente.
—Emily… —jadea contra mi cuello. Y es la primera vez que dice mi nombre como si le doliera.
No hablamos. No hacemos promesas. No marcamos reglas. Solo nos dejamos llevar, una y otra vez, hasta que el límite entre su cuerpo y el mío deja de existir.
Mi orgasmo llega como un desbordamiento. Un choque de calor que me rompe y me recompone a la vez. Él no se aparta. No deja de sostenerme ni de saborearme hasta que mi cuerpo deja de temblar.
Entonces explota como si quisiera cortar el mundo en pedazos y quedarnos solo nosotros dos aquí dentro.
Al terminar, su frente cae sobre mi hombro y se queda inmóvil.
Es innegable. Esto no es solo sexo. Y ambos lo sabemos.

CAPÍTULO 28



MARCUS

Existen instantes perfectos que uno querría conservar entre los dientes para saborearlos despacio, pero son peligrosamente frágiles, y a mí siempre se me rompen.

El cuerpo de Emily aún está temblando entre mis brazos cuando oigo un golpe seco en la puerta.

Me tenso. Ese tipo de golpes siempre traen malas noticias.

El eco del placer se desvanece como si alguien hubiera abierto una ventana en medio de una tormenta.

Emily levanta la cabeza, todavía desorientada. Yo aún tengo sus uñas clavadas en mi espalda y su nombre en otro lugar más preocupante.

—¿Qué pasa…? —susurra, confundida.

Otro golpe. Esta vez más firme. Más urgente.

—Jefe… —dice una voz al otro lado—. Le necesitamos.

Mierda…

Mis hombres saben que no deben molestarme cuando estoy con alguien, a no ser que sea muy urgente.

Me aparto despacio de ella y busco mi ropa. Emily se aferra a la sábana negra de seda con una expresión vulnerable. Nunca la he visto más hermosa que siendo mía aquí.
—¿Qué ocurre? —pregunta con la inquietud en la garganta.
Lo último que quiero es mezclarla en este maldito mundo.
—Nada. Quédate aquí —ordeno en voz baja. No la miro. Si la miro otra vez, no me voy.
—No. ¿Adónde vas? No me dejes aquí sola.
—Emily… No pasa nada. Ahora mismo vuelvo.
—¿Pretendes que me quede quieta mientras alguien te llama como si fueras el jefe de la mafia en una película de Scorsese?
Una sonrisa mínima me traiciona.
Dios. Qué mujer…
Pero la situación no da margen y la puerta se abre con adrenalina contenida. Mis dos hombres de seguridad —Ben y O ' Leary— entran nerviosos. No miran a Emily, pero puedo sentir cómo ella los observa, intentando descifrar sus rostros.
—Lo siento, R. Te necesitamos ya. Es un código siete —informa Ben.
—Joder… —maldigo, abrochándome la camisa deprisa—. Quédate aquí —le ordeno a Emily más tajante. Y salgo de la habitación para acceder a los pasillos privados del club.
Escucho la música de fondo como un corazón latiendo impaciente.
—¿Dónde ha sido? ¿Quién está implicado? —pregunto.
—En la Sala Negra —contesta Ben—. Los Rossetti y los Murati.
Un hilo de odio me sube por la columna.
—¿Quién ha empezado?
—Luan… pero Matteo se ha propasado.
Joder. Siempre la misma mierda…
—Dime qué tengo que arreglar.
Ben me ofrece una mirada pesada.
—Luan está muerto.
Mi mandíbula se tensa. Este escenario no lo deseo ninguna noche, pero hoy menos.
—¿Ha sido Matteo?
—Sí —contesta O ' Leary—. Han discutido por una mujer.
Perfecto.

Estupendo.
¡Cojonudo!
—Hay que ocultarlo cuanto antes.
—Ya lo hemos hecho.
Bien. En el Lux Noor solo hay un mandamiento: lo que ocurre entre estas paredes deja de existir para el mundo. Yo soy su guardián, su juez silencioso. Aquí hay algo más poderoso que la venganza, y es la libertad que encuentran al cruzar nuestras puertas, la seguridad de un territorio neutral, el frágil bienestar que los mantiene unidos por encima de su propio odio.
Cualquiera que olvide esa ley sagrada tiene que abrazar su castigo. Así lo juraron todos. Y es a mí a quien le toca imponerlo.
Cuando llegamos a la Sala Negra, ya puedo oler la sangre en el ambiente. Es un hedor espeso y metálico al que por desgracia ya me he acostumbrado.
Mis hombres apartan la cortina y lo veo:
Un chico joven con el cuello abierto por un corte largo y torpe. Es Luan. Hijo predilecto de la mafia Albanesa. Matteo, el artífice, respira agitado a su lado, con la camisa ensangrentada. Su hermano Luka lo aferra del hombro, murmurándole algo en italiano.
Qué bien… La flor y nata de la mafia italiana y albanesa liándola parda. A nadie va a sorprenderle que haya ocurrido esto. Llevan años buscándose las cosquillas.
Cuando me ven, todos callan. El silencio cae como un hacha.
—Regente —balbucea Luka, retrocediendo medio paso—. Esto no es lo que parece.
—Es exactamente lo que parece —respondo con frialdad.
Matteo alza la vista hacia mí. Es más joven e imprudente. Y cree que ser un Rossetti le hace invencible, pero puedo leer el miedo en su mirada.
—Él me provocó. ¡Lo juro!
—Eso no te salvará, Matteo —sentencio. Se hace un silencio denso—. Has roto el equilibrio —continúo serio—. Y hay que restaurarlo. Ya conoces el precio…
Luka aprieta los dientes. Está pálido, pero no se aparta de su hermano. Siempre han sido así: uno violento y el otro idiota.

Mis hombres, Ben y O ' Leary, están detrás de mí, firmes como columnas. Listos para acatar mis órdenes.
—Nadie tiene por qué saber qué ha sucedido aquí. Nos ocuparemos del cuerpo —propone Luka nervioso—. Lo limpiaremos todo.
—Yo soy el que lo limpia todo aquí —respondo, avanzando un paso—. Y tú conoces la ley. Ojo por ojo.
—¡Eso es una locura! —grita Luka—. ¡Mi padre jamás lo permitiría…!
—Tu padre aceptó las reglas —replico—. Igual que todos. No se hacen excepciones. Nadie está por encima de Lux Noor. Aquí las leyes se cumplen incluso si eres un Rossetti.
Matteo deja escapar un sollozo.
—Se te ha ido la mano, chico. Te has sentenciado tú solo. Llevároslo —ordeno a mis hombres.
—¡NO! —ruge Luka—. ¡Es mi hermano! ¡Si lo tocas, te mato! ¡Lo lamentarás, Regente! ¡Todos lo lamentaréis!
De pronto, su vista se desvía hacia el marco de la puerta y se le desfigura la expresión. Me giro despacio.
DIOS SANTO…
Emily observa la escena con la cara desencajada. No lleva máscara. Sus enormes ojos lo han visto y oído todo. ¡Todo!
Por un instante, mi corazón se detiene. Con ella mi nombre deja de significar poder y empieza a significar peligro.
—¡Fuera de aquí! —gruño sin reconocer mi propia voz.
—Lo siento… —me mira horrorizada—. He escuchado gritos… y… me he asustado.
Que me mire como si no me conociera es lo peor que me ha pasado. El problema es que los demás sí han captado que me conoce bien.
Ben y O ' Leary se abalanzan sobre ella intentando salvarla de algo que ya no tiene salvación. Porque ya la han visto. Los Rossetti la han visto… y Emily acaba de convertirse en una amenaza real para mí. La debilidad de un rey frío que ejecuta venganzas en un templo pagano.
—¡Esperad…! ¿Eso era un cadáver? —Se le escucha decir antes de que se la lleven a la fuerza.
Cierro los ojos angustiado.
Hay una razón por la que quería que se quedara en la habitación. Lejos de la mancha inevitable que llevo colgando del cuello desde

que heredé más poder del que debería tener un hombre cuerdo.
Sé que esto va a costarme caro.
Cuando vuelvo a abrir los ojos Luka está sonriendo.
Una sonrisa lenta, enferma, calculadora. Una sonrisa que anuncia lo peor.
—Bueno, bueno… Esto es lo que yo llamo un interesante giro de los acontecimientos —dice sibilino.
Matteo se limpia las lágrimas con rabia y se incorpora.
—Así que el Regente tiene una nueva distracción…
—Ella no tiene nada que ver en esto —escupo.
Luka ladea la cabeza, disfrutando de cada segundo del infierno que acaba de abrirse bajo mis pies.
—Creo… —dice con una calma asquerosa— que ahora sí podemos llegar a un acuerdo.
Mi sangre empieza a hervir.
—No hay acuerdos —replico—. Aquí solo hay consecuencias.
—¿Tú crees? —Luka sonríe—. Porque yo acabo de encontrar la forma de que no haya consecuencias para nosotros.
Contengo la respiración esperando que suelten la bomba:
—Si tocas a mi hermano… ella sufrirá el mismo destino. La localizaremos. Una cara así no se olvida. Ha visto el cadáver.
Lo veo todo rojo.
—¿Me estás chantajeando? —murmuro, incrédulo.
—Te estoy ofreciendo una salida —corrige él—. Solo tienes que dejar las cosas como están. Hacer la vista gorda. Una vez más. Y tu chica seguirá viva.
—No es mi chica.
—Entonces no debería importarte lo que le pase.
Mi mandíbula cruje. Mis huesos arden. Las ganas de matarlos a los dos se vuelven reales. Pero no puedo hacerlo ahora. No puedo castigarlos ni aplicar la ley. Porque si ella muere, todo lo que me queda de humanidad morirá con ella.
Trago saliva. Y por primera vez en mucho tiempo… cedo.
—Llévate a tu hermano de aquí —ordeno, con una voz ronca—. Yo me desharé del cuerpo.
Luka sonríe como si hubiera ganado una guerra.

—Un placer hacer negocios contigo, Regente.
Se marchan.
Y yo siento cómo mi mundo se inclina, perdiendo el equilibrio por una mujer que nunca debió entrar aquí.
Voy a buscarla a donde sé que la han llevado mis chicos. Necesito llevarla lejos cuanto antes.
—Tienes que venir conmigo —le digo, en cuanto la veo, tomándola por el brazo con una delicadeza que nadie en esta sala entendería.
—Marcus… —susurra—. ¿Qué… qué ha sido eso?
No puedo responder. Aún no. No estoy preparado para decirle que acabo de firmar un pacto silencioso que puede destruirme.
Que por su culpa ahora debo proteger a asesinos. Que la he puesto una diana en la frente que no puede ver.
Solo puedo decir lo único que es verdad:
—Tenemos que irnos de aquí.
Mientras andamos con paso rápido me invade una sensación que nunca había tenido. Es nueva. Estoy temblando. Porque lo que ha sucedido esta noche lo ha cambiado todo.
Para ella. Y para mí.
El coche que descansa en el callejón privado del Lux Noor arranca sin dilación.
Nadie habla.
Ni Ben, que conduce delante, rígido como un soldado que ha visto demasiado.
Ni Emily, que va a mi lado con las manos entrelazadas tan fuerte que sus nudillos están blancos.
Ni yo, que intento no mirarla porque cada vez que lo hago recuerdo algo que no debería tener: miedo.
El silencio es tan denso que me araña la garganta. Es un silencio que no pertenece a este mundo, sino al otro… al que acaba de tragarse a Emily Harper sin avisar.
—¿Ese chico…? —empieza con un hilo de voz—. ¿Estaba muerto?
Ojalá pudiera mentirle. Darle una versión inocua, limpia y acorde con la vida normal que se merece. Pero el cadáver sigue estampado en sus pupilas como un tatuaje.
—Sí —respondo al fin.

Emily aparta la mirada hacia la ventana, como si la ciudad pudiera ofrecerle otra versión. Como si pudiera deshacer el horror.
—No deberías haber estado allí, Emily —musito, más duro de lo necesario. No es reproche. Es angustia pura. Es el miedo más primitivo que he sentido en años.
Ella suelta una exhalación nerviosa.
—¿Y qué querías que hiciera? —Me mira con los ojos enrojecidos por el shock—. Escuché gritos y pensé que alguien estaba herido.
—Podrías haberlo estado tú —agonizo—. El Lux Noor no funciona como el resto del mundo. Las cosas ahí dentro no son negociables.
Ella se abraza a sí misma.
—No lo entiendo… ¿Qué es exactamente ese lugar?
—Un territorio neutral de la mafia. Un punto donde hombres muy peligrosos vienen a… calmar tensiones.
—¿Peligrosos? —repite, incrédula—. ¿Y qué pintas tú en medio de todo eso?
—Yo estoy al mando —sentencio—. Soy el Regente del lugar. Y mantener a raya a gente como esos tíos evita que se destruyan entre ellos.
Emily me mira como si acabara de descubrir que vivo en dos universos distintos.
—Marcus… —susurra atribulada—. ¿Por qué lo haces? ¡Tú te debes a White Industries!
Me paso una mano por el pelo, intentando contener el nudo de rabia y miedo que me quema por dentro.
—Yo no elegí esto. Me vi envuelto en ello sin querer. Pero aprendí a controlarlo y a mantener el orden entre gente que no entiende la palabra «límite».
—Es peligroso, Marcus… No puedes seguir así.
—No tengo elección. Aquí rigen otras reglas. La gente que entra sabe a lo que se expone. Nunca debí traerte…
No sé qué me duele más: si su miedo o la forma en que me mira, como si quisiera entenderme y al mismo tiempo necesitara alejarse de mí para no romperse más.
—Emily… —empiezo, cogiéndome el puente de la nariz—. No es solo que hayas visto un cadáver. No es que hayas visto a los Rossetti. Es

que ellos te han visto a ti…
Ella parpadea despacio.
—¿Y?
—Y eso te convierte en un cabo suelto —digo con una honestidad brutal.
Su respiración se corta.
—Y los cabos sueltos… —continúo— en ese mundo, nunca sobreviven. Tienes que irte de la ciudad. O del continente. Tienes que cambiar de imagen. Corres peligro, Emily. Por mi culpa…
El silencio cae entre los dos como un disparo.
Ella frunce los labios como cuando algo no le parece justo.
—Pero no saben quién soy. Y tampoco saben quién eres tú.
—¿Y si lo descubren? —Mi voz se rompe por primera vez—. ¿Y si empiezan a preguntar? ¿Y si tiran del hilo? No entiendes lo que está en juego… Si te encuentran, no tendrás opción.
Ella me mira como si la idea le resultara insultante.
—¿Y cuál es tu solución? ¡¿Que huya?! ¿Que me esconda en otro continente? ¿Que abandone mi trabajo, mi vida y todo…?
—Sí —murmuro serio.
Porque es lo único que puede salvarla.
Ella me mira horrorizada.
—¿De verdad quieres que desaparezca?
—Quiero que vivas —rujo, perdiendo la compostura que no pierdo ni cuando un hombre me suplica de rodillas—. No entiendes lo que has visto. ¡No entiendes nada! Esas familias no olvidan. No perdonan. No dejan cabos sueltos.
Ella me sostiene la mirada, desafiante.
—Me cambiaré el pelo —expone—. Me lo cortaré y me teñiré de pelirroja. Siempre he querido hacerlo.
No puedo creer lo que estoy oyendo.
—¿Crees que basta con un tinte para esquivar a la mafia? —digo incrédulo—. Esto no es un juego. No es una broma. Es supervivencia. Si alguien te relaciona conmigo, me expondrás…
Sus ojos se abren como platos y la ira la inunda.
—Así que es eso… Se trata de tu reputación. De tu negocio. No de mi seguridad.

—¿Qué coño dices? —gruño enfadado.
Si ella supiera lo que me ha obligado a hacer en esa sala…
La posición en la que me deja haber sucumbido a un chantaje… Lo que significa para mí haber hecho esa elección sin pensar siquiera…
—Es lo que parece. Que estás más preocupado por tu corona en Lux Noor que por mí.
—Si estuviera pensando en mi corona, yo mismo te habría borrado del mapa —repongo con dureza.
Su expresión de congela.
Yo maldigo, cerrando los ojos.
—Estoy intentando salvarte, Emily —añado más cansado que furioso —. Aunque no lo veas. La culpa es mía. Nunca debió pasar nada entre nosotros… Te he puesto en peligro.
Que su mirada se agüe, me rompe el corazón.
—¿De verdad te parecería bien no volver a verme nunca más? —pregunta con una vulnerabilidad tan pura que me perfora el pecho—. ¿Tan poco te importo?
Lucho contra la opresión de mi pecho.
—Ese es el problema, ¿no lo ves? —musito—. Han visto que me importas demasiado…
Emily abre los ojos, sorprendida.
—¿En qué sentido?
Podría mentir. Podría protegernos a los dos de la verdad. Pero estoy demasiado cansado para seguir fingiendo.
—En el único sentido que importa cuando tienes enemigos…
Creo que nunca había sido tan sincero con nadie en mi vida. Es lo más parecido a una declaración de amor que saldrá de mí.
—Eres la grieta perfecta por la que colarse para destruirme.
Ella deja escapar una risa rota.
—¿Esa es tu forma sutil de decir que sientes algo por mí?
Guardo silencio. Otorgando.
—Y aun así, me quieres lejos. Es increíble… Pensaba que esta noche había sido especial para los dos.
«Especial» se queda muy corto. Yo diría que ha sido una noche catártica para darme cuenta de lo mucho que me afecta.

La gala. La sala vip. Su piel. Su boca haciendo estragos en mí… Ese encuentro ha sido lo único bueno que he sentido en años.
—Ha sido muy especial —admito—. Pero…
Ella me mira como si ese «pero» la rompiera todavía más.
—Pero quieres alejarme de ti —termina con dureza.
Mis dedos se tensan sobre mis rodillas.
—Quiero alejarte de ellos, no de mí.
De pronto, el coche frena en un semáforo y ella abre la puerta del coche sin avisar.
—¡¿Qué haces?! —pregunto alarmado.
Ella se gira y me mira como si estuviera viendo al hombre más terco del planeta.
—Irme a mi casa. No te preocupes, sobreviviré a mi manera.
—¡Emily…!
—¡No me sigas! Voy a alejarme de ti. Pero yo decidiré cómo. El lunes firmaré el contrato con CTL. Y ni tú ni los Rossetti ni tu club secreto de leyes medievales, me lo van a impedir.
Cierra de un portazo y la veo caminar hasta la esquina con la cabeza bien alta como si estuviera desafiando a toda la ciudad. Ya no parece tener miedo, solo una profunda determinación.
—¿Qué hago, jefe? —pregunta Ben confuso.
Soy incapaz de ordenarle que arranque. Y en ese momento la verdad se me revela con una claridad brutal: ¿Cómo coño voy a alejarla de mí si verla irse así me está destrozando vivo?
La sigo con la mirada mientras los coches nos pitan, pero sé que Ben no va a moverse hasta que se lo ordene.
Su silueta se convierte en una sombra que atraviesa la avenida. Cada paso que da es una sentencia. Cada metro que se aleja, siento que una parte de mí se resquebraja sin remedio.
Y por fin acepto lo que me negaba a asumir…
No sé si podré protegerla de los Rossetti.

No sé si podré protegerla de lo que soy.

Pero si desaparece de mi vida… será como estar muerto.

CAPÍTULO 29



NICK

Hacía tiempo que no me encontraba tan mal. Me siento como si anoche hubiera bebido lejía en lugar de whisky.
Me arrastro hasta el apartamento de Marcus, al cual nunca me ha invitado por si lo contamino con mi descontrol, pero necesito hablar con alguien urgentemente.
Me cuelo en el edificio cuando sale alguien y aporreo la puerta de su ático, a falta de poder entrar sin llamar.
El cabrón tarda en abrir y me pregunto si no estará solo.
Cuando me ve, se apoya en la puerta, cansado.

—Hoy no, por favor…
—Lo siento. Tengo que contarte algo —digo entrando sin preámbulos.
Podría frenarme, pero no lo hace porque soy su hermanito.
—¿Qué has hecho ahora?
—¿Es que siempre tengo que ser yo? ¡Me lo han hecho a mí!
Me mira con más interés haciendo una evaluación rápida.
—¿Tiene que ver con drogas o algún asesinato?
—Ojalá… Tiene que ver con el amor.
—¿Qué hace esa palabra en tu boca? ¿Acaso sabes lo que es eso?
Respiro hondo.
—Anoche me acosté con Ava.
Marcus cierra sus ojos de hermano mayor que ya intuía la tragedia.
—Estaba claro que iba a pasar. La culpa es mía… Basta con que te prohiban una cosa para que te obsesiones con ella. En eso somos iguales, no puedo culparte… Sería un hipócrita.
—El problema es que… ha sido el mejor sexo que he tenido nunca —Marcus alza las cejas—. No exagero. He tenido muchas amantes, pero ella juega en otra liga.
—Felicidades —responde seco—. ¿Y por qué estás aquí?
Trago saliva.
—Porque estoy enamorado.
Mencionar la palabra prohibida hace que me sienta mejor.
Marcus se queda mirándome como si acabara de decirle que voy a entrar en una secta.
—¿Perdón?
—Lo que oyes —repito, porque total, ya he perdido la dignidad.
Parpadea.
—No voy a preguntar qué significa eso —murmura.
—Significa que me ha pasado lo peor que le puede pasar a un mujeriego: he conocido a la mujer de mi vida.
—¿La mujer de tu vida? Apenas la conoces.
—No me hace falta conocerla más. He conocido a suficientes personas en mi vida como para ver la diferencia. No niego que todo empezó como siempre, con mi polla opinando primero.
Marcus suelta un suspiro resignado.

—La vi por primera vez fuera del despacho de papá, ¿te acuerdas? Me sonrió como si supiera exactamente lo bien que podíamos pasarlo. Y supe al instante que quería acostarme con ella. Era un claro objetivo. Hasta ahí todo normal, me pasa muchas veces.
—Y luego aparecí yo y te jodí la fiesta —responde Marcus.
—Exacto. Me comiste la cabeza diciendo que no querías que repitiera la historia de papá con las empleadas.
—Lo dije porque la empresa no es un puto buffet libre…
—Lo sé. Y te juro que lo intenté. Hasta que ella decidió que su hobby iba a ser destruir mi autocontrol —respiro hondo—. Se me acercaba en la oficina, se inclinaba sobre mi mesa con cualquier excusa, me susurraba bromas al oído, se reía, me rozaba «sin querer queriendo»… Y joder, no soy de piedra. Aguanté tres días antes de arrinconarla y besarla.
Él entorna los ojos.
—La acorralé en el archivo y me miró como si supiera exactamente lo que iba a pasar y, aun así, no se apartó. Y fue… —Cierro los ojos un segundo— jodidamente perfecto. De esos besos que te hacen pensar «Ah, vale, ahora entiendo todas esas canciones cursis».
Marcus no se ríe. Pero tampoco me corta. Buen síntoma.
—Y cuando estaba a punto de hacer lo que mejor se me da, me acordé de lo que me habías dicho. Y paré. Me separé de ella y le pedí disculpas. Le solté el rollo de que quería demostrarte que no era un crío irresponsable.
—Y ella se enfadó —deduce.
—No. Peor. Solo sonrió… y dijo «como quieras» y se marchó como si no hubiera pasado nada. Pensé que se me pasaría, estaba extrañamente orgulloso de haber tomado el control, pero cada vez que la veía hablando con papá, cada vez que le organizaba la vida con cariño, cada vez que era amable conmigo como si yo solo fuera un capricho del que podía pasar con su fuerza de voluntad de adulta respetable… se me metía más dentro. Y ahí fue cuando empezó la parte jodida.
Marcus asiente despacio.
—Luego fui a llorarte y me contaste que era madre. En ese momento me cuadraron muchas cosas. Vi la puta luz y quise agarrarme a ese

hándicap…
—No entiendo cómo eso no funcionó contigo. Eres un niño pequeño…
—Lo sé. No me lo recuerdes. Intenté agarrarme a mi fobia al compromiso, pero… era verla y mis pensamientos iban por su cuenta. Me escuchaba a mí mismo y quería pegarme.
—Se enfadó como nunca he visto a una mujer enfadarse. Me dejó de hablar, se volvió fría, más profesional si cabe y empezó a tratarme como si fuera un pesado. Y me dolía. No por ego u orgullo… me dolía el puto corazón.
Marcus resopla.
—La semana antes de la gala fue un infierno. Ella iba perfecta, organizada, con esa cabeza que todo lo resuelve, cuidando de papá, calmando los incendios de todo el mundo y tratándome como si fuera un apéndice decorativo. Cuanto más me ignoraba, más me gustaba. Y empecé a verla no solo como «la tía que me quiero triscar», sino como «la tía a la que me apetece contarle cosas y que me sonría» Y eso, hermano, fue el principio del fin.
Marcus se pasa una mano por la mandíbula, pensativo. Yo sigo.
—Y luego llegó la gala.
—Y la viste ser amable con mucha gente enfundada en un vestido precioso.
—Solo de recordarlo me dan ganas de beber otra vez.
—Estaba tan guapa que el cerebro no me regía. La vi riéndose con otros tíos y sentí… celos. Yo. Nick White. Celos. En mi vida he sentido celos de nadie. La gente me los tiene a mí. No sé en qué momento mi vida se convirtió en un jodido drama romántico…
Marcus no lo dice, pero creo que entiende demasiado bien de qué hablo. Por cómo mira a Emily, sé que ha vivido algo parecido y totalmente contra su voluntad. Pero sigo.
—Al final de la gala la arrinconé y le solté que me estaba enamorando de ella. No sabía qué más podía hacer. Y funcionó. Terminamos en mi suite. —Le miro—. Por un momento pensé que quizá si follábamos por fin, dejaría de sentir esto. Un *sex detox* . Pero ha sido el puto mejor sexo de mi vida, Marcus… Y lo único que ha hecho ha sido dejarme más enganchado.
Mi hermano me mira con cara de funeral.

—Esta mañana —continúo—, me he despertado decidido a intentarlo. Le he dicho que quería algo real con ella. Una oportunidad, una cita, no un polvo rápido de una noche.
—Y ella te ha mandado a la mierda —adivina Marcus.
—Por la puerta grande —Sonrío sin humor—. Me ha dicho que estaba loco. Que se había acostado conmigo solo para que se me quitara la obsesión por ella, no para alimentarla. Que ella no quiere una relación. Ni novios. Ni nada que se parezca mínimamente a un «papi». Se ha levantado, se ha vestido y se ha largado. Fin. Ha sido como arrancarme el puto corazón del pecho sin anestesia.
Marcus no responde. Y no es un buen momento para que se quede sin palabras.
—Di algo… —le exijo.
—Lo único que puedo decirte es que el buen sexo no es suficiente. Si la quieres tendrás que hacer algo que nunca has hecho. Enamorarla fuera de la cama, no dentro de ella.
—¿Eso funciona?
—Sí —responde sin dudar—. Aunque te vas a cagar vivo en el proceso.
Yo me río, aunque no me hace gracia. Marcus rara vez habla de sentimientos. Y que me esté dando consejos, significa que está aún peor que yo.
—¿Y tú qué? —le pregunto, enderezándome—. ¿Por qué tienes esa cara de haber enterrado tres cadáveres anoche? —Me mira como si hubiera dado justo en el clavo—. ¿Lo hiciste?
Silencio. De esos que solo preceden a confesiones devastadoras.
Marcus respira hondo.
—Anoche… después de la gala… Llevé a Emily al Lux Noor.
No necesito detalles. Se lo veo escrito en la piel. La peor idea del mundo.
—¿Y qué pasó?
—¿Te cuento la parte de los cadáveres o la que va a matarme a mí?
—Empieza por el principio. ¿Llegasteis y qué hicisteis?
—Hicimos el amor. Ese es el principal problema. El que desembocó en todo lo demás…
—¿Por qué? —pregunto—. ¿Qué pasó?

Marcus se pasa una mano por el pelo, como si quisiera arrancarse el recuerdo.
—Me llamaron por un altercado. Una pelea que terminó con un muerto. Le dije que se quedará en la sala, pero salió y no se acordó de ponerse la máscara.
—Mierda…
—Lo vio todo, Nick. Y ellos la vieron a ella.
La sangre se me baja a los pies.
—Marcus…
—Tuve que saltarme todas las normas. Todas. Tuve que perdonar a los Rossetti, dejar que se fueran y sacarla a ella por la puerta trasera. Los Rossetti me tienen cogido por los huevos. Y ella también porque… por mucho que lo pienso… —Su voz baja—. Lo volvería a hacer una y mil veces.
Se me encoge el pecho.
Joder. Mi hermano. El hombre de hielo. El robot emocional. Enamorado hasta los huesos…
—¿Y qué vas a hacer ahora? —pregunto, aun sabiendo que no me va a gustar la respuesta.
—Alejarla de mí.
Sentencia firme. Con esa crueldad que le caracteriza y que usa consigo mismo con más crudeza que con nadie.
—Tío… ¿por qué?
Él me mira. Y veo un miedo real en esos ojos.
—Porque no puedo protegerla. Y si sigue cerca de mí… la terminarán matando. Y a mí probablemente también por no cumplir las normas del Lux Noor. Son para todos y son irrompibles. La traición se paga con sangre.
Me quedo quieto. Él continúa.
—Lo que empezó como un juego, como un desafío absurdo por su cuenta de Instagram… se ha convertido en algo que no controlo. Y si no lo controlo, no puedo protegerla. Así que se acabó.
Camina por su piso como un tigre enjaulado.
—¿Y se lo has dicho?
—Sí. —Se tensa—. Y por supuesto, ella se bajó del coche diciendo que nadie iba a ordenarle lo que hacer con su vida y que lo que

quería era firmar el lunes en CTL. Que bastaba con un tinte para que no la reconocieran. Y yo… dejé que se marchara.
—Marcus…
—No puedo tener debilidades. Y ella es la mía. No quiero que muera porque no supe guardarme la polla a tiempo.
Me quedo mirándolo unos segundos. Lo veo roto. Tan roto como yo, pero por razones mucho más peligrosas.
—Siento haberte dicho que no te acercaras a Ava —dice de pronto, rompiendo el silencio—. Pensaba que solo la veías como a una aventura más. Pero si significa tanto para ti… Lucha por ella.
Me río, pero es un sonido triste.
—¿Igual que tú vas a hacer con Emily?
Él aprieta la mandíbula.
—Yo no tengo alternativa. Soy quien soy. El heredero. El Regente. El que nunca puede llorar tranquilo.
Ahí lo entiendo todo.
—Tú también estás enamorado.
—No lo digas.
—Lo estás.
—He dicho que no lo digas, Nick. Está claro que trae mala suerte siquiera pensarlo…
Nos quedamos en silencio, compartiendo el mismo desastre emocional pero desde dos extremos distintos.
—Joder. Somos patéticos —murmura cansado.
—Sí, pero al menos somos guapos.
Él me lanza una mirada que casi parece una sonrisa.
—¿Te quedas a comer? —propone.
Un pequeño paso para mí. Un gran paso para los White.

CAPÍTULO 30



MARCUS

Hay victorias tan efímeras que ni te da tiempo a saborear.
Se inflan en el pecho como una ráfaga de aire limpio… y luego se pudren en la garganta.
La firma con CTL es una de esas victorias. Sabía que sería así desde el momento en que Langford estrechó mi mano en la gala… justo antes de que todo se fuera a la mierda en el Lux Noor.
Y, sin embargo, es lunes por la mañana, la sala de juntas está llena, y todo el mundo contiene el aliento en el silencio previo que se crea a la firma del contrato.
Langford repasa página por página con esa parsimonia que solo puede permitirse alguien que tiene a medio sector pendiente de un gesto suyo. Su abogado asiente a su lado. Pero su hijo Derek lleva rato más pendiente del nuevo look de Emily que otra cosa.
Lleva una media melena pelirroja que le enmarca la cara como si hubiera decidido redescubrir quién es por pura supervivencia.

Parece más sexi y peligrosa que nunca. ¿Cómo se supone que voy a olvidarla así?
Ella está sentada a mi lado, ligeramente girada hacia la pantalla donde brillan las últimas diapositivas del proyecto McClain: cifras, previsiones, impacto social, foto de la fábrica convertida en algo que casi parece esperanza.
—Solo me queda una duda —dice Langford, alzando la vista—. Este compromiso de reconversión ecológica… ¿es una promesa bonita o tenéis intención real de cumplirlo?
Antes de que pueda abrir la boca, Emily se adelanta.
—Si fuera solo una promesa bonita, yo ya no estaría aquí —responde con calma—. La planta es una ruina, pero tiene mucho potencial. Hemos revisado los plazos con el equipo técnico. No es marketing, es una apuesta real. Y si no la cumpliéramos, sería nuestro propio nombre el que se hundiría.
Langford me mira a mí.
—¿Está usted dispuesto a jugarse su nombre en esa apuesta, señor White?
Clavo la mirada en él.
—Ya lo he hecho —respondo—. Lo que firmamos hoy no es un lavado de cara, es una declaración de intenciones. CTL no solo gana una buena oferta, gana un aliado que no quiere hundirse con titulares baratos.
Él sostiene mi mirada un segundo más y luego asiente.
—Muy bien. —Cierra la carpeta—. Procedamos entonces.
Los bolígrafos trazan líneas sobre el papel. Derechas. Limpias. Irreversibles.
Cuando CTL firma, todo el edificio parece respirar aliviado entre aplausos y brindis. Hay manos que se estrechan, espaldas que se palmean, y teléfonos que salen disparados para enviar correos de «¡Lo conseguimos!».
Yo, en cambio, solo escucho su risa.
Emily está hablando con Langford, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas. Tiene ese brillo de recién llegada al orgasmo, pero aplicado a la vida profesional.

Su entusiasmo es contagioso, tan puro que casi me hace olvidar que el mundo que conozco se rige por contratos y no por sentimientos.
Langford me da la mano, satisfecho.
—Su asistente es brillante —dice, sin molestarse en bajar la voz.
Asiento, mudo.
«Mi asistente» . Qué palabra tan insuficiente para definir a alguien que acaba de arrasar mi vida. Me gustaría decirle que él no tiene ni idea, que es más bien un puto faro.
—Cuídela —añade Langford—. No abundan perfiles así.
Como si no lo supiera.
Por detrás de él aparece Derek, con una copa en la mano y los ojos clavados en Emily.
—Si algún día te cansas de trabajar aquí… —le dice a ella—, en CTL estaremos encantados de hacerte un hueco.
Ella sonríe con educación.
—Muchísimas gracias. Lo tendré en cuenta.
Nick, apoyado en la pared, presencia la escena como si estuviera viendo una comedia de mi vida. Aunque la suya no esté para echar cohetes… Se nota a leguas que tiene el corazón roto y ni se plantea disimularlo.
De pronto, alguien abre una botella de champán barato.
La espuma se derrama y Emily se ríe mientras se aparta de milagro. Pero un poco le salpica el cuello, justo donde la besé en la penumbra de la sala vip. Solo han pasado tres días, y me han parecido una eternidad.
—Por CTL —brinda alguien.
—Por McClain —añade otro.
—Por Emily Harper —remata Nick—. La que nos ha salvado el culo a todos.
Todos ríen. Ella también. Yo prefiero beber.
Estoy a punto de escupirlo porque no suelo meterme en la boca nada por debajo de un Bollinger Extra Brut. Pero me lo trago porque, por un instante, casi parecemos una empresa normal celebrando un éxito normal.
Ella me mira divertida como si supiera que lo estoy pasando mal y el hambre de ella vuelve sin preámbulos.

Solo quiero encerrarla en mi despacho y hacer que su cuerpo responda al mío contra su voluntad. Ese es nuestro idioma. Besos duros, respiraciones descompasadas y el latido maníaco de algo que no quiero nombrar.
Ella sonríe como si me leyera la mente. Y ese gesto, tan sencillo, me deja sin aire.
De pronto, mi móvil vibra. Es un correo de mi padre:
«Ven a verme en cuanto puedas».
No hay felicitaciones. No hay un «Enhorabuena, hijo», solo una orden.
La sensación de victoria se me empieza a pudrir en el estómago.
Subo al despacho de mi padre con la sensación de que voy a entrar en una trinchera. Y no me equivoco.
Lo encuentro de pie, de espaldas a mí, mirando por el ventanal. Boston parece un tablero de ajedrez a sus pies.
—Así que lo lograste —dice sin mirarme.
—Sí. CTL es nuestro.
—Por ahora…
Esa frase me hiela la sangre.
—¿Qué quieres decir?
Se gira despacio. Sus ojos tienen esa calma que solo anuncia tormenta.
—Gold me dijo algo en la gala… Me ha hecho otra oferta por White Industries. Una muy seria. Casi irrechazable, Marcus…
El suelo se inclina de nuevo bajo mis pies.
—No me jodas…
—Estoy considerándola —responde como si estuviera hablando de cambiar de marca de whisky.
Siento cómo algo dentro de mí se rompe. Será la paciencia…
—Ese no era el trato, papá —La voz me sale ronca—. Acabamos de recuperar terreno, hemos cerrado un contrato millonario con CTL, vamos a reflotar McClain… ¡¿y tú quieres vender?! ¡¿POR QUÉ?!
Él suspira, como si fuera un niño caprichoso.
—No estoy seguro de que seas capaz de mantener esto a flote, hijo. El mundo ha cambiado. Pero tú sigues creyendo que basta con

apretar más fuerte para que nada se caiga. —Hace una pausa—. Tu hermano al menos entiende a la gente, tú solo sabes de control.
Control…
La palabra se me clava como un cuchillo. Porque eso es lo único que siempre he tenido. Y ni siquiera con ella soy capaz de conservarlo.
—Nick entiende de fiestas, de drogas y de malas decisiones —escupo—. Yo entiendo de resultados. CTL lo demuestra.
—CTL demuestra que tu asistente es brillante —me corta adusto—. Me han llegado comentarios muy elogiosos de ella. Tal vez deberías aprender de Harper.
Mi corazón se endurece para que no reviente.
—Gold quiere quedárselo todo —continúa—. Prefiero negociar ahora que arrastrar un cadáver empresarial dentro de unos años.
—White Industries no es ningún cadáver —mascullo—. Está respirando. Yo lo mantengo respirando.
—Por ahora —repite.
Hay algo en su tono que me resulta familiar.
Es el mismo tono que usaba cuando era niño y llegaba con un trofeo o una matrícula de honor y él respondía con un «bien», seguido de una lista de lo que todavía faltaba por hacer.
Nunca nada era suficiente. Ni yo. Ni nada.
—Se te está yendo la cabeza, papá. Hace años jamás hubieras pensado en vender. No te reconozco… —digo pensativo—. Dame un año para demostrarte resultados. No cometas el error más grande de tu vida…
Me voy antes de empezar a suplicar. Mi padre odia a los débiles. Y ya me estaban temblando las manos.
Es acojonante… Y muy frustrante. Tanto esfuerzo y no ha servido para nada.
Cuando vuelvo a mi planta, las paredes me parecen más estrechas. Todo el mundo ha vuelto a sus labores, excepto Emily, que está en mi mesa apilando los documentos de la reunión con un orden casi obsesivo.
Hoy lleva un traje pantalón gris oscuro y una blusa blanca que debería restarle impacto, pero hace lo contrario… Empiezo a entender que no es la ropa, sino ella la que me vuelve loco.

Y con ese pelo nuevo… parece una versión más fuerte de sí misma. Una que no necesita a nadie. Especialmente a mí.
Al verme, me dedica una sonrisa cansada pero dulce.
—¿Todo bien? —pregunta.
Su voz es una jodida cuerda floja sobre un precipicio emocional.
Podría decirle la verdad. Que, a pesar de todo, mi padre está dispuesto a vender. Que Gold no ha soltado la presa. Que la empresa que acaba de salvar sigue pendiendo de un puto hilo…
—Todo perfecto —miento.
Me acerco al escritorio, y ella alza la mirada, buscando algo. Tal vez una explicación. Una promesa. O quizá solo un poco de humanidad por mi parte.
Pero no puedo dársela.
—Ya me encargo yo… Vuelve a tu puesto, Harper.
—¿No vamos a hablar de nada? —dice algo dolida—. ¿Ni siquiera de lo bien que me queda el pelo?
—Claro. Te queda… —Lo pienso—. Demasiado bien. El plan era pasar desapercibida. Ahora llamas demasiado la atención…
—He estado pensando en lo que ocurrió en el club.
—No deberíamos hablar de eso —escupo rápido.
—¿Por qué no? —pregunta suave—. ¿Qué es lo que más te asusta, los mafiosos o lo que pasó en la sala vip?
Me rompo. Y no puedo permitírmelo.
—Emily… —digo al fin, con un peso que me parte la voz—. Lo que ocurrió en el club fue un error. Nosotros somos un error.
Ella parpadea una vez. No habla, no grita, y ese silencio es peor que cualquier cosa.
No quiero mirarla. No quiero ver exactamente el segundo en el que apaga lo que hemos encendido juntos. Algo que nunca debió surgir.
—Vale… —responde arisca—. No sé qué batalla estás librando contigo mismo, pero yo no pienso mendigar nada. Tú te lo pierdes.
Se dirige a la puerta con su clásica determinación y me preparo para destruirlo del todo:
—Lo que viste en el club no fue amor… Por si tenías dudas.
Se vuelve despacio con los ojos brillantes.

—Gracias por aclararlo. No era necesario… Los espejismos se evaporan solos en cuanto abres la boca.
Se da la vuelta y sale.
La puerta se cierra con un clic suave. Nada más devastador que eso.
Me dejo caer en la silla. Su perfume sigue flotando como un reproche invisible.
Pienso en todo lo que he intentado controlar y no he podido. En que, por alguna razón absurda, herirla ha sido mi forma de salvarla. Como si alejándola pudiera evitar convertirme en algo peor.
Abro el cajón y saco el móvil.
La app de Instagram sigue ahí, con el post que subió anoche todavía latente.
@MalditoJefe:
«Lo siento, no pienso esconderme. He sobrevivido a cosas peores que un hombre asustado de sentir».
Y por fin, empiezo a escribir la respuesta más cruel, más cobarde y más falsa que ha salido de mis dedos:
@CEOW:
«Lo que asusta no es el sentimiento, sino que alguien lo confunda con una promesa que no puedes cumplir».
Apago el teléfono y me lo paso por la cara. Estoy cansado de fingir que todo es una elección, que siempre tengo un plan, y que nada me afecta.
Acabo de convertirme en la versión más triste de mi padre: un hombre que confunde estar solo con estar a salvo.
Un hombre que no sabe qué hacer cuando alguien le ofrece cariño sin pedir nada a cambio. Que no sabe recibir amor sin pensar que detrás viene una factura, una exigencia o una decepción.
Y ahora entiendo que cuando alguien se acerca demasiado a mí, mi primer instinto no es abrazarlo, sino destruirlo antes de que me destruya a mí.
He heredado una forma de amar que siempre termina empujando a los demás lejos de mí.
Y eso me asusta más que el mundo criminal.

CAPÍTULO 31



EMILY

A veces el karma no solo te atropella, sino que da marcha atrás y vuelve a pasarte por encima.
Esta es una de esas veces. Marcus ha vuelto a ser esa versión blindada de sí mismo que nace del miedo y no del desprecio.
El monstruo con traje que te mira como si fueras una amenaza para su mundo… y para él mismo.
Se ve que follar cuatro veces con la misma persona no cuenta como patrón, sino como un error random de sistema.
Genial.

Bravo.
Diez de diez, Emily, por volver a tropezar con la misma polla.
Paso el resto de la tarde en la oficina en modo piloto automático: respuestas concisas y cero comentarios sarcásticos.
Marcus apenas me dirige la palabra. Ni una mirada larga. Ni una broma borde. Nada. Solo instrucciones profesionales en tono neutral a la distancia reglamentaria.
Lo que más jode es que sea tan jodidamente bueno fingiendo que no ha pasado nada, que yo no le importo, y que su comportamiento no es una patada a mi autoestima.
«Lo que viste en el club no fue amor». Ya…
Pues dudo que con las demás haga lo que hizo conmigo.
En cuanto termina la jornada, ordeno mi mesa y me largo de la oficina sin mirarlo.
Necesito desintoxicarme de todo. Sobre todo, de mi propia estupidez romántica.
Solo hay un sitio al que me apetece ir cuando el mundo aprieta demasiado: a casa de Ava.
Subo en el ascensor de su edificio con el firme propósito de no pensar en «besos ascensoriles» que «no significan nada».
Ava abre la puerta con una camiseta vieja de Snoopy y unas mallas de deporte. El eyeliner de guerra ha sido sustituido por ojeras notables y una coleta alta de madre.
—Uy… —Me inspecciona—. ¿Quién se ha muerto?
Pongo los ojos en blanco. Muy apropiado… Pero aún no sé si me atreveré a contárselo. Y tampoco quiero ponerla en peligro.
—W ha decidido volver a su versión beta —murmuro vacía—. ¿Puedo pasar antes de que me derrumbe en el rellano?
—Claro. Mi salón tiene convenio con gente devastada.
El olor a detergente, pizza congelada y colonia de niña me reciben como una manta emocional. De fondo, suena una serie infantil que veía cuando era pequeña. Ahora mismo odio ser adulta.
Megan asoma la cabeza por el pasillo con su andrajoso peluche mutilado en la mano.
—¡Emily! —Corre hacia mí—. ¿Otra vez estás triste?
Esta niña va a acabar siendo *coach* emocional.

—Un poquito —admito, agachándome para abrazarla—. Pero solo porque he tenido un mal día.
—¿Se te ha roto el corazón? —pregunta con toda la naturalidad del mundo.
Ava abre mucho los ojos.
—Te prohíbo ver más novelas turcas conmigo, ¿me oyes? —Luego me mira a mí—. Y tú, si vas a llorar, que sea después de la pizza, por favor. Ya sabes que el queso absorbe las penas.
—No voy a llorar. Ahora estoy en la fase de odio profundo.
—Ah, esa es la mejor —asiente Ava—. Sigue siendo dolor, pero con outfit. Voy a dejar a Megan en su habitación y luego me cuentas todo con pelos y señales. Literalmente.
—¡Yo también quiero escuchar! —se queja la niña—. Sé guardar secretos.
—De momento, tu misión en la vida es sacar matrículas de honor para que tu madre pueda retirarse pronto. —Le acaricia la cabeza.
Megan suspira teatralmente.
—Los adultos tenéis unas prioridades rarísimas…
Desaparecen por el pasillo y yo me dejo caer en el sofá. El cojín se convierte inmediatamente en mi terapeuta principal.
Cuando Ava vuelve, trae refuerzos. Una copa de vino para cada una.
—A ver… —Se sienta frente a mí, recogiendo un pie debajo de su muslo—. Suéltalo. ¿Qué te ha hecho?
—En realidad, nada.
—¡¿Qué?! ¡¿Cómo se atreve?! ¡Eso sí es una tragedia!
Sonrío ante la broma y le doy un sorbo a mi vino. Ava sonríe.
—Venga, suéltalo, ¿por qué estás así?
—He estado dudando entre si contarte esto o no —empiezo renqueante.
—¡Y has decidido hacerlo! ¡YUPI! —Me mira ávida de información.
Respiro hondo y bebo de nuevo.
—El día de la gala… Marcus me llevó al Lux Noor.
—¡UH! ¡Qué bien! ¿Y qué tal? ¿Te gustó?
—Hubo partes que sí y otras que no…
—Cuéntamelo todo.

—Primero, lo obvio: el sexo. —Intento sonar clínica, pero se me escapa una sonrisa nerviosa—. Ava fue… superespecial. Y erótico. Ni en mis fantasías más guarras se me habría ocurrido que se pudiera follar así con un tío… El lugar, el ambiente, la postura, todo fue… para no olvidar.
Ava sonríe despacio.
—Lo sabía… —Me guiña un ojo.
—No, no lo sabías, créeme —Me llevo una mano a la frente—. Era como si el mundo se hubiera reducido a nuestras bocas. No fue un polvo sucio en un club… fue…
—¿Amor? —Prueba ella.
—No. —Respondo demasiado rápido—. Pero tampoco solo lujuria. Fue… —busco las palabras— como si estuviéramos desnudos por dentro y por fuera. Y eso, viniendo de él, es casi ciencia ficción.
Ava bebe vino satisfecha.
—¡Bienvenida a mi mundo de fantasías eróticas!
—Pero esta mañana ha vuelto a cerrarse en banda… Me ha dicho que fueron imaginaciones mías y que debo alejarme de él.
—Típico de los tíos… —resopla Ava—. Hacerse un lío con lo que significa algo y lo que no… Por eso yo nunca hablo durante el sexo. Luego entienden lo que quieren…
—¿A qué viene eso?
—Ayer me acosté con Nick. En su suite…
—¡¿Qué?! ¡¿Siendo Ava?!
—Sí. Pensaba que se lo debía, ¿sabes? Quería que dejara de sufrir por lo prohibido. Pero ahora dice que quiere salir conmigo.
—Oh, qué mono…
—¡No, Emily! ¡No me estás escuchando! ¡Yo no quiero salir con nadie! ¡Lo nuestro es solo sexo!
—¿Estás segura de eso?
—Segurísima… —Pero es la voz menos segura que he oído.
—Marcus admite que hay algo más que sexo —musito con la boca pequeña—. Creo. Pero en el club pasó algo que tiró por tierra cualquier oportunidad de ser algo más…
Ella parpadea.
—¿Qué pasó?

Trago saliva y me decido a contárselo. Tiene que saberlo. Corre peligro.
—En un momento dado, los de seguridad vinieron a buscar a Marcus. Parecía algo urgente. Me dijo que le esperara allí, pero ya sabes que se me da mal obedecer órdenes… y al final… lo vi.
—¿Qué viste?
Su copa se queda suspendida en el aire a medio camino.
—Había sangre y un tío tirado en el suelo. Estaba muerto, Ava. Y Marcus estaba delante, hablando de recogerlo como si fuera el vómito de un borracho cualquiera.
Sus ojos se abren como platos.
—¿Qué me estás contando?
—Le llamaron Regente… Me contó que se encarga de mantener el orden en el Lux Noor.
Ava se incorpora del todo.
—¡¿Marcus es El Regente?! —exclama anonadada.
Asiento, con el corazón acelerado. Quizá desvelando esto nos estoy poniendo más en peligro a todos, pero…
—Es la máxima autoridad dentro. El juez. El que decide quién cruza la puerta y quién no vuelve a salir… El Lux Noor no es solo un club de sexo, Ava. Es un territorio neutral de mafiosos. Un lugar con bandera blanca. Y si no cumples… Marcus aplica la sentencia.
Ella se queda tan pálida que me dan ganas de abanicarla con la servilleta.
—¿Me estás diciendo —susurra— que el sitio al que voy a divertirme los fines de semana… es un campo de minas… y que Marcus es el hombre que lleva el detonador?
—Exacto. —La palabra me sale rota—. Te juro que cuando lo vi era otra persona… O, peor, era más él que nunca. Frío. Absoluto. Dando órdenes como si hablar de muertos fuera logística de almacén.
—¡Joder, Em…!
—Cuando me acompañó a casa me dijo que allí se jugaba con otras reglas. Como si eso lo justificara todo. Me dijo que corría peligro. Que me habían visto la cara. Y que eso también le ponía en peligro a él…
Ella ahoga un juramento.
—¡Emily…!

—No quiero dramatizar, pero… —muerto el intento—. Vale, sí quiero dramatizar: el Lux Noor no es un lugar seguro. Ni para mí, ni para ti. Y quiero que dejes de ir.
Ava me mira como si le hubiera pedido que se arrancara una costilla.
—¿Que lo deje? —Desvía la vista.
—Sí. —No dudo—. No es solo sexo, gente rica, máscaras y morbo. Es peligroso.
Ella hace un mohín.
—Y sé que tú eres la mujer más lista del edificio y que te mueves como nadie entre tiburones. Pero estos no son solo tiburones. Son tiburones armados. Y después de lo de la otra noche… —Cierro los ojos un segundo— no puedo quedarme tranquila sabiendo que sigues entrando ahí como si nada.
Ava se muerde el labio.
—¿Marcus sabe que voy al club? —pregunta al fin.
—No lo sé —Niego rápido—. Pero lo mejor es que nadie pueda relacionarlo contigo. Ni a ti con él. Es vuestra única protección.
Ella se recuesta en el sofá, como si la información le pesara.
—Ese lugar siempre ha sido mi zona de confort. Allí me sentía segura.
—¿Y ahora?
—Ahora que sé que detrás de algunas de esas máscaras hay asesinos y mafiosos… —Se frota la cara—. ¡Todavía me gusta más!
—¡AVA!
—¡Es broma! Es broma… Dejaré de ir, ¿vale?
El alivio me explota en el pecho.
—¿De verdad?
—Sí. Tengo que pensar en Megan… y no quiero estar cerca de eso. —Sonríe triste—. Y tampoco quiero seguir alimentando el monstruo que hace que Nick me parezca la mejor mala idea del mundo…
—¿Qué quieres decir?
—He llevado el juego demasiado lejos con él. En la oficina le he estado dando largas, fingiendo estar cabreada por su comentario sobre las madres, pero en el club, disfruto de su cuerpo a mis anchas… Él no lo sabe y se está obsesionando demasiado.
—¡¿Y por qué no le dices la verdad?!

—¡Porque nunca nadie me había hecho tanto caso…! —Pone cara de pena—. Pero las cosas se están poniendo serias y tengo que parar ya…
—Tampoco le viene mal que una mujer le diga que no para variar… ¡Es un gigoló!
—Ya, pero para él yo ya no soy una mujer, soy una madre. Somos una especie distinta.
Nos reímos y le aprieto la mano.
—Quizá yo también debería alejarme de Marcus… —digo poniéndome seria—. Ese mundo es peligroso. Y él mismo me dijo, antes de que ocurriera todo, que no podía darme una relación normal… Tiene razón. Esto no va a ninguna parte…
—Creo que ya es tarde para alejarte…
—¿Por qué?
—Porque estás enamorada de él.
—No estoy enamorada —digo demasiado deprisa.
—Sí, claro. Y yo odio el chocolate…
Me cubro la cara con el cojín.
—Eres odiosa.
—Lo sé.
Explotamos de risa. Creo que el vino empieza a hacer su mágico trabajo de amortiguar los bordes afilados del día. Y siempre he pensado que es mejor reírse que llorar.
Megan aparece con un cuaderno bajo el brazo.
—Mami, ya he hecho los deberes. ¿Podemos ver una peli?
—¿Cuál te apetece? —pregunta Ava—. ¿Una de princesas?
—Mejor de dragones. Las princesas siempre acaban llorando por un príncipe. Los dragones no lloran.
Estoy a un paso de pedirles que me adopten.
—Esta niña es tu parte sana —le digo a Ava.
—Lo sé. Por eso no quiero meter a nadie en mi vida. Con el club tengo más que cubierto el cupo de sexo impersonal. Me buscaré otro donde no haya asesinos y capos de la mafia…
Megan pone una peli de animación con criaturas gigantes y castillos derrumbándose. Es como mi vida, pero con una banda sonora pegadiza.

La niña se tumba medio encima de mí, con la cabeza en mis piernas, y me presta su oveja otra vez.
Por un rato, el mundo se reduce a esa habitación: sofá, manta, dibujos, chucherías y dos personas que me quieren sin poner condiciones.
La peli termina. Megan bosteza tan fuerte que parece que se le va a salir el alma por la boca.
Ava la acompaña a su habitación, le da un beso en la frente y vuelve al salón para recoger.
—¿Te quedas a dormir? —me pregunta—. Tengo un pijama de unicornio de sobra.
—No puedo. Mañana trabajo. Si me presento con ojeras y purpurina, Marcus sospechará que he sido feliz.
Ava se ríe.
Estoy recogiendo para irme cuando un móvil empieza a vibrar. No es el mío. Es el de Ava, encima de la mesa.
—Te suena el móvil —le aviso.
Ella viene secándose las manos con una toalla de cocina.
—¿Quién es?
Miro la pantalla.
—Nick White.
El gesto de Ava es de sorpresa.
—Qué raro… Hoy apenas me ha dirigido la palabra.
Mi estómago se encoge. Llamar a estas horas no suele presagiar nada bueno.
—Cógelo y ponlo en altavoz —sugiero.
Desliza para aceptar.
—Buenas noches, Señor Black… —bromea ella—. Daba por hecho que ya me habías superado.
Al otro lado, la voz no suena a la de siempre. Es más sobria.
—Ava…
Solo con cómo dice su nombre se me eriza la piel.
—¿Qué ha pasado? —pregunta ella perdiendo la sonrisa al instante.
Hay un silencio corto. Luego:
—Estoy en el hospital. —Traga saliva—. Mi padre ha tenido un infarto. O un ictus. No lo saben todavía. Pero está en coma…

Ava me mira con los ojos muy abiertos.
—Dios… —susurra ella.
—He llamado a Marcus y viene hacia aquí —Se oye un ruido como de puertas automáticas—. Parecía muy alterado. ¿Podrías avisar a Emily… y venir las dos? Por si estalla y me mata…
Ava cierra los ojos un instante. Yo asiento frenéticamente.
—Vamos enseguida.
—Gracias…
La llamada se corta y nos quedamos en silencio.
—¿Clifford está en coma…? —repito para verificarlo.
Ava asiente despacio.
—Y Marcus… va hacia el hospital. Tenemos que irnos. Llamaré a mi madre para que venga a cuidar de Megan.
De pronto, la frase «no era amor» se vuelve pequeñísima al lado de la de «Puede que se quede sin padre».
Siento una punzada rara. Una empatía no deseada.
La oveja sin oreja sigue en mi regazo. La aprieto con fuerza.
Mi vida acaba de complicarse en una dirección que no tenía en el tablero.
Marcus ha pasado de mí. Ha vuelto a convertirse en un monstruo conmigo. Pero los monstruos también sangran. Y no puedo alejarme del mío.
No cuando el hombre que me pidió que no lo quisiera está a punto de quedarse sin nadie que lo quiera.
No puedo dejarlo solo con su propio vacío. Aunque me haya roto. Aunque me haya dicho que no significaba nada. Aunque debería protegerme de él.
Hay cosas que no se eligen. Y esta… me ha elegido a mí.
Así que cojo el abrigo, ignorando la voz que me suplica que sea sensata, y salgo corriendo hacia el único lugar al que no debería ir. Pero al único al que mi corazón insiste en llevarme.

CAPÍTULO 32



MARCUS

Una llamada ha partido mi vida en dos a las 19:52.
Una voz femenina ha pronunciado mi nombre con ese tono clínico con el que se anuncian las tragedias.
«Su padre ha sufrido un colapso. Está en el hospital Saint John ' s. Debería venir cuanto antes».
El aire me ha cortado los pulmones. He agarrado las llaves del coche y he cruzado la ciudad con el corazón empujando el acelerador.
No puedo pensar en nada. No tengo información. Solo escucho el zumbido del motor y la repetición mental de algo que no me atrevo a formular en voz alta.
«Ni hablar. Ahora no».
Entro en el hospital y huele a… maldito hospital. Odio este olor. Me trae muy malos recuerdos. Huele a problemas serios.
Nick está en el pasillo de urgencias, apoyado contra la pared con una expresión que no le había visto nunca.
Se endereza al verme.

Durante unos segundos no somos hermanos, ni herederos, ni enemigos. Solo dos hijos que acaban de quedarse sin suelo.
—¿Está vivo? —pregunto directo.
—Sí, pero inconsciente —dice con voz quebrada—. Dicen que ha sido un colapso cardíaco, pero no descartan… envenenamiento.
—¿Cómo…?
—Han encontrado trazas de una sustancia en el análisis preliminar. Están esperando más resultados.
Siento algo frío atravesándome el pecho, como una aguja de hielo directa al corazón.
—Eso es absurdo… —musito, pero de pronto, noto una tensión extraña por los pasillos. Dos policías acompañan a un médico que viene directo a nosotros.
—¿Marcus White? —dice con el rostro impasible.
Asiento.
—Soy el inspector Lowell. Necesitamos hacerle algunas preguntas…
Nick se interpone.
—¿Aquí? ¿Ahora? Mi padre está grave.
—Precisamente por eso, señor White. Hay quien sostiene que usted tenía motivos para desearle daño a su padre.
La rabia me sube a la garganta.
—¿Quién ha dicho eso?
—Les han visto discutir recientemente —añade el agente.
—¡Discutimos todos los días! ¡Es nuestro idioma familiar!
Nick pone una mano sobre mi hombro.
Su gesto, fraternal y torpe, me frena de decir algo peor.
—No va a declarar nada sin un abogado —dice mi hermano.
Pero el daño ya está hecho.
Las miradas, las sospechas, el murmullo de los médicos me pone histérico.
—Yo no he hecho nada. ¡Y no tienen pruebas!
—Pero sí un móvil. Se dice que su padre quería vender la empresa y usted estaba en contra. Quitarlo de en medio ayudaría a detener la venta.
—¡¿Quién diablos le ha dicho eso?! ¡ES MI PADRE!
En ese momento, aparecen en la sala de espera Emily y Ava.

¡¿Quién coño las ha avisado?!
Verla aquí me destroza.
—¡¿Cómo está Clifford?! —pregunta Ava, preocupada.
—Sigue igual —responde Nick.
Ava abraza a Nick y este se agarra a ella como si la necesitase para respirar. Mi cuerpo me implora que abrace a Emily para evitar derrumbarme del todo, pero me niego. Me fuerzo a lo contrario.
—No deberíais haber venido… —mascullo mirándola.
—No podíamos quedarnos en casa sabiendo que estabais aquí —contesta con ese tono suave y vulnerable.
El inspector se aparta un momento para hacer una llamada.
Emily me mira intentando leer algo en mis ojos. Lo mucho que la echo de menos, por ejemplo.
—¿Por qué está aquí la policía? ¿Qué ha pasado?
—Dicen que pudo ser envenenado…
Sus ojos se abren con espanto. No sé si por la noticia o porque sospecha de mí. Esa incertidumbre me atraviesa el corazón.
—¿Te acusan a ti? —pregunta temblorosa.
—Ayer discutí con él por la venta de la empresa… y alguien lo ha filtrado.
Sus ojos dudan. Apenas un parpadeo. Pero lo suficiente para que duela como el infierno.
—Yo no he hecho nada, Emily…
Ella me mira paralizada. Su silencio es como si me acuchillara.
—¿No me crees?
No soy consciente de que me he acercado demasiado a ella, solo me doy cuenta cuando Nick mete su cuerpo entre nosotros para separarnos.
—No es momento para esto, Marcus —murmura.
Los policías se acercan de nuevo.
—Señor White, tiene que acompañarnos a comisaría para declarar…
—¿Cómo? ¿Estoy detenido?
—Solo solicitamos su colaboración para la investigación.
—¿Lo solicitan o me lo ordenan?
—Es mejor que no se resista, señor…
Emily da un paso adelante.

—¡Esto es absurdo! ¡Él nunca haría algo así!
La mirada que le lanzo es una mezcla de agradecimiento y desesperación. Pero ya no sirve de nada.
—Cálmese, señorita. —La agarra de mala manera el otro policía.
—¡No la toque! —exploto.
Hay un forcejeo ridículo y me dejo atrapar sin poner resistencia, porque si actuara como me gustaría, me metería en un lío mucho mayor. Por dentro se me llevan los demonios.
Nick jura que lo arreglará, que hablará con abogados, contactos, y hasta con Dios si hace falta.
Yo apenas oigo nada, solo siento el sonido metálico de las esposas cerrándose sobre mis muñecas. Como si mi vida fuera a acabarse. Igual que la de mi padre.
Mientras me conducen fuera, Emily me sigue con la mirada.
Intenta disimularlo, pero está a punto de llorar. Nuestros ojos se encuentran por un instante y ambos entendemos que acabamos de perder el derecho a fingir que no nos importamos.
Camino por el pasillo del hospital como un condenado que ya conoce su sentencia. Y no sé qué me duele más: la idea de que mi padre muera teniendo una conversación pendiente, o que Emily no esté del todo segura de que yo sea inocente, dados sus últimos descubrimientos sobre mí.
Al subir al coche policial, la noche me traga. Ha llovido y Boston es un cementerio de luces mojadas. Mi reflejo en el cristal, esta vez, parece el de un extraño. Ya no sé ni quién coño soy.
El coche arranca y solo una certeza me late en el pecho: si Gold está detrás de todo esto, no habrá cárcel que lo salve de mí.

CAPÍTULO 33



EMILY

Hay frases que te empujan al vacío. Pero luego te das cuenta de que ya llevabas un tiempo cayendo sin saberlo.
Hace apenas unos minutos, han detenido a Marcus.
Todo ha sido confusión, luces frías, médicos corriendo y rostros tensos. He visto a Marcus de pie, con esa calma forzada que siempre usa cuando el mundo se le derrumba y decide fingir que le da igual.
No era el mismo Marcus White que me había ignorado en la oficina, era otro. El que no sabe qué hacer con sus manos cuando está nervioso. El que tiembla un segundo antes de volver a ponerse la máscara.
Su frase «No deberías haber venido», ha dolido.
Pero a veces el amor se disfraza de defensa propia, y él siempre dispara antes de dejar que lo alcancen.

El rumor ya corre como la pólvora en los periódicos digitales:
« *Envenenamiento en White Industries. Investigación abierta. Un sospechoso».*
La palabra «culpable» flota en el aire sin dueño, pero huele a él.
Yo no lo he creído ni por un segundo, pero una milésima de duda se ha colado en mi pecho al recordar al Marcus del club. Porque he sufrido en mi propia piel lo que es capaz de hacer cuando se siente acorralado. He visto su furia, su frialdad, su capacidad para destruir sin pestañear.
Lo peor es que él ha visto la duda en mis ojos…
Ava me sujeta la mano y dice que lo sacarán pronto, que todo se aclarará. Pero hay algo en su rostro que no es consuelo, sino preocupación.
Nick firma papeles, discute con los agentes, y promete represalias por tamaña acusación. Marcus estaría orgulloso si lo viera dando la cara por el apellido. Yo, en cambio, no puedo respirar.
Cuando por fin salimos del hospital, la madrugada se ha vuelto espesa y silenciosa. Le pido a Ava que se vaya a casa con Megan. Su madre vive cerca y se ha quedado velando su sueño.
Pienso en coger un taxi, pero me apetece caminar y pensar en todo lo que ha pasado y en cómo se estará sintiendo Marcus.
A los pocos pasos de despedirnos, siento el ruido de un motor de coche que camina a mi paso.
Me giro y veo un coche negro con las ventanas tintadas. El tipo de coche en el que viajan hombres que nunca dicen «por favor».
La puerta se abre y veo a Gold, sonriendo como si la vida fuera un juego.
—Buenas noches, señorita Harper…
Mi estómago se contrae.
Tiene el tipo de sonrisa fría que uno no devuelve.
—No debería caminar sola a estas horas de la noche…
—Estoy bien, gracias —respondo, intentando sonar más segura de lo que me siento. ¿Qué diablos hace aquí a estas horas?
—¿Quiere que la lleve a algún sitio? Ha debido de ser una noche larga con la detención de White y demás…
Quiero marcharme, pero sus palabras me hacen pensar:

—¿Cómo sabe que le han detenido? ¿Usted ha dado el soplo?
—Solo me he acercado para ver cómo estaba Clifford —continúa, tranquilo—. Pero no me ha sorprendido leerlo. Su hijo tiene mucho que perder. Y cuando un hombre así ve peligrar su poder, a veces hace cosas impensables.
—Marcus no ha hecho nada. No tienen pruebas.
—No las necesitan. La prensa se alimenta de historias, no de hechos. Y la suya tiene unos preciosos titulares: *El heredero sin escrúpulos y la mujer que no quiso verlo.*
—Usted no tiene ni idea de quién es él… ¡No le conoce!
—¿Y usted sí? —Rie bajito—. Claro… El corazón siempre ve lo que quiere ver.
Menea la cabeza paternalista.
—Usted es inteligente, Emily. No cometa el error de hundirse con un barco que ya tiene grietas. Sería un momento ideal para aceptar una oferta de trabajo en Gold Group…
Tardo unos segundos en entender la insinuación.
—¿Me está ofreciendo trabajo?
—Llamémoslo… refugio.
Su tono es tan tranquilo que resulta peor que una amenaza.
Me giro para irme. Pero antes de cerrar la puerta, añade:
—Por cierto, no se culpe por dudar de él. Los monstruos saben parecer humanos. Hasta que dejan de necesitar el disfraz.
Me marcho sin mirar atrás. La conversación me ha dejado aún más fría de lo que estaba.
El camino a casa se hace largo, porque cada paso es como una condena.
Me descalzo sin encender las luces, me apoyo contra la puerta y dejo que el silencio me trague.
No sé qué pensar. No sé qué sentir. Solo sé que, pese a todo, sigo creyendo en él. O lo necesito. Porque si Marcus es culpable, entonces no entiendo nada del mundo.
Y porque, aunque me haya mentido, herido y confundido, yo he visto lo que hay debajo de su furia. He compartido sus miedos. El miedo de un hombre que nunca aprendió a pedir ayuda.

Cierro los ojos y repito en voz baja que no puede haber sido él. Pero el corazón —ese idiota indisciplinado— responde lo que la razón no se atreve a decir: ¿Y si lo fue?
Y ese pensamiento, diminuto y cruel, me parece una traición tan imperdonable que prefiero confiar y después darme de latigazos como una tonta enamorada.
Pronto descubro que mi madre dormía, pero hay luz en el despacho de papá. Entro sin llamar, como cuando era niña.
Él levanta la vista de sus gafas de lectura, sorprendido.
—¿Emily? Son las tres de la madrugada…
—Papá… necesito tu ayuda.
Me siento frente a su escritorio. La habitación huele a café frío y a libros antiguos. De pequeña me encantaba este olor; ahora me parece el perfume de las certezas. Ojalá él tenga una.
—¿Qué ocurre, Emily?
—Se trata de Clifford White. —Su nombre sale disparado como una piedra—. Está en el hospital. En coma.
Mi padre deja el bolígrafo con un golpe seco.
—¿Qué le ha pasado?
—Dicen que fue un colapso, pero los médicos están evaluando si pudo ser un envenenamiento.
—¿Envenenamiento? —repite, incrédulo.
—Han detenido a Marcus. Su hijo…
Su expresión cambia. Pero no hacia la sorpresa.
—¿El que dirige la empresa?
—Sí. Y yo… —Me paso una mano por la cara, agotada—. No creo que lo hiciera, papá. No puede haberlo hecho.
—¿Estás segura de eso? Pensaba que le despreciabas.
—Y así es. Pero él no ha sido. Lo han detenido injustamente.
Mi padre suspira y se levanta despacio. Creo que no me cree.
—¿Qué necesitas que haga? —pregunta sin embargo.
—Quiero que revises el diagnóstico. No oficialmente, solo… échale un vistazo a los informes. Por si es una reacción, un fallo, una dosis mal calculada o lo que sea.
—Sabes que estoy retirado.

—Y también sé que sigues siendo mejor que cualquiera de esos médicos, papá.
Él sonríe cansado.
—Eso es verdad. Iré mañana a primera hora, ¿de acuerdo?
Y por primera vez en mucho tiempo, me alegro de poder contar con él para algo.
—Gracias, papá…
—Si tú confías en él, yo también lo haré. Siempre has tenido buen juicio para las personas.
Ojalá tenga razón.
A la mañana siguiente, llego a la oficina antes de las ocho.
No puedo dejar de atender la agenda de Marcus. Nuestro trabajo no puede desmoronarse por un rumor.
El silencio de la planta es insoportable. Nadie habla de lo sucedido, pero todos lo saben.
Me refugio en su despacho con la absurda idea de que ponerme a trabajar servirá de algo.
Hay informes, documentos, llamadas pendientes que hacer. Nada que Marcus no pudiera resolver ¡en cinco minutos y que a mí me llevará una eternidad. Pero lo hago igual. Porque es eso o pensar que Marcus está en la cárcel.
A mitad de mañana se abre la puerta.
—Vaya, qué madrugadora, señorita Harper… —dice una voz grave, perfectamente modulada—. Me gusta la gente que sabe aprovechar el tiempo.
Levanto la vista y aquí está. David Gold otra vez.
—¿Qué está haciendo aquí? —pregunto, alelada.
—Negocios. —Entra sin pedir permiso, como si el aire también le perteneciera—. White Industries es un bien en disputa y… digamos que estoy ampliando horizontes.
—No puede estar aquí, señor Gold…
—¿Por qué no? —Sonríe—. Muy pronto todo esto será mío.
Siento cómo la rabia me sube por la garganta.
Después de todo lo que ha pasado, después de ver a Marcus esposado, de no dormir, de no poder pensar… Gold tiene la osadía de venir aquí y actuar como si ya todo fuera suyo.

—Lárguese ahora mismo.
—Oh, Emily… —Su tono era casi paternal, como si hablara con alguien ingenuo—. Lo mejor que puede hacer ahora es distanciarse. White Industries caerá. Y Marcus con ella.
—Marcus es inocente.
—No importa. Su padre y yo ya teníamos un acuerdo. Si muere, no podrá deshacerse fácilmente.
—Entonces quizá haya sido usted quien lo ha envenenado.
—Yo no tengo necesidad de envenenar a nadie, cielo. Compro lo que quiero. Y antes de que diga nada, todo está en venta, señorita Harper.
—YO NO —digo tajante.
—Ah, es verdad. Hay cosas que el dinero no puede comprar. Pero esas cosas suelen comprarse con sexo…
Lo odio por decir eso.
Por recordarme lo que ha pasado entre Marcus y yo. Por intuirlo.
—Lárguese de una vez —repito, esta vez más firme.
Él da un paso hacia mí, está tan cerca que puedo oler su colonia.
—Piénselo un poco. Su talento se desperdiciará aquí. No se hunda con el barco.
—No se preocupe. Sé nadar.
Lo miro directamente a los ojos y digo:
—No va a tener ni la empresa ni a mí.
Su sonrisa se quiebra por primera vez.
—Eso ya lo veremos…
Y se va, dejando tras de sí ese tipo de silencio que solo dejan los hombres que están acostumbrados a ganar.
Cuando Gold desaparece, puedo respirar por fin. Me tiemblan las manos. No por miedo, sino por algo peor: impotencia.
A veces la valentía consiste solo en mantenerse en pie cuando todo te tiembla.
Me apoyo contra el escritorio y cierro los ojos. Imagino a Marcus en una celda, con la misma calma helada con la que se enfrenta a las reuniones. Y sé que no puedo rendirme todavía. Porque si él ha soportado su vida entera sosteniendo imperios que lo destrozaban por dentro, yo puedo sostenerlo a él un día, aunque no me lo pida.

Así que respiro hondo, me recojo el pelo y me siento otra vez ante su ordenador. Porque la única forma de no derrumbarse es seguir haciendo como si todo siguiera igual.
A mediodía, estoy a punto de llamar a mi padre cuando mi móvil suena y su nombre aparece en la pantalla.
—Papá… ¿qué tal? —contesto con avidez.
Su voz llega baja, pero firme, con ese tono clínico que usa cuando está seguro de algo.
—Emily, escúchame bien. No fue veneno. —Parpadeo, incapaz de procesarlo de golpe—. Clifford tomó una medicación antigua que no debía mezclar con la nueva. Ha provocado una reacción grave, sí, pero ha sido un accidente farmacológico. Nada más.
Me agarro al borde del escritorio.
—¿Estás seguro?
—Completamente. Ya he enviado el informe al jefe de toxicología de la policía. En cuanto lo lean, la acusación contra Marcus caerá. Podrán liberarlo hoy mismo.
No sé si río o lloro. Solo sé que respiro por primera vez desde que se lo llevaron delante de mis narices.
—Gracias, papá… de verdad.
—De nada, cariño.
Cuelgo, todavía con la mano temblando, y llamo a Ava con la cara desencajada.
—¿Emily?
—Soy yo. ¿Está Nick contigo?
—Sí, lleva toda la mañana con trámites para conseguir la fianza de Marcus. Es muy alta, pero quiere sacarlo cuanto antes de allí.
—Esperad —la freno de golpe—. Ya no hace falta.
—¿Cómo que no hace falta?
—Mi padre acaba de llamarme —digo, aún incrédula—. Le pedí que fuera al hospital y acaba de decirme que no fue envenenamiento. Fue una interacción de fármacos. La policía está recibiendo el informe ahora mismo. En cuanto lo lean, lo soltarán.
Ava transmite la información y oigo el grito de Nick. Oigo que coge el teléfono.

—¿Emily? ¡Joder…! —exclama aliviado—. Por fin algo sale bien. ¡Muchas gracias!
Lo siento medio reír, medio llorar, con un punto vulnerable que no le conocía.
—Voy a comisaría ahora mismo. Quiero estar allí cuando salga.
—De acuerdo —Sonrío.
—Emily… ¿Por qué no vienes conmigo?
—¿Yo?
—Sí. —Su voz suena sincera—. No sé cómo voy a encontrarlo. Nunca lo he visto tan jodido, ni siquiera cuando murió mi madre… Y tú eres la única que consigue que no se encierre en sí mismo —Baja la voz, casi suplicante—. Por favor, Emily. Ven conmigo.
Mi garganta se cierra un poco.
—Nick, yo…
—Hazlo por él —musita—. Te va a necesitar, aunque no lo admita.
Lo peor es que sé que tiene razón. Los dos lo sabemos.
Trago saliva.
—De acuerdo —susurro—. Iré contigo.
Nick respira aliviado, como si acabara de salvar algo importante. Y aunque tengo miedo de que me pida que me marche, voy a correr el riesgo. Porque si hay una mínima posibilidad de que me necesite, quiero estar ahí para él.

CAPÍTULO 34



MARCUS

El silencio de una celda es lo peor que hay.
Es un reloj que no avanza. El eco constante de tu propia culpa rebotando contra las paredes. Llevo aquí 24 horas, y han sido como 24 días.
La gente cree que lo peor de estar encerrado es la falta de espacio. Pero es al revés. Es el exceso: de tiempo, de memoria, de mis problemas haciendo mella todos juntos y a la vez…
No me han quitado nada que no me hubieran quitado antes. Mi libertad no era real desde que heredé un apellido que pesa más que nada de lo que haga.
«White». Qué ironía… Debería significar pureza, pero solo ha sido una maldición limpia y brillante. Como un diamante.
El policía que custodia la puerta me mira como si fuera un titular sensacionalista. Para él soy el hijo de un magnate. Un tiburón domesticado. Para mí mismo, soy el idiota que dejó que todo se desmoronara.

Pienso en mi padre. Un hombre que confundía el respeto con el miedo. Un hombre que creía que el amor era un lujo que se podían permitir otros, pero no los que sostienen imperios.
Y, sin embargo, pese a todo, lo único que siento es pánico. Porque si muere, se quedará huérfano el niño que aún cree que le debe algo.
Quedarte sin padres es descubrir que ya no tienes un sitio al que volver, ni siquiera para discutir. La soledad real no es estar solo, es no tener a nadie a quién culpar de tus errores.
Un golpe metálico corta mis pensamientos. La puerta se abre.
—White —anuncia un agente—. Puede salir.
No pregunto quién ha pagado la fianza. Lo sé. Solo hay un idiota capaz de vaciarse los bolsillos por mí sin importarle el precio.
Camino por el pasillo como si mis piernas fueran de otro.
Cuando salgo, los veo. A Nick primero, con su corbata torcida y ese intento patético de parecer fuerte.
Ava está detrás, preocupada, pero con esa calma que tiene la gente que ha aprendido a sobrevivir con poco.
Y luego está Emily… Con esa mirada que me desarma sin tocarme.
No sé si acercarme o huir.
—Todo está arreglado —dice Nick, agarrándome del hombro.
—¿Cuánto ha costado?
—Nada. El padre de Emily demostró que no había envenenamiento. ¡Eres libre!
Libre. Qué palabra tan absurda. Miro a Emily, mi salvadora y verduga oficial a todos los niveles, y murmuro un gracias.
Emily da un paso hacia mí, sin saber si puede abrazarme. Mi mirada huidiza le deja claro que no. Ahora mismo no podría soportarlo. Si lo hiciera, creo que rompería a llorar. Y paso.
—¿Papá se pondrá bien?
—De momento sigue igual. No saben qué posibles efectos secundarios podrá tener la intoxicación. Cuando despierte, veremos…
—Eso si se despierta —zanjo mirando al suelo. Nadie trata de animarme. Saben que no serviría de nada.
El trayecto hasta casa es un silencio incómodo lleno de palabras que nadie se atreve a pronunciar.

Nick conduce. Yo voy a su lado. Y las chicas detrás. No sé qué hacen aquí… Quiero que se larguen. Pero a la vez, me reconforta que estén.
Ava pregunta si tengo hambre. Ante mi falta de respuesta propone conseguir comida antes de llevarme a casa.
—No quiero nada. Ya llamaré a domicilio si me apetece algo.
—Tienes que comer —dice Emily.
—¿Ahora eres mi madre? —Suelto de sopetón. Mi capullo interior asoma de nuevo, dejando claro que odio la compasión. Lo tengo en modo automático. Me gustaría pedir perdón, pero no me sale. Me sale huir del calor. De una clase de cariño que podría romperme del todo.
Miro por la ventanilla, preguntándome en qué momento exacto se torció todo…
Supongo que siempre estuvo torcido.
Cuando llegamos, mi casa parece distinta. O quizá sea yo.
Oigo a Emily ofrecerse a quedarse, para asegurarse de que estoy bien. Nick y Ava lo aceptan con una naturalidad que me quema por dentro. Como si supieran que resistirse sería inútil.
—Si necesitas cualquier cosa, me llamas —me dice Nick antes de irse.
Asiento y cierro la puerta tras ellos. Me apoyo en ella porque de pronto, el aire pesa. La ropa me aprieta. Y la cabeza me da vueltas.
—Deberías descansar —dice Emily en voz baja.
—No puedo.
—Tu padre está estable.
—Eso es lo que dicen los médicos cuando no saben si alguien va a despertar. —He sonado más cruel de lo que pretendía. Pero no doy más de mí.
Ella no responde. Solo se acerca, despacio, hasta que la tengo detrás.
El silencio que se forma entre los dos es tan frágil que da miedo romperlo.
—Gold ha estado en las oficinas esta mañana —dice por fin.
Eso me saca del aturdimiento.
—¿Qué?
—Entró como si ya todo fuera suyo. Dijo que White Industries estaba acabada. Y que tú también. Me ofreció trabajo y me recomendó que

no me hundiera con el barco.
Guardo silencio. Ni siquiera tengo fuerzas para gritar.
—Le dije que se equivocaba. Que no tendría ni la empresa, ni a mí…
Sus palabras me descolocan. Me duelen y me curan a la vez. Es el tipo de frase que se queda suspendida en el aire, iluminándolo todo.
—Siempre has sido temeraria —murmuro.
—¿Yo?
—No deberías haberle plantado cara. Ese tipo es peligroso.
—No me da miedo.
—Debería. Y yo también debería dártelo…
Da un paso más hacia mí y siento sus manos en mi espalda.
—Lo único que me da miedo eres tú cuando decides encerrarte en ti mismo.
Algo dentro de mí se quiebra, suave, como una grieta antigua que por fin se deja ver.
—No sé si quiero seguir siendo Marcus White —digo, casi en un susurro—. No sé si quiero seguir siendo alguien.
Ella me insta a que me dé la vuelta y la mire. Apoyo la espalda en la puerta porque mis emociones pesan demasiado.
Su mano se posa sobre mi pecho, justo donde duele. En el vacío.
—A veces hay que perderlo todo para volver a empezar.
—Yo ya lo perdí todo una vez… —Mi voz sale áspera—. Desde entonces, no creo en la gente que promete quedarse.
—¿Por eso no quieres sentir nada?
—Por eso no quiero necesitar a nadie…
Mi boca dice eso, pero pongo mi mano sobre la suya y la mantengo ahí, como si dependiera de ese contacto para no desmoronarme.
Ella me mira como si oyera algo que yo no sé decir.
—No hace falta que digas nada más.
Y me besa. No como antes, cuando era la guerra. Sino como quien intenta cerrar una herida que lleva demasiado tiempo abierta.
El beso se alarga, lento, inevitable, hasta que me rindo. Hasta que dejo de fingir que puedo resistirme a ella. Y cuando por fin la abrazo, siento algo que no recordaba: un calor humano que me recuerda a casa.

Podría quedarme así horas, días, años enteros con su respiración mezclada con la mía. Pero Emily se aleja de mi boca, arrastrando los dedos por mi pecho como si estuviera recordando que tengo carne bajo toda esta piedra.
—Marcus… —dice suave—. Necesitas una ducha.
—¿Qué?
Me da un golpecito en las costillas.
—Llevas veinticuatro horas en una celda y pareces a punto de desplomarte. Quiero que te duches y te metas en la cama.
La miro, desconcertado.
—¿Desde cuándo das tú las órdenes?
—Desde que tú has decidido dejar de funcionar como persona —contesta sin pestañear—. En marcha.
No tengo fuerzas para discutir. O tal vez sí, pero no quiero usarlas contra ella. Porque su voz me hace sentir algo parecido a… volver a respirar después de haber estado horas bajo el agua.
Me tiende una mano y se la agarro. No sé si para seguirla o para no caerme.
Me guía por el pasillo como si conociera mi casa mejor que yo. Nunca he traído a nadie aquí. Nunca he querido.
La luz ilumina su silueta y mi cuerpo responde a ella. Es como seguir un faro después de un naufragio.
Entramos en el baño y la luz del mármol me hiere los ojos.
—Desnúdate —dice, a media voz—. Y no tardes en ducharte. Quiero que te quites todo el peso del mundo de encima.
—¿Eso cómo se hace?
—Obedeciéndome. Deja que te cuide hoy. Solo hoy. Mañana podrás volver a ser piedra.
Me alivia que me vea venir. Pero hoy… hoy estoy cansado de ser invencible. Así que asiento y me meto bajo el agua caliente como si fuera un nuevo tipo de absolución.
Escucho su respiración al otro lado de la mampara, no se va. Oigo cómo se sienta en el váter. No me deja solo. Y es extraño lo mucho que me gusta eso.
Cuando salgo, con el pelo húmedo y una toalla alrededor de la cintura, Emily está apoyada en la encimera, observándome.

No hay pena en su mirada. Solo un reconocimiento silencioso.
Como si viera mis grietas y, en lugar de apartarse, quisiera tocarlas.
—Bien —dice, cruzándose de brazos—. Ahora, comida.
—No tengo hambre —Mis ojos bajan a sus labios. A su cuello. A su escote en esa camiseta de algodón que no puede ser más perfecto—. Al menos, no de comida…
Ella sonríe ufana.
—He pedido pizza.
Parpadeo.
—¿Pizza?
—Sí. Con extra de queso. Y quiero que te la comas toda.
La miro, a punto de negarme y ella se acerca despacio con una sonrisa peligrosa en los labios.
Apoya su mano en mi abdomen, baja un poco los dedos… y me desarma.
—Si quieres comerme a mí, primero te comerás la pizza. Si no, no tendrás fuerzas para follarme como me gusta…
Me tenso y mi respiración se corta.
Ella sonríe, disfrutando de lo que me hace.
—¿Quieres que te demuestre la fuerza que me da que estés aquí? Porque puedo subirte a esta encimera ahora mismo y enseñártelo…
—Primero pizza —dictamina, dándome un golpecito en el pecho—. Luego yo. Y después podrás quedarte dormido sin el estómago vacío. Te aseguro que esa parte también la vas a necesitar.
Cuando termino de ponerme cómodo y de meterme en la cama, el timbre anuncia la llegada del pedido.
Emily pega un grito diciendo que va a abrir y vuelve con la pizza en la mano y una sonrisa insolente.
—A comer.
—¿En la cama?
—Sí.
Cojo un trozo y, aunque juraría que no tenía hambre, quizá sí.
Quizá tengo hambre de todo lo que llevo años negándome. Y de ella. Sobre todo de ella.
Cuando me ve terminar, se acerca a mí con pasos lentos, calculados. Su mirada es calor puro.

—Ahora el postre…
Empieza a desnudarse despacio y la observo sin querer pensar en nada hasta que me encuentro con su boca otra vez.
Esta vez no es odio. Es necesidad. Es vida.
Acabamos enredados en la suavidad de unas sábanas que nunca habían tenido sentido hasta ahora. Sus manos recorren mi espalda, las mías se hunden en su cintura, y mi piel encaja con la suya como si la hubiera estado esperando toda la vida.
Me aterra el nuevo significado que ha adquirido el sexo con ella.
Quiero decirle que no puedo hacerlo. Que debería irse. Que no soy seguro, ni estable, ni nada que pueda sostenerla. Pero ella me toma la cara entre las manos y musita.
—No estás solo, Marcus. Ahora me tienes a mí…
Y la beso. Dios, la beso como si me fuera la vida en ello. Como si necesitara su boca para seguir siendo humano.
Ella me tumba sobre mi espalda, y me cabalga lenta, firme, desarmándome con su delicadeza. Me da instrucciones sin palabras. Mis manos exploran su cintura, sus pechos, su cuello. Todo lo que toco es calor.
Ella me mira entre jadeos como si entendiera que no es sexo lo que necesito.
—Marcus… —jadea—. Estoy aquí. Contigo. Y no quiero estar en ningún otro sitio.
Yo me deshago en un temblor involuntario que ella acoge sin miedo. Sus labios recorren mi cuello mientras nos movemos, lentos, sincronizados, vulnerables sin permiso. Tengo ganas de llorar. Y es como si ella lo notase.
—No tienes que ser fuerte ahora —murmura.
—No sé ser otra cosa… —digo ronco.
—Sí sabes. —Su mano acaricia mi cara—. Lo fuiste la otra noche conmigo… en el club. Y fue increíble. Tú eres increíble…
Niego con la cabeza mientras los sentimientos me abruman.
—No me quieras, Emily… —digo roto.
Ella me aprieta más fuerte.
—Demasiado tarde.

CAPÍTULO 35



El teléfono suena antes de que amanezca.
Un sonido que corta el silencio como una cuchilla en mitad de la noche.
Por un segundo no entiendo dónde estoy; solo siento calor, una respiración suave a mi lado y una calma que no debería existir en mi vida.
—¿Marcus? —murmura Emily, con la voz aún empañada de sueño.
Cojo el móvil. Es Nick. Su voz suena temblorosa, distinta.
—Papá ha despertado.
Solo dice eso. Tres palabras y el mundo recupera el pulso.
—Voy enseguida —Cuelgo y me quedo quieto, mirando el techo.
—¿Qué te ha dicho? —pregunta Emily preocupada.

El alivio es tan intenso que me duele el pecho, como si el corazón hubiera recordado de golpe que todavía sabe moverse.
Pero detrás del alivio llega el miedo. Un miedo antiguo, que no necesita un motivo para quedarse. Porque despertar no siempre significa volver.
—Mi padre ha despertado.
Nos arreglamos y nos desplazamos hasta el hospital en coche por una ciudad medio dormida, gris y húmeda por la lluvia.
Emily va a mi lado. Su mano roza la mía sobre el reposabrazos y ese simple gesto me devuelve al presente.
No habla. No pregunta. Solo está. Y su silencio es justo lo que necesito.
Pienso en mi padre. En la cantidad de veces que deseé que me dejara en paz. Y en lo absurdo que resulta ahora querer tenerlo vivo solo para poder discutir una vez más.
Cuando entramos en el hospital, Nick nos está esperando. Está pálido y con la mirada de quien lleva una hora sin pestañear.
—¿Cómo está? —pregunto con el corazón en un puño.
—Bien. Milagrosamente bien.
Respiro hondo y miro hacia la puerta de la habitación. No estoy preparado para verlo, pero siempre ha sido así. Nunca he estado preparado para nada que tenga que ver con mi padre.
—¿Quieres que entre contigo? —pregunta Emily, sin soltar mi mano.
—Sí —respondo sin pensar. No quiero admitir que necesito que lo haga, pero la palabra se escapa sola.
Dentro, la habitación es demasiado blanca para mi gusto. Mi padre está medio incorporado, con un vendaje en el brazo y la piel grisácea, envejecida de golpe.
Cuando levanta la vista, me encuentro con la misma mirada que me enseñó a temer el amor. Y, aun así, mi primer impulso es acercarme.
—Vaya, menuda cara traes —Su voz suena más ronca, pero intacta—. ¿Decepcionado por no heredar todavía?
Emily abre los ojos alucinada. Yo estoy curado de espanto.
—No he venido por eso.
—¿Ah, no? ¿No has venido a comprobar si sigo siendo el obstáculo entre tú y el poder?

Cierro los ojos un segundo. Me arranco el puñal como puedo.
—He venido a asegurarme de que estás bien.
—Sí, claro…
Emily se mantiene a unos pasos por detrás, como una cuerda de salvamento invisible. Nick entra y se apoya en la pared.
Es el momento de la verdad.
Me acerco un poco más a él y le cojo la mano. Él observa el gesto, pero no la aparta. Dios, somos iguales… orgullosos hasta el final. Pero yo no pienso ser así nunca más.
—Nunca entendí por qué tu madre te idealizaba tanto —dice a la defensiva—. Quizá porque eras la parte que no podía tener de mí…
—No hables de mamá ahora —replico en voz baja.
—Siempre fuiste como ella. Con ese afán de querer controlarlo todo para que no ocurra nada malo. —Hace una pausa y sonríe con ironía —. Y al final pasó… Nunca lo has superado. Ni has vuelto a ser feliz. Y lo peor es que te molestaba que los demás lo fuéramos…
El aire se espesa.
Durante años, he evitado esta conversación. Pero hoy, con el pitido rítmico del monitor de fondo, ya no puedo evitarla.
—Eso no es lo que me molestaba —digo, casi sin voz—. Lo sabes.
—¿Qué era?
—Me molestaba que no la quisiste ni cuando estaba viva. Le eras infiel cada vez que podías. Y te liaste con Mindy demasiado pronto.
Sus ojos se tensan.
—No empecemos con eso…
—¿Por qué no? —digo, más alto—. Cuando murió la metiste en nuestra vida como si mamá fuera reemplazable.
El silencio cae como un disparo. Emily no se mueve. Nick baja la mirada. Y por primera vez en mucho tiempo, mi padre no responde.
—Me fui a estudiar fuera porque no podía soportarlo —continúo—. Porque me daba asco verte con ella y fingir que la vida seguía igual.
—Lo sé. —Su voz se apaga.
—¿Lo sabes?
—Claro que lo sé, Marcus. —Suspira—. Pero a veces la culpa se lleva mejor acompañado. Ya tuve suficiente castigo por ello…

El monitor empieza a emitir un pitido más rápido, y el médico nos pide unos minutos.
Nos desplazamos hasta el pasillo. Nick se va a por un café. Emily y yo nos quedamos apoyados en la pared, en ese limbo entre los que esperan y desesperan.
—Has sido valiente… —dice ella en voz baja—. Tu padre es mucho más insufrible que tú en tus mejores días.
Sonrío.
—No quiero darte pena.
—No me la das. Me haces sentir orgullo.
La miro. Y me doy cuenta de que ya no sé quién soy cuando me mira así.
El médico sale y nos vuelve a dar permiso para entrar.
Mi padre está más lúcido. Nos observa a los dos y, por primera vez en muchos años, no hay reproche en su mirada.
—¿Es tu ayudante? ¿La hija de Harper? —pregunta con una media sonrisa.
—Sí —respondo, conteniendo una mueca.
—Me alegro de que estés aquí… —dice mirándome de soslayo y sacando sus propias conclusiones.
Emily sonríe con esa elegancia que desarma incluso a los hombres más duros.
—Y yo me alegro de que se encuentre mejor, señor White.
—Llámame Clifford, por favor. Me han llamado señor White toda una vida. Y no sé si me queda mucho más por vivir…
—No diga eso —responde Emily.
—A mi edad, uno aprende a ser sincero, cielo. —Me mira otra vez a mí—. Y tú también deberías serlo, Marcus.
Lo miro confundido. Él entrecierra los ojos como si me analizara por dentro.
—Ella te importa. Se nota a simple vista. Y como eres igual que yo, seguro que piensas que amar es un defecto.
No sé si reír, llorar o salir corriendo.
—Papá…
—Hazme caso por una vez, Marcus. No cometas mis errores. No dejes que tu ego decida por ti. Hay cosas más importantes en la vida

que la empresa y el dinero…
—La empresa me importa mucho, papá. Es tu legado y el de mamá. Y no pienso dejar que acabe en manos de otro.
El monitor vuelve a marcar un ritmo extraño. Y me doy cuenta de que no puedo seguir alterándole.
—Pero tú me importas más… —Vuelvo a su lado—. Tenías razón en una cosa. Todavía te necesito… Pero no quiero que vendas. Quiero mejorar contigo. A tu lado. No contra ti.
Los ojos de mi padre brillan.
—Ojalá podamos hacerlo… Pero mi salud se resiente.
—Estás bien de salud, papá. Es solo que la has liado con las pastillas…
—¿Qué coño tomaste? —pregunto—. ¿Y por qué?
Mi padre desvía la vista como yo cuando quiero ocultar algo.
—Nick me ha dicho que ayer te detuvieron acusado de envenenarme. ¿Es cierto?
—Sí… Creo que fue Gold el que dio el chivatazo.
Mi padre aprieta la mandíbula furioso. Justo como yo.
—A Gold no lo dejes respirar. Si crees que está detrás de esto, acorrálalo. Hazlo pagar. Pero hazlo bien. Con cabeza.
—No desvíes el tema. ¿Qué tomaste y por qué, papá?
Él resopla como si no tuviera escapatoria.
—Hacía mucho que no veía a Mindy… —dice de pronto—. Y la primera vez no fue en la gala. Me la encontré el pasado martes en el palco de la ópera. Por poco me da algo… No sé cómo ha conseguido ligarse al tío con el que va. Y desde entonces tengo ansiedad… Tras la gala busqué qué pastillas tomé en aquella época y… al parecer son incompatibles con las de la tensión.
—¡Papá…! —protesta Nick.
—No vuelvas a automedicarte —digo severo—. Podías haberte matado.
Emily me roza la mano. Su pulgar acaricia mi piel como un recordatorio de que si eso pasa, no estaré solo.
—Esa mujer nunca trae nada bueno. Y yo ya no tengo edad para luchar contra ella. No sé lo que quiere, pero… puede hacernos mucho daño.

—¿Por eso quisiste vender? —deduzco de repente—. Fue por ella.
—Sabe cosas, Marcus. Cosas que podrían hundir la empresa.
—¿Como qué? —pregunta Nick.
—Sé a qué cosas te refieres. Lo he visto…
—¡¿LO SABES?! —exclama asustado.
—No soy el CEO porque mi nombre coincida con el de la puerta —digo mirando a Emily suspicaz—. Sé hacer mi trabajo, y había cosas que no me cuadraban.
—¿Por qué no dijiste nada?
—Porque no me preocupaba —digo tranquilo—. Si esa mujer hubiera querido hundirnos, lo habría hecho ya.
—Quizá solo estaba esperando el momento adecuado…
—No. No tiene pinta de aplazar las gratificaciones. Si no lo ha hecho ya, es por algo. Algo que desconocemos. Lo que me indica que estamos a salvo por el momento.
—Es pensar en ella y provocarme una arritmia —suspira mi padre.
—Pues no pienses —dice Nick—. Deja que nos encarguemos nosotros. Deberías tomarte unas vacaciones, papá.
—Me gusta la idea…
Poco después, su mujer Jenna. Era Jenna. Aparece en el hospital para darle sus pertinentes mimos.
Nick, Emily y yo nos vamos. Nick se despide, diciendo que va a investigar a Gold y que me llamará cuando sepa algo.
Emily y yo nos subimos en mi coche y ponemos rumbo a la oficina.
—¿Qué estás pensando? —pregunta ella mientras conduzco en un silencio cómodo.
—Que he pasado media vida huyendo de mi padre. Y que, al final, todo lo que he hecho ha sido parecerme a él.
—No es tarde para elegir ser distinto.
—Distinto no significa mejor. ¿Y si termino siendo peor que él? Un villano 2.0.
—¡Tú no eres un villano! —Se ríe.
—¿Ah, no? ¿Crees que no ha pasado por mi cabeza cobrarme un favor de los muchos que me deben y que un sicario del club quite a Mindy de en medio sin levantar sospechas?
—¿Te asustaría si te dijera que yo también lo he pensado?

—Sí, porque significaría que somos almas gemelas…
Nos mantenemos la mirada y mi corazón comienza a bombear más rápido. Como si quisiera avisarme de algo que no estoy preparado para escuchar ni para decir.
—Marcus… —mustia ella con suavidad.
—No me mires así…
—¿Así cómo?
—Como si hubiera algo en mí que mereciera la pena ser salvado.
—Lo hay.
Esa frase cae entre nosotros como una sentencia. Una que no sé si puedo cumplir.
Freno en seco en un semáforo.
—Emily… No entiendes la magnitud de lo que soy. De lo que puedo llegar a ser. He visto gente quemarse por menos que esto. Y tú te estás acercando demasiado…
Ella gira un poco el cuerpo hacia mí, sin apartar la mirada.
—Si quieres que me aleje, dímelo y lo haré ahora mismo. Me bajaré del coche y no volverás a verme.
El desafío, la valentía… todo me hace enamorarme más de ella.
La luz cambia a verde. Pero yo no me muevo.
—¿Ves? —dice ella con una sonrisa pícara—. No puedes decirlo.
Mis manos se aferran al volante como si fuera lo único que evitara que me rompa en dos.
—Emily… —trago saliva—. Lo único peor que perder a alguien es ver cómo se destruye por tu culpa…
—Primero: deja de pensar que soy de cristal —responde, firme—. Y segundo, si voy a romperme, que sea por elegirte, no por huir de ti.
Mi pecho late con violencia. ¡No sabe lo que está diciendo! O quizá sí. Quizá lo sepa mejor que yo.
—No soy un héroe, Emily —escupo, porque necesito que lo entienda.
Se inclina hacia mí con esa determinación que siempre me ha cautivado.
—No quiero un héroe. Quiero al Regente. Un hombre justo, poderoso, y que solo tiembla ante una cosa…: la mujer que ama.
Mi respiración falla.
—Te toca a ti decidir si esa soy yo o no.

Es una frase. Solo una. Pero me atraviesa el alma como una bala.
Acelero despacio, avanzando por la avenida mientras sus palabras siguen latiendo en mi cabeza como una verdad que duele y cura a la vez.
Cuando aparco en el sótano del edificio de White Industries, apago el motor y Emily no se mueve. Yo tampoco.
—¿Y bien? —pregunta impaciente.
La miro. Y por primera vez desde que tengo memoria siento que estoy a punto de decir la verdad más peligrosa de toda mi vida.
La miro como si mi alma, ese órgano atrofiado que creía muerto desde los dieciséis, llevara meses golpeando las paredes de mi pecho solo para llegar a este instante.
Ella espera. Ni siquiera pestañea.
—Emily… ¿de verdad necesitas escucharlo?
—Sí.
Cierro los ojos como si fuera a saltar al vacío.
—No sé si sabré cuidar de ti como te mereces, pero… —Mi garganta se cierra—. Llevo semanas peleando contra algo que es más fuerte que yo.
Ella se inclina un poco. Sus ojos son un maldito imán.
—¿Y qué es?
Trago saliva.
—Tú.
—¿Yo?
Niego despacio.
—Lo que siento por ti.
El aire desaparece.
—¿Y qué sientes por mí? —pregunta sonriente.
Hija de puta hasta el final… Inspiro hondo y lo suelto:
—Te quiero.
Ella me clava la mirada y respira profundamente.
—No me lo creo.
—¿Qué? —No era la reacción que esperaba.
—Lo dices porque te has sentido presionado, pero no lo sientes.
—¡Claro que lo siento! —digo cabreado—. De la manera jodida, torpe y violenta en la que alguien como yo puede querer.

Pero te quiero…
Ella se me queda mirando con dudas.
—Vale…
—¿Vale?
¡¿QUÉ MÁS COÑO QUIERE DE MÍ?!
Chasqueo la lengua. ¡Mi primer te quiero ha sido una mierda!
¡Y encima no me ha dicho que ella también!
—¿Qué esperabas que dijera? —pregunto a la defensiva.
—No sé… Algo real. Pero ya lo harás cuando estés preparado. Pensaba que ya lo estabas.
Hace además de salir del coche y la sujeto por la muñeca.
—Estos días pensaba que me quedaba sin padre… —murmuro entre dientes—. Y lo que más me acojonaba pensar era que sería diez veces peor quedarme sin ti…
Sus ojos brillan. Por fin. Y es lo más devastador que he visto.
Lleva su mano a mi mejilla, despacio, como si yo fuera algo frágil, y dice:
—Yo también te quiero… —Tan bajito que casi duele.
—Joder, Emily… —musito contra su frente—. Prometo que voy a intentarlo. Que voy a ser mejor por ti.
Ella sonríe.
—No necesito promesas —dice—. Solo que seas tú mismo.
Nuestros labios se juntan y, por primera vez en toda mi vida, no huyo. Elijo quedarme. La elijo a ella.

CAPÍTULO 36



AVA

Existen dos tipos de hombres…
Los que te ponen nerviosa y los que te ponen las bragas histéricas.

Y Nick White ha conseguido colarse peligrosamente dentro de las dos categorías.
Entro en la oficina a primera hora y me lo encuentro preparando una invasión militar. O al menos eso parece.
Su despacho es un campo de batalla: carpetas abiertas, documentos dispersos, gráficos, nombres subrayados, todas las luces encendidas como si fuera a interrogar a alguien.
—¿Planeas invadir un país o destruirlo desde dentro? —pregunto desde la puerta con una sonrisa.
Nick levanta la vista y ahí está… mi perdición.
Tiene la camisa remangada, las ojeras marcadas y esa mirada intensa que siempre me hunde entre las piernas y que, desde el primer día, me despertó unas ganas indecentes de subirme encima de él como si fuese una moto de competición.
—Estoy investigando a Gold —responde seco.
Me cruzo de brazos, apoyada en el marco, sin entrar. Lo último que necesito es oler su colonia y volverme loca.
—¿Qué planeas hacerle al pobre hombre? —ironizo.
—Nada que no se merezca. —Se pasa una mano por el pelo. Ese pelo descuidado de anuncio que el otro día le agarré para impedir que siguiera besándome—. Llevo horas revisando transacciones, movimientos, compras encubiertas… Algo no me cuadra. La obsesión de Gold con White Industries es personal. No es un trato más, es una caza…
Su mandíbula se tensa. Está preocupado. Y no me gusta verle así. No le pega. A la vez, el Nick serio es el único capaz de derribar mis defensas de *femme fatale* .
Al principio pensaba que éramos almas gemelas. Un tío bueno que solo quería divertirse, y yo estaba muy dispuesta a pasarlo bomba. Pero con el tiempo me di cuenta de que Nick es más sensible de lo que imaginaba. Y eso lo hace más peligroso.
—¿Marcus sabe que estás haciendo esto? —pregunto.
—No —admite—. Y no pienso decírselo hasta que tenga algo sólido. No quiero que se ría de mí.
Luego está esta otra faceta de querer demostrar lo que vale. Cuando en mi opinión no le hace ninguna falta. No hay más que verle para

saber que es un tío listo que siempre consigue lo que quiere.
Menos a mí, claro…
Yo solo quería diversión, pero entre prohibiciones y secretos está claro que se nos ha ido de las manos…
—Si necesitas ayuda…
Nick suelta una risa breve, amarga.
—Tú eres lo último que necesito cerca. —Me mira de arriba abajo—. Me desconcentras demasiado…
El comentario me enciende, para variar.
—Vale. Avísame si terminas hackeando un satélite…
Él me lanza esa sonrisa ladeada que me hace cosquillas en el bajo vientre.
—No lo hackearía. Solo pediría acceso temporal.
—Claro, perdona. Yo es que soy humilde.
—Me lo han dicho —responde sin apartar la mirada.
Y ahí está. El problema. Ese maldito tirón eléctrico que se crea entre nosotros en cuanto coincidimos en una sala y respiramos el mismo aire.
Yo no quiero sentir esto. Me niego. Pero mi cuerpo no se ha leído el guion y se acerca más, solo para ver cómo reacciona.
—¿Y qué demonios estás buscando? —pregunto, moviendo con un dedo uno de sus papeles—. ¿Por qué Gold está tan obsesionado con comprar White Industries?
Nick suspira, pierde su mirada en mis labios y… voilà. Mis piernas pierden densidad.
—Te aviso en cuanto descubra algo, ¿vale? Ahora necesito que me dejes solo…
Él desvía la mirada hacia sus papeles porque me conoce lo bastante para saber que si la mantiene, perderá el juego.
Lo hemos demostrado demasiadas veces.
Cada vez que pienso en nuestra historia me golpea como una bofetada.
Antes siquiera de saber su apellido, ya me tenía en sus redes.
Me miró como si quisiera arrancarme la ropa con la boca… y yo pensé «Perfecto. Un tío bueno para entretenerme».
Luego supe que era un White y se me fastidió el plan.

Marcus le retó a demostrarle que había cambiado no acostándose conmigo, y Nick, que es un perro de presa con traje caro, decidió portarse bien por una vez en su vida.
Ahí empezó mi deporte favorito: coquetear con él descaradamente para verle perder el control. Las miradas, los roces, las sonrisas estudiadas, los comentarios subidos de tono…
Tardó tres días en acorralarme en el archivo y besarme como si se estuviera muriendo.
Pensaba que ya era mío. Que me follaría ahí mismo con la fuerza de los mares, pero de pronto, frenó, me pidió disculpas y me explicó que era importante para él no fallarle a Marcus.
—Como quieras… —dije arreglándome la falda. Fingí que no me afectaba; había muchas más pollas en el mar, pero cuando lo vi en el club… no pude resistirme y me acerqué con mi máscara y un vestido blanco indecente.
Él no me reconoció, pero me folló con tanta necesidad que supe que estaba pensando en mí… y me encantó.
Su furia. Su hambre. Sus manos sobre mí al fin.
Me prometí que sería solo una vez. Me había quitado la espinita. Y decidí dar un paso atrás y dejar de provocarle en la oficina, porque no quería entrometerme en una posible reconciliación entre los hermanos. Pero él no dejó de insistir. Porque para él seguía siendo algo prohibido.
Cuanto más me resistía yo, más se obsesionaba él. Nunca pensé que la indiferencia fuera más efectiva que la provocación directa.
Su comentario de que «no quería acostarse con una madre» me vino de perlas para fingir un cabreo supremo y que se despidiera de la idea de acostarnos definitivamente. Además, mi orgullo necesitaba que se tragara sus palabras.
Y vaya si se las tragó…
A partir de ese momento empezó a ser encantador. A conquistarme desde dentro, con la parte blanda de su corazón en vez de con la dura de su… Y eso sí que no.
Eso era muy peligroso para mi paz mental.
Yo no quería pareja, ni complicaciones, ni que nadie entrase en mi vida. Tengo una hija, una rutina, y mi corazón está blindado desde

hace mucho.
No soportaba enfrentarme a un Nick rechazado y herido. Un Nick que volví a encontrarme en el club y al que dejé que se desahogara con… Cherry, la chica que soy en el club. Lo hice solo porque aquello no me comprometía emocionalmente.
Y ahora mantengo las distancias en la oficina mientras él se revienta a polvos con mi alter ego para olvidarme…
¿Hola?
Por eso, cuando me mira así, con esa mezcla de deseo y decepción… siento que estoy jugando con fuego.
Nick está más cerca del enamoramiento que del capricho. Y yo estoy más cerca de salir corriendo que de entregarme.
De vuelta al despacho, Nick me observa como si estuviera intentando leer mis pensamientos. Concretamente, los pornográficos.
—¿Te pasa algo? —pregunta, con voz suave.
Me recompongo y carraspeo.
—No. Me voy. Llámame si me necesitas.
Lo dejo trabajar y vuelvo a mi mesa.
Un par de horas después, Nick me llama de nuevo.
—Convoca una reunión para esta tarde.
—¿Con quién?
—Con Marcus y Emily. Y quiero que tú también vengas…
—¿Yo? ¿Para qué me necesitas?
Su mirada se suaviza. Lo justo para que mi estómago dé un vuelco.
—Porque eres más lista que yo —dice simplemente—. Y porque confío en ti.
Eso sí que no me lo esperaba.
Trago saliva. Tengo que controlar la cara o leerá todo lo que me provoca.
—Te estás poniendo muy cursi, Nicky.
—Solo soy sincero.
Se hace un silencio donde el aire parece volverse más cálido.
Llevamos semanas jugando al mismo juego. Quiere derretirme, como si yo llevara las riendas de nuestra «relación». El muy idiota no sabe que, si las suelto, seremos dos caballos locos despeñándose por un acantilado con todo el equipo.

Me aclaro la garganta.
—Nick…
—¿Dónde será la reunión?
—En mi suite. Donde nadie pueda escucharnos.
Él se queda muy quieto.
—¿Vas a venir?
—Sí.
Él me mira como si quisiera decir algo más, algo grande, algo que me haría correr… o quedarme para siempre. Pero no lo dice. Ya le he dejado muy claro que no quiero nada con él. Al menos en el mundo real.
Me giro para irme y vuelve a llamarme.
—Ava…
—¿Sí?
—Gracias por… quedarte, después de todo.
Supongo que habla de lo que pasó en la gala.
Ay, la jodida gala.
Yo iba preciosa con un vestido color champán que parecía estar hecho para mí y, a juzgar por la cara de Nick, también para sus fantasías más sucias.
Yo conocía a muchos invitados y no me pasó inadvertido que Nick estaba celoso hasta del ponche que estaba bebiendo. En cuanto pudo, me arrinconó en un lugar privado y me besó sin que pudiera evitarlo.
—Me estoy enamorando de ti —susurró contra mi oído, sin anestesia, sin aire, sin nada. Casi me da un puto infarto.
Yo, que llevo tatuada una regla básica de «Sentimientos no, gracias».
No quise creerlo.
Me vino a la cabeza un estribillo muy pegadizo que rezaba «No es amooor, es una obsesióóónnn». Así que tomé la peor decisión posible: acostarme con él para borrarme de su maldito sistema.
Juro que pensé que funcionaría. Que muerto el perro, se acabó la rabia…
Terminamos en su suite. Con la ropa por los aires, los labios por todas partes, y su cuerpo incrustado en el mío de mil maneras distintas.

Fue una locura. Una maravillosa y estúpida locura.
Y a la mañana siguiente estaba más decidida que nunca a cavar el hoyo y enterrarlo todo.
Estaba medio desnudo encima de mí cuando me soltó con esa voz ronca:
—Quiero salir contigo. Esta noche. Una cita formal.
Creo que hasta le grité y me fui dando un portazo.
Lo siguiente fue llamarme para contarme lo del infarto de su padre… y entre su voz angustiada y que detuvieron a Marcus, no pude mirar hacia otro lado.
Hice lo único que podía hacer: quedarme. «Como amiga», le aclaré.
Pasamos la noche en su piso, él haciendo llamadas, y yo preparándole café, intentando no abrazarlo cada vez que se derrumbaba por dentro.
Por suerte, la magia de Emily surtió efecto y soltaron a Marcus gracias al informe de su padre. Todo se estaba arreglando.
Dejamos a Emily y a Marcus en su piso y ocurrió lo peor.
—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté a Nick.
—Me iré a descansar. Y esta noche, probablemente salga para desconectar un poco. Necesito… relajarme.
Tragué saliva tan fuerte que casi me ahogo. Iba a ir al club. Para estar con ella. Solo que ella era yo. Y si no me encontraba…, seguramente estaría con otra.
Mi doctorado en malas decisiones y yo nos plantamos en el Lux Noor y… volví a acostarme con él.
Sé que la lógica brilla por su ausencia en mi vida amorosa, pero yo soy así. Un puñetero desastre que no obedece a la razón ni al corazón. Mi coño es quien está al mando al parecer…
Nick me mira como si no supiera qué hacer conmigo ni con sus sentimientos.
Me voy de su vista antes de que me vuelva el cerebro líquido. Porque sé que estoy entrando en un territorio peligroso con él. Y algo me dice que está a punto de descubrir que soy una arpía de categoría.

CAPÍTULO 37



EMILY

Cuando salimos del ascensor al pasillo de la suite de Nick, vuelve esa presión en el pecho que aparece cada vez que intento procesar todo lo que ha pasado.

Supongo que es normal.

Hace menos de veinticuatro horas Marcus estaba en una celda y yo estaba pidiendo favores que jamás pensé pedirle a mi padre.

Y anoche… Anoche acabamos comiendo pizza en su cama, besándonos como si el mundo no quisiera devorarlo vivo, antes de que él me mirara como si yo fuera… algo suyo.

Nos hemos dicho «te quiero»… Y eso son palabras mayores.

Porque un «te quiero» no es solo una frase: es una rendición voluntaria, una apuesta ciega, una promesa que se sostiene entre dos personas. Es abrir la puerta, la verdadera, la que todos

custodiamos con miedo, y dejar que alguien entre sin pedir garantías. Un *te quiero* es admitir que te importa más de lo normal, que no quieres un mundo sin esa persona, que el futuro, de pronto, es en plural.

Y ahora estamos aquí. Caminando juntos, sin huir.

Marcus llama a la puerta con toques firmes y Nick abre con la energía de quien lleva 48 horas sin dormir pero aún así parece listo para negociar una tregua en un conflicto internacional.

—¡Por fin! —exclama, como si fuéramos su equipo de operaciones especiales—. Entrad. Tenemos mucho que hacer.

La suite es un caos organizado: papeles marcados, flechas, diagramas, fotos impresas, nombres subrayados.

El cerebro obsesivo de Nick hecho escenografía.

Ava está sentada en el sofá, jugando con un vaso para fingir que no está nerviosa. Cuando me ve, me sonríe como si quisiera preguntarme en código morse por mi vida sexual.

—Gracias a todos por venir —nos dice Nick—. Sentaos, por favor.

Marcus pasa a mi lado y su mano roza mi muñeca en un gesto tan sutil que podría pasar por accidente. Pero no lo es. No después de lo que compartimos anoche.

Marcus se sienta a mi izquierda. Ava frente a mí. Nick de pie, frente a la mesa, como si fuera a dar un golpe de estado.

—He estado investigando a Gold…

—¿Y qué has averiguado?

—Que quiere comprar White Industries con una insistencia que no es normal. He estado siguiendo sus movimientos financieros, su dinero va y viene como si quisiera esconder algo.

—¿Qué has averiguado exactamente? —pregunto curiosa.

Nick coloca una foto sobre la mesa.

—Gold está comprando terrenos en África y otras empresas con problemas. No para absorberlas, sino para adquirir documentación histórica. Está buscando algo. O intentando que nadie más lo encuentre.

Marcus se tensa a mi lado. Puedo sentirlo.

—¿Qué relación tiene eso con nosotros? —pregunta Marcus. Su voz es control puro, pero yo detecto la grieta. La que solo yo sé ver.

—Todo. Gold filtró a la policía vuestras discusiones para que te detuvieran. No para vender más rápido… sino para dejarte fuera de combate. Quiere la empresa sin obstáculos.
Mi mano busca la de Marcus sin pensarlo. Él la aprieta mientras sigue sin mostrar expresión.
—La gran pregunta —añade Nick— es: ¿por qué necesita tanto White Industries?
Ava levanta la mano como en clase.
—Tengo una teoría loca —dice.
Marcus y yo la miramos. Nick la devora de una forma muy poco profesional.
Ava se cruza de piernas con una elegancia suficiente para que incluso Marcus pestañee.
—Un hombre solo se obsesiona con destruir a otro por tres motivos: un negocio, una venganza… o una mujer.
—Astrología mafiosa —murmura Nick burlón.
—Cállate, esto es útil —responde ella, sin mirarlo. Luego señala las fotos y continúa—: Yo creo que Gold necesita un sello respetable para tapar sus trapicheos ilegales en África y que nadie en el mundillo lo cuestione gracias a la marca White y a CTL.
Nick asiente.
—Además, busca algo —añado—. Se plantó en las oficinas cuando sabía que Marcus no iba a estar y se topó conmigo. Me dio la sensación de que esperaba encontrar algo…
Marcus ladea la cabeza.
—¿Y cómo vamos a averiguar lo que es? —pregunta.
Nick abre una carpeta y nos enseña la foto de un hombre.
—Con un cebo. Un nuevo comprador que rivalice con él para comprar White Industries. Gold tendrá que convencerlo para que se retire… y en ese proceso, acabará enseñando sus cartas.
—Gold no revelará sus cartas tan fácilmente —dice Marcus—. Es astuto.
—Depende de quién sea el comprador… —responde Nick sin dudar—. Tengo a alguien en mente. Un actor profesional. Tiene presencia, habla tres idiomas y sabe comportarse como un tiburón. Gold jamás sospechará.

—Vale —dice Marcus—. Pero ¿cómo provocamos la reunión?
Nick señala la palabra escrita en grande en un papel: Lux Noor
Ava frunce el ceño.
—¿Allí? ¿Estás seguro?
—Es el sitio perfecto para bajar la guardia. Allí la gente se confía.
Mi respiración se detiene un instante.
Ese sitio ya ha desencadenado suficientes terremotos en nuestra vida.
Marcus aprieta mi rodilla, firme, protegiéndome incluso antes de hablar.
—Si esto se hace en el club, ellas no estarán involucradas.
—Lo siento, ya estamos metidas hasta el fondo —digo firme.
Marcus me lanza una mirada fría que dice que le importo más que su vida.
—No pienso arriesgarte.
—No haberme dejado entrar en tu vida —respondo.
Nick carraspea.
—Antes de que esto se convierta en un concurso de miradas intensas… tenemos que fijar un plan. Hay que tenderle una trampa a Gold.
—¿Cuando sería? —pregunta Ava.
—Este fin de semana —responde Nick—. Necesitamos tiempo para que se entere de lo del nuevo comprador.
Marcus aprieta mi rodilla con un gesto protector.
—El plan requiere discreción absoluta. El viernes, todos en el Lux Noor. Marcus manejará la parte interna. Yo dirigiré al actor. Ava estará pendiente de cualquier movimiento raro de Gold. Y Emily…
Marcus se adelanta.
—Emily no hará nada.
—Emily hará lo que crea necesario —lo interrumpo. Y lo digo mirándolo directo a los ojos.
Él aprieta la mandíbula… pero no replica. Lo cual es casi aterrador.
Nick toma aire y concluye:
—El viernes no puede haber margen de error. Resolved ahora todo lo que tengáis que resolver.
Marcus y yo nos miramos.

—Te cambiaste el pelo para estar a salvo, ¡¿y ahora vas a volver a meterte allí?!
—¡Con la máscara nadie me reconocerá! No pienso perdérmelo.
Ava se levanta, da un sorbo a su bebida y dice:
—Yo tampoco. Esto es casi ilegal… ¡Y completamente emocionante! Contad conmigo.
Marcus resopla y me atrae para que me siente encima de sus piernas. Delante de ellos. ¡En público!
Junta su frente con la mía y mi corazón da un salto tan fuerte que casi me deja sin aire.
—Prométeme que tendrás cuidado. No puedo estar pendiente de ti si estoy a otra cosa…
—No te preocupes. Estaré a salvo.
Marcus me saborea con avaricia y escuchamos a Ava decir:
—Aw… Pero qué bonitos sois.
—Si quisieras, vosotros también podríais serlo.… —dice Marcus cortante.
Ava se queda congelada un segundo. Nick tose, incómodo. Y se hace un silencio.
Marcus finge que no ha dicho nada, aunque no sepa callarse cuando debería.
Le aprieto la mano para que no siga, pero él mantiene la frente apoyada en la mía, respirando contra mis labios como si el resto del mundo fuera ruido.
—Si algo sale mal… —susurra, casi inaudible—. Prométeme que harás como si no me conocieras.
—No va a salir mal —le prometo.
—Llegado a un punto no me importa el plan. Ni Gold. Ni la empresa. Me importas tú. ¿Estoy siendo claro?
Mi pecho se enciende como una bengala, la habitación se achica, y por un segundo, olvido que no estamos solos y le beso con una ternura muy íntima.
Una palma se estampa contra la mesa.
—Bueno —anuncia Nick, con esa voz de «si no corto esto ahora, empiezan a desnudarse»—. Doy por cerrada la reunión antes de empezar a vomitar arcoíris…

Ava se ríe.
Yo me separo de Marcus despacio, como si me arrancaran de un imán.
—Perfecto —dice él, ya de pie, de nuevo en modo acero puro—. El viernes, todos listos. No quiero ni un error.
—Habrá errores porque somos humanos —dice Nick—. Solo espero que sepamos capearlos antes de que alguien salga herido.
Sus palabras son como una premonición que me da escalofríos.

CAPÍTULO 38



El Lux Noor respira distinto esta noche.
Se mueve como si supiera algo que yo no. Como si la propia arquitectura del club estuviera conteniendo el aliento.

Camino por el corredor principal mientras la música ambiente vibra en mis costillas.
Tengo interiorizado que aquí no soy Marcus White. Aquí soy el Regente. El hombre al que nadie mira a los ojos si no quiere problemas. El juez silencioso de un mundo que no admite errores ni debilidades.
Y justo por eso… esta noche estoy en peligro.
Porque hoy sí tengo una debilidad.
Llevará el pelo rojo y un vestido que sé que me va a quitar años de vida. Y espero que una máscara que impida que nadie le haga daño.
Emily no debería estar aquí. No puedo protegerla dentro de mi infierno. Y cuando la veo entrar, mi cuerpo reacciona como si hubiera recibido un disparo.
Ava va resplandeciente, exagerada, segura. Pero Emily… Emily parece hecha para este puto lugar. Y para mí.
Me obligo a permanecer en mi sitio, quieto junto a la barandilla del nivel superior.
Solo debería observar. No sentir. Pero ahora siento demasiado. Siento rabia, celos, miedo… Cada hombre que gira la cabeza hacia ellas se convierte en una amenaza para mí.
Logro mantenerme firme cuando los Rossetti, con su poca discreción habitual, entran en la sala.
Sus ojos recorren el club buscando caras conocidas y curvas aún más conocidas.
Gracias a Dios no reconocen a Emily. Por ahora.
Nick se acerca a mí desde la escalera lateral.
—Gold está dentro —murmuro sin saludarle—. Me lo han confirmado los de la entrada.
Nick asiente, pero sus ojos se van hacia la barra donde Ava tontea con el camarero que le sirve la copa.
Está preciosa. Parece una diosa. Y tengo la sensación de que nuestro lado humano puede joder las cosas esta noche…
—Contrólate —le digo a Nick sin girarme.
—Estoy controlado —responde él. Pero su voz dice lo contrario.
Emily está en un sofá, fingiendo indiferencia, pero sé leerla.
Sus hombros están tensos, la forma en que observa cada movimiento

la delata, hay un cálculo constante en su mirada. No pega porque aquí la gente viene a relajarse, no a lo contrario.
Ha querido venir porque cree que puede ayudar, pero sé que está asustada y rezando para que no pase nada.
Pobre ilusa… Tiene pinta de que esta noche va a pasar de todo.
Veo que Gold entra en el salón acompañado por un guardaespaldas que cree que intimida. Qué mono.
El actor contratado ya está en el reservado. ¿Por qué no se dirige allí? Parece tan rico y tan insoportable que incluso yo me creería que quiere comprar mi empresa.
Gold se acerca a la barra para… ¡hablar con Ava!
¿La habrá reconocido? IMPOSIBLE. No se conocen.
No escucho la conversación, pero no necesito hacerlo para saber que está ligando con ella. Quiere llevársela con él al reservado.
Por suerte Ava es buena interprete y se adapta. No mira ni una vez hacia aquí.
¿Sabéis quién no se adapta?
—Joder —susurra Nick inquieto. Pero le bloqueo el paso antes de que se vaya.
—No te metas.
—¿Estás loco? ¡No va a tocarla!
—Está siguiendo el plan.
—¡Este no era el plan!
La discusión flota sobre la música. Ava se ríe con Gold, inclinándose un poco hacia él. Y ese gesto destruye a Nick, que aprieta los puños, impotente.
Vemos como se van juntos a la sala vip y Nick maldice.
—Tranquilo, están con el comprador —le recuerdo—. Vamos a la sala de control. Allí podremos ver las cámaras de seguridad.
Yo no me preocupo. Está todo controlado, hasta que escucho mi nombre con un tono de voz áspero. Exigente.
—Regente…
Me giro y veo a los Muratti.
Su líder me mira como un coronel en guerra, con esos aires de quien está buscando sangre. La discreción tampoco es lo suyo.
No parece que vengan a negociar, vienen a cobrarse a alguien.

Me planto frente a ellos con una calma tan fría que ni yo mismo me explico. Pero los esperaba… si no, ya me habría cagado encima.
—¿En qué puedo ayudaros? —contesto.
—Nos falta alguien —responde sin rodeos—. Sabemos que mi hijo Luan estuvo aquí hace dos noches —continúa serio—. Queremos ver las grabaciones de ese día.
—No sé dónde está Luan. Pero se fue de aquí poco después.
—Mentira —escupe uno de ellos—. Él no salió de aquí vivo. Y tú eres la única persona que controla las puertas.
Me acerco a él y sus hombros se tensan. Les encanta actuar como si les diera miedo mi presencia, pero la realidad es que les da miedo mi tranquilidad.
—¿Estáis insinuando algo? —pregunto con voz baja.
—No —contesta acobardado—. Solo queremos pruebas.
La presión en mi interior crece. No puedo decirles nada sin arrastrar a Emily a las consecuencias. Los Muratti me rodean como lobos. No piensan dejarlo pasar.
—Lleva dos días sin aparecer —repite el líder con los ojos clavados en los míos—. Eso en nuestra familia significa que está muerto.
Mi mandíbula se tensa.
—Si hubiera muerto aquí —respondo con un tono que podría cortar acero—, ya lo sabríais.
—¿Cómo sabes que se fue?
—Porque se enzarzó en una discusión con los Rossetti, para variar. Y tuvimos que separarlos. Le dijimos que se fuera. Serían sobre las dos de la madrugada.
—Queremos ver las cámaras y qué coño pasó —dice el padre.
—Solo puedo enseñaros la entrada y la salida. Las normas del club son para todos. Discreción ante todo.
—Al menos déjanos ver si se fue solo o con alguien… —dice otro—. O si estaba herido.
Inspiro hondo y saco el móvil del bolsillo lenta y calculadamente. Quiero que piensen que aquí dentro todo es accesible y está bajo control siempre.
Rebusco el vídeo en las carpetas de la fecha mientras los Muratti no pierden detalle.

—Como os he dicho… Luan salió del club. —Enseño el archivo preconfigurado. Un vídeo falso de IA que mandé generar a precio de oro.
El vídeo muestra a Luan cruzando la puerta del Lux Noor, tambaleándose ligeramente.
Los tres se inclinan sobre la pantalla.
—Salió vivo. Si le pasó algo fuera, ya no lo sé. No es asunto mío.
Los Muratti murmuran entre ellos y se marchan sin decir nada más.
Me trago el suspiro de alivio y, como si el demonio quisiera recordarme que no tengo un segundo de respiro esta noche, cuando busco a Emily la veo hablando con… ¡Luka Y Matteo!
Mi corazón se detiene y un latigazo frío me recorre la columna.
Emily les está diciendo algo mientras señala hacia mí.
Ellos se ríen. ¿Qué pretende? ¿Negociar con ellos?
Siento que el suelo se inclina bajo mis pies.
No puedo respirar. No puedo pensar. Solo puedo ver que la mujer que amo está a punto de cometer el error más grande de su vida.
Emily no conoce las reglas de este mundo. Aquí una frase mal dicha, una palabra mal usada, una mirada mal interpretada… puede matarte.
Uno la coge de la cintura y estoy a un paso de perder la puta cabeza.
Mis pies empiezan a moverse solos, rápidos, firmes, hacia las escaleras que bajan al nivel donde los Rossetti la rodean.
Y mientras bajo, siento que cada músculo de mi cuerpo se prepara para la guerra.
Porque si alguien la toca…
Quemaré este club.
Quemaré esta ciudad.
Y quemaré el puto mundo entero si hace falta.

CAPÍTULO 39



EMILY

Soy consciente de que no debería estar hablando con ellos..
Marcus me lo dejó clarísimo. «No hables con nadie». Y menos, con los que saben que eres testigo de un asesinato.
Pero cuando he visto que unos hombres acorralaban a Marcus en busca de venganza, he imaginado que eran los familiares del muerto y tenía que hacer algo.
El problema es que, cada segundo que pasa, me arrepiento más de mi decisión.
Nada más empezar, me he dado cuenta de que no es gente normal. No son… razonables. Y estoy cagada.
—Así que eres «esa chica» —dice Luka, interesado—. La que se pasea por el club sin la máscara y ve lo que no debe… ¡Vaya cambio de look te has hecho, ¿no?! ¿Acaso tenías miedo?
Ríen con crueldad.

Yo trago saliva con discreción.
—Solo digo que deberíais asumir la autoría de vuestros logros, no dejar que otros carguen con el triunfo…
Matteo me observa como si fuera un puzzle a medio resolver.
—¿Y tú quién coño eres para preocuparte por eso?
—Alguien que entiende cómo funcionan estas cosas —respondo, sosteniéndole la mirada. No sé con qué fuerza sobrenatural, pero lo hago.
Luka apoya un codo en la barra.
—Bella —dice Matteo con acento italiano—, a mí no me importa quién seas, pero sí me importa que metas las narices en nuestros asuntos…
Mi pulso se desboca. Estoy a un paso de perderlos.
—Lo único que hay que ocultar es que ese chico murió dentro del club. Pero podéis decir que la pelea fue fuera…
Ambos se quedan helados un segundo. Y de repente, algo cambia en su mirada.
Algo muy, muy malo. Matteo entorna los ojos. Y entonces lo veo. Avanzando hacia nosotros, es Marcus.
Su expresión no es de enfado, es de homicidio premeditado.
Mis pulmones se vacían de golpe.
Ahora entiendo la figura del Regente. Un hombre cuya oscuridad deja en ridículo al propio club. Su máscara siniestra y diferente no ayuda a tranquilizarte. Es como la propia muerte viniendo en tu búsqueda.
Me va a matar por estar hablando con ellos.
Los Rossetti se encogen un poco cuando la sombra de su presencia cae sobre nosotros.
—Buenas noches… —dice Marcus con un tono en el que deberías echar a correr en cualquier idioma.
Los Rossetti se enderezan como pueden.
—Regente —saludan tensos.
Marcus no pestañea. Ni siquiera me mira a mí…
—¿Qué hacéis hablando con ella? —pregunta con una calma que da miedo.
—Nada. Solo conversamos —dice Luka.
—No parecía una conversación, parecía que la estabais vacilando.

—Relájate —responde Matteo con una sonrisa torpe—. Estábamos de broma.
Marcus gira el rostro hacia mí y todo su control se rompe durante un microsegundo. Solo uno. Pero el suficiente para que entienda lo devastado que está.
—Aléjate de ellos ahora mismo —me ordena en voz baja.
Mi cuerpo obedece sin consultar a mi cerebro y me aparto.
—Oh, vamos… —dice Luka—, solo hablábamos con la chica. Es guapa, educada, y tiene opiniones muy interesantes sobre lo que hacer con los muertos de los demás… ¿A que sí?
Marcus se coloca entre ellos y yo, bloqueándoles el paso.
—No volváis a mirarla ni a dirigirle la palabra —dice despacio.
Matteo sonríe como un idiota que no sabe que va a morir.
—¿Por qué?
—Porque es mi prometida.
Mi mundo se cae por un barranco.
Él no me mira. Solo afronta a los Rossetti con el pecho erguido y los ojos más fríos que he visto en mi vida.
—Tenéis cinco segundos para entenderlo.
Los Rossetti se miran alucinados. Evaluando. Midiendo. Entendiendo lo que sea que tengan que entender.
—No lo sabíamos… —admite Luka serio.
—Ahora ya lo sabéis —responde Marcus sin moverse—. Lo de los Muratti está solucionado. Pero no habrá más oportunidades. Si volvéis a joderme, me encargaré personalmente de que desaparezcáis y de que nadie os eche de menos. ¿Ha quedado claro?
Ambos asienten y se alejan despacio, sin decir nada, y desaparecen entre la multitud.
En ese momento, Marcus me atrapa por la muñeca y me arrastra hacia un pasillo lateral.
No aprieta, pero tampoco me deja opción.
Aterrizamos en una sala tan pequeña que parece un confesionario. Por fin estamos solos, lejos del ruido, de las luces y de las miradas. Se gira hacia mí y se desprende de su máscara y de la mía.
Nunca le había visto tan furioso.

—¡¿SE PUEDE SABER QUÉ COJONES ESTABAS HACIENDO?! —gruñe tan cerca de mi cara que me falta aire.
—Solo intentaba… ayudar —digo temblorosa.
—¿Ayudar? —Se acerca más—. ¿Ayudar A QUIÉN, EMILY?
—A ti.
—¡¿A mí?! —Se ríe sin humor—. No sabes el peligro que has corrido…
—¡¿Y tú?! ¡No iba a dejar que te culparan por el muerto! —digo, apretando los puños.
—¡ME DA IGUAL EL PUÑETERO MUERTO! —me espeta con un dolor que no le había oído nunca—. Si te pasa algo… de aquí no sale nadie con vida. ¿Entiendes eso?
Intento hablar, pero su rabia es un golpe cálido y helado a la vez que me deja muda.
—No puedes tener una conversación con ellos así como así… ¿Estás loca? ¿Quieres morir?
Su respiración es irregular.
—Lo siento… —balbuceo.
Marcus se pasa una mano por el pelo, como si intentara arrancarse la angustia de encima.
—Emily, no entiendes en qué mundo te estás metiendo… No entiendes lo que esa gente hace con los cabos sueltos. Y tú… tú no eres un cabo suelto, eres…
—Tu prometida —susurro—. ¿Por qué lo has dicho?
Da otro paso hacia mí y mi espalda toca la pared.
—Porque si no lo decía, no salías viva de esa conversación…
Mi corazón da un vuelco violento.
—Pero Marcus…
—No quiero que vuelvas al Lux Noor nunca más —dice, pero no suena a orden, sino a súplica—. No te metas en problemas. No sacrifiques nada por mí. Te lo advierto por última vez…
Lo miro fijamente.
—Si pretendes que me quede quieta viendo cómo te comes el marrón tú solo, es que no me conoces…
Él cierra los ojos un segundo.
Cuando los abre, ya no es el Regente. Es Marcus. El hombre que anoche comió pizza conmigo en la cama. El que me miró como si

fuera la única cosa cuerda de su vida.
Me toca la cara, despacio, como si necesitara comprobar que sigo viva.
Mi respiración se entrecorta. Yo y mi estúpida necesidad irracional de retarlo…
Me dice que no me acerque al peligro, cuando él es el peligro.
—Estoy muy enfadado contigo —dice con una sinceridad brutal—. Pero más conmigo mismo por no mantenerte lejos de mí. Por quererte tanto que ni siquiera puedo protegerte como debiera…
Mi corazón explota.
Me promete seguridad, pero si alguien se atreve a respirar cerca de mí, puede darse por muerto.
—Yo he elegido estar aquí —respondo convencida.
—Pues yo elijo no dejar que te maten por mi culpa —replica, apoyando sus manos en la pared a cada lado de mi cabeza, encerrándome con su cuerpo—. Y voy a cumplir esa elección, Emily, aunque te enfades conmigo. Aunque me odies.
Sus labios rozan los míos, apenas un segundo, como si quisiera evitarlo y no pudiera.
—No voy a odiarte, Marcus… Y si tengo que casarme contigo para que estés tranquilo, lo haré.
—No sabes lo que dices…
—Sí lo sé. —Pongo la mano sobre su pecho, justo donde late ese corazón que jura no tener—. Te has saltado las normas por mi culpa. Te están presionando. Y si puedo ayudarte, lo haré.
—Tú no ayudas, tú me haces débil. —Su nariz roza la mía. Sus labios están tan cerca que me arden—. Porque no soy capaz de pensar claro cuando estás en peligro…
¿Qué poder tengo yo para provocarle eso? Debe ser amor.
—No vuelvas a poner tu vida por delante de la mía —suplica con voz temblorosa.
—Y tú no vuelvas a subestimarme —le beso.
Nuestras lenguas bailan una danza peligrosa. Una danza que hace juramentos. Que sella promesas.
—Dios, Emily… —susurra rendido—. Me estás matando.

—Pues muérete dentro de mí —musito incrustándole en mí. Marcus me mira como si acabara de incendiarle la sangre al entender lo que necesito.
Su cuerpo se pega al mío, grande, duro, ardiendo.
—Emily… —gruñe—. Ahora no podemos… Ava está con Gold. Estamos en plena misión. Y yo solo pienso en follarte. ¿Te das cuenta de lo preocupante que es eso para mí?
—Muy preocupante —musito mimosa—. Pero Gold no es un mafioso, solo es un magnate avaricioso, y Ava no es la dulce secretaria que tú crees. Está curtida de tíos así. Ha venido al Lux Noor mil veces…
Noto su sorpresa y aprovecho para desabrochar su cinturón, y más… Él resopla excitado.
—Emily estoy trabajando… Soy el Regente…
—Y yo tu prometida. —Le muerdo la boca juguetona.
Sus labios absorben los míos rindiéndose a la evidencia.
Mi mano se enreda en el pelo de su nuca y tiro de él para atraerlo más hacia mí. Él responde apretándome contra la pared, marcando cada centímetro de su cuerpo contra el mío, como si quisiera dejarme tatuada en él.
—No sabes lo que estás aceptando… —murmura con una mezcla de devoción y amenaza.
—Sí que lo sé. —Le beso el cuello, justo donde late su pulso—. Y lo quiero… Lo quiero todo de ti.
Él apoya su frente en la mía, respirando hondo, como si intentara agarrarse a un último hilo de autocontrol.
No lo encuentra. Mala suerte.
Su boca vuelve a la mía, arrasándola como si el tiempo dentro del club hubiera dejado de existir.
Me sube el vestido, me rompe las bragas, y un segundo después se sumerge en mí con una fuerza sobrehumana.
Me agarro a sus hombros, a su potencia, a su entrega absoluta, y oigo como mi nombre se le escapa entre dientes, ahogado, reverente.
El placer que siento ahora mismo no es comparable a nada.
—Eres la más peligrosa de todos… —sisea—. La que más.

Sonrío sabiendo que a mis padres les va a gustar mi elección como marido sobre el papel. Lo genial es que este pretendiente tiene su mundo del revés. Oscuro, intrigante y perverso. Y me gusta. Porque Marcus es un diamante en bruto que brilla entre el barro… pero sus sombras me gustan todavía más.
Quizá porque, por primera vez, siento que hay un lugar para mí dentro de ellas.

CAPÍTULO 40



NICK

Estoy encerrado en la sala de control con dos técnicos que fingen no mirar las pantallas, aunque están más tensos que yo. Que ya es decir. Tengo delante a Gold, Ava y el actor contratado acomodados en el reservado vip, donde la gente entra siendo alguien y sale siendo nadie.

Ava posa con esa seguridad que siempre me jode. La que me enciende y me enamora, aunque intente negarlo.

Lleva un vestido que no debería existir. Es luminoso y mortal a la vez. Palabra de honor, corto y color plata. Como para no fijarse en ella…

Gold la mira como si quisiera colgarla en la pared de su casa. Yo aprieto los dientes tan fuerte que me cruje la mandíbula.
—Tranquilo —dice uno de los técnicos sin mirarme—. De momento, solo están hablando.
Mentira.
Ese cabrón no entiende nada.
Ava nunca está «solo hablando». Ava es dinamita envuelta en piel. La clase de mujer que hace que un hombre pierda la cabeza con gusto.
La cámara enfoca los sofás. El actor hace bien su trabajo, está relajado y es tope arrogante. Gold le sonríe con suficiencia.
— *¿Por qué debería retirar mi oferta?*
— *Porque White Industries no es para tanto…*
— *Claro, por eso me has citado, para quedártelo tú. No entiendo por qué…*
— *Tengo un interés especial en esta empresa.*
— *¿Cuál?*
— *Tiene un significado personal.*
—Vamos, cabrón… —musito—. Suéltalo ya…
Entonces lo dice:
— *Un asunto del pasado. Necesito solucionarlo y quedarme tranquilo.*
Mi corazón se dispara.
—Hijo de puta… —susurro.
Tenemos media prueba. Algo es algo.
Es la clase de frase que huele a ilegalidad, a lavado de dinero, a algo turbio. Pero Gold baja la voz y ya no lo escuchamos.
Mierda.
Ava inclina la cabeza como si entendiera perfectamente lo que están diciendo. Su sonrisa es una daga. Al final va a ser bueno que esté ahí dentro.
En ese momento, un recuerdo vuelve a mi mente.
Ava riéndose en la oficina y diciendo: «No hay nada que no pueda arreglar o destruir con encanto». Y yo, como idiota, enamorándome un poco más cada vez.
Vuelvo a la pantalla.
El actor le dice a Gold que le dejará la empresa y este le da una palmada en el hombro.

—Ahora, si no te importa, quiero quedarme a solas con ella —dice Gold sibilino.
—Claro… Que lo paséis bien —se despide el actor.
Me quedo sin respiración.
—No… —murmuro. Pero la pantalla no me escucha.
El actor se levanta y Ava se queda en la sala. Con Gold.
El guardaespaldas sale también y los dejan solos.
Mi estómago se retuerce como si me hubieran lanzado desde un rascacielos.
Ava no le teme. Ella no teme a nadie. Pero yo sí.
La veo cruzar las piernas como si tuviera el control absoluto de la situación. Y quizá lo tiene. Pero ese cabrón no lo sabe.
Otro flash me aporrea la cabeza.
Ava, apoyada en mi mesa, sonriéndome mientras decía «Vamos, Nicky. No seas soso. No te asustará un poco de fuego, ¿no?». Y yo, tragando saliva como si solo fuera un hombre torpe ante una mujer demasiado brillante.
La pantalla muestra a Gold inclinándose hacia ella. Demasiado cerca. La mano de ese cerdo roza su muslo.
Ella sonríe… pero no es su sonrisa real. Es la profesional. La falsa. La peligrosa.
Me muevo incómodo.
—Voy a romperle los dientes —gruño, y los técnicos me miran como si estuviera loco.
Me la suda.
Me muevo dispuesto a salir de la sala, dispuesto a romperle la cara a Gold y joder el plan. Pero entonces, algo en la pantalla llama mi atención.
Ava inclina ligeramente la cabeza y se aparta un mechón detrás de la oreja con un gesto que conozco demasiado bien.
Un gesto que he visto en otro lugar. En otra mujer.
Dios…
Gold la atrae hacia sí y se la sube encima a horcajadas. Ella coloca las piernas de esa forma lenta, casi estudiada, revelando una liga negra que conozco bien.

Esa jodida liga negra. La que lleva siempre la mujer anónima del club. Mi escape. Mi alivio de Ava, que resulta ser…
El mundo se me cae encima.
—No puede ser… —susurro.
Pero sí es.
Ava se mueve exactamente como ella. Es su forma de mirar, de desafiar, de invitar y castigar al mismo tiempo.
—Joder… —Me llevo las manos a la cabeza.
Llevo follándomela semanas en el club mientras sufría por ella en la oficina.
Me ha mentido…
Ha estado disfrutando de mí sin decir palabra.
Siento un golpe en el pecho, como si alguien me hubiera hundido un puñal entre las costillas.
—Hija de puta… —me oigo decir. No con odio, sino con una mezcla insoportable de deseo, incredulidad y traición.
Y de repente, entiendo todo.
Su distancia. Sus juegos. Su fuerza de voluntad…
Me da un mareo.
La veo en la pantalla, perfecta, peligrosa, inalcanzable. Y por primera vez, quiero huir. Destruir todo lo que ha habido entre nosotros.
Ella lo sabía desde el principio…
Siempre me ha tenido. En ambos mundos. Y no sé qué cojones voy a hacer ahora.
—¿Está bien? —pregunta un técnico.
No. No lo estoy. Pero sonrío como un loco.
—Sube el audio —ordeno—. Quiero escuchar cada palabra.
Porque si Ava me ha engañado así… quiero enterarme hasta del último detalle.
Aunque me mate.
Desde el primer día que vi a Ava pensé dos cosas: una, que era la mujer más peligrosa que había visto en mi vida; y dos, que quería hacer cosas ilegales con ella encima de cualquier superficie estable.
Pero el universo dijo «Venga, vamos a joder un poco a Nick».
Y el karma me lanzó una bomba nuclear en tacones. Un «te voy a provocar hasta que llores» en forma de mujer.

Y desde ahí, mi única neurona funcional decidió desconectarse.
Ella entraba en una habitación y mi cuerpo babeaba por sitios extraños. Y ella lo sabía. Le encantaba verme perder la compostura. A mí, que soy famoso por follarme mis problemas y dormir como un bebé después.
Pero con Ava… no dormía. Ni follaba.
La maldita gala fue el principio del fin.
Ella apareció con un vestido color champán que jamás deberían haber diseñado. La vi y pensé «Soy un puto idiota enamorado *».*
Y encima estaba hablando con otro tío. Riéndose como si nada le preocupara. Como si no llevara semanas volviéndome loco.
Así que la acorralé como haría un maldito animal. Pegándola a una pared de mármol de un salón contiguo. Y en vez de mandarme a la mierda por prepotente, me miró y sonrió.
—Nick… ¿qué pretendes?
—Ya que lo preguntas, voy a besarte.
—Ni se te ocurra.
—Voy a hacerlo.
—No serás capaz…
—Mírame.
Y nos besamos. Y fue… Una jodida catástrofe. Un tsunami.
Un orgasmo con ropa. Me dejó KO. Y creo que a ella le pasó lo mismo.
¿Por qué íbamos a acabar en mi suite, si no?
Cuando por fin me tumbé encima de ella y sus piernas me rodearon, juro por todo lo que existe que mi alma salió de mi cuerpo, dio dos vueltas a la Tierra, volvió y me abofeteó por imbécil.
He tenido sexo memorable. Y también espantoso. Pero lo de Ava fue otra categoría.
Fue sexo de fin del mundo. Sexo de «si mañana muero, no me importa».
El problema llegó a la mañana siguiente, cuando, en un ataque de sinceridad que aún no me perdono, le pedí salir como si tuviéramos quince años.
Cada sílaba fue peor que confesarle a Marcus que había estrellado su Porsche. Ava se incorporó como si le hubiera dicho que se mudara

conmigo al campo a cultivar tomates.
—¿Perdona?
—Una cita. En serio. Tú y yo.
—Rotundamente no.
—¿Por qué no?
—¡PORQUE NO Y PUNTO! ¿Estás teniendo un colapso hormonal? Tranquilo, se te pasará.
Bonita reacción, ¿verdad?
Me trató como si tuviera fiebre. Como si enamorarme fuera una jodida enfermedad mental.
Y yo me quedé ahí, en pelotas, preguntándome cómo coño había llegado a esa situación.
¡Yo! Que soy un mujeriego incurable. ¡Enamorado!
Y, encima, rechazado.
Maravilloso.
Recuerdo perfectamente la última conversación que tuve con mi padre sobre Ava.
Estábamos en su despacho, revisando unos documentos cuando Ava pasó por el pasillo con un café en la mano y ese balanceo de caderas que me vuelve loco.
Clifford la miró. Y luego a mí. Bufó como si acabara de oler un incendio.
—Hijo… —murmuró—. Cierra la boca.
—No la tenía abierta.
—Sí la tenías. Y también las pupilas dilatadas. Una mujer así no es para ti.
—¿Cómo que «así»?
—Una que piensa más rápido que tú. Una que ve venir la jugada antes de que tú pienses en hacerla. Ava es otro nivel.
Fruncí el ceño.
—No sabía que tenías tan buena opinión de ella.
—Tengo una excelente opinión de ella. —Se reclinó en la silla—. Por eso mismo te digo que te guardes la polla, Nicklaus. Juega con otras. Ella es demasiada mujer para ti.
—¿Perdona?
—Lo digo porque te conozco, y no quiero que le arruines la vida.

—No voy a arruinar nada.
—Hijo… arruinar cosas es tu deporte favorito.
Me fui del despacho indignado.
—Tranquilo, no voy a liarme con ella.
—Más te vale. Ya ha sufrido suficiente.
Esa frase se me quedó clavada. Siempre he sido curioso. Vale, cotilla. Pero salí de allí jurando que estaba equivocado. Que yo controlaba la situación. Que Ava era solo un capricho que podía sacudirme de encima.
Y ahora mírame…
Control cero. Capricho convertido en apocalipsis emocional. Y yo sin casco. Me pregunto si la venganza vale la pena cuando el precio es tan personal…
Acabo de descubrir que la chica del club, es ELLA. Lo ha sido todo este tiempo.
Me mandaba a la mierda por la mañana y me destrozaba los huevos por la noche. Gold y Ava empiezan a besarse y tengo que apartar la vista.
¿Hasta dónde va a llevar la farsa?
Decido que no quiero averiguarlo y me marcho del club siendo otra persona.
Voy a darle buenos motivos para que me llame Black… No pienso decirle que la he descubierto. Ahora me toca jugar a mí…

CAPÍTULO 41



Nada como un buen *brunch* un domingo por la mañana con la familia para sentirse civilizado o casi normal.

Mi padre está sorprendentemente despejado para haber tenido un colapso hace pocos días. Lleva una bufanda gris, gafas de leer y esa actitud incómoda de quien se siente obligado a comportarse como un ser humano decente porque hay público.

Nos sentamos en un lugar apartado.

Nick tiene ojeras, la mandíbula tensa y un tic nervioso en la pierna que solo aparece cuando está a punto de hacer una de sus locuras.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto en voz baja.

—¿Yo? —Finge una sonrisa pésima—. Estoy perfectamente. No tan bien como tú, con tu chica, tu club, tu empresa, pero estoy bien.

Bien, mis cojones.

Mi padre nos observa como si estuviera esperando un espectáculo.

—Bueno… —dice por fin—. ¿Tenéis alguna novedad que debería conocer?

Nick me mira. Yo le devuelvo la mirada. Y entonces lo suelto.

—Creo que estoy prometido.
El tenedor de Nick choca contra el plato. Mi padre deja de respirar. Tres mesas miran en nuestra dirección.
—¿Crees? —pregunta Nick desconcertado.
—En teoría —digo apoyándome en el respaldo—. Bueno… no sé si en serio o en broma. Pero… creo que sí. Es una cuestión política…
Mi padre se acomoda las gafas como si estar en esa tesitura fuera lo más normal del mundo para un hombre de mi posición.
—Bien —opina—. Me alegra saber que por fin alguno de mis hijos empieza a sentar cabeza.
—¿Eso es una pulla? —gruñe Nick—. Porque esto no es sentar cabeza. Esto es una locura… La conoces desde hace…
—Desde hace mucho —corrijo—. Y la conozco bastante bien.
Mi padre sigue hablando como si le hubieran activado un interruptor de padre tradicional que nunca ha usado antes:
—Se os ve bastante unidos. Eso es bueno.
Nick suelta una carcajada.
—¿Unidos? —replica—. Padre, no tienes ni idea…
—Mientras se traten con respeto… será un buen matrimonio.
Nick suelta un soplido.
—Hablando de respeto… Gracias por el préstamo, papá, pero ya no necesito más a tu secretaria. Voy a contratar otra.
Mi padre levanta una ceja como si acabara de presenciar un asesinato. Yo aprieto la mandíbula. Nick siempre tan disimulado con sus problemas personales. Le dije que es su protegida.
—¿No le habrás hecho algo a Ava? —pregunta mi padre oliéndose problemas.
Nick levanta una mano.
—Yo no le he hecho nada. Lo juro. Es solo que Ava no está hecha para trabajar conmigo. Es demasiado lista. Demasiado eficiente y manipuladora… Me pone de los nervios.
Mi padre carraspea, incómodo.
—Como quieras —dice—. Pero a ver quién te aguanta ahora…
Nick sonríe como si hubiera ganado algo, pero es una sonrisa vacía. Creo que está jodido de verdad.
Cuando mi padre se levanta al baño, aprovecho para indagar.

—¿Vas a contarme qué coño te pasa? —digo con ese tono que uso para provocarle—. Llevas todo el *brunch* con cara de funeral. ¿Pasó algo anoche en el club? Cuando volví, ya te habías ido. Los chicos de la sala de control me contaron lo que oyeron.
Nick aprieta la mandíbula.
—¿También te contaron que Ava se lió con Gold?
Me quedo quieto. No sé cómo tomarme eso.
—¿Y?
—Y quiero olvidarla —dice con una amargura tan cruda que casi me da lástima—. No quiero estar viéndola todo el día.
Lo miro durante un rato.
—¿Seguro que es eso? Porque tienes la misma cara que cuando tiraste fuegos artificiales dentro del garaje —comento.
—Eso fue un accidente.
—Y tienes exactamente la misma energía. Es como tener un déjá vu. ¿Qué coño has hecho?
Lo veo tragar saliva arrepentido.
—¿QUÉ. HAS. HECHO? —insisto. Porque lo conozco.
Nick se derrumba.
—Vale, la he cagado. ¿Contento?
—¿A qué te refieres?
Su voz se vuelve un hilo. Me cuesta entenderle.
—Estaba cabreado, dolido, destrozado, con la imagen de ella encima de Gold… Quería joder a alguien. Y puede que les dijera a los Muratti que Gold discutió con Luan en el club la noche de su desaparición…
Siento un golpe contra las costillas. Es mi corazón que se ha despeñado como una piedra en un barranco.
—Dime que estás de broma…
Él niega con un pánico sincero en los ojos.
La furia me atraviesa como un rayo.
—¡¿ESTÁS LOCO?! ¿Quieres que maten a Gold?
—¡No pensé que fueran a tomárselo en serio! —balbucea—. Solo quería distraerlos de ti…
—¡LOS ALBANESES NO SE DISTRAEN! —rujo—. Matan primero y después preguntan. Has puesto una diana en la frente de Gold, Nicklaus…

Mi hermano baja la cabeza como un niño al que acaban de pillar robando galletas, pero en versión adulta.
—No lo pensé bien… —murmura—. Estaba furioso.
—¿No pensaste que tendrías un cadáver sobre tu conciencia? —insisto—. Porque si Gold aparece muerto, no sabrás cómo vivir con eso. Te destruirá.
Nick aprieta los ojos, derrotado.
Me quedo en silencio durante un segundo. El puto segundo más largo del mundo buscando una solución.
—No has cambiado nada… —digo seco—. Como siempre me toca a mí limpiar tus estropicios…
Él levanta la mirada, herido.
—Lo siento…
—No puedo estar salvándote el culo cada dos semanas.
Nick se encoge un poco.
Y yo, a pesar de estar hirviendo por dentro, lo conozco lo bastante para saber que está arrepentido. Y eso es nuevo en él.
—Vamos a arreglarlo —resoplo—. Pero escucha esto, Nick: esta vez no va a salirte gratis. No va a ser tan fácil como pedir perdón y sonreír.
—Lo sé…
—Y te juro que si vuelves a abrir la puta boca en una sala donde haya mafiosos, te saco del Lux Noor a rastras y te veto la entrada para siempre.
Nick intenta sonreír.
—Eso ha sonado casi cariñoso.
—No ha sido cariñoso.
—Para ser tú, sí. Seguro que amenazas a la gente con sacarles los ojos…
Niego con la cabeza.
—¿Sabes qué es lo peor de todo? —digo sin mirarlo.
—Sorpréndeme.
—Que no puedo enfadarme contigo de verdad.
Nick sonríe, cansado.
—Lo sé. —Me da un golpecito en el hombro—. Esa es la jodida maldición de ser tu hermano favorito.

—No eres mi hermano favorito.
—Lo soy.
—No.
—Mírame y dime que no.
Lo miro durante dos segundos y me parece tan adorablemente idiota que tengo que suspirar.
—Eres insoportable…
—Eso es un sí —responde él, victorioso.
Quiero reírme, pero no puedo. Estamos metidos en un buen lío.
—Marcus… Si algún día necesitas que me meta en la línea de fuego por ti, lo haré sin pensarlo. De verdad…
La sinceridad me golpea las entrañas. Esas que compartimos.
Y entonces contesto la única verdad que puedo admitir:
—Si te pasara algo, nunca podría perdonármelo a mí mismo. Solo quiero que dejes de vivir en Nickylandia y te vuelvas un adulto.
Nick alza las manos, inocente.
—Prometo intentarlo.
—Prometer no sirve.
—Entonces te lo juro. Voy a ser más responsable a partir de ahora. Prometo no ir con el corazón en la mano. No merece la pena…
Me quedo quieto. Porque es la primera vez que mi hermano menor me promete algo sin sarcasmo. Y no quería que fuera eso, pero si yo hago el esfuerzo de ablandarme, él debe fortalecerse un poco también.
—Vale —digo al fin—. Ahora vamos a arreglar tu desastre con Gold.
—Perfecto. ¿Y cuándo piensas arreglar tu desastre con Emily? ¿Prometidos? Venga…
—Cierra la boca —gruño.
—Parpadea dos veces si te está obligando a casarte.
—Te juro que puedo matarte con esta servilleta.
—Pero no lo harás. Me quieres demasiado.
No lo admito. Pero tampoco lo niego. Y eso, para nosotros, ya es mucho.
—¿Cómo piensas arreglar lo de Gold?
—No lo sé, pero no voy a dejar que lo maten, aunque sea un cabrón.
—¿Y qué solución hay?

Me froto la frente. Ojalá no tuviera que decir esto, pero…
—En el club, Emily tuvo una idea que podría valer.
—¿Cuál?
—Intentar convencer a los Rossetti para que asuman la muerte de Luan fuera de nuestras paredes.
Nick abre mucho los ojos.
—¿Y van a hacer ese favor gratis?
—No —respondo—. Me lo van a cobrar. Y muy caro.
Nick traga saliva.
—¿Qué les vas a ofrecer?
Lo tengo decidido desde que vi a Emily enfrentarse a ellos con esa insolencia suicida que me enamora y me desespera a la vez.
—Una licencia para arreglar sus asuntos dentro del club conmigo haciendo la vista gorda.
—Pero… eso compromete al Lux Noor.
—Lo sé —repito—. Pero si eso evita que los Muratti maten a Gold, merecerá la pena. Necesito que los Rossetti aparezcan como dueños del cadáver. Que confiesen la agresión fuera del club.
Nick se pasa las dos manos por la cara.
—Hostia… Ese trato es de los que pueden complicarte la vida.
—Soy consciente —respondo seco—. Pero prefiero deberle un favor a los Rossetti, antes que tener otro muerto y una guerra abierta con los albaneses por culpa de tu bocaza.
Nick asiente en silencio.
—¿Cuándo vas a hablar con ellos? —pregunta.
—Hoy mismo. —Mi voz no tiembla. Parte de mí preferiría arrancarme un brazo antes que deberles algo, pero es lo que hay—. Llegaremos a un acuerdo y les diré dónde se supone que lo enterraron los Rossetti. Historia cerrada.
Nick se encoge.
—¿Y si no te creen?
—Lo harán.
Nick baja la voz.
—Marcus…
—¿Qué?
—¿Y si llegas tarde? ¿Y si ya han ido a por Gold?

La posibilidad me atraviesa como un cuchillo.
—No creo —murmuro—. Los Muratti no matan sin confirmar datos. Quieren estar seguros antes de mancharse las manos.
Pero mientras lo digo… una sombra espesa cruza mi pensamiento.
—Si ya lo tienen —continúo, terminando la frase que ambos tememos —. Si ya han ido a por él…
Lo miro. Y sé que Nick lo entiende.
—Entonces tendremos otro cadáver que esconder.
Nick suelta aire como si acabara de recibir un golpe en el estómago. La decisión está tomada. Me pongo en pie.
—Discúlpame con papá. Luego te cuento —digo, cogiendo mi móvil.
Nick me observa con una mezcla de culpa, confianza ciega y ese amor fraternal que nunca dice en voz alta.
—¿Marcus?
—¿Qué?
—Gracias —murmura.
Yo niego con la cabeza.
—Esto va a costarnos caro, Nick. Muy caro —Hago una pausa—. Reza para que Gold siga vivo.
Nick se queda helado.
Salgo del hotel con un mal presentimiento. Los Muratti tenían mucha prisa por dar caza al culpable. Luan es su primogénito, y su muerte no es la de cualquiera.
Mientras busco el número de los Rossetti, una única idea martillea en mi cabeza: esto no va a acabar bien.
No tengo tiempo de negociar nada con los italianos. Si pierdo un segundo con ellos… los albaneses matarán a Gold antes de que pueda evitarlo.
Y no soporto la idea de que Nick cargue con una muerte por mi culpa, por su bocaza. Por dejarle mezclarse en mi vida. Por ser mi hermano…
Tengo que intervenir ya.
Los Muratti son como perros de presa entrenados para oler la sangre, y si creen que Gold es culpable, no se detendrán ante nada. La única manera de frenar a un clan que vive por la venganza es darles un culpable más grande.

Llego al club, hoy está cerrado, pero necesito el número de los Muratti, no lo tengo como contacto en mi móvil, obviamente.
Contesta al segundo tono.
—¿Regente? —Al parecer ellos sí tienen mi número memorizado. Su voz ha sonado tensa, casi ansiosa.
—Sé quién mató a Luan —digo sin adornos.
Se hace un silencio denso.
—Nosotros también.
Y entonces oigo algo que me hiela la piel.
Un golpe seco. Un gemido ahogado.
—Ya lo hemos encontrado.
Nick… Dios. ¿Qué has hecho?
—¿A quién? —pregunto, aunque ya lo sé.
Se escucha una voz de fondo, sofocada por una bolsa en la cabeza.
—¡Mmmph! ¡Mmmph!
El corazón se me acelera. No puedo permitir que se me note.
—Escúchame… —digo con calma—. No lo toquéis. No fue él. Fueron los Rossetti.
—¿Nos quieres estropear la diversión? —responde Muratti, divertido.
Este es el problema de mis compañeros de trabajo… Que la gente que está mal de la cabeza no atiende a razones.
—i¿Es que no has oído lo que acabo de decir?! ¡Los Rossetti me han confesado que fueron ellos! Incluso me han dicho donde lo enterraron… Si matáis a ese hombre, empezaréis otra guerra. Y no conmigo, sino con gente mucho peor.
Mentira. Pero suena creíble. Muy creíble.
—Dame veinte minutos —ordeno—. Iré a buscarlo a donde me digáis. Si le hacéis un solo corte… esta ciudad se teñirá de rojo.
No sé si me creen. Pero sé que me temen más que a la incertidumbre.
—Quince minutos… —concede, gruñendo—. Ni uno más. Te mando la ubicación. Si nos jodes o el cuerpo no aparece, sabremos a quién pedirle cuentas…
—Podéis confiar en mí.
Cuelgo. Y corro. Porque quince minutos son muy justos. Y más maldiciendo cada paso que doy porque todo termine dependiendo de

mí, como siempre.
Me citan cerca de la fábrica de MClain, en otro polígono abandonado. Tres Muratti rodean a un hombre, atado a una silla metálica, con una bolsa negra cubriendo su cabeza y la cabeza ensangrentada.
Se me revuelve el estómago. No por él. Sino por lo cerca que ha estado Nick de destruirse a sí mismo.
En cuanto ven mi máscara, bajan las armas. Pero se nota que no quieren hacerlo.
—Os dije que no lo tocarais —digo sin levantar la voz.
—Regente —dice el jefe—. Queremos justicia.
—Y la tendréis —respondo—. Pero este hombre es inocente.
Me acerco a Gold y abro la bolsa por abajo para que respire mejor, pero no se la quito. El pobre aspira aire como un animal al borde del desmayo.
—¡Soltadme cabrones…! —Se revuelve fiero. Cualquiera en su lugar estaría aterrado. Pero él no se rinde. Bocazas hasta el final.
—Quitadle las cuerdas, pero no le desatéis las manos —ordeno a dos de los Muratti. Obedecen y lo ponen de pie. Gold no permite que lo toquen, aunque se esté tambaleando. Es un chulo acabado. Mola que sea así.
—Dinos dónde está Luan.
—Estas son las coordenadas exactas —Les tiendo un papel.
—Gracias. Un placer hacer negocios contigo…
Niego con la cabeza.
¿No les enseñan otra puta frase en su escuela de mafiosos?
Agarro a Gold del brazo y le insto a caminar hasta la puerta trasera de mi coche. Lo meto dentro.
Cuando me subo, me dirijo a un lugar cercano a la civilización, pero en el que sé que no hay cámaras.
En un momento dado, Gold murmura:
—¿White…? ¿Eres tú?
Me cago en la puta…
Ha reconocido mi voz. Magnífico…
Ni siquiera lo he pensado. Estoy acostumbrado a que la acústica del club cubra mi tono de voz.
No respondo. Pero siempre he pensado que el silencio otorga.

Minutos después, me detengo en el descampado de la parte de atrás de un centro comercial. No hay cámaras ni testigos.
Lo saco del coche y se tambalea al no ver nada.
—No abras la boca —mascullo sin emoción—. No cuentes nada de esto. No menciones el club. Y todo irá bien. Tienes mi palabra.
Él traga saliva.
—Si dices algo… no podré garantizar que vuelvas a ver otro amanecer.
Lo digo despacio, con mi voz de psicópata, la que parece una verdad inevitable. Aunque puede que a él le hablara exactamente así la última vez que nos vimos.
—¿Lo has entendido?
Gold asiente, derrotado, mientras respira a través del agujero de la bolsa.
Lo dejo allí, con las rodillas en la tierra y las manos atadas.
Cierro la puerta del coche y me voy sin mirarlo dos veces.
Tengo que hacer una llamada urgente a los Rossetti y rezar para que no me pidan que les baje la luna a cambio de esta jugada por la espalda.

EPÍLOGO 1



EMILY

Dos semanas después - Nochevieja

El balcón del Club de Campo sigue siendo el mismo que hace seis años.

Las luces colgantes, la barandilla fría, ese olor suave a madera tratada y fiesta elegante… El Club de Campo está intacto, con ese aire de película antigua, como si hubiese retrocedido en el tiempo. Pero yo ya no soy la misma chica que salió huyendo de aquí con el corazón galopando en dirección contraria. Ahora ya no huyo.

Apoyo los codos en la barandilla y miro la pista de baile a través de los cristales. Es absurdo… pero una parte de mí tenía ganas de volver aquí.

Respiro hondo y dejo que el frío de diciembre me pellizque las mejillas mientras pienso que ha sido un mes intenso.

Una semana después del hundimiento de Gold, la vida fingió volver a la normalidad. Y digo hundimiento porque Gold desapareció del mapa de forma abrupta. Retiró su oferta para comprar White Industries y fue como si nunca hubiera existido.
Si no supiera que sigue vivo, habría jurado que había abandonado el planeta.
Marcus no llegó a contarme lo que pasó realmente. No sé si la información que le sacó el comprador aquel día en el club fue eficaz o lo amenazaron de otra forma, y no insistí porque leí en sus ojos que era algo que preferiría saber solo él.
Lo respeté. Es agua pasada.
Además, teníamos mucho trabajo con el nuevo proyecto de CTL. Me había enfrascado en él como si mis prácticas no terminaran dos semanas después de firmar el contrato.
Esperaba que me ofrecieran continuar en la empresa, pero llegó el último día y mis compañeros me hicieron una mini-fiesta de despedida con tarta, globos y un cartel bastante adorable que decía «No te vayas nunca».
Marcus dio un discurso improvisado sobre mi «impecable ética laboral», que me hizo sonreír como una idiota. El resto del tiempo estuvo contenido y distante, pero atento a cada pequeño gesto que yo hacía.
Eso era lo que más me gustaba de él, cómo nos entendíamos sin palabras después de tanto tiempo estudiándonos en la distancia como enemigos.
Habían pasado varios días desde mi última publicación y sentía que le debía a mis seguidores una explicación de mi desaparición, aunque fuera mínima. Así que, una noche, tumbada en mi cama, con la emoción de su último mensaje todavía golpeándome el pecho, escribí un último post:

@MalditoJefe:
«Procedo a comunicar oficialmente que me he enamorado de mi *maldito jefe* . Sí, el mismo que antes quería lanzar por una ventana. Al parecer tiene corazón. Y yo he decidido quedármelo. Al final no eran discusiones… era tensión. Y tampoco era odio… era miedo.

Miedo a sentir lo loca que me volvía. El destino tiene mucho sentido del humor».
Lo irónico es que ese fue el post que más se viralizó de todos. Como si el universo entero estuviera esperando a que yo admitiera lo que llevaba meses escondiendo.
Mi última semana en White Industries nos hicimos expertos en la coreografía de fingir que no estábamos juntos.
Bajábamos en el ascensor sin tocarnos y nos despedíamos en el aparcamiento como dos personas civilizadas que no piensan arrancarse la ropa cinco minutos después.
Luego yo cogía el coche y conducía directamente hacia el ático de Marcus. Él estaba esperando mi llamada para abrirme la puerta y ocupar su segunda plaza de aparcamiento.
Subir en su ascensor se convirtió en mi parte favorita del día.
Ese lugar estrecho donde él me atrapaba por la cintura, como si llevara horas aguantándose las ganas y estuviera a punto de explotar.
—¿Lista para recibir tu merecido por llevar ese vestido tan sexy?
Y yo siempre estaba lista.
Al terminar el asalto sexual, me gustaba quedarnos en la cama un rato, con su cuerpo cálido y fuerte a mi alrededor. Sus dedos trazando líneas invisibles por mi espalda y yo jugando con su cadena mientras él respiraba contra mi clavícula.
—Tienes otra vez esa arruga —dije tocándole entre las cejas.
—¿Qué arruga?
—La que te sale cuando estás intentando cargar el peso del mundo sin que yo lo note…
Él suspiró, apoyando su frente en la mía.
—Es mi cara, Emily. Soy quien soy y no puedo dejar de serlo.
—¿No puedes… o no quieres?
Se hizo un silencio como si la respuesta no fuera clara.
—Ahora mismo no puedo —susurró al fin.
Me acarició la mejilla como si temiera romperme.
—¿Por qué no?
—Hay cosas que aún debo arreglar…
—¿Como qué?
Él me abrazó como si quisiera protegerme del universo entero.

—Tengo una deuda con los Rossetti… —confesó por fin—. Y hasta que no la pague, nadie estará a salvo.
—¿Qué deuda?
Terminó contándome que tuvo que rescatar a Gold de las garras de los Muratti… No fui consciente de cómo le miraba.
—No soy un asesino —aclaró en voz tan baja que casi fue un pensamiento.— No podía dejar que muriera. Necesito sentir que te merezco…
Creo que son las palabras más bonitas que he oído nunca. Y en ese momento exacto, algo dentro de mí se rindió del todo. Deseé casarme con él, no por protección, sino por él.
Pero no quería ser «la mujer de» como deseaban mis padres, yo quería mi independencia, mi trabajo y mi propio poder.
Por eso mi último día en la oficina, tenía cara de cachorro abandonado cuando Papá White apareció con un ramo de flores enorme que parecía propio de una boda real y un sobre dorado.
Marcus me lo entregó manteniendo la neutralidad más profesional que he visto jamás.
Dentro había una oferta de trabajo para un nuevo puesto fijo, bien pagado y ambicioso. Un puesto que me pertenecía por derecho, según dijo.
—¿Y bien? —preguntó Clifford, orgulloso—. ¿Aceptas?
—¡Por supuesto que sí! —respondí emocionada.
Para sorpresa de todo el mundo, el padre de Marcus me abrazó, y dejó caer en voz lo suficientemente alta un «Bienvenida a la familia», que los demás asociaron a lo laboral y Marcus se atragantó sabiendo que se refería a los White.
Todavía me entra la risa al pensarlo. ¡No llevamos ni un mes saliendo oficialmente! Creo que nunca hemos estado en ese punto realmente…
Ni qué decir que me puse roja como un tomate por el comentario, y cuando estuvimos a solas, Marcus me vaciló.
—¿Estás contenta con tu nuevo puesto, señora White?
—No tanto como tú… No sabrías qué hacer sin mí.
—Sabes que mi padre no se refería al trabajo, ¿no?
—Bueno… que yo sepa aún no llevo ningún anillo en el dedo.

La mirada que me lanzó desde su metro noventa me dejó sin respiración. Era una mezcla de orgullo, deseo y… algo más. Algo suave, peligroso, que solo aparecía cuando su mente maquinaba a toda velocidad cómo enfrentarse a un nuevo reto.
Y ahora estoy aquí. En el mismo balcón donde todo empezó.
La puerta se abre detrás de mí con suavidad y sé que es él antes de girarme.
Marcus sostiene dos copas y una botella de champán frío.
Lleva un traje negro con solapas satinadas, el pelo ligeramente despeinado y ese brillo en los ojos que solo aparece cuando ha decidido que nada ni nadie va a interponerse entre nosotros.
—Bonitas vistas… —dice, acercándose sensual y depositando un beso en mi cuello desnudo.
—Ahora sí —contesto mirándole a los ojos.
Se ríe por lo bajo y deja el champán en la barandilla.
Su mano encuentra mi cintura como si llevara toda la noche buscándola.
—¿Estás bien? —pregunta susurrando contra mi sien.
—Sí… Un poco fuera de lugar, pero bien.
—¿Por qué?
—Porque este tipo de sitios elegantes, con ropa de gala, siempre me hace sentir que no encajo. Tengo complejo de Cenicienta, no sé por qué…
Marcus me agarra de la cintura con una ternura inusual.
—¿Te digo un secreto? A mí me encanta Cenicienta… Era la más bella del baile. Tenía personalidad. Era buena, y el príncipe revolvió cielo y tierra hasta encontrarla. Es un tío que se enamora como yo. Modo obsesión on.
Me río de su explicación y me besa.
—Al final creo que ellos fueron felices y comieron perdices o algo así… —digo medio burlona, medio seria.
Él se humedece el labio inferior con la lengua sabiendo perfectamente de lo que le hablo. Maldito…
—¿Quieres champán? —dice para cambiar de tema.
—Claro… —digo un poco decepcionada.

—Coge la copa —me insta alzando la botella. Lo hago y me sirve, solo un culín. Espero a que me eche más y no lo hace. Pasan unos segundos hasta que me doy cuenta de que está mirando la copa, y de pronto lo veo, un anillo flotando en el líquido dorado.
Un anillo enorme y brutal que se vería desde la luna.
—Dios mío…
—Bebe —ordena. Y como si le leyera la mente, obedezco y dejo que me quite el anillo de los labios.
Lo desliza por mi dedo mientras nos miramos a los ojos intensamente.
—No quiero casarme mañana —dice con sinceridad—. Ni pasado. Ni el año que viene… No estoy pensando en bodas, solo en que estés segura… y en que sigas a mi lado sin que nadie pueda cuestionarlo.
La belleza del anillo me deja sin palabras. Es tan grande que no quiero ni pensar en cuánto costará.
—Ser mi prometida garantiza tu seguridad… y mientras queramos estar juntos… quiero que lo lleves.
Mi corazón sube y baja al mismo tiempo.
—Te has pasado… —susurro.
—Tú lo vales —responde, inclinando la frente contra la mía.
—¿Crees que vamos a tener problemas con Los Rossetti? —pregunto bajito.
Marcus sonríe de forma tranquilizadora.
—Los Rossetti nunca olvidan un favor… y yo nunca dejo una deuda sin pagar. Lo importante es que tú estás fuera de cualquier ecuación. Eso no va a cambiar.
—Prometo creerte… durante un rato —bromeo.
Él suspira contra mi boca.
—Me conformo con eso.
Su beso llega justo cuando los primeros fuegos artificiales estallan sobre el cielo del club. Queríamos estar juntos y solos cuando dieran las doce. Y mientras sus manos me rodean y el año muere sobre nuestras cabezas, entiendo perfectamente qué clase de historia estoy viviendo.
Una que no se lee… se vive, se gime, se sangra y se recuerda para siempre.

EPÍLOGO 2



Los fuegos artificiales todavía resuenan en mi pecho cuando entramos de nuevo en la fiesta. Me estoy quedando sordo.
Emily va delante de mí, con su vestido negro brillante y su anillo recién estrenado, caminando como si no pesara nada… sin saber que yo cargo con suficientes sombras como para hundir cincuenta barcos.
Y aun así me sigue escogiendo. Debe de estar loca…
O quizá sea exactamente lo que yo necesito.
La fiesta está en su apogeo. Copas alzadas, la música latiendo en cada rincón y luces de colores que hacen que todo parezca más fácil de lo que realmente es.
Miro a Emily, y por un segundo, me siento en paz.
Hasta que veo a mi hermano.

Nick está apoyado en la barra con otro whisky que no necesita, hablando con una rubia que sí necesita, aunque solo sea para no mirar a Ava. Porque mi padre ha tenido la brillante idea de invitarla…
Nick está haciéndolo fatal. Está haciendo lo contrario de lo que le dije que hiciera. Se dedica a tontear con todo lo que lleva falda.
Ava, por su parte, finge que no le importa.
Lleva un vestido negro corto que parece diseñado para romper promesas, matrimonios y nervios. Parece pasarlo bien, pero cada pocos segundos mira de reojo a Nick. Él también la mira cuando cree que ella no lo hace.
Son patéticos.
Y completamente inevitables.
Emily los sigue con la mirada y sonríe como si estuviera viendo una serie que ya sabe que tendrá segunda temporada.
—Si siguen así van a explotar —murmura mi chica.
—Una explosión nuclear —musito—. Pero no será hoy. Hoy me niego a arreglar vidas ajenas… Es mi día libre.
Apenas termino de decirlo cuando mi móvil vibra en mis pantalones.
Tengo que mirarlo porque si no, me da TOC. Además, a estas horas, debe de ser algo importante.
No es una llamada. Es un mensaje.
Los Rossetti. Qué majos…
" Ya sabemos lo que queremos a cambio, R. Queremos que te cases con una de nuestras bellísimas figlie. Así todo queda en familia… Buon anno."
Perfecto…
El precio de seguir vivo nunca baja.
Siento que Emily se acerca un centímetro más, como si percibiera la sombra que acaba de caer sobre mí.
Apoyo mi mano en su espalda y su calidez me ancla a ella. Me insta a seguir adelante. Ser mejor. Ser suyo es lo mejor que me ha pasado y no pienso renunciar a ella. Aunque me maten.
—¿Todo bien? —pregunta.
—Conmigo nunca —respondo, sin pensarlo—. Pero contigo sí.
Sus ojos se suavizan. Me odia cuando hablo así y, sin embargo, me besa la mandíbula como si estuviera hecha exactamente para ella.

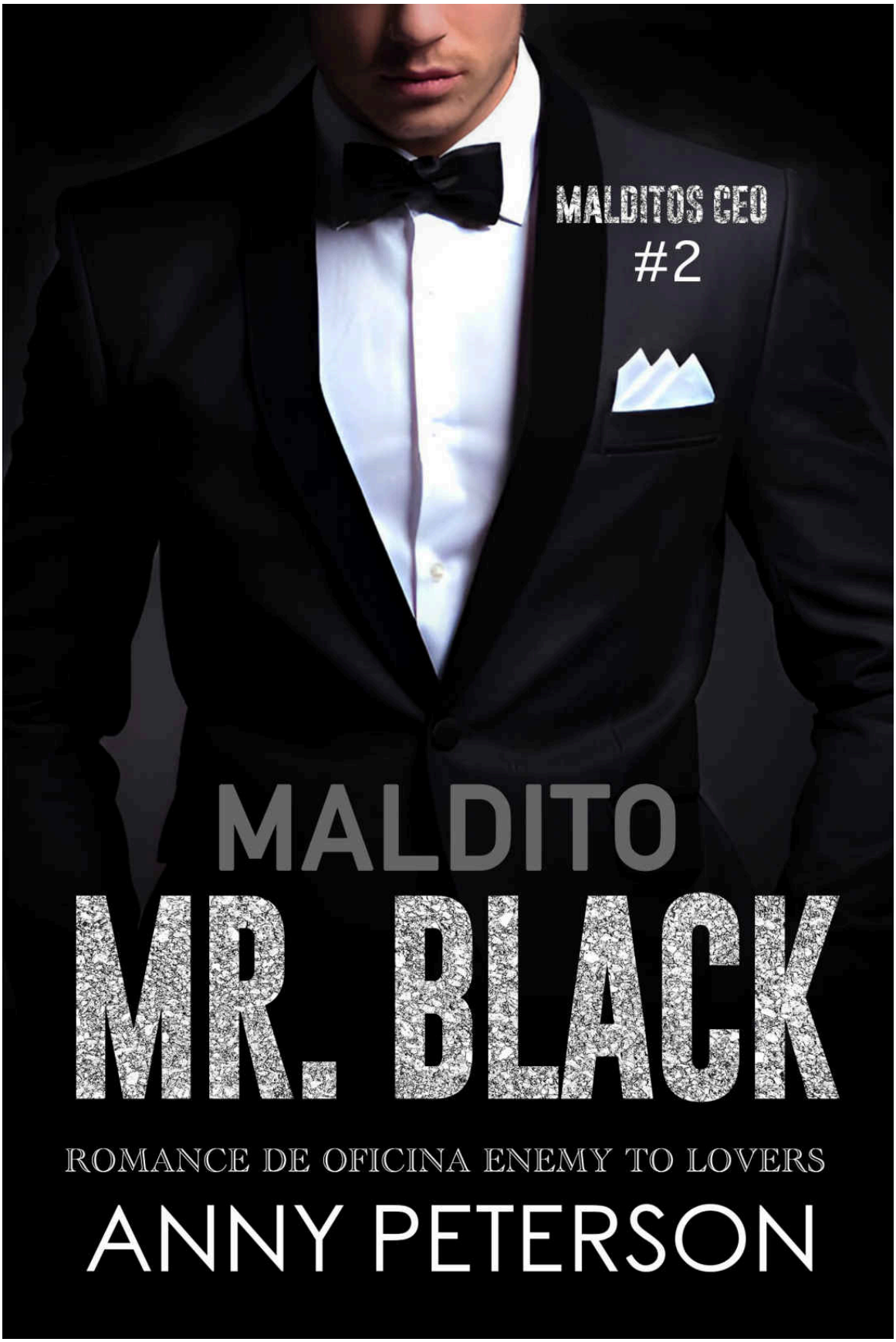
Nick aparece a nuestro lado con pinta de querer tirarse por un balcón.
—Feliz año, tortolitos —dice seco.
—Lo dices como si no quisieras vivirlo.
—Pregúntame en primavera…
Emily le revuelve el pelo y él pone cara de niño al que le han quitado su juguete favorito.
—Supera lo que sea que te esté doliendo —le dice ella—. El año acaba de empezar, Nick.
Él desvía la mirada… y claro, va a parar justo donde no debería: hacia Ava. Que ya viene hacia nosotros aprovechando que estamos todos juntos.
Nick traga saliva y se recompone.
—Ya está superado.
Ava llega justo a tiempo para escucharlo y arquea una ceja.
—¿Ah, sí? —pregunta con una sonrisa afilada—. Pues no lo parece… porque te comportas como un imbécil.
Nick se ríe sin humor.
—Para nada. Estoy hecho un roble emocional.
—Claro —contesta ella—. Un roble que bebe vodka a palo seco.
Él ladea la cabeza, como si quisiera responderle mil cosas… pero al final no dice ninguna.
—Feliz año, Ava —murmura simplemente, con una voz que delata demasiado.
—Feliz año, Nick… —responde ella, y por un segundo, solo uno, se miran como dos idiotas que no quieren admitir que se siguen echando de menos.
Nick rompe el contacto visual como si le quemara.
—Necesito otra copa —masculla—. Y quizá una visita rápida al club para terminar de «superar»… este año.
Ava frunce los labios, y aunque sonríe, esa sonrisa es un vendaje, no una alegría.
—Haz lo que necesites para fortalecerte —dice ella—. Ya sabes, sé un roble y todo eso.
Él se encoge de hombros, fingiendo indiferencia.
—No te preocupes, tengo mis métodos.

Se marcha sin mirar atrás.
Ava lo sigue con los ojos un instante, camuflando mal ese dolor disfrazado de orgullo.
Bebe un sorbo de champán y finge que no pasa nada. Pero le pasa todo.
—Son dos perfectos idiotas —opino.
Emily me mira y se ríe. Y esa risa… es mi droga favorita.
De pronto, tengo una epifanía… Quizá Nick sea la moneda perfecta para cerrar el acuerdo. Si todo queda en familia, a los Rossetti les dará igual uno que otro. Y mi hermano, que le ha dado tal patada a su propio corazón que creo que ha salido del estadio, podría servir mejor que nadie para equilibrar esta deuda. Al fin y al cabo… estamos en este lío por su brillante impulsividad.
De repente, mi móvil vibra.
Número interno del Lux Noor. Tengo que cogerlo.
—Dame un segundo —murmuro.
Emily asiente, pensando que será cualquier gilipollez de protocolo. Ojalá.
Respondo.
—R al habla. ¿Qué pasa?
—Regente, siento llamarle ahora —empieza la jefa de inventario con esa voz que solo usa cuando algo va terriblemente mal—… pero tenemos un problema.
Aprieto la mandíbula.
—¿Qué problema?
—Acaba de llegar la empresa de suministros de juguetes y complementos para esta noche… y nos han comunicado que la partida de preservativos de hace tres semanas podría ser defectuosa.
Me quedo blanco.
—Perdona… ¿Qué?
—Fue solo un lote, Cuarenta y dos cajas. Sin garantía de efectividad. Pero… deberíamos avisar, ¿no?
Cierro los ojos y cuento hasta tres.
No funciona. El infarto es inminente.
—¿Cuándo se usaron…?

—Hace tres semanas… duraron solo una semana. Ya sabe cómo funciona este sitio en diciembre.
DIOS.
Dios.
Dios…
Me llevo una mano a la cara, exasperado.
Emily me mira desde un par de metros, sonriente, tranquila… totalmente ajena al apocalipsis que acaban de comunicarme.
—Vale —respondo, seco—. Hazme un informe y mándamelo mañana. De momento, no digas nada a nadie.
—Pero, señor…
Cuelgo.
Emily no tarda en acercarse.
—¿Todo bien?
—Sí, sí…
Pero mi mente va a tope.
«¿Qué estaba haciendo yo hace tres semanas? ¿Follé con alguien allí?».
Me quedo quieto. Peligrosamente quieto. Y de inmediato recuerdo que hace tres semanas yo ya estaba perdiendo la cabeza con Emily y es la única con la que me he acostado.
Además, ella toma la píldora. Siempre. Religiosamente. Es la persona más responsable que he conocido. Jamás dependimos de los condones del club.
Respiro aliviado.
Medio aliviado, en realidad.
Porque como una revelación cruel e inevitable, la cara de Nick aparece en mi mente.
«Dios, Nick…».
Nick estuvo en el LUX NOOR esas semanas como si fuera su puto gimnasio emocional…
Entraba, salía, volvía a entrar… Y siempre caía con ella, con la rubia misteriosa que lo traía de calle para aplacar su obsesión por Ava. La manera más estúpida de quitarse la ansiedad, si me preguntas.
Y ahora… es MUY probable que esa mujer y él hayan usado precisamente esa remesa de preservativos.

Siento un sudor frío recorrerme la columna.
Porque si la rubia —de la que no sabemos ni su nombre— está embarazada de mi hermano…, el plan de que se case con una de las hijas de los Rossetti se va a la mierda.
Y mi futuro con Emily también.
No quiero ni pensarlo…
De hecho, no DEBO pensarlo hasta saber más.
Decido no decir nada. Al menos, no todavía.
Porque si esto explota, si alguien llega a relacionar a esa mujer con Nick, si la familia equivocada se entera, si los Rossetti creen que hay una nueva pieza en el tablero… podría costar vidas.
Mi mandíbula se resiente por la presión.
Entre todos los problemas que esperaba para el comienzo del nuevo año, un posible sobrino no estaba en la lista…
De pronto, Emily me sonríe y los males son menos malos.
Porque aunque la vida sea una ruleta rusa, aunque los favores pendientes me persigan, aunque los Rossetti quieran cobrarme algo que aún no sé si podré pagar… Ella está aquí. Conmigo.
—Vamos a bailar —le digo rozando su mano—. No sé cómo acabará el año, pero quiero empezarlo bailando contigo.
Nos deslizamos por la pista y la pego a mí.
Porque si algo he aprendido este año es que el mundo puede arder… pero mientras ella esté a mi lado, encontraré la manera de sobrevivir al incendio.

PRÓXIMA PARADA… MALDITO MR. BLACK


MALDITOS CEO
#2
MALDITO
MR. BLACK
ROMANCE DE OFICINA ENEMY TO LOVERS
ANNY PETERSON

Ya disponible en preventa aquí

AGRADECIMIENTOS

Cuando llevas un año con unos libros en la cabeza y por fin llega su momento, es algo especial. Es como tachar algo que necesitabas hacer de tu lista. Y quería hacerlo a mí manera.
A mis chicas: **Irene, Bego, Maca, Eli, Alma y AnaG** , que no fallan libro tras libro, cada una en su posición de equipo, les mando un fuerte abrazo por ayudarme a perseguir mi sueño. Que no es otro que haceros disfrutar a vosotros, mis lectores.
Mientras escribo estas líneas, no puedo evitar pensar en lo mucho que ha cambiado mi vida este año. De una forma que aún estoy intentando asimilar… Algunos llegaron para quedarse, como mi precioso bebé del que estoy más enamorada de lo que cabía esperar siendo el tercero. Había muchas manos para cuidarle y pensaba que podría escaquearme con mis crushes literarios, pero la verdad es que él es mi mayor crush. Me tiene robado el corazón de una forma que no puedo explicar.
Otras personas se marcharon, como mi padre, cuya ausencia sigue pesando, pero cuya voz todavía me guía cuando dudo.
Y no puedo olvidar mencionar la pérdida irreparable de Marisa Gallén Guerrero… Tanto en la comunidad de bookstagram, donde mucha gente la quería, como en nuestro grupo de Villanas y la fundación Sudacoñismo, de la cual era la presidenta, la echaremos de menos mientras vivamos. Yo la llamaba «mi Yoda», y ella a mí «su padawan». Estuvo conmigo desde mis inicios. Y nada volverá a ser lo mismo sin ella.
Pero entre bienvenidas y despedidas, entre risas y llantos, he encontrado la fuerza para seguir escribiendo gracias al cariño inmenso que me regaláis los lectores en cada mensaje, en cada lectura conjunta y en cada página que compartimos en digital o en papel, en redes o en persona.

Vosotros sois el impulso que convierte este sueño en la gasolina que necesito para continuar en marcha.
Os quiero **gente Fuxia.**
Mil gracias a:
@clauuu.mrtnez @yaii_books25, @gabrente, @_judiit._, @laurelleeyescribe,@la.peluteca, @africa_cantero @read_j.t.mary, @pilarsanabria_, @sanemade, @beatriz_jipu, @viki.hdez, @leerconthea, @minedreadings, @irisrodriguezmieres, @pa.ro.dri, @annadrielbooks @vrgarey, @vanessa_me18, @inmabl, @lauramendolazaro, @missattard, @silpavila, @lola_pascualcuadra, Nuria Daza de @nuriela25, @letyciro, @gloryhelen_, @la_mala_malisima, @mis_lekturas, @mirinda01, @gema.ddc, @gemmapastormateo, @patricleta, @yessicm32, @caty19709, @lectoradesuenos8, @kilimz82, @elenaruizmontesinos, @creando_frikadas, @brujamillenial, @mery_y_sus_lecturas, @cynthia.cerveaux14, @dallas_880, @cristina_segarra_escritora, @lectoraenverso_26, @noefru, @isabellabaricot, @pilar_vima, @fanyavenalbe, @rosebokl, @damajurado1999, @sultanitabella @bookstagramer_1, @siil_lule, @mayralazo08, @mariabeatobe, @lucymoon2015, @alasblancas83, @j.m.fresquet, @bgomezmartin, @mralex_17, @lumae_lu, @lozamor67, @krmenplata, @ilunanoa, @romanticaadicta, @gandiapilar, @laurensofiy_, @lissbert, @monchavez15, @lecturas_felices, @mlectoraa, @vero_malaga, @pmlapizypapel, @isabelhg_love, @gafiis, @mire_1010, @locasdelmundo4, @nita_fdez, @karilamala, @andreuenca79, @_martinez_javi, @montse_g_m_, @ariadna.dx, @laura_villanustre, @itsedelweiss, @luciaanddogs, @lilith_lectora, @crisfillolacas, @lectoras_con_clase, @raquel_morante_morales, @nilosa0508, @srtahelenstealer, @sweet.readings, Arancha Eseverri de @lectoranovturna, @pilarmolinercarb, @por_puro_vicio, @noelia.g.m89, @yaizaa.mendez, @mireiapg29, @nataliaperez128, @readlikeapleasure_, @noeloafrutos_autora, @_cristiane_, @mlcg1986cins, @passion_between_letters, @princesbooks, @elbauldemislibros, @booksloversshouse, @jessi.5113, Amparo Pastor de @amparopastorvieracaracoliu, @romanticamore, @snopeugi, @celia_vc, @sandradt2505, @unlibroparaella, @naomihdezz_,

@heiwabooksquotes, @ana_jimenez29, @libroypalomitas, @dejamequetelea, @ohana_reader, @yoleoromantica, @tfc_lectura, @viskict, @leer_esincreible, @Carmen39_fdez, @raquel.22, @vanesha_salas, @meymay6, @el.rincón.de.sita, @mery_g_books @saradominguez23,@rafi_lechuga, Ivelise Rodriguez, @emilia_erin, Evelyn limpa, @miriam_chantes53, @piuli22, @estherestetic, @kristibell73, @Nielsennila, @marta.landrau, @diarii_books, @ana.martinhdez, @evicanaria, @carol_lopez3112, @jennifeer92, @nago24, @mesumerjoentrelibros, @miriam.villalobos.m e hija (Lucía Soto V.), @susyyflo, María José Claus Molina, @Monsy80, @sacriespada, @mery y sus lecturas, Nuria Daza, @ameelia15, África Cantero, @marimarpintor, Lourdes Romero, Paloma Osorio Millan, @maricarmenmuoz, @creando_frikadas, Silvia Paredes, Vero de @librosigualamagia, Claudia de @booksbyclau, Maca de @macaoremor, @glory1818, @gloria_hega, @teresilla87, @jennibooks87, Barbara Torres López, @yessicm32, @books_nerea, Ascension Sanchez Pelegrin, Kristina Kko, Mariu Barberá, @helenescritora, Salud Lpz, Inés Ruiz, Anna Driel books, Mónica de @moniquitamaca_mislecturas, Gemma Pastor Mateo, Mónica Tort, Maria Jose Valiente, Anna Fernandez, Mariu Barberá, María Fátima González, Kuki Pontis Sarmiento, Beatriz Duran Hernandez, Normma Aliciya, Loli Zamora, Mari Cruz Sánchez Esteban, Mar López, Isabel Gómez, Elena Martínez, Laura Ortíz Ramos, Yeni Anguiano Mata, Rose gate, de @rosegatebooks, Marisa Gallén Guerrero de @lecturasmapita, Anabel Jimenez, Yolanda García, María Ferrer, Judith Galán, Elisa Mayo, Ana Arely, Ulises Novo, Laura Duque, María Camús, Pilar Sanabria, Silvia Martinez Hernández, Elena Martínez, Saray Carbonell Del Río.
@cruzuleyaiza, @sunriseadn, @irenita19mm, @nereamellis, @lecturasdefaty, @la_biblioteca_de_pat, @maiko_pink,, @pilardans, @librosdehoney, @tengoganasdeleer, @amantelectora, @el_rincon_de_palmerita, @_cristiane_, @adrianaalba_autora, @the_reading_books_in_family, @mividaentrepasiones, @lecturasdeamorsonia, @hrhartwell, @amamosleer_uy, @mire_1010, @leeconmigo_, @musa_entre_libros, @crusisanchez, @raquel.blancoluque @mariainspace_,@lamagiadeloslibros3.0,

@miquenaadiccion, @arisleyda_5, @hoy_esta_leyendo, @ariidaz, @literaliabooks, @helens_books,@meugeniaramirezlopez, @lionela23, @adoroloslibros_17, @olatzpitu, @ecaangelica, @garbival, @andy_caro13, @librosdeirene, @valkiriaread, @nita_fdez1, @marianacantaora @salseo_de_libros, @mayblacksmith, @siempreleyendoydesconectando, @everlasting_reader, @vivir.leyendo, @ariasu_7, @estefaniagea, @_monica._8, @sandragvillar,@beatrizdh, @lecturas_milly, @piluchii85, @bookqueen22, @mmfn._, @librosviajerosylibres, @ascensionsanchezpelegrin, @eli.p.r, @monika.galan.16, @rupilo_18, @lectoraenverso_26, @nataliia981015, @rm.nkt.4.7, @jazbabook, @pilarcabrerat, @martinleticiap, @m.i.epalzaramos,, @elisabet.2573,@laurabooksblogger, @anais.1203, @nereaaraujoautora, @vilmont_books, @morenomarimiza, @begikat2, @__vanenunez__ @@lady_creative_doll, @inesruiz78, @elenamartinez6098, @mamual90, @etalenika (Eva Tasende), Rocío Escobar, @meymay6, @bookssyass, @lauraviajaentrelibros, @anapasionlectora, @owiksa, @carmen39_fdez_, @evelimpa_leeresmipasion,@stefamy_sandoval, @merypoppins750, @_curls.and.books, @lilyfreitasm, @chikiya85, @marimarmiravalles, @conunlibrosoy, @nazaretpv, @nereida.c.a, @turka120, @angela_fp16, Maggie Mon Chávez, Vero y Estefanía de @leerconvernia, Arantxa de @lecturanocturna, Esti de @boiet2, @vaclepri_79, @carichun, @dulce.ando, Eva M. Pinto, @libros_y_tortugas, @mariadolores84, @eli_car_bar, @ladycuqui, @lecturas_mily, @juanidiazdiaz17, @un_libro_en_mi_mesita, @akanechan1986, @lourdes.andresgarcia, @manolivi28, @lectoahastaaltashoras, @dove.mmartin,@lectoranocturna, @natti_ruano, @angiegarfer, Melani de @melmely19, @marihoyoslopez, @lromero777 Lourdes Romero, @seguradoalcaide, Reyes de @reyesbecerra82, @cynthiag25, @tere_lafuente, @arima.s.c.11, @lecturasdenira, @maryambergirl, @tamaraciscar, @elenanp73, @quemaravillaleohoy, @merypero, @manuelamolinaleon, @marijopove, @buidseachlatelier, @ju.kaery, @martagr9716, @thaannya, @Blankarez, @marguis_hl, @rocanilla, @aili.evansecrivain, @noemimaquedajimenez, @puri_reyesneira,

@isa.sepulveda2, @marta19041975, @txellbooks, @diana.c.gasco, @noee_albatros, @gema_lectora, @isalexia42, @ivixiviusa, @cuando.los.mios.duermen, @anasn71, @lecturasdemaggie, @mariabarbosaalm, @miviciolibros, @mimamifriki_marinabooks, @evaleyendoentreburbujas, @Kristinalmb,, @zaira_fg, @lola.lolita.loliya, @mi_mundo_mis_pollitos, @virigol, @fernanda15_05, @bowsinakoopa, @vanu_sa_ms, @elenasoroma, @saravimeg, @lorbaris, @chuscm, @mirelaiordanica, @soniafdezs, @lady_romcom, @maitesospedra, @librosquedejan_huella, @esca87, @monicaxcel7, @mrs.svetacherry, @nina_reus, @entrelibrosyagujas, @pidurreta @rebecajm87, @mariaespinosabcn, @rociombouzon, @Kristibell73, @manolivl28, @gemapastormateo, @nuriamanel, @mariae.martin, @chiio.91, @reinadesdel92, @tere_meler, @mariadelape, @sarita_rcgt, @eva_y_suslocuras, @joanamaria00, @loslibrosdemama, @jeannemariegg, @_cintiasantiago_, @gemmaripoll, @lepima, @frokonel, @las_historias_de_lola, @losmundosde_ro, @ms_maria87, @falguerasonia, @mariajoseclausmolina, @libreando_book, @luucyrodenas, @starrynight.books, @nisart_scrap, @aintzaneechevarriaperez, @aalbita3, @taramay_books, @inesitasanz85, @arabrines, @evika027, @valeriandbooks_, @aliciagaditana, @torres_de_colores, @lilith_read_books, @lauritaloba, @mrocio1, @agape_sfdo, @elisabethglez, @patrirubiah, @vaneadriai, @piulibooks, @saravimeg, @chelydivison, @pumpingmamaespanol, @sonaiale, @pirilala15, @elena_ferron, @bleny_blac, @__lucia12, @mangeles.navarromoreno, @montxy74, @titaebicrafts, @crisreadingbooks, @librodeolorcafe, @campanilla0130, @gema_lectora, @_viviendo_entre_letras, @mali.lc14, @jianni27, @vadercup, @dorlycera, @yul075, @beatriz_jipu, @sugus_books, @read_j.t.mary, @rg.aguilar128, @coriii_95, @marchyolanda71, @jen_anton, @los_caprichos_de_belenita, @jutid_costa88, @cafeyuki66, @saandra.s3, @linalia_sm, @unrefugiodelectura_, @gemaypaco13, @florigilmarin, @marbeva02, @buesorubio, @milayrya,@nefertiti987, @sradecampos, @martikas194, @__arantxa, @vera.beryl, @andrea_civeram, @lalokadeloslibros_84, @frikigems, @saydecastro7, @vane_vane82, @yessicm32,

@andreacg17_, @duranmarinpatricia, @brendy23fire, @aidilibros, @inmabl, @hyedance, @nanibe81, @florifontarigo, @reinadesdel92, @mayraquinego, @anapaula.sahagun, @jessgoni, @claugian2, @melanimenacho, @miryamtorres79, @dariana.carvajal, @magdaly.medina, @irenecarrascoarmas, @ana_isabel1980, @iamjustjaki, @marquesita93books, @miriampines.rme, @dama_oscur4, @bea_guillomia, @cristinafeernaandez, @krisdelapinta, @janireysumundo, @books.and.chill_, @jessy.cd2023, @alicia_de_juan_,@sandriitaa_88, @mariaslvarezgil, @mayte2275, @m_iratxe, @bea.segador, @ocupada_leyendo, @secretos_mamis_lectoras, @dianaieiks, @marigeligasparcasado, @roalvarezvidal, @maraaagargioniii, @esti.siempre.mejor, @elenamh_06, @lexturasfumy,, @makyhugo, @luciasurribas, @mamiypipi, @vir_books87, @gemmapastormateo, @nataliagbien, @criscriscrisf, @eva_murias, @lourdes.andresgarcia,@elis_aranda, @marcapaginas_coloras, @sara_ferret, @19diasy500libros, @cristina_segarra_escritora, @paradoxa_literaria, @finavg, @libroshistoriasyyo, @anitadevoradoradelibros, @alejandra_aef, @autorajessgonzalez, @sandysbooks_, @sonia_mori, @aurora_books23, @paulasalander, @patryhn, @brujuladelibros, @lomosyletras, @nuriysuslibros, @_mariili @lidiaarmariojimenez, @entremontonesdelibros, @tanyagode, @yaiza_trinidad, @fadeta_arual_lij, @lecturasfumy, @aroqs93, @gracesofbooks, @everybookpaidbypedro, @aniita22__, @pumpingmamaespanol, @geysha.books, @joyceipinero, @soniarh1981, @alba.d.munoz, @silvya_candeias, @albita21, @nanibooktok, @mer_cadillo.literario, @gabibennasar, @enganchadaaestelibro, @starrynight.bookss, @anamariaperbre, @mariina_valbuena, @m_isabelrn, @alaska_booksss, @la.xurdit, @makyhugo, @rocioro.87, @criskiss1981, @daisy_m_blue, @cr_tfc, @mariaurbistondo79, @thethingsoftessa, @yanilalfonso, @jana.mar.m, @zuleika5581, @ansumar20, @patrymalles, @lauriitaf_, @bymartacr_books, @cruella.devill.77, @liidiaagarciia7, @anukicas , @ariah.ro, @anxeastrar @samynight13 (Ari, Aida y Paula ❤️) , @carmenpo32 , Peña Zorrilla Garrido, Adriana @adriviernes13 , @sinte77 (Teresa, enfermera), @scarysyl , @jessy.cd2023,

@tere_tr_, @rociomontin, @vadercup, @susyvl97, @lourdesgonzalez__, @carlamimi20, @nnoemi.books, @leyendo.a.ciegas1, @johannamartinez8895 @yue4405, @susanaperez13, @andreacm_books, @juditca_98 @arantxa_zgz, @sofiabooklover, @un_sofa_donde_leer, @adrinati, @vicks.polo, @niieves_bebes_, @rakel1297, @serezademunoz, @klienemu, @marquesmaar, @sonaiale, @susurros_a_un_diente_de_leon, @skaikrubooks, @lor_13 @naiarasanchez.escritora, @patryblog, @juditprettynails, @juditconh.books, @magdaly.medina, @librosyestilo, @booksgarciia, @chariguerreroplata, @isilibris, @itswnd @rocio.booklover, @llibreslaura, @entrehilosynaranjos, @natycharly, @dianaieiks, @aerenbookss, @genuca15 @rociocasadoramirez, @mariasalvarezgil, @naaatt_24, @entre_rizos_y_hechizos, @marianalopezyap, @adrifielding7, @loslibrosdenuria, @nela.book, @cynthia_pagan, @silviaocanavillanueva, @rosazapi; @ackanechan1986; @vanesamayormartinez; @ranitasoria; @judit_costa88; @v.ani.f; @desireemoradr; @mar3_mar; @marta_oscar_max_rex, @luchya21;@melmey19; @paky10_cg; @dijey33; @joanamh86; @roxy_suh; @beatrizoldanher; @estelabm; @torrestar_; @caws_books; @ascensionsanchezpelegrin; @lapelirrojadelosrizos; @mi_tiempoentrepotingues; @kelaggmm; @laura162510gr; @monica_fan.page; @tamy181217; @soynutrimujer; @ness.a_f; @nefertrini73, @vidal_masnou; @gf.yoli; @gwenhwifarentrelibros; @carinaaa22.85; @yolimartinez82; @mamenbi75; @dianacgasco; @crisbetesponce; @rociosanchezfer_; @begosanroman.autora; @yolandafaura; @leirendolibros; @maria_00_5; @alanquesadavaca; @jessicac_2723; @buknookblog; @estefi_tri.mon; @miri_wendy85; @noelia71220; @savilamegias; @annl18; @1._estrellabonita; @angelesjimenez.fernandez

Y si me dejo a alguien, perdonadme, por favor. Me hace mucha ilusión que estéis aquí. Un fuerte abrazo, Anny.

SOBRE EL AUTOR

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Máster en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.
Lectora acérrima del género romántico. Adicta a series y películas. Adicta a la salsa boloñesa y a la CocaCola Zero.
Encuentra todos mis libros en Amazon:

La Droga + dura I: Atrévete a probarla.
La Droga + dura II: Intenta dejarla.
La Mafia que nos une (Mafia 1)
El Poder de la Mafia (Mafia 2)
En el fondo, me tienes.
En el fondo, me quieres.
Vas a ser Mía.
Vas a ser Mío.
Voy a ser Tuyo.
Vas a ser Suya.
Vas a ser Suyo.
Vas a ser Eterno.
Yo, Superyó y Elle.
Loco, Sexi & Millonetis.
Loca, Sexi & Mentirosa.
ConsigueAlTío.com
ConsigueAlPadre.com
27AllStar.
Santa, este año… ¡voy a ser mala! - Editorial Mil Amores.
Cupido, este año… ¡quiero estar soltera!
Murphy, este año… ¡saldrá aún peor!
Novio a la Fuga
Maldito Mr. White
Maldito Mr. Black
Jaque al duque (Trilogía Kaissa I) - Editorial Grijalbo.
Dama Negra (Trilogía Kaissa II) - Editorial Grijalbo.
Jugada Maestra (Trilogía Kaissa III) - Editorial Grijalbo.

REDES SOCIALES Y CONTACTO



/annypetersonescritora

/lady_fucsia

/lady_fucsia

ladyfucsia2@gmail.com

ladyfuxia.com

www.ladyfucsia.com